TUI T. SUTHERLAND

TRADUCIDO POR KATIA

ALAS DE FUEGO

LA NOCHE MÁS BRILLANTE

CRÉDITOS

Título original: *Wings of Fire: The Brightest Night*
25 de marzo del 2014

Autora: **Tui T. Sutherland**
Portada y arte interno: **Joy Ang**
Mapa: **Mike Schley**

Traducción: **Katia_65**
Corrección y edición de portada: **Monki_Donki**
14 de febrero del 2025
Última actualización: **1 de junio del 2025**

❓ Pregunta: ¿Seguirás traduciendo los libros?
▶ Posiblemente, es muy probable. No puedo prometer algo rápido ;3

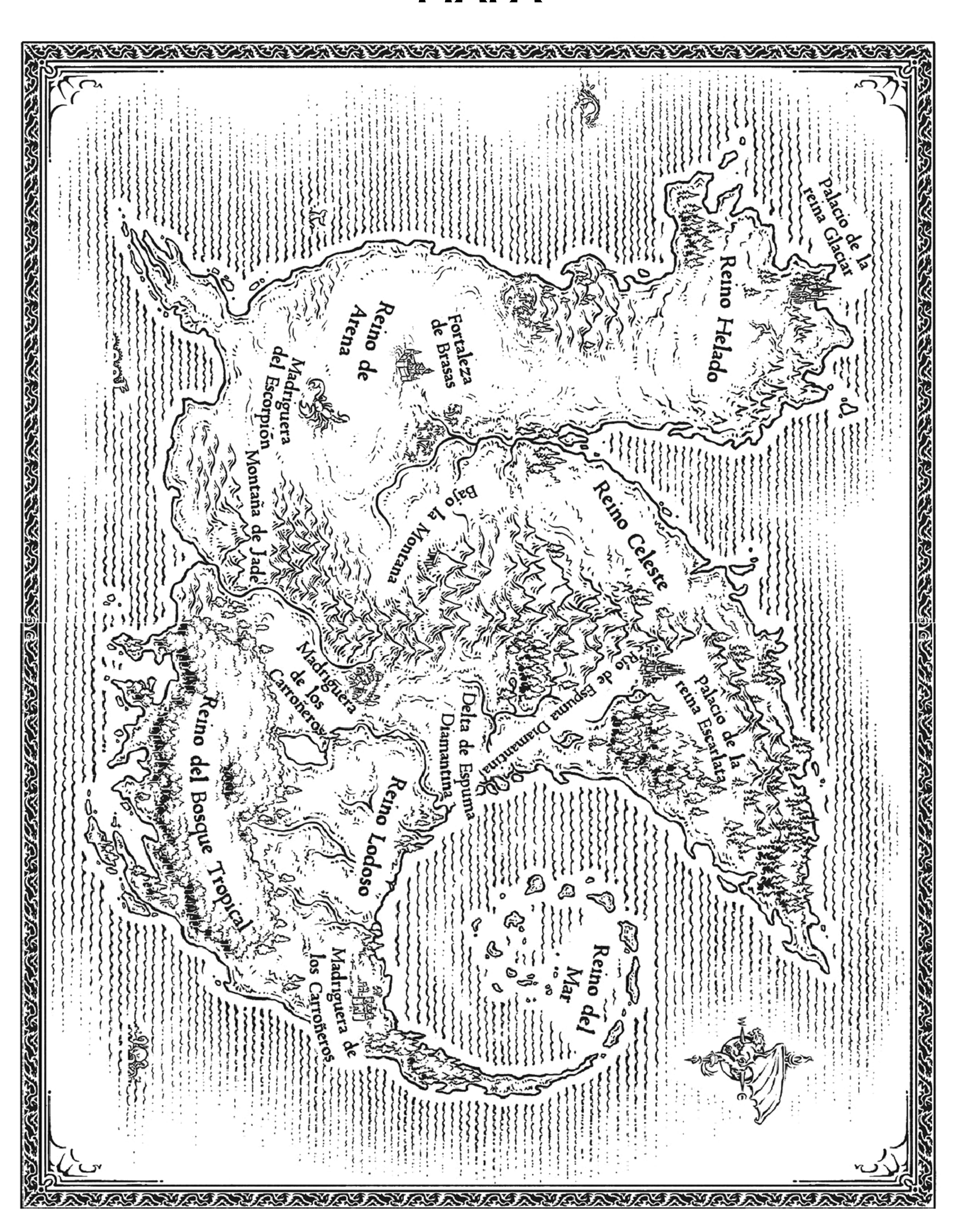
❓ Pregunta: ¿Puedo resubir la traducción en otros sitios?
▶ ¡Claro! Me encantaría que se comparta la traducción, siempre que no se modifique, ni mucho menos se quiten los créditos y los links. Si planeas resubirla en Wattpad da los créditos correspondientes antes de empezar a subir los capítulos.

DEDICATORIA

Para Adalyn,
que seas feroz, valiente y alegre,
y que siempre elijas tu propio destino

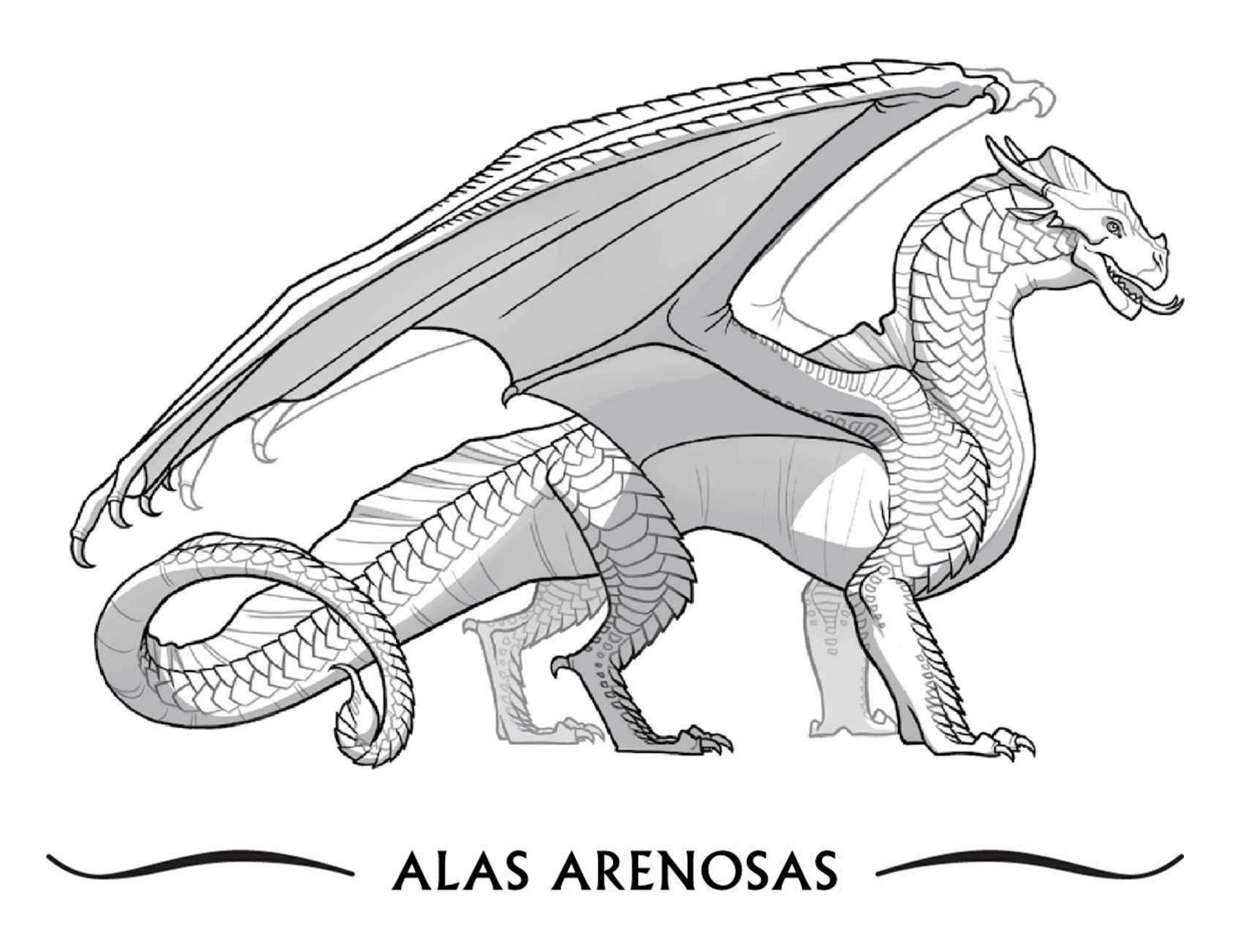
ÍNDICE

MAPA



Palacio de la reina Glaciar
Reino Helado
Fortaleza de Brasas
Reino de Arena
Madriguera del Escorpión
Montaña de Jade
Bajo la Montaña
Reino Celeste
Palacio de la reina Escarlata
Río de Espuma Diamantina
Madriguera de los Carroñeros
Delta de Espuma Diamantina
Reino del Bosque Tropical
Reino Lodoso
Reino del Mar
Madriguera de los Carroñeros


GUÍA DE LOS ALAS
NOCTURNAS SOBRE LOS
DRAGONES DE
PIRRIA
elta de Espuma



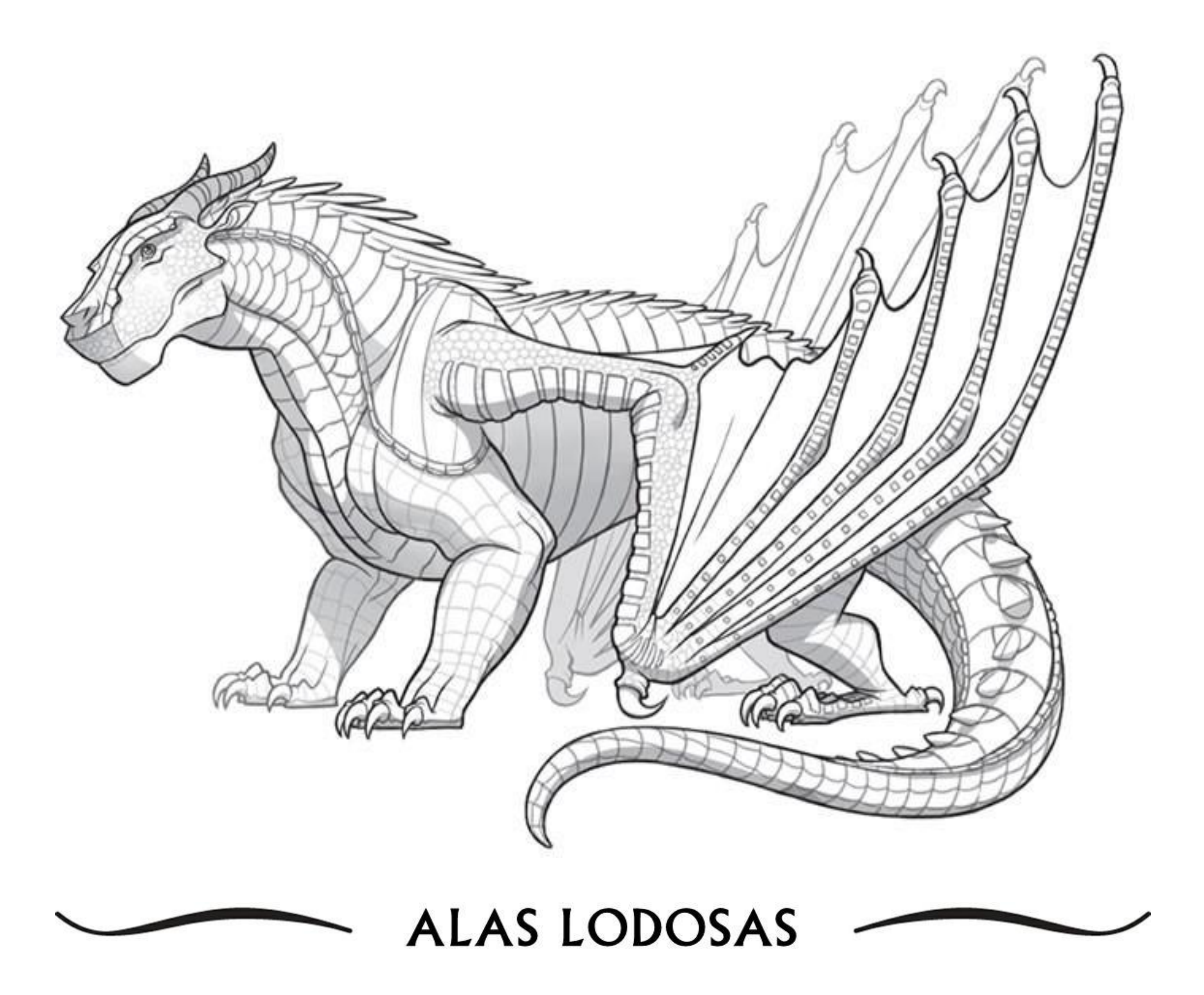
ALAS ARENOSAS

Descripción: escamas dorado claro o blancas, del color de la arena del desierto; Cola con púas venenosas; Lengua bífida negra.

Características: pueden sobrevivir largas temporadas sin agua. Envenenan a sus enemigos con la punta de la cola, como los escorpiones. Se entierran a sí mismos en las arenas del desierto para camuflarse; Respiran fuego.

Reina: desde la muerte de la reina Oasis, la tribu se dividió entre las tres rivales al trono: las hermanas Brasas, Ampolla y Llamas.

Alianzas: Brasas tiene de su parte a los Alas Celestes y a los Alas Lodosas, los aliados de Ampolla son los Alas Marinas y Llamas cuenta con el apoyo de la mayoría de los Alas Arenosas, además de haber formado una alianza con los Alas Heladas.



ALAS LODOSAS

Descripción: dragones fuertes con escamas marrones reforzadas con algunos reflejos dorados y ámbar. Grandes, de cabeza chata y con los orificios nasales en la parte superior del hocico.

Características: pueden respirar fuego (si alcanzan una temperatura lo bastante alta). Son capaces de aguantar la respiración casi una hora entera. Habitan en grandes charcos de lodo. Suelen ser muy fuertes.

Reina: la reina Gallareta.

Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Celestes en la gran guerra.



ALAS CELESTES

Descripción**:** escamas doradas, rojizas o naranjas. Alas enormes.

Características: poderosos luchadores y expertos voladores. Pueden respirar fuego.

Reina: la reina Escarlata.

Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Lodosas en la gran guerra.



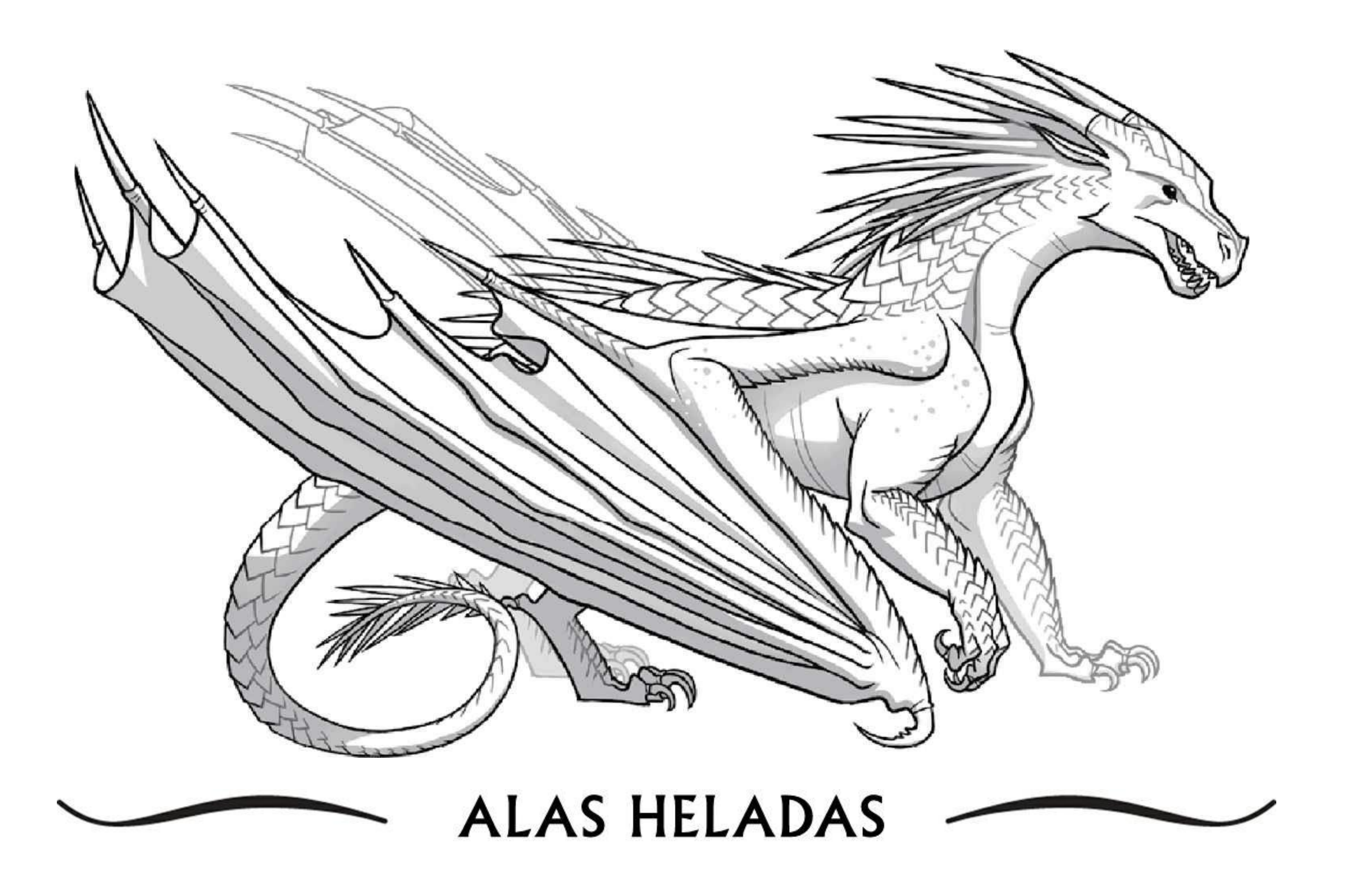
ALAS MARINAS

Descripción: escamas azules, verdes o aguamarina. Membranas entre las garras. Agallas en el cuello. Rayas en la cola, hocico y estómago que brillan en la oscuridad.

***Características*:** pueden respirar bajo el agua, ver en la oscuridad, crear olas enormes con un solo golpe de su poderosa cola y son excelentes nadadores.

***<u>Reina</u>*:** la reina Coral.

***Alianzas*:** actualmente, aliados de Ampolla en la gran guerra.



Descripción: escamas plateadas del color de la luna o azul claro como el hielo. Garras rugosas para sujetarse a las superficies heladas. Lengua bífida azul. Cola estrecha acabada en forma de látigo.

Características: pueden soportar temperaturas bajo cero y la luz brillante. Exhalan un mortífero aliento helado.

Reina: la reina Glaciar.

Alianzas: actualmente aliados de Llamas y la mayoría de los Alas Arenosas en la gran guerra.



ALAS LLUVIOSAS

***Descripción*:** sus escamas cambian constantemente de color. Suelen brillar como las aves del paraíso. Cola prensil.

***Características*:** pueden camuflarse adaptando el color de sus escamas a aquello que los rodea. Usan la cola prensil para escalar. No se les conoce ningún arma natural.

***Reina*:** la reina Destello.

***Alianzas*:** no participan en la gran guerra.



***Descripción*:** escamas negras violáceas y, bajo las alas, algunas escamas plateadas diseminadas, como un cielo nocturno salpicado de estrellas. Lengua bífida negra.

***Características*:** pueden respirar fuego. Desaparecen en las sombras oscuras. Leen la mente. Ven el futuro.

***Reina*:** es un secreto celosamente guardado.

***Alianzas*:** demasiado misteriosos y poderosos como para formar parte de la gran guerra.

LA PROFECÍA DE LOS DRAGONETS

Cuando la guerra veinte años haya durado...
Los dragonets se alzarán.
Cuando la tierra se empape de sangre y lágrimas...
Los dragonets se alzarán.

Encuentra el huevo Ala Marina azul oscuro
y las alas de la noche vendrán a tu encuentro.
El huevo más grande de la más alta montaña
traerá consigo las alas del cielo.
Para unas alas de tierra, busquen en el lodo
un huevo del color de la sangre de dragón.
Y escondido de los ojos de las rivales reinas,
el huevo de Alas Arenosas aguarda a la espera.

De las tres reinas que hieren y queman y arden,
dos morirán y la otra aprenderá el juego:
si se inclina ante un destino poderoso e inabarcable,
conseguirá el poder de las alas de fuego.

Cinco huevos que se abrirán en la noche más brillante,
cinco dragones destinados a terminar la lucha.
La oscuridad se alzará para traer la luz.
Los dragonets se acercan...



PRÓLOGO

Veinte años atrás...

Es casi imposible robarle a un dragón, sobre todo a uno de la realeza con un palacio, guardias y muros muy altos.

Al menos, eso es lo que la reina Oasis se decía a sí misma mientras se apresuraba por los oscuros pasillos, exhalando fuego para iluminar su camino.

Casi imposible y decididamente estúpido.

Y, sin embargo, tenía un terrible presentimiento...

Algo iba mal. *Algo* hurgaba en su palacio. Con su oído excepcionalmente agudo de Ala Arenosa, estaba segura de que oía chirridos, como de ratones lejanos, y quizá el tintineo de monedas.

Pero los ratones no robaban tesoros.

Entonces, ¿qué era, se lo estaba imaginando? Se había despertado de un sueño profundo con un sobresalto, como si alguien la hubiera apuñalado en el pecho con su cola venenosa. Parecía improbable, pero... de todos modos iba a revisar su tesoro.

La Reina Ala Arenosa dobló una esquina y se topó con dos de sus hijas, Llamas y Ampolla.

—*Ouch* —se quejó Llamas, saltando hacia atrás con una mueca—. Madre, me pisaste la *pata*.

Ampolla no dijo nada, pero se escabulló por una esquina para apartarse del camino de la reina. Sus ojos oscuros estaban fijos en cada movimiento de Oasis, en esa forma inquietante de ella. Oasis había tenido un presentimiento desde el momento en que Ampolla salió del cascarón: ésta era la hija que iba a matarla. Su hija mayor, Brasas, era más grande y más fuerte, pero Oasis y Brasas se llevaban bien, en cierto modo. Se entendían, aparte de la obsesión de Brasas por mutilar animales. Y era fácil distraerla: dale algo espeluznante y desaparecía en su habitación durante días.

Ampolla, en la otra garra, siempre parecía estar calculando los instantes que faltaban para la muerte de su madre, y así había sido desde que era una pequeña dragonet, desde que se dio cuenta por primera vez de que matar a su madre la convertiría en reina.

«*Adelante, desafíame* —pensó Oasis despectivamente, mirando a Ampolla—. *Te aplastaría como a un insecto y lo sabes*».

—¿Cuál es la prisa? —preguntó Ampolla con indiferencia, como si no percibiera la malevolencia en la mirada de su madre—. ¿Hay una crisis de la realeza? Déjame adivinar: Combustión intentó escaparse con su novia otra vez.

—No, yo me ocupé de ella —dijo Oasis—. Sólo voy a ver el tesoro.

—Ooohh, cosas brillantes —Llamas bostezó—. Buenas noches, madre.

«*Tonta Llamas* —pensó Oasis mientras se apresuraba a irse—. *Sería una reina terrible, pero es una hija aceptable. No tengo que preocuparme por lo que me hará*».

Oyó el chasquido de unas garras en la piedra detrás de ella y se dio la vuelta. Ampolla levantó las garras y desplegó las alas, llenando el estrecho pasillo.

—Siento haberte asustado —dijo sin convicción—. Me preguntaba si podría acompañarte.

Oasis dudó, pero sabía que, si decía que no, Ampolla encontraría la forma de escabullirse de todos modos. Siempre era mejor mantenerla donde pudieras verla.

—De acuerdo. Pero no toques nada.

«*Sé lo que quieres ver, víbora conspiradora. Aunque no te servirá de nada hasta que esté muerta*».

Recorrieron el largo pasadizo que conducía a las cuatro salas del tesoro.

Todo parecía en orden: las antorchas parpadeaban en silencio, las puertas estaban cerradas y atrancadas.

Pero había un *olor* extraño, algo peludo, boscoso y floral al mismo tiempo. Sin duda, algo había estado aquí.

Oasis se agachó para mirar bajo las puertas. Había un gran hueco entre las puertas y el suelo… No lo suficientemente grande para un dragón, por supuesto, pero...

—¿No hueles a un carroñero? —le preguntó a Ampolla.

—No sabría a qué huelen —dijo Ampolla, arrugando la nariz—. Son demasiado voluminosos y blandos para mi gusto.

La reina Oasis sacó las llaves correspondientes de su cuello y abrió todas las puertas, luego echo un vistazo por cada habitación, dejando las puertas abiertas.

Volvió a salir con el ceño fruncido.

—Eso parece siniestro —comentó Ampolla.

—*Carroñeros* —espetó la reina—. *Me* han robado. ¿Cómo *se* atreven? —Azotó su cola, siseando—. No pueden haber ido muy lejos. Despierta a Brasas y dile que se reúna conmigo afuera.

—¿Brasas? —Ampolla hizo eco, mirando por encima del hombro de su madre a las salas del tesoro.

—Por si son muchos y tenemos que luchar —dijo Oasis—. He visto lo que sus pequeñas espadas pueden hacer. No soy tan tonta como para salir sola.

—Oh, no, por supuesto que no —dijo Ampolla—. ¿Pero por qué Brasas, cuando yo estoy aquí?

Oasis le dirigió una mirada fulminante.

—Necesito a una luchadora de verdad —respondió—. No alguien que cree que puede usar su cerebro para salir de cualquier cosa, y ni siquiera es tan inteligente como cree ser.

—Ya veo —dijo Ampolla fríamente—. La despertaré enseguida. —Dio un paso por el pasillo y volteo—. ¿Qué se llevaron?

—Cosas pequeñas, en su mayor parte —gruñó Oasis—. Pero también se llevaron el Ojo de Ónix.

Aquello hizo que la cara de Ampolla se crispara, como si un atisbo de emoción real (¿preocupación? ¿sorpresa?) intentara manifestarse.

—Lo recuperaremos —prometió Oasis—. Y desayunaremos carroñero. —Empujó a Ampolla y se dirigió hacia la ruta más cercana al cielo—. Voy a salir. Despierta a Brasas, y date prisa.

—Oh, sí. Ahora mismo —dijo Ampolla. mientras Oasis se dirigía al patio, desplegó sus alas y se elevó hacia el cielo, por un momento creyó ver que Ampolla se giraba para mirar hacia las salas del tesoro en su lugar. «*Se me olvidó volver a cerrarlas* —pensó Oasis con inquietud—. *Pero esto sólo llevará un minuto. Y si es tan estúpida como para llevarse algo, tendré una buena excusa para matarla. Es más lista que eso*».

Se giró hacia las paredes exteriores, escudriñando la arena. Se le ocurrió un pensamiento inquietante: «*¿y si Brasas no despierta? ¿Y si voy a enfrentarme a los ladrones sola, sin refuerzos?*».

Entonces los vio. Tres carroñeros, dos de ellos esperando en la arena, el otro bajando por una ventana. Ninguno de ellos miraba al cielo. «*Monos*

idiotas infestados de sarna». Oasis gruñó y plegó las alas para descender silenciosamente tras ellos. Tal vez podría asustarlos hasta la muerte; las presas siempre sabían mejor cuando morían así.

«*Sólo son tres* —pensó—. *No necesito esperar a Brasas, si Ampolla va tras ella. Puedo encargarme de tres molestos carroñeros yo sola*».

Entrecerró los ojos, avanzando por las dunas hacia el sonido de los chillidos.

«*Después de todo... ¿qué es lo peor que podría pasar?*».

PRIMERA PARTE

Las Arenas Movedizas



CAPÍTULO 1

Sol siempre había sabido que era la dragona adecuada para un Gran Destino Heroico.

Iba a salvar el mundo. Ella y sus amigos iban a volar en alas de fuego, significara eso lo que significara, y traerían la paz a todos los dragones de Pirria. Estaba justo ahí en la profecía: *cinco dragonets nacidos para poner fin a la guerra*. Ese era su destino. Ese era su *propósito*.

Además, eso lo explicaba todo. ¿Por qué si no era tan pequeña y de aspecto extraño? No era una Ala Arenosa normal. Sus escamas y ojos eran del color equivocado, y no tenía un aguijón venenoso al final de su cola. Pero eso no importaba; de hecho, tenía sentido. Por supuesto, un héroe dragón con una búsqueda épica noble sería un poco diferente de todos los demás. ¿Y a quién le importaría su aspecto extraño una vez que detuviera la guerra?

Luego estaban sus padres, los dragones misteriosos que habían dejado su huevo enterrado en la arena del desierto, solo y sin vigilancia. No importaba que, obviamente, no la quisieran. A Sol no le importaba en absoluto, porque formaba parte de la profecía: *Y escondido de los ojos de las rivales reinas, el huevo de Alas Arenosas aguarda a la espera*. Eso estaba bien; los héroes de los pergaminos a menudo no tenían padres. Su destino heroico era más importante que cualquier familia.

Y su destino *era* importante. No había nada más importante que detener la guerra entre las tribus de dragones. Toda su vida, especialmente cuando se sentía atrapada o triste o preocupada sobre cualquier cosa, Sol imaginaba que se cumpliría la profecía; cuántas vidas salvarían y todas las familias felices y reunidas y todos los futuros dragonets que podrían crecer en paz, sin el miedo constante a la guerra.

Ese era el objetivo de su vida.

Y era una mentira.

Las paredes de roca rasparon sus alas mientras se alejaba de la isla de los Alas Nocturnas. Podía sentir los estruendos del volcán a través de sus garras. Sus amigos estaban detrás de ella, todavía enfrentando a Oráculo, pero tenía que alejarse de ellos, de él, de todo.

«*Él inventó la profecía, todo era un truco*».

«*No. No lo creo. Es un dragón vengativo y cruel que siempre nos ha manipulado a nosotros y a todos los que lo rodean. Diría cualquier cosa para herirnos*».

«*La profecía es real. Tiene que serlo*».

Salió del túnel hacia el bosque tropical e inmediatamente se estrelló contra el costado de un flaco dragón negro.

El Ala Nocturna gruñó de sorpresa y la fulminó con la mirada. Sol trató de darse la vuelta y volar hacia el otro lado, pero una pared tambaleante de alas negras, garras y colas la hizo retroceder.

A la luz de la luna, todo el bosque tropical parecía hervir de dragones. Rugidos, siseos y gruñidos ahogaban el sonido de las gotas de lluvia golpeteando las hojas a su alrededor. No ayudó que la mitad de los dragones fueran oscuros como las sombras y la otra mitad estuviera camuflada, por lo que garras y alas parecían aparecer de la nada. Sol evitó por poco una cola en su oreja cuando dos Alas Nocturnas quedaron atrapados en una enredadera colgante y se movieron violentamente como si estuvieran siendo atacados.

—¡Todos cálmense! —gritó la voz de Gloria.

—¡Escuchen! —bramó Grandiosa, la vieja reina Ala Lluviosa— ¡Su nueva reina está hablando!

Varios Alas Nocturnas murmuraron en voz baja, pero ninguno lo suficientemente alto como para ser escuchado, e incluso se quedaron en silencio mientras otros les siseaban.

Sol se agachó y se retorció entre la multitud, pero no pudo ir más allá del arroyo. Varios Alas Lluviosas estaban de pie junto al agua, en tonos azules y morados, sosteniendo lanzas de los Alas Nocturnas. La mayoría de ellos estaban arruinando el efecto mirando las lanzas con expresiones desconcertadas, o sosteniéndolas boca abajo.

Aun así, Sol decidió no intentar pasar de ellos. Esas lanzas dolerían tanto si la pincharan por accidente como a propósito

Lo que realmente quería hacer era adentrarse en el bosque tropical y no volver. No estaba segura de poder enfrentarse a sus amigos, que actuaban como si no les importara la profecía en absoluto, y ni siquiera podía mirar a los Alas Nocturnas.

«*Tsunami quiere creerle a Oráculo. Ella nunca ha querido cumplir la profecía. No entiende lo importante que es*».

«*Cieno sería igual de feliz si nadie se diera cuenta de lo maravilloso que es. Entonces podría dormir, comer y cuidar de nosotros en lugar de pelear*».

«*A Nocturno le encantaría dejar de preocuparse por la profecía*».

«*Y Gloria tiene bastante que hacer aquí, ahora que es reina*».

«*Ninguno de ellos luchará por nuestro destino. Ciertamente no me escucharán si trato de explicar que Oráculo debe haber estado mintiendo. Me pondrán esa mirada que siempre tengo, la que dice: "Oh, la tonta Sol y sus sueños locos, ¿no es linda e inofensiva?"*».

Miró hacia la masa de árboles oscuros que se alzaban sobre su cabeza, donde los rayos de la luna y las gotas de lluvia se deslizaban con el viento. Incluso si intentara huir, probablemente se le atascaría la cola en la rama de un árbol y necesitaría ser rescatada, y luego sus amigos pondrían los ojos en blanco y le darían palmaditas en la cabeza nuevamente.

«*En el desierto no sería así* —pensó. Miró a través del arroyo hacia el otro túnel, el que conducía al Reino de Arena—. *Allí podría volar y volar y volar hasta el horizonte sin pararme a pensar*».

No pensar sonaba bastante atractivo ahora mismo.

«Son tan normales como cualquier otro dragón».

Las palabras rencorosas de Oráculo daban vueltas y vueltas en su cabeza. «Yo inventé toda la profecía... Está guerra continuará de todos modos. Más y más dragones morirán cada día, seguramente durante generaciones. Todos ellos se preguntarán qué habrá sido de los maravillosos dragones que en teoría iban a salvarlos, pero que obviamente fallaron».

Sol apretó las garras y se agachó hasta el suelo. Estaba mintiendo, estaba mintiendo, *estaba mintiendo*. No dejaría que esos Alas Nocturnas la vieran llorar.

Gloria se subió a una roca y batió las alas con fuerza. Incluso allí arriba, y con su cara de reina, Gloria seguía pareciendo una dragonet, más pequeña que casi todos los Alas Nocturnas que la rodeaban.

«*Si la profecía es falsa, ¿por qué todos fueron tan terribles con Gloria por no estar en ella?* —pensó Sol, sintiendo otra oleada de furia contra Oráculo—. *¿Por qué hacerla sentir tan inútil, si todos somos inútiles?*».

«*Porque es real. Tiene que serlo. Pero, ¿cómo puedo demostrarlo?*».

—Alas Nocturnas —llamó Gloria firmemente, hablando para ser escuchada por encima de los dragones y la tormenta— Su hogar ha desaparecido. Su reina está muerta. Pero esta es su oportunidad de empezar

de nuevo. Si lo arruinan, perderán este hogar también —señaló a los Alas Lluviosas—. Tratarán a estos dragones con respeto, y a cambio, porque esa es la clase de dragones que son, serán mucho más amables con ustedes de lo que merecen.

El Ala Lluviosa que estaba al otro lado del arroyo puso una expresión casi feroz.

La lluvia salpicó el hocico y las alas de Sol. La tormenta estaba arreciando y rasgaba las copas de los árboles por encima de sus cabezas.

—Esta noche se quedarán aquí —continuó Gloria—. No quiero que ningún Ala Nocturna se aleje hasta que podamos contarlos y anotarlos a todos. A cada uno se le asignarán dos Alas Lluviosas para que los vigilen. Y sí, si sienten que no confiamos mucho en ustedes, es porque no lo hacemos. Ninguno de ustedes es bienvenido en la aldea de los Alas Lluviosas hasta que se ganen esa confianza. Les encontraremos otro lugar para vivir.

—Nos mojaremos aquí afuera —se quejó uno de los Alas Nocturnas más corpulentos.

Gloria lo fulminó con la mirada.

—Siéntete libre de volver y dormir en tu bonita isla seca —espetó—. He oído que allí hace bastante calor.

Sol miró a las Alas Nocturnas. Incluso a la luz de la luna, podía ver que la mayoría de ellos parecían muy agitados y abatidos. Ver su hogar enterrado por el volcán (aunque sabían que acabaría ocurriendo, y aunque la isla había sido un lugar terrible para vivir) debió de ser un shock terrible.

«*Algo así como que te digan que toda tu vida es una mentira, imagino*».

Un rugido emergió de repente de la multitud detrás de ella. Dragones negros se abalanzaron hacia Sol, agitando las alas, alarmados, mientras dos Alas Lluviosas de color rojo intenso se zambullían entre ellos y arrastraban a un Ala Nocturna aullante y petrificado delante de la reina Gloria.

—¡Este! —gruñó una de los Alas Lluviosas—. ¡No puede quedarse aquí! Es el peor de todos.

—Es el que hizo todos los experimentos de veneno en nosotros —dijo el otro. Azotó su cola y le siseó. Sol nunca había visto a ningún Alas Lluviosas tan enojado, aparte de Gloria. Giró el cuello para mirar al Ala Nocturna y se dio cuenta de que era el padre de Nocturno, Erudito, el científico jefe de la tribu de los Alas Nocturnas. Por la expresión de Gloria, la reina probablemente también adivinaba de quién se trataba.

Los Alas Nocturnas habían estado secuestrando Alas Lluviosas durante el último año y haciendo experimentos para entender sus habilidades para

disparar veneno. Habían estado planeando invadir el bosque tropical para robárselo a los Alas Lluviosas, ya fuera matando o esclavizando a todos los dragones pacíficos del bosque tropical que ya vivían aquí.

Sol había visto el páramo de lava de la isla donde vivían los Alas Nocturnas. Sabía que estaban desesperados por un nuevo hogar, y al principio, pensó que Nocturno era brillante por ofrecerles pasar al bosque tropical, siempre y cuando juraran su lealtad a la reina Gloria, junto con la promesa de comportarse pacíficamente. Le gustaba la idea de que dragones de diferentes tribus aprendieran a vivir juntos, sentía lástima por los dragones negros enfermos y hambrientos, y le encantaba la justicia poética de que un Ala Lluviosa se convirtiera en la nueva reina de los Alas Nocturnas.

Pero al mirar a los dragones que murmuraban a su alrededor, los Alas Nocturnas, que no parecían tan apenados como deberían, y los siseantes Alas Lluviosas, que apenas empezaban a darse cuenta de lo que habían pasado sus amigos, Sol se preguntó si aquello había sido un gran error. Tal vez deberían haber dejado que los Alas Nocturnas fueran tragados por el volcán. Tal vez no era posible perdonarlos. «*Tal vez ni siquiera deberíamos haberlo intentado*».

Si podían mentir sobre algo tan grande e importante como la profecía y detener la guerra, ¿sobre qué más mentirían? ¿Cómo podría Gloria confiar en ellos?

—Lo siento —graznó débilmente Erudito—. Era... sólo... por la ciencia....

Su voz se entrecortó, y se encogió lejos de los Alas Lluviosas a su lado.

Gloria agitó sus alas y varios colores ondularon rápidamente a través de sus escamas.

—Átenlo. Ya pensaremos que...

—¡Cuidado! —rugió un dragón junto al túnel— ¡Apártense!

Profecía salió disparada por el agujero y un momento después, Tsunami se lanzó tras ella.

—¡Todos abajo! —gritó la Ala Marina.

Todos los Alas Nocturnas del túnel se tiraron al suelo. Una ráfaga de calor abrasador salió del agujero, convirtiendo las gotas de lluvia a su alrededor en vapor sibilante. Sol era una de las pocas todavía de pie, mirando el túnel, cuando dos dragones más irrumpieron en él.

Era Cieno, con sus alas protegiendo a Nocturno. Las garras delanteras de Nocturno le cubrían los ojos y largas quemaduras le ampollaban las escamas. En cuanto llegaron al aire libre, se desplomó en el suelo.

—¡Atrás! —Tsunami gritó ferozmente a los dragones que aleteaban a su alrededor.

—¡Nocturno! —gritó Sol, sintiendo una punzada de culpabilidad.

«*Está herido. Nunca debí dejar a mis amigos con Oráculo*».

Saltó hacia delante, intentando abrirse paso entre la multitud de dragones frenéticos para llegar hasta él.

Pero, de repente, unas garras rodearon su hocico y hombros, y la arrastraron hacia atrás, hacia los árboles oscuros.



CAPÍTULO 2

Sol aleteó furiosamente contra las enormes alas que la envolvían.

—Rápido, mientras están distraídos —oyó que siseaba una voz. Gotas de lluvia cayeron sobre la cabeza de Sol cuando el dragón que la sujetaba se agachó entre las hojas. Era difícil ver mucho más que escamas negras, pero Sol se dio cuenta de que la arrastraban hacia el bosque, lejos de los túneles y de la multitud de dragones.

«*¡Pero tengo que asegurarme de que Nocturno está bien!*». Sol arañó el brazo que sujetaba sus alas, pero el Ala Nocturna sólo gruñó y la sujetó con más fuerza.

Las hojas húmedas crujían y se deslizaban bajo sus garras. Por los sonidos a su alrededor, Sol supuso que había tres Alas Nocturnas, incluido su atacante, escabulléndose de la escena mientras todos estaban concentrados en Nocturno y Cieno.

«*Eso es... inquietante*».

Tal vez debería intentar averiguar qué tramaban. Dejó de forcejear y escuchó.

Los dragones se movían rápida y silenciosamente, incluso sin volar; en apenas unos latidos, Sol ya no podía oír lo que gritaban Gloria y Tsunami. También se movían con determinación, como si conocieran bien el bosque.

«*Una partida de caza*», pensó Sol con un escalofrío. Probablemente sean algunos de los dragones que vinieron por el túnel para secuestrar a los Alas Lluviosas.

«*¿Qué quieren de mí?*».

—Aquí —dijo uno de los dragones al cabo de un rato, y todos se detuvieron. Incluso con el agudo oído de Sol, los dragones rugiendo detrás de ellos sonaban como truenos lejanos murmurando en el horizonte. La lluvia caía cada vez con más fuerza, y los siempre presentes ruidos de los insectos de la selva se habían escondido.

Sol cayó al suelo, con el barro aplastándose entre sus garras y salpicándole la cola. Se levantó de un salto y le siseó al dragón que la llevaba. Apenas la miró antes de voltear hacia los otros dos.

—¿Y ahora qué? —demandó uno—. Todo el plan está arruinado. No voy a quedarme aquí para doblegarme ante una dragonet Ala Lluviosa.

—Yo tampoco —dijo uno de ellos, una hembra que era poco más que una dragonet. Sol supuso que tenía unos nueve años. Estaba desaliñada, mojada, huesuda y encorvada y, sin embargo, cuando resoplaba una llamarada, Sol podía ver cómo sus ojos brillaban con obstinada ferocidad.

—Además, probablemente me matarán —dijo el gran dragón—. Ya viste cómo se comportaron con Erudito. Si recuerdan que yo era su asistente... Quiero decir, yo era quien los encerraba o los pegaba a las paredes por él. Estarán tras mi sangre si nos quedamos aquí.

—¿A dónde se supone que iremos? —siseó el último dragón, otro macho, mucho menos musculoso que el que había estado llevando a Sol. Le faltaban algunos dientes y su cola estaba doblada en el extremo, como si alguna vez se hubiera roto y luego hubiera sanado mal—. Nos prometieron la selva tropical. *Aquí* es donde quiero vivir, pero no como dragones de segunda clase. Imagínate, Alas Lluviosas diciéndonos qué hacer.

—Bueno, la tenemos a *ella*, como sugeriste —le dijo el gran macho a la dragonet, moviendo un ala hacia Sol—. ¿Entonces qué hacemos con ella?

La dragonet Ala Nocturna agitó la cola y entrecerró los ojos hacia Sol.

—La usamos como moneda de cambio. Podemos mantenerla como rehén hasta que lleven a toda nuestra tribu a la aldea de los Alas Lluviosas y escojan como reina a una de nosotras.

—¿Cómo a quién? —dijo el otro macho. Escupió una pequeña llama a la rama que goteaba sobre su cabeza—. Grandeza es débil y no luchará por el trono. La reina Triunfal no tenía hermanos ni hermanas ni otras hijas. No hay nadie más para reclamarlo.

—Yo lo reclamare —dijo la dragonet—. Eso sería incluso mejor que estar en la profecía. Si esa Ala Lluviosa puede ser reina, ¿por qué no yo? Soy más grande que ella.

—Cierto —gruñó el grande detrás de Sol.

—Bueno, tengo malas noticias —dijo Sol—. No te darán nada a cambio de mí. No soy nadie. Sólo una Ala Arenosa de aspecto extraño con una cola inútil.

Cerró la boca antes de que la voz le temblara. Llevaba toda la vida diciendo cosas así, pero nunca se había sentido mal por ello hasta hoy. Si no había profecía... eso significaba que realmente era extraña e inútil.

«*No, no es así como funciona. Soy rara porque tengo un destino. Hay una razón por la que soy así. Tiene que haberla*».

Los Alas Nocturnas la miraron con expresión escéptica.

—Eso sería molesto —dijo el grande—. Me irritaría bastante llevar a esta cosita por el bosque y que me arañaran las escamas sin motivo. Mordida Feroz, pensé que habías dicho que valdría algo.

«*¡Mordida Feroz!*». Sol recordó lo que Nocturno les había contado sobre los dragonets de la isla de los Alas Nocturnas. ¿No era Mordida Feroz su media hermana?

—Podemos usarla si es quien creo que es —dijo Mordida Feroz. Pinchó dolorosamente a Sol en las costillas con una garra—. ¿No eres Sol? Nocturno no paraba de hablar de una tal Sol cuando dormía.

Sol parpadeó, demasiado sorprendida para contestar.

—Sí, es ella —dijo Mordida Feroz, respondiendo a su propia pregunta—. Mi hermano está totalmente enamorado de ella. Aceptaría cualquier cosa con tal de recuperarla.

«*Eso podría ser cierto* —pensó Sol alarmada—. *¿De verdad habla de mí en sueños?*». Sólo habían pasado unas horas desde que, en el claro de la selva, en medio de los dragones que se preparaban para invadir la isla de los Alas Nocturnas, Nocturno le había dicho que la amaba, que siempre la había amado.

Aún no sabía cómo se sentía al respecto. No sabía cuál era ese sentimiento, esas extrañas ondas de sorpresa cada vez que recordaba su expresión. Era «*no sé qué hacer y alguien me quiere*», «*no le hagas daño*», «*de verdad, ¿ahora mismo?*», «*imagina lo feliz que podrías hacerlo*», «*¿por qué yo? de verdad, ¿yo?*», «*pero es* Nocturno». Su dulce, inteligente y ansioso amigo. Nunca había pensado en él así, ni una sola vez.

Todavía le costaba creer que lo dijera en serio. Ninguno de los otros dragonets la tomaba en serio. Ella siempre había asumido que él era igual, que pensaba que ella era demasiado pequeña y alegre como para que valiera la pena escucharla.

«*Concéntrate. No dejes que te utilicen para hacerle daño a tus amigos*».

—¿No viste las heridas de Nocturno? —dijo ella—. Está demasiado herido para tener voz en lo que suceda a continuación. Y a Gloria le importo un bledo. Acéptalo, no pueden usarme. Deberían volver y reunirse con los otros Alas Nocturnas.

—Buen intento —dijo Mordida Feroz.

—¿Y si tiene razón? —dijo el Ala Nocturna con el diente perdido— ¿Y si no la quieren? ¿Y si nos exponemos y luego nos matan?

—Fortachón no les dejará hacer eso —dijo Mordida Feroz, acercándose al fornido dragón.

«*Son pareja* —se dio cuenta Sol—. *Una pareja realmente extraña*». Fortachón era casi el doble de grande que Mordida Feroz, pero no dejaba de girarse hacia ella y agachar la cabeza como si esperara a que le diera órdenes.

—Sé cómo podríamos averiguarlo —dijo el otro macho. Sacó algo plano, brillante y ovalado de debajo de su ala. A la luz de la luna, brillaba como cristal negro pulido y encajaba perfectamente entre sus garras delanteras. Y permanecía perfectamente seco; las gotas de lluvia parecían desviarse para evitar llover sobre él.

—El Espejo de Obsidiana —dijo Fortachón con un siseo de admiración—. Buen trabajo, Cazador. Me preguntaba si a alguien se le ocurriría salvarlo. —Se inclinó y tocó la superficie lisa con una garra—. No me sorprende que no fuera Grandeza. Estaba más preocupada por salvar sus propias escamas.

—De todos modos, nunca lo usó —resopló Cazador—. Ni siquiera cuando necesitábamos saber qué tramaban los Alas Lluviosas. Dijo que no confiaba en nada que estuviera encantado por un animus. Cobarde. No creo que la reina supiera que no lo usaba.

—Ya no funciona tan bien como antes —dijo Fortachón—. Todos creen que Mueverrocas le hizo algo antes de desaparecer.

—¿Qué es? —Preguntó Mordida Feroz.

—Un tesoro muy antiguo encantado por un animus —explicó Fortachón—. Fue una de las cosas más importantes que tuvimos que salvar de la sala del tesoro cuando el volcán entró en erupción y sepultó esa parte de la fortaleza, cuando yo era un pequeño dragonet. Lo utilizamos para... —Hizo una pausa y miró a Sol—. Hmm.

—No te preocupes, la mataremos antes de que pueda contarle nada importante a nadie —dijo Cazador.

«*Adelante, inténtalo* —pensó Sol con fiereza—. *Nadie lo ha logrado todavía*».

Inclinó el espejo para que captara la luz de las dos lunas que brillaban entre las nubes. La tercera luna no era más que una fina media luna que apenas llegaba a las copas de los árboles. La lluvia había amainado hasta convertirse en una llovizna neblinosa.

—Muéstrame cómo funciona —exigió Mordida Feroz. Arrancó una rama del árbol más cercano y le prendió fuego al extremo, las hojas crepitaron húmedas en las llamas.

—Sólo necesitamos un nombre —dijo Fortachón—. Uh, alguien importante.

—Esa reina Ala Lluviosa, obviamente —espetó Mordida Feroz. Él la miró en blanco y ella le siseó—. Gloria.

—Gloria —susurró el dragón que sostenía el Espejo de Obsidiana. Exhaló una columna de humo sobre el cristal oscuro. El humo se enroscó y retorció, serpenteando como una fina serpiente alrededor del borde exterior del espejo durante unos latidos. De repente, el humo desapareció como si hubiera sido absorbido por el espejo y, un instante después, un zarcillo se enroscó desde el centro del cristal, blanco teñido de púrpura, curvándose como el cuello de un dragón.

—¡Manglar! —ladró el zarcillo con la voz de Gloria—. Asegúrate de que ninguno de ellos tenga más de esas lanzas. Jambu, tú y Grandiosa empiecen a contarlos, a los Alas Nocturnas, para que quede claro, no las lanzas.

Mordida Feroz sonrió, sus dientes brillaban blanquecinos a la luz de la luna.

—¿Esto está pasando ahora mismo? —susurró, y Fortachón asintió—. Brillante.

«*Sí, ya veo que es un truco útil* —pensó Sol con amargura—. *Sobre todo para convencer a otros dragones de que tienes habilidades místicas para leer la mente*».

Un hilo de humo rosa se enroscó desde el espejo junto al primero.

—Por supuesto, no hay problema, su majestad —dijo—. Excepto, eh... así que, contar. Uhm. No me malinterpretes, se me da bastante bien. Hasta, como... ¿veinte? Es un número bastante grande, ¿verdad? Probablemente no haya más Alas Nocturnas aquí que eso.

—Jambu, aquí hay al menos doscientos Alas Nocturnas —espetó Gloria.

—Hum —dijo él—. Eso es como... ¿Doscientos veinte? ¿Tal vez tres?

—Ni siquiera puedo poner los ojos en blanco ahora mismo —dijo Gloria—Encuéntrame a un Ala Nocturna que sepa contar.

—Yo lo haré —Apareció una espiral de humo más oscura, justo al lado de la primera. Sol tardó un momento en reconocer la voz Mortífero, el asesino que había recibido la orden de matar a Gloria, pero en lugar de eso la ayudó a escapar de los Alas Nocturnas.

—Qué gracioso —dijo Gloria—. Cuéntame otro. Me encantan los chistes sobre confiar en los Alas Nocturnas.

—Criatura exasperante —dijo Mortífero—. ¿No te he *no* matado ya varias veces?

—Lo sabía —gruñó Cazador, enroscando sus garras alrededor del espejo—. Sabía que Venganza tenía razón sobre él. Mortífero es un traidor.

—Nos ocuparemos de él cuando el bosque tropical sea nuestro —siseó Fortachón.

—Bien —dijo la voz de Gloria—. Ve a contar a los Alas Nocturnas. Haré que Nocturno revise tus números cuando despierte.

—Un sonoro voto de confianza —respondió Mortífero, sonando divertido. El hilo de humo oscuro volvió a enroscarse en el espejo, al igual que el rosado. El zarcillo de humo de Gloria se retorció un momento, solo en el cristal.

—Se despertará, ¿verdad? —dijo finalmente en voz baja.

—Creo que sí —una nueva espiral de humo color barro se abrió paso desde el espejo, y Sol sintió que el corazón le daba un salto de esperanza al oír la voz de Cieno. Él siempre la hacía sentir mejor, incluso desde el otro lado de la selva—. Pero se quemó bastante. Deberíamos usar los dardos para que siga durmiendo hasta que se haya curado lo más posible, creo. Le dolerá mucho cuando despierte.

«*Pobre Nocturno*». Sol enroscó la cola alrededor de sus garras.

—¿Y sus ojos? —Gloria preguntó— ¿Estarán bien?

—No lo sé —musitó Cieno.

—Muy bien, hice un barrido del perímetro —dijo mandonamente la voz de Tsunami mientras un aro azul de humo aparecía en el espejo—. Me aseguré de que cualquier hueco se llenara con Alas Lluviosas sosteniendo lanzas y cerbatanas, y agregué algunos guardias más en los túneles. *No* creo que den mucho miedo, pero espero que a los Alas Nocturnas les dé. —El humo azul se agitó alrededor de los otros dos zarcillos como si Tsunami los estuviera rodeando para aterrizar.

—Por eso los necesito a los dos aquí —dijo Gloria—. Los sanadores que llevaron a Nocturno a la aldea pueden cuidarlo hasta que lleguemos. Pero para acorralar a Alas Nocturnas, ustedes son los dragones más intimidantes que tengo.

—¡Muajajaja! —exclamó Cieno— ¡Ese soy yo! ¡Intimidante! ¡Roar!

—Bueno, lo eras hasta que hiciste *eso* —dijo Tsunami.

—Oye, al menos no eres rosa brillante —dijo Gloria—. Eso es extremadamente útil en este momento.

—Está bien —dijo Cieno—. Sol probablemente ya esté en la aldea. Ella cuidará de Nocturno, no importa lo molesta que esté.

Sol hizo una mueca y Mordida Feroz la miró con dureza.

—¿Por qué está molesta? —preguntó Gloria.

—Ese lagarto apestoso de Oráculo —respondió Tsunami—. Nos dijo que la profecía es falsa. Lo inventó todo como parte del plan de los Alas Nocturnas para apoderarse del bosque tropical.

Hubo una larga pausa. Los tres dragones alrededor del espejo miraron a Sol. Ella se miró las garras.

—¿QUÉ? —explotó Gloria. Su rizo de humo se disparó al doble de su tamaño anterior.

—Sí —dijo Cieno— ¿No es una locura? Supongo que por eso Oráculo quería que eligiéramos a Ampolla como la próxima reina, tenía todo este...

—VOY A MORDERLE LA CABEZA A ESE DRAGÓN Y METERLO

EN UN VOLCÁN —rugió Gloria.

—Demasiado tarde —cortó Tsunami—. Ya que eso como que ya pasó. Me refiero a lo del volcán. Ahora es un montón de cenizas.

—¿Hablas en serio? —exigió Gloria, hablando por encima de ella— *¿Todo fue inventado?* ¿No hay destino, no hay alas de fuego? ¿No hay razón para que hayamos estado atrapados en una cueva toda nuestra vida? ¿No hay un increíble y mítico Ala Celeste infinitamente mejor que yo? *¿No hace falta ninguno de nosotros, después de todo?*

—Oye, yo también estoy enojada —dijo Tsunami—. Pero...

—VOLVAMOS Y MATÉMOSLO DE NUEVO.

—Al menos ya no tenemos que preocuparnos por él —señaló Tsunami—. Sin destino significa que podemos hacer lo que queramos. Los Garras de la Paz pueden meterse un pez globo por la nariz.

—Pero Sol estaba muy molesta —dijo Cieno—. Ella siempre estaba un poco emocionada por la profecía.

«*¿Un poco emocionada?* —Sol azotó su cola—. *No era sólo una divertida aventura lo que estaba esperando, Cieno*».

—Oh, Sol estará bien —dijo Tsunami—. Ya la conoces. Siempre está feliz por todo. Mañana volverá a sonreír, y la semana que viene probablemente ni siquiera recordará la profecía. Sólo necesita algo nuevo por lo que preocuparse, como cuidar de Nocturno.

—Bueno, se me ocurren muchas maneras de mantenerla ocupada —pensó Gloria—. Para empezar, puede encontrarme a alguien a quien gritarle. *No puedo creerlo*. Si no tuviera que actuar como una reina ahora mismo, rrrrrrrrrrrrrrrgh. —Su voz se convirtió en un gruñido ahogado.

Sol miró al Espejo de Obsidiana. Eso era exactamente lo que más odiaba de la forma en que la veían sus amigos, aunque oírlos decirlo tan abiertamente lo hacía mucho peor. «*Como si actuar feliz significara que en realidad no me importa nada. Como si sólo necesitara* distraerme *y me olvidara del sentido de nuestra existencia y de todos los dragones que cuentan con nosotros. Como si mi* cerebro *tuviera el tamaño de un* arándano*, por las tres LUNAS*».

Vio que Mordida Feroz la miraba con una sonrisa irónica.

—No están muy impresionados con tu inteligencia —dijo la Ala Nocturna.

Sol la miró con el ceño fruncido.

—Parece que les *gusta* —dijo Fortachón—. Pero no como si pensaran que es particularmente útil o importante. No estoy seguro de que nos den el bosque tropical a cambio de ella.

«*Yo tampoco* —pensó Sol—. *No es que deban hacerlo. Pero... ¿qué harían para recuperarme? ¿Cualquier cosa? O pensarán: "Oye, ella estará bien como rehén. Recuerda que siempre está feliz con todo. ¡Y eso debería distraerla bastante! ¡Perfecto!" Tal vez me rescate a mí misma, entonces. Eso les mostrará. Y luego voy a cumplir la profecía por mí misma, también, y entonces verán que siempre fue real*».

Sabía que era exactamente el tipo de cosas por las que sus amigos pondrían los ojos en blanco. Pero si a nadie más le importaba su destino... si ella era la única dragonet que aún creía en él... ¿qué se suponía que debía hacer?

El Ala Nocturna que sostenía el espejo inclinó el cristal para que los zarcillos de humo se arremolinaran y luego disparó una pequeña ráfaga de fuego sobre la superficie. El humo desapareció y el cristal negro se quedó inmóvil.

—Hay otra opción —dijo Cazador, mirando a los demás con una expresión socarrona—. Una dragona que definitivamente quiere a esta Ala Arenosa atrofiada, muchísimo, supongo.

Mordida Feroz inhaló bruscamente.

—Tienes razón. *Tres* dragonas. Podríamos venderla a la mejor postora, a quienquiera que esté dispuesta a formar un ejército y recuperarnos el bosque tropical.

«*Uh oh*». Sol no iba a ser entregada a una de las reinas Ala Arenosa. Ya había pasado suficiente tiempo en jaulas y prisiones, muchas gracias. Echó un vistazo a los árboles inclinados y las enredaderas enredadas a su alrededor, buscando los huecos más cercanos en el follaje.

—Empieza con Ampolla —dijo Fortachón, con sus ojos oscuros brillando a la luz de la luna—. Siempre le paga bien a sus informantes, y es a nosotros a quienes más necesita.

«*¿Con que les paga?* —se preguntó Sol—. *Todo el tesoro real de los Alas Arenosas fue robado por el carroñero que mató a la reina Oasis, ¿no? Y si quedara algo, estaría en la fortaleza Ala Arenosa, la cual Brasas controla*».

—Pero a Brasas le encantaría tener esta rareza en su colección —argumentó Cazador—. Por lo que he oído, una dragonet deforme encajaría perfectamente con las criaturas de dos cabezas y los carroñeros disecados.

—No estoy *deforme* —dijo acaloradamente Sol, pero ninguno le prestó atención.

La reina Escarlata también había estado planeando entregar a Sol a Brasas para esta ominosa «colección». Sol estaba bastante segura de que nunca quiso ver qué más había coleccionado Brasas.

—¿Quién tiene el ejército más fuerte? —preguntó Mordida Feroz—. Brasas, ¿verdad? Y sólo nos llevaría unos días llegar hasta ella, si volamos directamente sobre las montañas y no nos detenemos. —Le dio un golpecito en el hocico a Fortachón cuando lo abrió para hablar—. No hagas preguntas estúpidas. No podemos usar el túnel hacia el Reino de Arena, estarán vigilando- ¡YEEEEOOOOW!

El aullido de dolor de Mordida Feroz hizo saltar gotas de lluvia de las hojas que las rodeaban mientras Sol hundía los dientes en el punto vulnerable de su cola. Fortachón se abalanzó para agarrar a Sol, le aflojó las mandíbulas y la arrojó a un lado.

—¡Mordida Feroz! —gritó, inclinándose sobre la dragonet Ala Nocturna—¿Estás bien?

Detrás de él, Sol cayó al suelo rodando, se levantó con las alas desplegadas y salió disparada hacia los árboles.

—¡Que no se escape! —chilló Mordida Feroz— ¡Fortachón! ¡Atrápala! Mátala si es necesario.



CAPÍTULO 3

Las lianas húmedas que colgaban golpeaban el hocico de Sol mientras volaba hacia las copas de los árboles. Recordó lo que había aprendido de los Alas Lluviosas sobre el vuelo en la selva y mantuvo las alas cerradas. No podía usar su cola para columpiarse entre los árboles como ellos, pero era lo suficientemente pequeña como para maniobrar a través de huecos estrechos y desviarse rápidamente.

Pero los tres Alas Nocturnas estaban justo detrás de ella, rugiendo furiosamente.

«*Debería guiarlos de vuelta a los túneles y a los otros. Gloria tiene que saber que no son leales, tiene que encerrarlos y vigilarlos*».

«*¿Por cuánto tiempo?* —se preguntó Sol—. *¿Para siempre? Nunca serán dignos de confianza; siempre estarán conspirando para derrocarla. ¿Qué se hace con dragones así?*».

Una de sus alas chocó contra una rama y una familia de monos saltó hacia los árboles, aullando y chillando alarmados. Se giró para mirar hacia atrás y vio cómo un rayo de fuego envolvía a uno de los monos mientras los Alas Nocturnas los atacaban, pensando que era ella.

«*No serán tan tontos como para seguirme todo el camino de vuelta* —se dio cuenta Sol—, *aunque pueda mantenerme delante de ellos todo ese tiempo. No se dejarán atrapar*»

«*¿Qué harán en su lugar?*»

Por poco se golpea con una rama de árbol gigante, agachándose para esquivarla en el último segundo.

«*El mismo plan, sólo que, sin mí, irán a ver a Brasas y le dirán que estamos aquí, en el bosque tropical, donde su ejército puede encontrarnos fácilmente*».

«*Necesito esconderme. Necesito pensar*».

Se hizo un ovillo y se lanzó hacia uno de los árboles de pitahaya, donde las hojas eran enormes y se superponían unas a otras como escamas. Su

ímpetu estuvo a punto de arrastrarla hacia el otro lado, pero pudo tirar con las garras y engancharse al tronco, contra el que se estrelló. Se quedó inmóvil, aferrada a la áspera corteza, con la esperanza de que los Alas Nocturnas la hubieran perdido de vista en la oscuridad.

—¡Por todas las lunas, Fortachón! —maldijo Mordida Feroz desde algún lugar a la izquierda de Sol—. ¿Cómo pudiste dejarla escapar?

—Lo siento —murmuró su voz.

—Se fue —dijo Cazador—. Nunca la encontraremos ahora, no sin correr el riesgo de que un Ala Lluviosa nos descubra.

—Salgamos de aquí —dijo Fortachón—. Antes de que traiga refuerzos.

—¡Garras y colas! —siseó Mordida Feroz—. ¡La necesitábamos!

—Todavía tenemos información útil para la próxima reina Ala Arenosa —dijo Cazador—. Todos quieren saber dónde están los dragonets. Si nos apresuramos, seremos los únicos que vendan esa información, y no necesitamos a la Ala Arenosa como prueba. Somos Alas Nocturnas; todos nos creen.

—Tiene sentido. Vamos —dijo Fortachón.

Y con una ráfaga de aleteos, los dragones se dirigieron hacia el oscuro cielo abierto sobre los árboles.

Las garras de Sol temblaban por el esfuerzo de permanecer quieta. Respiró hondo.

«*Si vuelvo y se lo digo a los demás, podremos seguirlos*»

«*Pero para cuando me escuchen,* si es que *me escuchan, los Alas Nocturnas ya se habrán ido*».

Sol estaba acostumbrada a que sus amigos hablaran siempre por encima de ella. Si realmente quería que la escucharan, normalmente tenía que llamar la atención de Cieno y pedirle que digiera sus sugerencias por ella. Lo cual no era justo: ¡tenía buenas ideas! pero sus amigos nunca esperaban que tuviera algo útil que decir. Tampoco confiaban en que guardara secretos; ni siquiera le habían contado cuando planeaban escapar de sus guardianes. Lo único que querían era que se mostrara alegre y comprensiva y que estuviera de acuerdo con todo lo que querían hacer.

¿Le escucharía Gloria si Sol intentara hablarle de los Alas Nocturnas rebeldes? ¿No estaría demasiado ocupada? ¿Y si se limitaba a poner los ojos en blanco, como hacía a menudo?

—No quiero que me «distraigan» de preocuparme por la profecía— murmuró Sol—. Quiero *hacer algo*.

«*Como detener a los Alas Nocturnas. Podría seguirlos ahora mismo. Yo podría ser la única dragona que puede detenerlos antes de que le digan a Brasas dónde estamos*».

«*Tal vez si lo hago, mis amigos verán que puedo hacer cosas importantes, y entonces tal vez me escuchen acerca de la profecía*».

Pensó con culpa en Nocturno y en lo que pensaría cuando por fin despertara y se diera cuenta de que ella no estaba allí, cuidando de él.

Luego pensó en lo que sus amigos habían dicho de ella en el Espejo de Obsidiana, y pensó en la cara engreída y malvada de Oráculo, y pensó en todos los dragones de Pirria que esperaban que los dragonets del destino los salvaran.

«*Voy a hacerlo. Aunque tenga que cumplir la profecía sola, lo haré*».

Sol trepó por las ramas y despegó, siguiendo a los dragones negros hacia el cielo nocturno.

* * *

Era más fácil seguir a los Alas Nocturnas de lo que Sol habría esperado. Sus agudos ojos podían captar el movimiento de sus pequeñas escamas plateadas bajo las alas, que destellaban contra el cielo, y tampoco se esforzaban mucho por no hacer ruido. O tal vez los Alas Nocturnas siempre volaban de forma ruidosa y agitada.

También eran más lentos que Sol y se cansaban más rápido, por lo que tenía que tener cuidado de no adelantarlos accidentalmente, especialmente durante sus frecuentes paradas de descanso.

El sol salía a sus espaldas cuando llegaron al límite del bosque tropical, donde éste se transformaba en un bosque más ralo y pantanos, las afueras del territorio de los Alas Lodosas.

Las montañas de las Garras de las Montañas de las Nubes se destacaban nítidamente en la luz creciente, como una línea de dientes dentados y rotos. La mayoría de las montañas de la parte sur de la cordillera no eran tan altas como las del norte, donde vivían los Alas Celestes.

Pero había una excepción: La Montaña de Jade.

La montaña más alta del continente era fácil de reconocer, y no sólo por su imponente tamaño. Sol recordó la imagen del mapa de Pirria que tenían bajo tierra. En realidad, los dos peñascos de la cima parecían colmillos afilados que se elevaban en el aire. Uno de los pergaminos decía que, desde ciertos ángulos, la punta de la montaña parecía exactamente la cabeza de una serpiente, saliendo de la tierra para atacar a las nubes.

«*La Montaña de Jade*». Sol frunció el ceño. Alguien había dicho algo recientemente sobre la Montaña de Jade. Algo que debía recordar. «*¿De qué se trataba?*».

No se le ocurrió nada mientras el sol iluminaba lentamente los colmillos de la montaña.

Sol había estado preocupada toda la noche por cómo esconderse de los Alas Nocturnas a la luz del día. No parecían estar vigilando detrás de ellos, pero sería difícil no ver sus escamas doradas una vez que el sol se reflejara en ellas. Desearía tener las escamas de camuflaje de Gloria. En realidad, cualquiera de las habilidades de sus amigos sería útil, en lugar de su propia falta total de poderes.

Pero a medida que el cielo se volvía más rosado y brillante y luego empezaba a cambiar de gris a azul, los tres Alas Nocturnas volaron más bajo, con las alas caídas, hasta que finalmente aterrizaron junto a un pequeño río.

Sol se mantuvo a distancia, eligió el árbol más alto que encontró y se metió entre las ramas, cerca del tronco. Fijó la vista en el lugar donde habían caído los Alas Nocturnas y aguzó el oído. Podía oír sus murmullos distantes, siendo Mordida Feroz la más clara. Parecía que planeaban dormir todo lo que pudieran durante el día y volar al anochecer.

«*Llevan toda la vida respirando ceniza volcánica y alimentándose de carroña* —pensó Sol—. *No es de extrañar que no estén precisamente en buena forma*».

Al cabo de un rato, los árboles dejaron de crujir y las voces de los dragones enmudecieron. Unos minutos después, uno de ellos, supuso Sol que Fortachón, empezó a roncar como una manada de hipopótamos congestionados.

«*¿Y ahora qué hago?*», se preguntó Sol. Era la oportunidad perfecta para arruinar sus planes, si se le ocurría cómo.

«*¿Podría volar a la aldea de los Alas Lluviosas y volver con refuerzos antes de que despertaran?*».

«*No. Me llevaría todo el día conseguir que alguien me preste atención. Puedo hacerlo sola. Tengo que hacerlo*».

«*¿Qué haría Tsunami? ¿Iría allí y los mataría?*».

«*No creo poder hacer eso... ni aunque pudiera hacerlo*».

Sol suspiró. Una brisa susurró entre los árboles, enroscándose bajo sus alas como si la invitara a volar. «*Ayer no me habría preocupado por lo que iba a pasar después con Mordida Feroz y los demás. Sería capaz de*

seguirlos sabiendo con certeza que, hiciera lo que hiciera, todo saldría bien»

Odiaba a Oráculo por hacerla sentir así, con esa horrible sensación de *duda*. Él había sembrado en ella esta preocupación, que nunca antes había tenido, de que tal vez las cosas *no* saldrían bien. Que, de hecho, podría morir, y que la guerra podría ser interminable, y que tal vez no hubiera un final feliz planeado por el universo.

Tenía que dejar de pensar en Oráculo y en la profecía. Era como clavar garras tan afiladas como carámbanos entre sus escamas cada vez que imaginaba al altivo dragón negro burlándose de sus grandes mentiras.

«*Estúpidos Alas Nocturnas y su omnisciente todopoderoso…*».

Sol se sentó tan rápido que casi se cae de la rama del árbol.

«*Omnisciente*».

Había una cosa que podía hacer para frenar a los Alas Nocturnas.

Podía robar el Espejo de Obsidiana.



CAPÍTULO 4

Esta era una de esas ideas que los amigos de Sol ignorarían totalmente si ella la sugiriera, pero que adorarían como locos si viniera de Cieno o Tsunami. También era algo que nunca le permitirían hacer por sí misma. Demasiado peligroso. Demasiado arriesgado. Envíen a un dragón con habilidades de lucha o escamas de camuflaje. No a su pequeña, alegre y tonta hermanita.

«*Bueno, yo soy la única aquí. Y sé que puedo hacerlo*».

Esperó a que el sol llegara a la mitad del cielo y se acercó con cuidado, saltando de árbol en árbol y cubriéndose todo lo que podía. Hubo algunos puntos en los que quedó expuesta y sus escamas doradas captaron la luz, pero cuando finalmente se posó en una rama a la vista de los Alas Nocturnas, las tres dormían profundamente.

«*Nocturno dijo que nunca había guardias Alas Nocturnos en su fortaleza. Están acostumbrados a estar tan aislados que nadie podría encontrarlos para atacarlos. Ni siquiera se les ocurrió dejar a alguien despierto para vigilar*».

Resopló.

«*Probablemente también pensaron que nadie se atrevería a atacar a un grupo de increíbles y todopoderosos Alas Nocturnas*».

Mordida Feroz estaba acurrucada en el vientre de Fortachón, con la cola sobre él y la cabeza apoyada en su hombro. Sol no tenía ni idea de cómo Mordida Feroz podía dormir con esos ronquidos que hacían retumbar los árboles.

Cazador yacía más cerca del río, hecho un ovillo, tenso, con las alas recogidas cerca de él. A la luz del día, Sol pudo ver lo opacas que estaban sus escamas y lo enfermas que parecían. Incluso Fortachón, que era grande y corpulento, parecía desnutrido, y sus ronquidos sonaban con fuerza, como si tuviera los pulmones, la garganta y la nariz recubiertos de garras.

Sol estudió el suelo alrededor de Cazador hasta que vio una esquina de cristal negro que sobresalía de debajo de una de sus alas. Tenía el Espejo de Obsidiana muy cerca.

«*¿Cómo puedo tomarlo sin despertarlo?*».

Volvió a mirar a los otros dos y luego se deslizó silenciosamente por el árbol hasta que sus garras tocaron la hierba. El río burbujeaba sobre rocas grises lisas, no mucho más que un arroyo. Pequeñas flores silvestres púrpuras se doblaron bajo sus garras cuando Sol se acercó de puntillas al Ala Nocturna dormido.

Se veía miserable, incluso dormido. Tenía la mandíbula apretada, sus garras se movían a la defensiva y su bífida lengua negra oscilaba mientras murmuraba algo para sí mismo. Cuando Sol se agachó a su lado, se dio cuenta de que estaba temblando.

« *Supongo que hacía bastante calor al vivir en un volcán*». El aire no le parecía frío, aquí en las afueras de la selva, pero tal vez él no estaba acostumbrado. O tal vez estaba enfermo.

Se sentía extraño estar tan cerca de un Ala Nocturna desconocido. Durante los primeros seis años de su vida, Sol había conocido exactamente a siete dragones: Cieno, Tsunami, Nocturno, Gloria y sus tres guardianes, Membranas, Desierto y Rapaz.

Dos de esos siete dragones habían muerto. Sabía que los guardianes nunca habían sido especialmente amables con los dragonets, pero seguían siendo los únicos padres que había tenido y los echaba de menos. Sus amigos nunca se habían detenido a llorar la muerte de Desierto y Rapaz; ni siquiera estaba segura de que estuvieran tristes por sus muertes. Había intentado no demostrar lo mucho que le dolía, pero por la noche, acurrucada junto a Cieno, cuando estaba segura de que él dormía, a veces se permitía llorar por ellos.

Alargó la garra hacia la tajada de obsidiana, pero antes de tocarla, Cazador gimoteó en sueños y ella retiró las garras.

Ninguno de los dragones se movió durante un largo momento.

«*Tal vez sea una mala idea. Podría empeorar las cosas si me atrapan*».

Pero si conseguía alejar el espejo de ellos, sería un arma menos en sus garras. Estarían volando a ciegas, sin idea de lo que planeaba Gloria y sin forma de saber si Brasas los recibiría con las alas abiertas.

Sin mencionar que Sol probablemente podría usar ese espejo ella misma.

Volvió a extender la mano y notó el temblor que recorría las escamas de Cazador. Quizá no tenía frío. Tal vez era una pesadilla.

«*Tal vez está soñando con las cosas terribles que ha hecho. O tal vez está soñando con la explosión del volcán*».

Ella vaciló, y luego desplegó una de sus alas, extendiéndola suavemente sobre su espalda. Era demasiado pequeña para cubrirlo por completo, pero el calor que irradiaban sus escamas se extendió hasta donde ella podía llegar. Contuvo la respiración, tratando de no tocarlo.

Cazador dejó escapar un largo y estremecedor suspiro, y entonces los escalofríos cesaron. Respiró hondo otra vez y Sol vio que la tensión de su hocico, mandíbulas y cuello se relajaban, una onda recorrió sus alas y sus garras se aflojaron. Dejó de murmurar e incluso sus ojos cerrados parecieron suavizarse, como si estuviera entrando en un sueño más profundo y tranquilo.

Sol esperó un largo rato, compadeciéndose de aquel dragón, aunque en realidad no quería hacerlo. No podía evitar preguntarse cómo habría sido ella si hubiera crecido en la isla Alas Nocturnas. ¿Desesperada y triste? ¿Malhumorada y hambrienta?

Volvió a tomar el espejo y, de repente, Cazador habló.

—Por favor.

Sol se congeló. Sus ojos seguían cerrados. Al otro lado del claro, Mordida Feroz movió las alas y tosió.

—Por favor, no me obligues —lloriqueó Cazador, más suavemente—. Madre, es horrible.

Una punzada de simpatía atravesó a Sol, y ella enroscó su cola más cerca.

«*Recuerda lo que está planeando, lo que ha dicho y lo que ha hecho*». Pero era difícil no imaginarse a sí misma en sus escamas.

Con cuidado, utilizó las garras delanteras para sacar el espejo de debajo de su ala. Su calor había relajado su agarre sobre el, por lo que no lo estaba agarrando tan fuertemente, y sólo tomó un momento hasta que estaba descansando fríamente entre sus garras. La obsidiana parecía fina, como una capa de hielo, y los bordes eran afilados como dientes. Sol pudo ver su reflejo distorsionado en el cristal oscuro.

Dio un paso atrás con cuidado, luego otro, y volvió a plegar las alas. Cazador emitió un ruido perdido y lastimero, y sus garras se crisparon como si intentara recuperar el calor.

«*¿Supondrán que fui yo quien lo robó? ¿Y si vienen a buscarme?*».

Miró alrededor del claro. Una gran roca plana y gris ocupaba la mayor parte del suelo entre los tres dragones, con brillantes dientes de león

amarillos salpicando los bordes como gemas de topacio alrededor de un colgante.

«*Les dejaré un mensaje...*».

«*Algo que no suene a mí. Quizá algo que les asuste*».

Su propio corazón tamborileaba frenéticamente contra sus costillas como un pájaro enjaulado. Quería salir de allí antes de que alguno de ellos se despertara. Pero tenía la fuerte sensación de que esta idea tenía algo de cierto.

Sumergió una garra en el barro rojo oscuro que bordeaba el río y escribió en la roca, en letras altas y dentadas:

«REGRESEN. VUELAN HACIA SU MUERTE».

«*Totalmente espeluznante* —pensó satisfecha. Incluso parecía que podría haber sido escrito con sangre—. *Eso al menos debería espantarlos, aunque no les haga volver corriendo al bosque tropical*».

Sol dio un paso atrás y, de repente, Fortachón soltó el ronquido más fuerte hasta la fecha, y Mordida Feroz se dio la vuelta para golpearlo con el ala.

—Cierra tu ruidoso hocico o te lo arrancaré yo misma con las garras —gritó.

Sol salió disparada hacia el cielo y no dejó de volar hasta que alcanzó de nuevo el denso dosel verde de la selva.

Cuando por fin miró hacia atrás, no había movimiento en el bosquecillo de Alas Nocturnas. Fortachón incluso había empezado a roncar de nuevo.

«*Supongo que le gritaba en sueños. O se volvió a dormir y no se dio cuenta de que yo estaba allí*».

Sol metió cuidadosamente el espejo bajo un ala y utilizó sus garras para trepar por los árboles hasta que encontró un lugar donde las hojas se superponían tan densamente que era como una pequeña cueva verde a su alrededor. Estudió el espejo. ¿Qué había hecho Cazador para activarlo?

—Nocturno —dijo en voz baja a la fría obsidiana, y luego expulsó una pequeña ráfaga de humo por la superficie.

Como antes, el humo se enroscó y retorció alrededor del espejo, y luego desapareció. Sol sintió que el espejo vibraba débilmente entre sus garras. Era algo horrible: una sensación enfermiza, que se deslizaba por su sangre, como si extrajera algo del corazón de Sol.

Un tenue zarcillo negro de humo se enroscó desde el centro del espejo, apena visible a la luz verde del sol. No hablaba, pero cuando Sol se acercó, pudo oír el débil sonido de la respiración.

«*Está vivo*».

Dos volutas de humo azul pálido pasaron cerca del borde del espejo.

—Nunca he visto nada igual —susurró una.

—La reina dijo que esto es lo que el «fuego» puede hacer —murmuró el otro—. Parece casi tan malo como el veneno, si me preguntas a mí.

Por sus voces, Sol adivinó que eran dos de los Alas Lluviosas sanadores con los que se había hecho amiga mientras ayudaba a cuidar a Membranas. Los sanadores Alas Lluviosas eran raros, especializados sobre todo en decir cosas reconfortantes y ofrecer más fruta para comer. Pero de vez en cuando tenían conocimientos específicos, como sobre mordeduras de jaguar, o qué hacer si comías demasiados mangos, o cómo hacer bálsamos para colas que habían sido usadas para columpiarse de ramas ásperas demasiadas veces.

— Preferiría ser Kinkajú antes que él en estos momentos —dijo el primero—. Se está curando bien.

—¿Viste al mensajero que estuvo aquí antes? —El segundo rizo de humo azul se movió, haciendo un bucle alrededor del humo negro como si lo estuviera comprobando, y luego se deslizó hacia el primero—. Ese gran dragón marrón envió un mensaje para Sol. No sabía si decirle que no la habíamos visto. No quiero preocupar a la reina cuando tiene tantos Alas Nocturnas con los que lidiar.

—Yo digo que no inicies el pánico. Ella debe estar por aquí.

Esto era similar a la actitud de los Alas Lluviosas hacia sus propios dragones desaparecidos, algunos de los cuales habían estado ausentes hasta un año cuando Gloria los rescató. «*Bueno, está bien* —pensó Sol—. *No necesito ni quiero que mis amigos me busquen. Ya tienen bastante que hacer*».

El humo negro se agitó, como si el más leve soplo de viento lo hubiera tocado.

—¿Sol? —susurró Nocturno.

«*Pero... pobre Nocturno*». Enroscó la cola alrededor de sus garras y suspiró.

—Shh, lo despertamos hablando de ella —amonestó el primer sanador—. Vamos a darle otro dardo somnífero.

Sol despejó el espejo y lo sostuvo entre sus garras por un momento. Cuanto más lo sostenía, más le disgustaba. Tenía un escalofriante malestar, como los túneles, que hacía que sus escamas se sintieran como si arañas invisibles se arrastraran sobre ella.

Pero había cosas que necesitaba saber, como qué estaban tramando las reinas Alas Arenosas. El Espejo de Obsidiana podría ayudarla a averiguar si alguna de ellas era una amenaza inmediata para los amigos de Sol.

«*Al menos debería intentar con una de ellas. La más peligrosa*». Dudó y luego susurró:

—Ampolla.

La espiral de humo amarillo pálido que surgió esta vez del centro tenía la misma escalofriante quietud que Ampolla; apenas se movía con la brisa.

—¡Ten cuidado! —siseó de repente, y Sol se apartó del espejo. Era inquietante oír la voz de Ampolla como si estuviera en la rama de al lado—. Ciérralo. ¿Está listo para irse? Muy bien, dale su oro, y dile que estaré allí en un momento con las instrucciones finales. —El humo se sumergió por un momento, luego se volvió cuando otro pequeño tornado tocó tierra—¿Algo?

—No hay señales de ningún Ala Marina, Su Majestad —dijo el recién llegado—. Hemos esperado medio día.

Ampolla siseó, bajo y largo.

—Voy a ganar esta guerra sin ellos, entonces —gruñó—. Brasas estará muerta en quince días, y entonces mataré a Llamas con mis propias garras, y los Alas Marinas no conseguirán *nada* cuando salgan deslizándose del océano suplicando perdón. Encontrarán mis garras y toda la fuerza del ejército de los Alas Arenosas esperando en su lugar. Coral no tiene ni idea de cómo puede ser la venganza. No toques eso —espetó bruscamente.

—Lo siento, su majestad. ¿Qué...?

—Mi plan es acabar con esta guerra de una vez por todas —dijo Ampolla con voz oscura—. Sin los Alas Marinas o los Alas Nocturnas. Así que mantente alejado. ¿Alguna noticia de nuestros espías en el Reino Helado?

—No hay señales de los dragonets todavía. Tal vez...

—Lo sé —espetó Ampolla—. Podrían estar en otra parte. —Se oyó el crujido del papel—. He estado considerando las posibilidades. Tal vez se esconden en la selva.

Sol sintió un escalofrío.

—O tal vez están muertos —dijo el soldado—. Sobre todo, si intentaron ir a la selva, por lo que he oído de ese lugar.

—Hmmm —musitó Ampolla—. Muertos. Nunca harían algo tan conveniente para mí. Incluso con un asesino Ala Nocturna tras ellos, supuestamente, si se puede confiar en algo de lo que dice Oráculo. Hablando de dragones, voy a desmembrarlos en cuanto les ponga las garras encima.

«*Ella no sabe que está muerto, ¿cómo podría saberlo?* —Sol se agarró a la rama que tenía debajo y sintió que el terror le recorría las escamas—. *Al menos aún no está buscando en la selva*».

—No importa —dijo Ampolla, su voz de repente enérgica—. He terminado con las profecías. Es decir, mataré a los dragonets cuando los encuentre, pero primero tengo una guerra que ganar. Mi nuevo plan se encargará de Brasas, y entonces la fortaleza caerá y el trono será mío. —Se oyó un escalofriante traqueteo, y el giro del humo pareció oscurecerse un poco más.

—¿Cómo...? —empezó el soldado.

Pero justo entonces Sol oyó un rugido procedente del claro de los Alas Nocturnas.

«*Uh oh*».

Quería saber cuál era el plan de Ampolla, pero necesitaba saber cómo actuaban los tres Alas Nocturnas y si ella estaba en peligro en ese momento. Despejó el espejo rápidamente, le susurró «Mordida Feroz» y volvió a soplar humo sobre él.

Inmediatamente, tres rizos de humo negro surgieron en el cristal, precipitándose unos, alrededor de los otros como pequeños tornados.

—¿Cómo pudiste perderlo? —gruñó la voz de Mordida Feroz.

—No lo *perdí* —espetó Cazador—. Alguien lo *robó*.

—¿Debajo de tu hocico? —Mordida Feroz gruñó— ¿Cómo, exactamente?

—¡No sé! —gritó Cazador.

—Yo sí —dijo una voz temblorosa que apenas sonaba como Fortachón—. Fue el Acechasombras.

Sol inclinó la cabeza hacia el espejo. «*¿Qué es el Acechasombras?*».

«*¿Qué podría dar tanto miedo como para aterrorizar a un dragón tan grande como Fortachón?*».

Los otros dos Alas Nocturnas no respondieron durante un largo momento. Finalmente, Mordida Feroz siseó:

—Eso no es más que un cuento de miedo para dragonets. No existe ningún Acechasombras, o si alguna vez existió, lo matamos hace siglos.

—No, es *real* —dijo Fortachón, acercándose a la histeria—. Todo el mundo sabe que sigue ahí fuera en alguna parte, y ahora nos ha encontrado. Mira este mensaje. Vamos a morir.

—Podría haber sido alguien que quiere que *pensemos* que es el Acechasombras —dijo Cazador dubitativo.

—Pero, ¿quién más sabría que tenemos el espejo? ¿Quién más sabría que estamos volando hacia nuestra muerte?

—Date cuenta, Fortachón —rugió Mordida Feroz—. Alguien intenta asustarnos, eso es todo. Ya conoces la historia. El Acechasombras, si llegó a existir, murió hace mucho tiempo.

—No. No pudo morir —susurró Fortachón—. Lo enterraron, pero siempre supieron que volvería algún día.

Sol nunca había oído hablar de este mítico dragón. «*Debe ser una leyenda de los Alas Nocturnas. Por suerte para mí*». Ella no esperaba encontrar una vieja superstición.

—Tal vez fue esa Ala Arenosa —dijo Mordida Feroz, e inmediatamente soltó un bufido desdeñoso—. No, esa salamandra achaparrada no tendría dientes para algo así. Debió de volver y decirle a alguien que teníamos el espejo. Apuesto a que fue Mortífero, parece algo que él haría, por lo que he oído de él.

Sol se sintió contrariamente halagada y ofendida al mismo tiempo. Chasqueó la lengua ante el cristal oscuro.

—Pero Mortífero simplemente nos mataría —argumentó Cazador—. Fortachón tiene razón en una cosa, esto es lo que hace el Acechasombras, según las historias. Juega con sus presas durante días, asegurándose de que están casi paralizadas por el terror antes de atacar.

—Sí, exactamente —dijo Fortachón—. Volverá la próxima vez que durmamos y matará a uno de nosotros, o...

—Así que *no* nos paralicemos de terror —gruñó Mordida Feroz—. Vámonos. El Reino de Arena está al otro lado de esas montañas. Podemos estar allí en pocos días si dejamos de gimotear y agarrarnos la cola. Vamos. —Su zarcillo de humo estaba casi entrelazado con el de Fortachón, como si intentara lanzarlo al cielo con fuerza bruta.

—Pero el mensaje...

—No podemos volver —dijo Mordida Feroz—. Gloria nos matará más definitivamente que cualquier viejo fantasma animus Ala Nocturna, y si no lo hace, seremos prisioneros de los Alas Lluviosas. Me arriesgaré en el desierto, incluso sin ese espejo.

La discusión no duró mucho más. Pronto el sonido del batir de las alas retumbó sobre la lisa obsidiana. «*Debe ser una leyenda de los Alas Nocturnas. Por suerte para mí*».

Sol ladeó el humo y volvió a soplar fuego sobre él hasta que no hubo más que silencio y oscuridad en la cara del espejo. El deslizamiento en su interior se desvaneció, pero se sintió más cansada y enferma de lo que

había estado en mucho tiempo. «*Espero no tener que usar esto muy a menudo*».

«*Será mejor que intente vigilarlos*».

Se agachó entre las hojas y voló en línea recta hasta que se deslizó a través del susurrante dosel verde, directa hacia la cegadora luz del sol.

En el horizonte occidental, que ya no era más grande que unas garras, pudo ver las tres formas negras que se alejaban volando hacia las montañas. Las siguió, sintiéndose mejor y más fuerte con cada momento de sol en sus escamas.

«*El Reino de Arena. El desierto*».

«*Justo al otro lado de esas montañas*».

«*Vuelvo a casa*».



CAPÍTULO 5

Sol siguió a los Alas Nocturnas durante tres días mientras navegaban por las estribaciones y luego por las alturas más nevadas de los riscos montañosos.

Durmieron a la sombra de la Montaña de Jade, escuchando el aullido del viento alrededor de los picos gemelos. Sólo tuvo que utilizar el espejo una vez más, cuando los perdió de vista, y le ayudó a alcanzarlos de nuevo.

Le habría encantado colarse de nuevo en su campamento y dejarles más mensajes aterradores, pero sabía que se turnarían para permanecer despiertos y vigilar después de perder el espejo. Y resistió la tentación de volver a usar el espejo con sus amigos o con Ampolla, aunque no dejaba de preocuparse por el nuevo plan de esta. Aun así, quería evitar en la medida de lo posible esa sensación de malestar.

Desde las cimas de las montañas, volaron a través de las estribaciones densamente boscosas, y a lo lejos, delante de ellos, Sol empezó a ver algo que brillaba blanco y neblinoso en el horizonte.

«*El desierto*», pensó con una punzada de expectación. Ya había estado allí una vez, cuando los dragonets encontraron el túnel desde el bosque tropical hasta el Reino de Arena. Tuvieron que perseguir a Manglar hasta la frontera del Reino Helado. Así que pasó dos días volando sobre el desierto, pero casi nada sobre la arena, donde sus garras querían estar.

«*Y nada de buscar a mis padres*». Sus pensamientos seguían dando vueltas a eso mientras volaba, sin nadie con quien hablar y nada más que la distrajera de preocuparse por la profecía.

Sus amigos ya habían encontrado algún tipo de familia, aunque algunos eran decepcionantes y ninguno era exactamente lo que esperaban. La madre de Cieno era horrible, pero sus hermanos y hermanas eran muy parecidos a él, según Cieno. La madre de Tsunami era la reina de los Alas Marinas, que había intentado encarcelarlos, pero Tsunami también tenía dos hermanas pequeñas: Anemona y Mérgula.

Gloria no tenía manera de averiguar quiénes eran sus padres, gracias a la forma en que los Alas Lluviosas mantenían sus huevos todos juntos, pero había encontrado un hermano, Jambu (aunque fuera un poco tonto), y también a Grandiosa, que tal vez era una bisabuela o tía abuela o algo así. El pobre Nocturno era el que peor lo había pasado, entre Erudito como padre y Mordida Feroz como hermana.

Pero al menos sabían, al menos habían encontrado a *alguien*. Todos tenían dragones que los querían de alguna manera.

«*¿Por qué me abandonaron mis padres?*».

No tenía casi nada para seguir adelante si alguna vez quería buscar a su familia. Todo lo que Rapaz había dicho era: «Desierto encontró el huevo de Sol en el desierto, escondido cerca de la Madriguera del Escorpión».

«*La Madriguera del Escorpión. Ni siquiera sé qué es eso*». Lo había visto marcado en el mapa, pero no recordaba haberlo leído en ningún pergamino.

«*¡Oh!* —Sus alas se detuvieron al recordar por fin dónde había oído hablar de la Montaña de Jade—. *Fue algo que dijo Rapaz la última vez que la vimos*».

«Cuando me necesiten, pueden mandarme un mensaje a través del dragón de la Montaña de Jade».

Se giró para mirar hacia la montaña con colmillos. Así que allí vivía un dragón, uno que se ocupaba al menos de algunos de los Garras de la Paz. Eso podría ser útil para tener en cuenta. «*Aunque... ¿quién viviría en un lugar tan siniestro?*». Se preguntó de qué tribu sería y por qué vivía solo.

Cuando se dio la vuelta, vio las formas distantes de las Alas Nocturnas zambulléndose en el bosque que tenían debajo.

«*¿Descansando otra vez? ¿Cuándo estamos tan cerca? No podemos estar a más de una hora de vuelo del desierto*». Sólo habían volado la mitad de la noche antes de parar a dormir, y hacía unas horas se habían levantado con el amanecer para volar de nuevo.

Ahora el sol había despejado el horizonte oriental, pero el día apenas había comenzado.

«*¿Y ya necesitan un descanso? En serio que no tienen resistencia*». Puso los ojos en blanco y plegó las alas para dejarse caer también en el bosque.

Las hojas verdes agitadas por el viento rozaron sus escamas y un montón de ardillas grises se dispersaron por las ramas cuando aterrizó, hundiendo las garras en la suave hierba. A lo lejos, podía oír a los Alas Nocturnas rugiendo malhumorados, y supuso que estaban teniendo otra cacería

infructuosa. Para ser un trío de asesinos amenazadores, eran sorprendentemente malos cazando algo para comer.

Sol no era la mejor cazadora del mundo, pero no necesitaba mucho. Siempre había comido menos que sus amigos: una lagartija al día le bastaba.

Rapaz solía rezongar que probablemente por eso Sol era tan achaparrada y esmirriada, pero entonces Desierto sacudía la cabeza e insistía en que era normal que las Alas Arenosas comieran poco.

«*Rapaz y Desierto. Nuestros guardianes muertos*».

Si tan sólo hubiera tenido más tiempo para preguntarle a Desierto de dónde venía su huevo. Él siempre se había mostrado evasivo cuando surgía el tema, pero si ella hubiera sabido que sus amigos planeaban una fuga. «*Si hubieran confiado en mí lo suficiente como para contármelo* —pensó frunciendo el ceño—. *podría haberlo presionado más*».

Sol giró la cabeza para escuchar.

Había un ruido extraño en el bosque.

En realidad, había varios ruidos extraños. Como golpes y murmullos y una especie de parloteo de pájaros, casi como si las ardillas trataran de imitar a sus vecinas aladas.

Pero sonaba como si procediera de debajo de la tierra.

Se agachó y pegó una oreja a la tierra caliente.

«*Definitivamente hay algo aquí debajo*». ¿Marmotas? ¿Conejos? No creía que ningún roedor normal hiciera ruidos así. Y por lo que podía ver, no era una pequeña madriguera lo que había debajo de ella; los sonidos también parecían venir de bastante lejos.

Caminó suavemente por el bosque, deteniéndose de vez en cuando para escuchar. No perdía de vista a los tres Alas Nocturnas, pero no era difícil evitarlos. Primero fueron los rugidos y los choques alrededor, y después de un rato, los ronquidos que sacudían las ramas superiores de los árboles.

Sol se abrió paso cautelosamente hacia el oeste, en dirección al desierto. Pequeños pájaros marrones y rojos canturreaban desde los árboles, deteniéndose de vez en cuando al verla acercarse y volviendo a ponerse en marcha al cabo de un momento, como si se dieran cuenta de que no había nada de qué preocuparse. Los abejorros y las libélulas zumbaban y revoloteaban alrededor de sus garras. En la suave brisa de la mañana, Sol podía oler manzanas y hojas de menta. Y algo más, como a madera quemada.

Ya no oía los sonidos del subsuelo, pero el olor a quemado la atraía. Más adelante vio una brecha entre los árboles.

Salió a la luz del sol y se detuvo, con los ojos momentáneamente llenos de luz.

Había un agujero abierto en el bosque.

Algo había estado aquí una vez.

Algo que se extendía por más de un kilómetro y medio dentro del bosque, más grande que el hogar de los dragonets bajo la montaña, pero que ahora había desaparecido, convertido en cenizas negras.

Donde estaba Sol, en su linde, el bosque intentaba resurgir. Las cenizas caían como hojas muertas sobre sus garras, pero podía ver pequeños brotes verdes retorciéndose aquí y allá.

Extendió las alas y alzó el vuelo, esperando ver mejor. La zona quemada se extendía en dentados tajos a través de los árboles y terminaba en la frontera con las estribaciones rocosas que conducían al desierto. Desde arriba, pudo ver que el agujero en el bosque tenía varios palmos de ancho y era negro como las escamas de un Ala Nocturna. Parecía un hueco oscuro en una joya donde una gema había sido violentamente arrancada.

Voló en círculos. Todo dentro del agujero parecía retorcido y convertido en cenizas oscuras, pero mientras Sol estudiaba los restos, se dio cuenta de que no eran sólo árboles los que habían sido destruidos. No eran sólo árboles los que se habían quemado aquí.

Algunas de las formas fantasmales que quedaban parecían... edificios.

Pero estos edificios eran demasiado pequeños para los dragones.

Sol aterrizó junto a una de las ruinas y la miró confundida durante un momento. Incluso ella era demasiado grande para caber por las puertas de piedra que se asomaban silenciosamente entre las cenizas.

«*Pero, ¿por qué iba un dragón a construir casas tan pequeñas?*».

Caminó a su alrededor, sus alas agitando pequeños tornados de copos de ceniza, y vio que en el centro de la zona quemada había una especie de plaza abierta. Podía sentir piedras duras y agrietadas al contacto con sus garras bajo las capas de ceniza. En el centro de la plaza encontró un montón de rocas redondas derrumbadas, e inclinada hacia un lado entre ellas había una campana de metal ennegrecido del tamaño de la cabeza de Sol.

«*Definitivamente alguien construyó esto. ¿Tenían aquí algún tipo de animal pequeño?*».

Se volteó para mirar otra de las pequeñas puertas de piedra y encontró una forma que sobresalía de entre los escombros que había junto a ella.

Cuando la sacó, se dio cuenta de que era un trozo de piedra, toscamente tallado en una forma con dos patas, sin alas, y sosteniendo algo puntiagudo sobre su cabeza.

«*¡Oh!* —Sol aspiró bruscamente y sintió un fuerte olor a hollín—. *¡Carroñeros!*». La estatua, si es que era eso, se parecía un poco a un dibujo de uno de los viejos pergaminos sobre carroñeros que atacaban a los dragones por sus tesoros, agitando unas pequeñas garras afiladas llamadas espadas.

«*¿Los carroñeros construyeron este lugar? ¿Pueden hacer cosas como crear campanas y tallar estatuas?*».

Sol sabía que los carroñeros vivían en madrigueras, pero no había pensado que pudieran construir verdaderos edificios como éste. Siempre los había imaginado agrupándose en cuevas o excavando agujeros para vivir, o tal vez apoyando palos largos para crear refugios, como mucho. Aquí había una mampostería claramente avanzada, un trabajo de cimentación deliberado y una especie de plan de calles organizado, por lo que Sol podía ver.

Además, la estatua... era tosca, pero ¿no era arte? ¿Qué clase de presa hacía arte?

«*Tal vez estoy malinterpretando todo esto. Tal vez los dragones construyeron este lugar y mantuvieron a los carroñeros aquí por alguna razón*».

«*¿Y luego lo quemaron todo? ¿Por qué harían eso?*».

Se elevó hacia el cielo, sintiéndose inquieta.

Los dragonets habían estudiado a los carroñeros en sus pergaminos, pero Membranas y Rapaz nunca habían llevado a ninguno a sus cuevas de la montaña para comer o practicar la caza. Sol había visto algunos pequeños carroñeros en el palacio de la reina Escarlata, correteando bajo los los dragones en un banquete para los Alas Arenosas visitantes.

Pero había estado en una jaula gigante, expuesta como regalo para Brasas, así que no había podido verlos de cerca.

Los carroñeros fueron los que iniciaron la guerra al matar a la reina Oasis y robar todo su tesoro, dejando a Brasas, Llamas y Ampolla luchando por el trono y el tesoro vacío. Sol no sabía mucho más sobre los carroñeros. Sabía que les gustaban las cosas brillantes. Siempre se había imaginado a los carroñeros como una especie de urracas o ardillas feroces, más grandes que cualquiera de ellas, pero no mucho más inteligentes. No podían tener mucho de un cerebro si pensaban atacar dragones era una buena idea, ¿verdad?

Miró una vez más la aldea destruida y se volvió para buscar un lugar donde esconderse y esperar a los Alas Nocturnas.

«*Tal vez los carroñeros sean más de lo que nos enseñaron*».

«*Pero, ¿qué pasó aquí?*».
«*¿Quién quemó esta guarida de carroñeros... y por qué?*».



CAPÍTULO 6

El calor ardió en las escamas de Sol. Se hundió en la arena y sintió cómo las diminutas partículas se deslizaban por sus garras y su cola. El Espejo de Obsidiana captaba los rayos del sol como si intentara absorber toda la luz, y las volutas negras de humo en su superficie parecían pequeñas tormentas de arena.

—¿Por qué no vamos directamente a la fortaleza de Brasas? —preguntó la voz de Mordida Feroz.

—Porque hará que nos masacren en cuanto nos vea llegar —dijo Cazador con impaciencia—. Brasas es una dragona del tipo «mata primero, pregunta después».

—Tiene sentido comenzar en la Madriguera del Escorpión —estuvo de acuerdo Fortachón—. Podemos encontrar a alguien allí para llevarle un mensaje a Brasas de que queremos verla.

Sol cerró los ojos. «*La Madriguera del Escorpión. Puede que allí vivan mis padres*».

—Creía que la Madriguera del Escorpión estaba llena de maleantes y criminales —dijo Mordida Feroz.

—Lo está —confirmó Cazador.

«*¿Lo está?* —pensó Sol—. *¿Es eso lo que son mis padres?*».

—Pero son la clase de criminales que saben cómo hacer las cosas, por todo lo que he oído —dijo Fortachón—. Eso es exactamente lo que necesitamos ahora. Además, la Madriguera del Escorpión no está lejos, justo al otro lado de esas dunas.

Sol se incorporó y entrecerró los ojos contra el resplandor del sol. Los Alas Nocturnas estaban muy por delante de ella, pero ella pensó que podía ver una forma oscura contra la arena en la distancia, que podría ser la Madriguera del Escorpión.

—Está bien, está bien —refunfuñó Mordida Feroz—. Es una pérdida de tiempo, en mi opinión.

Sol limpió el espejo con una garra y sintió una punzada de emoción en sus escamas. Sabía que era poco probable que descubriera algo sobre su pasado en la Madriguera del Escorpión, pero seguía siendo lo más cerca que había estado de sus padres. Aunque fueran criminales, quería saber quiénes eran.

Además, un desvío a la Madriguera del Escorpión le daría más tiempo para frenar a los Alas Nocturnas. Aún no se le había ocurrido ningún plan para evitar que le contaran todo a Brasas.

A lo lejos vio las pequeñas formas negras elevarse en el cielo.

Las siguió con cautela. En el desierto no había dónde esconderse, a menos que se enterrara bajo la arena, así que se mantuvo lo más atrás posible.

Pero era difícil evitar que sus alas batieran cada vez más rápido a medida que se acercaban a la Madriguera del Escorpión. Sol pudo ver que se trataba de una ciudad amurallada llena de callejones serpenteantes, edificios de piedra destartalados, toldos andrajosos y tiendas ruinosas de colores desteñidos por el sol durante mucho tiempo. Y hervía de dragones: escamas brillaban en cada sombra y colas venenosas se deslizaban por las esquinas.

Estaba tan ensimismada mirando la ciudad que tuvo que detenerse bruscamente en el aire cuando se dio cuenta de que los tres Alas Nocturnas no habían entrado, sino que estaban de pie ante las altas puertas de la única entrada. Parecía que estaban discutiendo con el musculoso guardia Ala Arenosa, que estaba de pie con las alas plegadas hacia atrás y la cola levantada amenazadoramente.

Sol se dejó caer rápidamente en la arena, con la esperanza de que no la hubieran visto. Se aplastó contra la duna, aunque sabía que sus escamas no eran del color adecuado para camuflarse.

Ahora que estaba quieta, podía oír los gritos de los dragones.

—¡No tienen derecho a detenernos! —rugió Mordida Feroz—. ¿No ves que somos Alas Nocturnas?

—Sí —respondió el guardia—. Así que lee mi mente. La parte que dice que te vayas a comer la cola.

—Tenemos negocios en la Madriguera del Escorpión —insistió Cazador.

—Nadie entra sin una contribución a los Forajidos —dijo el guardia con firmeza.

—¿Los *Forajidos*? —dijo Cazador—. ¿Así es como se llaman? Deben estar bromeando.

—¿Están pidiendo un tesoro? —Preguntó Mordida Feroz— ¡Por supuesto que no tenemos tesoros! Nuestro hogar sólo...

—Seguro que pueden hacer una excepción con nosotros —intervino Fortachón, cortándola—. Quiero decir, somos *Alas Nocturnas*.

—¿Y? —dijo el guardia.

Hubo una pausa. Sol sonrió, imaginando el ataque de apoplejía que probablemente estaría sufriendo Mordida Feroz.

—Podríamos darte una profecía —sugirió Cazador al cabo de un momento.

—Ja —rio el guardia, sonando moderadamente más interesado—. Eso sería divertido. ¡Qibli! Dile a Espina que tenemos tres Alas Nocturnas ofreciendo sus servicios patéticos.

—Creo que quieres decir servicios *proféticos* —corrigió Mordida Feroz.

—Ajá —dijo el guardia con escepticismo.

Hubo un largo silencio mientras todos esperaban. Sol se retorció más arriba en su duna, esperando tener una vista de las puertas de la ciudad, pero una larga pendiente de arena salpicada de espinosas esferas de cactus le bloqueaba el paso.

«*¿Qué puedo ofrecerle al guardia para entrar en la Madriguera del Escorpión?*». se preguntó. Miró el espejo de obsidiana. Era lo único que tenía. ¿Merecía la pena renunciar a su única ventaja sobre los Alas Nocturnas? En la otra garra, sabía que se alegraría de no tener su siniestro peso entre sus garras. Pero en la tercera garra, no sabía quién terminaría con sus garras en esta arma potencialmente peligrosa. ¿Qué podrían hacer con ella los Forajidos?

«*Hmmm*». Además, aunque ella no se lo ofreciera, ¿qué iba a impedir que una banda de forajidos se lo llevara sin más? Sol se lo pensó un momento, luego cavó rápidamente un agujero en la arena junto a una de las bolas de cactus y enterró el espejo. Por supuesto, no había nada que la ayudara a distinguir una duna de arena pardusca de la siguiente. Tendría que cruzar todas sus garras y esperar ser capaz de encontrarlo de nuevo. Pero un espejo peligroso que nadie pudiera encontrar era mejor que un espejo peligroso rondando por la Madriguera del Escorpión, sin duda.

Levantó la cabeza cuando el guardia de abajo habló.

—Muy bien —dijo—. Espina quiere verlos, no me pregunten por qué. Sigan a Qibli, y nada de bromas.

Sol esperó todo lo que pudo, luego se subió a la duna.

Un Ala Arenosa estaba allí, a no más de tres pasos, mirándola fijamente como si la hubiera estado esperando. Su costado estaba lleno de viejas

cicatrices y tenía seis garras en cada pata delantera, en lugar de cinco. No tenía ni idea de dónde había salido, ni de cómo se le había acercado tan rápida y silenciosamente.

—¡Oh! —gritó.

—Eso significa que tú también —dijo él con calma.

—¿T-t-también yo qué? —tartamudeó Sol.

Él ladeó la cabeza y la estudió con curiosidad, fijándose en el extraño color de sus escamas y ojos, y sin duda también en su cola sin veneno.

—Tú también debes presentarte ante los Forajidos. Espina quiere saber por qué sigues a esos canallas. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la madriguera y a los Alas Nocturnas. Sol nunca había oído a nadie referirse a los Alas Nocturnas con tanta falta de respeto, excepto quizás Tsunami o Gloria.

—No… no sigo a nadie —dijo Sol, plegando las alas hacia atrás. Podía oír lo poco convincente que sonaba.

Él se encogió de hombros.

—Miénteme todo lo que quieras, pero no te recomendaría intentarlo con Espina. —Agitó la cola y ella se apartó—. Ven.

No era una petición, al menos no estaba amenazando con encadenarla, y al menos ir con él significaría entrar en la Madriguera del Escorpión sin el problema del pago.

—Bien —dijo, levantando la barbilla—. Llévame hasta Espina.

Bajaron volando hasta las puertas de la ciudad y el guardia asintió impasible mientras pasaban junto a ella, directos a un callejón de piedra torcida con escalones que subían y bajaban. El aire estaba cargado de olores de cocina picantes, humo y multitudes de dragones acalorados. Las calles que los rodeaban estaban llenas de puestos desvencijados y tiendas de campaña, y las voces empezaron a apretar a Sol.

—¿Estofado de cocodrilo? ¿Escorpión asado? ¿Bolsa de grillos?

—¡Apuesto a que te gustaría algo de oro para esas escamas doradas!

—Abastécete de cactus de aguijón brillante, ¡nunca se sabe cuándo puedes necesitarlo!

—¿Necesita que maten a alguien, señorita? Toma, guarde mi tarjeta.

Sol apretó en las garras un trozo de metal pequeño y plano con un nombre inscrito, y el Ala Arenosa que se lo había dado desapareció casi de inmediato. Sol parpadeó y miró al dragón que la escoltaba.

—¿De quién es? —le preguntó, arrancándoselo de las garras—. No, no lo quieres. Demasiado caro, apenas competente. —Tiró la tarjeta en otro

puesto cuando pasaron, y un hocico asomó de un montón de alfombras para gruñirles.

—¡Ay! —Sol chilló cuando alguien pasó corriendo y le pisó la cola. Intentó esquivar a un par de dragones que se peleaban y un Ala Arenosa le golpeó la cara.

«*Estas calles son tan estrechas... y hay tantos dragones... deben de arañarse accidentalmente con la cola todo el tiempo*». Observó con más detenimiento los puestos que la rodeaban y se dio cuenta de que muchos de ellos vendían el cactus que era el antídoto contra el veneno de los Alas Arenosas. Por lo que pudo ver, era casi tan popular como las bolsas gigantes de agua de piel de camello que vendía cualquier otro comerciante, o los diminutos dragones azules y las brillantes esferas negras que también parecían compartir todas las mesas con otras mercancías.

Un cartel de madera le llamó la atención: tres caras de dragones talladas bajo las palabras se buscan. Sol se giró para intentar mirar las caras mientras su guardia la hacía pasar. Habría jurado que uno de ellos era Desierto... y uno de los otros era... pero seguro que no podía ser...

Su guardia la dirigió a través de la maraña de dragones, manteniendo un ala firmemente asentada contra su espalda. Otros dragones se apartaban de su camino cuando lo veían, agachaban la cabeza a su paso o se escondían en rincones sombríos, siseando. Pronto Sol se dio cuenta de que el mismo cartel de madera de se busca estaba pegado por todas partes, colgado de las paredes, clavado en las solapas de las tiendas y clavado en los tablones de los establos. Tuvo la oportunidad de ver uno más de cerca cuando se detuvieron para dejar pasar un carro de cajas pintadas de dorado.

«*Realmente se parece a Oráculo. Oráculo, Desierto y un Ala Nocturna que nunca había visto. Pero, ¿por qué? ¿Y quién los busca?*».

Debajo de las imágenes había una letra pequeña, pero Sol no llegó a leerla antes de que su guardia la apresurara a seguir adelante.

Casi todos los dragones que vio eran Alas Arenosas, aunque también vio un par de Alas Celestes escarlatas e incluso, las escamas azul pálido de un Ala Helada, que debía de estar muy mal con este calor. También vio muchas heridas de guerra: dragones a los que les faltaban garras, alas destrozadas, hocicos con cicatrices u orejas arrancadas, muchos de ellos acurrucados en los espacios entre los puestos, flacos y miserables.

Aunque estaba segura de que la Madriguera del Escorpión era un lugar peligroso para vivir, supuso que muchos dragones venían aquí a esconderse de la guerra, ya fuera antes de que los llamaran a filas o después

de haber sido tan gravemente heridos que ya no soportaban seguir luchando.

Un Ala Arenosa se acercó cojeando e hizo un extraño medio saludo al guardia de Sol.

—Saliendo de servicio, señor. —Hizo una pausa y miró a Sol con los ojos entrecerrados, y ella se dio cuenta de que tenía un largo rasguño en uno de los ojos que también le había arrancado parte de la nariz. Había algo vagamente familiar en él, pero estaba segura de que habría recordado aquel rasguño.

—Adax, deja de informarme todo el tiempo —dijo el guardia—. Así no es cómo funcionan los Forajidos. Además, te dije que dejaras de llamarme «señor».

—Sí. De acuerdo. De acuerdo. —El dragón tosió, claramente tragando otro «señor»—. Uh, ¿quién es tu invitada?

Sol se acercó a su escolta, deseando que Adax dejara de mirarla. Su guardia pareció percibirlo y extendió sus grandes alas para protegerla de las miradas.

—Sólo una visita para Espina —dijo—. Adelante.

Adax movió la cabeza y se escabulló entre la multitud.

—A algunos de estos antiguos soldados les cuesta dejar sus hábitos militares —le dijo el gran Ala Arenosa—. Pero Adax es inofensivo, no te preocupes.

Sol se giró para mirar hacia atrás y vio que el Ala Arenosa cojo se había detenido a la sombra de un puesto que parecía vender venenos. Sus ojos negros la miraban fijamente, e incluso cuando volvió a agacharse detrás de las alas de su guardia y después de haber cruzado varios callejones más, seguía sintiendo una sensación punzante y sigilosa a lo largo de la espalda, como si su mirada la siguiera.

Se dirigieron hacia el centro de la ciudad, agachándose bajo toldos rotos y tropezando con adoquines desiguales. Sol podía oler algo nuevo más adelante, como fruta explotada, y vislumbró el verde oscuro a través de los huecos que había delante de ella, incongruente con los edificios de color arena, las tiendas de color naranja descolorido y las paredes de ladrillo rojo o negro.

De repente, un dragonet tropezó delante de Sol y le tendió las garras delanteras.

—¡Hambre! —baló.

Sus escamas amarillo pálido estaban cubiertas de suciedad y era diminuto, con costillas huesudas que le sobresalían del pecho. Sus ojos negros atraparon a Sol, que lo miró impotente.

—Lo siento —le dijo—. No tengo nada.

El dragón que estaba a su lado se inclinó hacia delante y atrapó al dragonet antes de que pudiera huir de nuevo, inmovilizando despreocupadamente la cola del pequeño contra el suelo con una garra.

—¡No le hagas daño! —gritó Sol, pero el guardia ni siquiera la miró.

—¿Dónde está tu guardián, escuincle? —le preguntó al dragonet.

—Lo siento, lo siento, lo siento —gritó una Ala Arenosa, saliendo a toda prisa de un callejón cercano—. Nunca habría dejado que le molestara, señor. Por favor, perdónenos.

Agarró al dragonet y lo estrechó contra sí. Se desplomó, sin fuerzas para escabullirse.

—Debes de ser nueva aquí —dijo el dragón de seis garras, entrecerrando los ojos—. No debería morirse de hambre así. Los dragonets de hasta ocho años reciben una comida gratis todas las mañanas después del amanecer en el estanque. Empieza a mandarlo y pronto tendrá el tamaño de un dragón de verdad.

La Ala Arenosa tembló y agachó la cabeza

—Pero, señor —susurró—. He oído que era un truco.

Suspiró impaciente.

—Déjame adivinar. Los alimentamos y luego los agarramos para convertirlos en Forajidos, ¿estoy en lo cierto? —Ella se estremeció, y sus alas se plegaron más cerca alrededor del dragonet—. Escucha, no vamos a secuestrar a un puñado de jóvenes esmirriados que darían más problemas de los que valen. Espina sólo quiere asegurarse de que no haya más dragonets que mueran de hambre en la Madriguera del Escorpión. No es complicado.

—Sí, señor —susurró la Ala Arenosa.

—Mira, envíalo mañana por la mañana, o iré yo mismo a por ustedes —dijo. Ella asintió y se alejó, manteniendo al dragonet bajo su ala—. Vaya dragones —murmuró el guardia de Sol.

—¿Es cierto? —preguntó Sol—. ¿Los... uhm, Forajidos alimentan a todos los dragonets de la Madriguera del Escorpión?

El guardia movió las alas arriba y abajo y frunció el ceño.

—Lo intentamos. Pero los dragones no cambian fácilmente, sobre todo en un lugar como éste. Y sobre todo cuando alguien intenta ayudarlos. Gusanos sin cerebro —murmuró, dándose la vuelta para alejarse de nuevo.

Sol tampoco estaba segura de poder confiar en un regalo de ese dragón.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mientras caminaba a su lado.

Él la miró, con su lengua negra moviéndose de un lado a otro.

—Seis Garras.

—Oh —murmuró Sol, mirando sus extrañas garras, y luego, antes de que pudiera contenerse—. Tus padres se sentían muy creativos.

Él soltó una carcajada que hizo que varios dragones saltaran aterrorizados al escondite más cercano. La luz del sol brillaba en sus escamas marrón amarillento mientras levantaba una de sus patas delanteras y examinaba las seis garras malvadamente afiladas que tenía.

—Supongo que sí. ¿Y tú?

—Soy Sol —dijo—. Nunca conocí a mis padres.

Le miró de reojo a la cara, pero no hubo ninguna reacción. Era lo bastante mayor como para ser su padre y, por su forma de andar y hablar, supuso que llevaba tiempo en la Madriguera del Escorpión. Además, tenía esas seis garras; tal vez los defectos peculiares eran cosa de familia. Tal vez aún no había comentado nada sobre su cola porque había visto otros dragones con el mismo defecto... dragones emparentados con él.

«*O tal vez estoy totalmente desesperada*».

Bajaron cinco escaleras de piedra y sus garras se hundieron en la arena. Sol apartó la mirada de Seis Garras y vio que las sombras de las tiendas y los toldos habían sido sustituidas por la sombra envolvente de grandes palmeras.

Había un oasis en medio de la Madriguera del Escorpión.

«*Bueno, eso tiene sentido*», se dio cuenta Sol. ¿Por qué si no construirían los dragones una ciudad aquí?

Pudo ver un estanque ondulante de agua azul verdosa en medio de la arena y las palmeras. También pudo ver varios dragones bien armados y de aspecto peligroso patrullando por los alrededores.

—¿Todos esos son Forajidos? —preguntó—. ¿Guardan el agua en la Madriguera del Escorpión?

— En el desierto, la que controla el agua, lo controla todo —dijo Seis Garras.

—Y aquí esa «la» es Espina —adivinó Sol.

Seis Garras señaló con la cabeza una gran tienda blanca instalada junto al agua. Las paredes se hinchaban como alas de cisne, y puntas de cola venenosas asomaban por debajo de los bordes aquí y allá. Dos Alas Arenosas de aspecto especialmente malvado custodiaban la entrada, donde se había enrollado una solapa para permitir el paso de los dragones.

Mientras se acercaban, Sol vio un destello de escamas negras a través de la puerta y se agachó detrás de Seis Garras.

Él la miró por encima del hombro.

—¿Sí?

—No quiero que me vean —susurró ella.

—¿Los Alas Nocturnas? —preguntó— ¿Los que estabas... *no* siguiendo?

Ella asintió.

—¿Por qué?

Sol tenía la fuerte sensación de que no sería prudente revelar su conexión con la profecía. Incluso si los Forajidos no la vendieron inmediatamente a Brasas, alguien más en la Madriguera del Escorpión estaba seguro de aprovechar esa oportunidad.

—Trataron de matarme —dijo. Eso era básicamente cierto.

Seis Garras parecía divertido.

—Aquí tienes un consejo gratis. Cuando un dragón intente matarte, vuela en dirección *contraria*.

—Los estoy vigilando —dijo ella, erizándose—. Necesito saber qué están planeando.

—Eso depende de Espina ahora —refutó—. Ven y quédate detrás de mí.

El corazón de Sol latía con fuerza mientras se acercaban a la tienda. ¿Debía intentar huir? ¿No era posible, incluso probable, que Espina y los Alas Nocturnas se aliaran para venderla a Brasas? Después de todo, Espina era la líder de una banda de criminales.

Sin embargo, Sol no llegaría lejos en esta ciudad, no con los Forajidos tras ella. Incluso en un lugar lleno de Alas Arenosa, destacaría como un fuego en una noche oscura. Trató de mantener el recuerdo del dragonet hambriento en su cabeza mientras se escondía bajo la suave solapa blanca de la tienda. Una líder de criminales que alimentaba a pequeños dragonets no sonaba tan mal. Tal vez se pudiera razonar con Espina.

Los tres Alas Nocturnas estaban sentados en fila sobre una alfombra naranja brillante tejida con formas de garras púrpuras y blancas alternadas. Una claraboya en el techo de la tienda estaba colocada de tal forma que un rayo de sol les iluminaba la cara con su luz brillante y cálida. Sol tuvo la sensación de que era deliberado. Estaban rodeados por Alas Arenosas, muchos de ellos con cicatrices o dientes perdidos, como si hubieran luchado duro por un lugar en esta tienda y no planearan moverse pronto.

El único lugar despejado estaba en el otro extremo de la tienda, donde una pila de alfombras celestes tejidas estaba dispuesta sobre un estrado.

Al cabo de unos instantes, se oyeron risas en el exterior y otros cinco Alas Arenosas entraron en la tienda.

Sol pudo distinguir de inmediato cuál era Espina, aunque era más pequeña que las demás y no llevaba más tesoros que nadie. Un solitario brazalete de oro rodeaba uno de sus antebrazos: una cadena de dragones voladores hecha de alambres retorcidos. Del cuello le colgaba una sencilla cadena de cobre con un colgante de piedra lunar: una joya extraña para encontrar en el desierto, pensó Sol.

Sus escamas eran de color amarillo arena y estaban moteadas con un patrón de pequeñas motas marrones a lo largo de la espalda y las alas. Parecía joven, probablemente apenas veinte años, si Sol tuviera que adivinar. La mayoría de los dragones crecían rápidamente durante los primeros siete años de su vida, y luego un poco cada año, por lo que los dragones más viejos solían ser los más grandes, como Oráculo, Brasas y Grandiosa. Pero Espina era enjuta y compacta y parecía que iba a seguir siéndolo por mucho que viviera.

¿Qué era lo que la hacía parecer tan claramente la líder de este grupo? Se reía con los demás cuando entraron, pero iba un paso por delante de ellos, con las alas entreabiertas e inclinadas hacia delante, como si tuviera que estar en algún sitio, y sus ojos escudriñaban la habitación como si buscara algo. Irradiaba una energía intensa; incluso Sol sintió deseos de seguirla a donde fuera.

La risa desapareció de los ojos de Espina cuando vio a las tres Alas Nocturnas. Enroscó la cola amenazadoramente antes de acecharlos y subir a la tarima. Sol se alegró de no ser ella quien la mirara.

—Alas Nocturnas —dijo Espina en tono sombrío—. Vaya, vaya, vaya. Hace siete años que ninguno de ustedes visita nuestra ciudad.

—¿Por qué habríamos de hacerlo? —desafió Mordida Feroz—. Sólo estamos aquí ahora porque queremos hacer un trato con Brasas.

—Necesitamos que alguien le lleve un mensaje —añadió Fortachón.

Espina se inclinó hacia delante.

—Eso es irrelevante para mí. ¿Dónde está Oráculo?

Los tres Alas Nocturnas se sobresaltaron.

—¿Conoces a Oráculo? —tartamudeó Cazador.

—Por desgracia —gruñó Espina—. Dime dónde está, y consideraré seriamente en no matarlos.

Cazador desplegó sus alas y varios Forajidos dieron un paso amenazador hacia él.

—¡No puedes matarnos! —protestó— ¡Somos Alas Nocturnas!

—Te aseguro que los Alas Nocturnas mueren tan fácilmente como cualquier otro dragón —dijo Espina—. ¿Quieres una demostración?

—No, no, no —se apresuró a decir Fortachón—. Te diremos lo que sabemos.

—A cambio de un mensajero a Brasas —intervino Mordida Feroz.

—A cambio de sus vidas —replicó Espina con calma—. No voy a enviar a ninguno de mis Forajidos a ese pozo de muerte. La mayoría de ellos están aquí expresamente porque están tratando de evitarla.

—Pero... —comenzó Mordida Feroz.

—Oráculo está muerto —soltó Cazador—. Murió hace sólo unos días.

Se hizo un silencio terrible. Uno de los dragones que había llegado en último lugar dio un paso hacia Espina, tendiéndole la mano tentativamente, con una expresión sorprendente, mezcla de horror y compasión.

El rostro de Espina se contorsionó con una furia nunca vista por Sol. Con un grito de rabia, saltó de la tarima, agarró a Cazador por el cuello y lo arrojó al suelo, donde lo inmovilizó con sus garras y balanceó la cola sobre su corazón.

Mordida Feroz y Fortachón no tuvieron tiempo de reaccionar antes de que los Forajidos estuviera allí, reteniéndolos. Aunque no era necesario; Sol podía ver que estaban demasiado aterrorizados como para hacer algo para ayudar a Cazador.

—Di esoooo otra vez —siseó Espina en la cara de Cazador.

—¡Está muerto! —balbuceó Cazador—. ¿No son buenas noticias? Parecía que lo odiabas, ¿no te alegras de que esté muerto?

—No *puede* estar muerto —dijo Espina—. Dime la verdad, saco de huesos mentiroso. Dime cómo llegar a tu hogar secreto, dónde está Oráculo y *qué le hizo a...* —Se cortó bruscamente.

—No puedo decirte nada de eso —se quejó Cazador—. ¡No se nos permite! Pero te prometo que Oráculo está muerto, muy, muy, muy muerto.

—¡No! —gritó Espina. Una ráfaga de llamas salió disparada de su boca, chamuscando un punto junto al cuello de Cazador. Gritó de miedo, y dos Forajidos saltaron hacia delante para apagar las llamas de la alfombra antes de que el fuego llegara a la tienda. Al mismo tiempo, Cazador se convulsionó y azotó, cortando el vientre de Espina con sus afiladas garras.

—¡Maldito engendro de cocodrilo! —rugió Seis Garras, derribando dragones a un lado mientras saltaba hacia Cazador. Otro Ala Arenosa, un dragonet macho de la edad de Sol, también se lanzó desde el otro lado.

Pero no fueron lo bastante rápidos.

La cola de Espina se clavó en el corazón del Ala Nocturna y, con un grito de dolor, Cazador se desplomó debajo de ella, muerto.



CAPÍTULO 7

Sol se quedó mirando el cuerpo del Ala Nocturna, con las alas torcidas a ambos lados y el hocico contorsionado en una última mueca de desesperación.

«*Era un dragón malo* —se dijo a sí misma—. *El mundo está mejor así. Mis amigos están más seguros ahora que ha muerto*».

«*Pero tuvo una vida horrible* —argumentó su otra mitad—. *Quizá podría haber cambiado. Tal vez había un mejor dragón dentro de él, si tan solo alguien se hubiera molestado en intentar sacarlo*».

Espina se apartó del cadáver y respiró hondo. Seis Garras le puso una garra en el hombro y ella lo miró con pesar, como si no hubiera querido matar a Cazador después de todo.

«*Quizá no lo hubiera hecho si él no la hubiera atacado. O tal vez tuvo que hacerlo, de cualquier manera, para asegurarse de que los otros Alas Nocturnas sepan lo seria y peligrosa que es*».

—Está bien, Qibli, gracias —le dijo Espina al dragonet que había corrido a ayudarla.

Se paró al otro lado del cuerpo, como si quisiera apuñalarlo de nuevo, sólo para estar segura.

—Intentémoslo de nuevo —dijo Espina, volteando hacia Mordida Feroz y Fortachón. Los dos dragones negros tenían la cabeza gacha y las alas pegadas al cuerpo. Espina se detuvo frente a frente con Mordida Feroz—. Dime cómo encontrar a Oráculo.

Mordida Feroz dudó, sólo un momento, y luego dijo:

—Es una isla.

—¡Mordida Feroz! —siseó Fortachón.

—¿Qué? —le espetó—. ¿Qué más da? De todas formas, todo está destruido. —Volvió a mirar a Espina con el ceño fruncido—. Vivíamos en una isla, al norte del continente, pero todo el lugar fue arrasado por un

volcán. Oráculo fue asesinado por el. Esa es la verdad, así que lo siento si no te gusta. —Levantó la barbilla desafiante.

Las garras de Espina se crisparon y sus ojos se entrecerraron.

«*No puedo dejar morir a la hermana de Nocturno* —pensó Sol—. *No importa lo terrible que sea. No si puedo evitarlo*». Sabía que era una tontería exponerse aquí, pero sentía que era lo correcto. De eso se trataba estar en la profecía, y si quería seguir creyendo en ella, tenía que seguir actuando dignamente.

—¡Es verdad! —gritó. Se abrió paso entre las Alas Arenosas, que parpadearon confundidos—. Es verdad, no les hagan daño. —Tropezó en la arena delante de Espina, a medio palmo de los Alas Nocturnas que habían intentado matarla.

—¡Tú! —gritó Mordida Feroz.

—Yo estaba allí, en la isla de los Alas Nocturnas —dijo Sol, ignorándola. Los ojos negros de Espina la clavaban en la arena como a un insecto exótico, estudiando cada escama extrañamente dorada—. Hubo un volcán que arrasó el hogar de los Alas Nocturnas y mató a Oráculo. Lo siento —añadió, y lo sentía, aunque no sabía muy bien por qué.

—¿Quién flamas eres tú? —preguntó Espina.

—Esta es la que los seguía —dijo Seis Garras, señalando con la cabeza a los dragones negros. Mordida Feroz frunció el ceño; Fortachón sólo parecía sorprendido.

—Ah —dijo Espina, ladeando la cabeza—. Sí. Entonces... ¿no has venido a verme por la recompensa?

«*¿Qué recompensa?*». Sol negó con la cabeza.

—Sólo intento detenerlos antes de que lastimen a mis amigos —dijo, y luego agregó, con una ráfaga de esperanza—. Por favor, no dejes que envíen un mensajero a Brasas. Pondría a muchos dragones en peligro.

—De verdad —dijo Espina. Se giró para mirar a los Alas Nocturnas—. ¿Qué tienen que decir al respecto?

—Tenemos información por la que sabemos que Brasas pagará muy bien —dijo Fortachón, mirando a Sol—. No sólo a nosotros, estoy seguro de que recompensará a cualquiera que nos ayude a llegar hasta ella. Y pagará aún más si incluyes a esta insignificante dragonet.

Espina miró a Sol con escepticismo.

—¿Por qué?

Sol negó con la cabeza, pero por supuesto eso no iba a detenerlo.

—Es una de los dragonets de la profecía —dijo Fortachón, triunfante.

Todos los dragones de la tienda parecieron incorporarse a la vez. Algunos se levantaron de un salto y se escabulleron por la entrada principal, Sol se dio cuenta con inquietud. La mayoría de los demás empezaron a cuchichear entre ellos. Captó fragmentos como «¿por qué es tan pequeña?», «por eso ese soldado...», «pero su cola» y «no me extraña que Brasas...».

Un dragón al que le faltaba un ojo se acercó para mirarla y Sol apretó más la cola alrededor de las garras, temblando.

—Y sabemos dónde están los demás —continuó Fortachón.

Mordida Feroz le golpeó en el hocico con la cola.

—¡Cállate! —gruñó.

Toda la energía de Espina se concentró en Sol. Se acercó un paso y la rodeó, inspeccionándola. Sol trató de parecer valiente y tranquila, incluso cuando Espina cogió su inofensiva cola y la movió con curiosidad entre sus garras.

—Hmm —dijo la líder de los Forajidos—. Eres un poco inusual.

—Lo sé —dijo Sol—. Pero está bien, no me importa. Es la forma en que nací.

—En la noche más brillante —dijo Espina—. Hace seis años.

No era exactamente una pregunta, pero Sol respondió de todos modos.

—Sí.

Espina caminó alrededor de Sol una vez más, sus garras levantaban pequeñas nubes de arena entre los huecos de las alfombras, y luego se detuvo a su lado, frunciendo el ceño hacia la Alas Nocturnas.

—Una pregunta más para ustedes, lagartos cobardes. ¿Pueden decirme algo sobre un Ala Nocturna llamado Mueverrocas?

Fortachón resopló.

—Se largó hace seis o siete años y nadie ha vuelto a saber de él. La reina estaba furiosa.

Esta respuesta no pareció hacer más feliz a Espina que cualquier otra cosa que hubieran dicho. Siseó en voz baja y volteó hacia Seis Garras

—Ponlos en un lugar desagradable —ordenó—. Luego decidiré qué hacer con ellos. Tú —le dijo a Sol—. ven conmigo.

Se marcharon en una marea de dragones murmurantes. Sol sintió lo mismo que cuando estaba en la jaula del Palacio Celeste, colgada para que todos la miraran. Se quedó pegada a la cola de Espina.

La pared del fondo resultó dividir la tienda en dos y, cuando se agacharon a través de una solapa, Sol se encontró en una zona más pequeña, con menos alfombras, donde había un par de mesas negras bajas,

un baúl lleno de pergaminos y dos sorprendentes cuadros clavados en las paredes.

Sol se quedó sin aliento cuando los vio.

Uno era Oráculo, dibujado con tinta oscura, con el ceño fruncido como siempre. El papel era grande y estaba agujereado. «*Como si alguien le hubiera estado tirando cosas afiladas*», pensó Sol.

El otro dibujo era algo más pequeño, pero había recibido el mismo trato.

La miraba Desierto, mucho más joven de lo que ella lo recordaba.

Sol tocó ligeramente el papel con una garra.

—Vaya —dijo. «*Aún tiene las cicatrices, pero parece mucho más sano. Debe de ser de cuando aún recibía el sol y el calor que necesita un Ala Arenosa, antes de esconderse bajo la montaña para cuidarnos*».

—¿Lo conoces? —preguntó Espina desde detrás de una de las mesas bajas. Sonaba despreocupada, pero había algo ferozmente intenso en sus ojos.

Sol se preguntó cuánto admitir, pero antes de que tuviera que responder, las solapas crujieron y el mismo dragonet de antes se abrió paso a empujones. Era más grande que Sol, pero ahora que podía verlo con más claridad, supuso que tal vez era un año más joven. En una oreja le brillaba un pendiente de color ámbar oscuro y una pequeña cicatriz zigzagueaba por su nariz.

—Qibli —advirtió Espina—. Esta es una discusión privada.

—No voy a dejarte a solas con ninguna desconocida —dijo Qibli, lanzando una mirada llena de puñales a Sol—. Con profecía o sin ella.

Espina parecía divertida.

—Tu lealtad es encantadora, pero creo que puedo manejar a esta dragonet tan bien como tú.

—Es mejor tener refuerzos —insistió. Movió la cola hacia adelante para apoyarla en la arena frente a él—. Prometo que estaré tranquilo.

—Bueno, eso sí que tengo que verlo —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. Bueno. Tú... ¿cómo te llamabas?

—Sol.

Espina cruzó hacia el baúl de los pergaminos, que estaba sobre otra alfombra azul cielo. Se limpió las garras delanteras con la tela para sacudirse la arena, se inclinó y tomó una gavilla de páginas sueltas.

—Sol —repitió—. Antes de que digas nada más, ¿de verdad no estás aquí por la recompensa?

—No sé nada de una recompensa —prometió Sol.

Qibli hizo un gesto de desprecio. Sin hacer ningún comentario, Espina le entregó una de las páginas. El papel grueso y amarillento se arrugó entre sus garras.

RECOMPENSA, RECOMPENSA, RECOMPENSA

Por cualquier información que conduzca al paradero de dos Alas Nocturnas vistos una vez en los alrededores de la Madriguera del Escorpión, conocidos como Oráculo y Mueverrocas.

Por cualquier información sobre la ubicación actual de un Ala Arenosa con cicatrices llamado Desierto, visto por última vez frecuentando el mercado nocturno hace siete años.

Par cualquier dragonet nacido en los últimos seis años con rasgos inusuales.

Ven ante Espina en el estanque de los Forajidos con cualquier cosa. Su seguridad es garantizada.

RECOMPENSA, RECOMPENSA, RECOMPENSA

Unos dibujos más pequeños de Oráculo y Desierto acompañaban las palabras, junto con otro dibujo de un Ala Nocturna de aspecto apagado que supuso que era Mueverrocas. Echó un vistazo a los otros papeles que sostenía Espina y vio pronunciamientos similares con palabras ligeramente diferentes

«Hace cinco años» o «en los últimos tres años», por ejemplo. No se trataba de una nueva búsqueda ni de una nueva recompensa. Era la última actualización de una caza en curso.

Sol dejó el papel lentamente. Las piezas empezaban a encajar en su mente, burbujeando de forma divertida, esperanzada y confusa.

—¿No sabías nada de esto? —preguntó Espina.

Sol negó con la cabeza.

—No he estado en el Reino de Arena en los últimos seis años. —Respiró hondo y dejó que se le escapara todo—. Mi huevo fue encontrado en el desierto, solo, por un dragón llamado Desierto. Ese dragón. —Señaló el cuadro de la pared mientras Espina inhalaba bruscamente—. Me llevó para que me criaran los Garras de la Paz, junto con los demás dragonets del destino. Después de todo, encajo en la profecía... —Dudó y luego añadió—. Y está claro que mis padres no me querían.

Levantó la cabeza y miró a Espina a los ojos. La líder de los Forajidos dejó caer el resto de los papeles, dio un paso adelante y agarró las garras delanteras de Sol con las suyas.

—Él no te *encontró* —gruñó—. Te *robó*. Sabía dónde te había escondido por tu propia seguridad y me traicionó.

Sol sintió como si no pudiera respirar. Las garras enroscadas alrededor de la suya, los ojos oscuros fijos en ella. Eran lo único real que había en la tienda; todo lo demás se desdibujaba y desaparecía.

«*Este es* —pensó maravillada—. *Este es el momento con el que todos soñamos, todos esos años bajo la montaña*».

—Te quería —dijo Espina con fiereza—. Eras lo único que quería. Hice todo lo que pude para encontrarte.

«*No cumplir la profecía... sino encontrar a nuestros padres*».

Espina apretó sus garras con más fuerza.

—Sol. Eres mi hija.



CAPÍTULO 8

Sol sintió como si sus escamas chisporrotearan, zumbaran e intentaran desprenderse de ella. Se lanzó hacia las alas de Espina, que se plegaron a su alrededor como rayos de sol.

—¡Eh! —rugió Qibli, levantándose de un salto.

—No pasa nada, siéntate —dijo Espina. Apoyó la cabeza sobre la de Sol y la abrazó con más fuerza.

—Sabía que no me habías abandonado —dijo Sol, aunque no estaba segura de haberlo sabido.

—*Sabía* que algún día te encontraría —respondió Espina—. No tomé el mando de esta ciudad para nada. Aunque nunca pensé que entrarías en mi tienda. Persiguiendo a un trío de Alas Nocturnas, sin embargo. —Se echó hacia atrás y sonrió—. Graciosa y valiente dragonet.

Era cálido, cálido, cálido, aquí en las alas de su madre, tan cálido como Sol siempre había querido.

—Espera —intervino Qibli—. Espina, perdona, pero ¿cómo lo sabes? Podría ser cualquiera. Podría estar jugando contigo. Podría ser una estafadora.

—Ya he conocido suficientes estafadores en los últimos seis años —dijo Espina con calma—, fanfarroneando, esperando estafarme con la recompensa. Esta es mi hija.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Sol—. No es... no es Desierto, ¿verdad?

—Soles brillantes y aplastantes, no —dijo Espina—. Qué pensamiento más horrible. No. —Le lanzó una mirada a Qibli—. Él... ya no está por aquí. Podemos hablar de eso más tarde. Pero hablando de Desierto, si puedes traerlo, está en mi Lista de Dragones que Necesito Desmembrar Violentamente.

—Él ya está muerto —dijo Sol—. Pero no era tan malo, de hecho. Murió intentando protegernos.

—¿Con éxito? —preguntó Espina.

—Bueno... no con mucho éxito —admitió Sol—. Todos fuimos capturados por la reina de los Alas Celestes. Pero ahora estamos bien.

Espina gruñó.

—Dientes de víbora, no puedo creer que todos mis enemigos hayan muerto antes de que yo misma pudiera arrancarles la cabeza. Qibli, dame esos dibujos.

El dragonet descolgó los dibujos de Oráculo y Desierto de la pared, y Espina mantuvo un ala alrededor de Sol mientras los hacía jirones.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Sol.

—Sí —dijo Espina, abrazándola de nuevo— ¿Quieres que mate a esos Alas Nocturnas por ti?

—No, no —se apresuró a decir Sol—. Uno de ellos es la hermana de un amigo mío —dudó—. Ojalá no hubieras matado al otro.

—Lo sé —dijo Espina. Levantó las garras, buscando sangre—. No es mi parte favorita del rollo, pero si quieres liderar dragones, tienes que mostrarles tus garras de vez en cuando, Escarabajo.

—¿Escarabajo? —repitió Sol.

Espina le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Ese era mi apodo cariñoso para ti cuando aún estabas en el huevo —dijo—. Así es como te he estado llamando en mi cabeza todos estos años. Pero me gusta Sol. Desierto debió de prestarme atención cuando hablé de posibles nombres para ti. —Su rostro se ensombreció.

—Así que eran amigos —preguntó Sol.

—Eso creía. —Su madre miró un momento al techo de la tienda, con los ojos brillosos.

—Tengo muchas preguntas —dijo Sol en voz baja. «*¿Cómo sabías que me vería rara? ¿Por qué tuviste que esconder mi huevo por seguridad? ¿Qué tienen que ver los Alas Nocturnas?*».

—¡Yo también! —dijo Espina—. Quiero saber todo sobre todo lo que has hecho en los últimos seis años. ¡Y deberíamos celebrarlo! Deja que envíe a todos mis brigantes a cumplir con sus obligaciones, y le diré a Armadillo que organice una fiesta. Lagartos asados y leche de camello gratis para toda la Madriguera del Escorpión esta noche. —Sonrió.

—¡Espera! —dijo Sol—. No necesito una fiesta…

—Tal vez no, pero va a lograr tres cosas —dijo Espina enérgicamente—. En primer lugar, aliviará la tensión: todos esos dragones se preguntan qué pasará con una dragonet de la profecía entre nosotros. En segundo lugar, todos sabrán que eres mi hija, así que te tratarán con respeto y no sólo con

curiosidad. Y tercero, dejará muy claro que estás bajo la protección de los Forajidos, la cual vas a necesitar en esta ciudad.

—Oh —dijo Sol. Por un momento le preocupó que su madre fuera como Llamas, buscando cualquier excusa para hacer una fiesta. Fue tranquilizador darse cuenta de que tenía razones inteligentes para lo que estaba haciendo.

Hubo un alboroto en la tienda principal: dragones gritando, algo siendo derribado. Espina se giró con la cola en alto, alerta ante cualquier peligro.

Pero cuando un Ala Arenosa irrumpió por las solapas y se arrojó a sus pies, se relajó y le devolvió el gesto a Qibli.

—¿Qué pasa? —preguntó Espina.

—Informes de una víbora muerde dragones —jadeó—. Vista cerca del orfanato.

—¿Seguro? —exigió Espina, agarrando una larga lanza hecha de tres hilos de metal retorcidos juntos y divididos en varias puntas afiladas en el extremo—. ¿Algún Forajido ha confirmado que realmente está ahí?

—No —jadeó—, pero alguien entró en pánico y prendió fuego a las casetas más cercanas. El orfanato arderá en llamas si no lo apagamos rápido.

—Y también el resto de la ciudad —dijo Espina—. Sol, lo siento, tengo que ocuparme de esto.

—Por supuesto —dijo Sol, saltando— ¿Puedo ayudar? ¿Qué puedo hacer?

—Puedes quedarte aquí a salvo para que no tenga que preocuparme por ti —dijo Espina—. Por favor. Con las víboras muerde dragón no se juega. Volveré en cuanto pueda. —Tomó una bolsa por la solapa exterior y se escabulló fuera de la tienda, desapareciendo antes de que el mensajero pudiera ponerse en pie y seguirla.

Sol y Qibli se miraron durante unos largos instantes. Se preguntó si debería estar enfadada por el hecho de que su madre hubiera desechado su oferta de ayuda, pero, sinceramente, no estaba segura de que hubiera servido de mucho. Cuando se le pasó la emoción de conocer a su madre, empezó a sentir las alas como pesadas rocas apoyadas en los costados. Su cabeza estaba mareada por los extraños olores y ruidos de la Madriguera del Escorpión.

—¿Qué es una víbora muerde dragones? —preguntó Sol finalmente.

—¿De verdad? —dijo Qibli—. Es lo más peligroso del desierto. Probablemente de toda Pirria, pero nosotros las tenemos más que la

mayoría de las tribus. Es la única serpiente del mundo que puede matar a un dragón.

—¿Hay una serpiente que puede hacer eso? —dijo Sol. Se estremeció desde los cuernos hasta la punta de las alas—. Espeluznante.

Él asintió, y ella inclinó la cabeza hacia él.

—¿Espina también es tu madre? —preguntó.

—¡Ja! —exclamó él, sobresaltado. Se tocó el hocico cohibido, donde unas motas marrones resaltaban sobre sus escamas amarillo claro, muy parecidas a las que tenía Espina—. Lunas, no. Ella me *salvó* de mi madre. Además, según tengo entendido, Espina solo ha tenido un solo huevo, y ése eres tú... si eres quien dices ser.

—¿Nadie más? —preguntó Sol— ¿No tengo hermanos ni hermanas?

Él negó con la cabeza.

—Estas mejor así. Los míos son un par de cabezas de hipopótamo esnifa estiércol que preferirían apuñalarme con la cola antes que compartir un higo conmigo. Mal por ellos, ahora que soy un Forajido. —Qibli hinchó las escamas y puso una cara feroz—. Y será mejor que tú tampoco te metas con Espina. Hay un montón de Forajidos alineados detrás de mí que harán que te arrepientas si lo haces.

—No sabría cómo meterme con ella —dijo Sol—. Te lo prometo, soy realmente muy agradable.

—Hmm —dijo Qibli con escepticismo.

Había una almohada de pelo de camello color canela junto a una de las mesas negras que parecía más suave que cualquier otra cosa en la que Sol hubiera dormido en los últimos días, y no había dormido mucho, despertándose con frecuencia para asegurarse de que los Alas Nocturnas no habían seguido volando sin ella. Se acurrucó en la arena fresca y apoyó la cabeza y las garras delanteras en la almohada. Qibli no le quitaba con el ceño fruncido, como si aún no hubiera decidido si confiar en ella.

—Entonces, ¿qué hacen los Forajidos? —preguntó Sol.

Qibli movió las alas y esparció arena en todas direcciones.

—De todo. Evitamos que la Madriguera del Escorpión se convierta en un caos de sangre y dientes, como solía ser, con todos peleando todo el tiempo, hasta que lo solucionamos. Y nos aseguramos de que los que tienen demasiado estén convencidos de darle algo a los que no tienen nada.

—¿Y qué hacen con el estanque? —Sol sentía verdadera curiosidad, pero por alguna razón, las respuestas de Qibli parecían desvanecerse.

—Somos los jefes de el —explicó con orgullo—. Así podemos darle agua a todos los dragonets, a los dragones enfermos y a los heridos de la

guerra. Cuando no están tan asustados como para venir a pedírnosla. Podemos ser muy intimidantes —añadió con un gesto de satisfacción.

—Mm-hmm —dijo Sol, con los párpados caídos.

—¿Te estás quedando dormida en mitad de mi fascinante explicación? —preguntó Qibli, indignado.

—No —murmuró Sol, inexacta, y si dijo algo más, ella no lo oyó.

* * *

Se despertó en la oscuridad, con el sonido de los dragones rugiendo y divirtiéndose fuera de la tienda. A su lado había una pequeña lámpara de aceite, de bronce reluciente, y Seis Garras estaba sentado junto a ella, masticando algo que había sido ensartado en un palo y quemado hasta quedar crujiente.

Inclinó la cabeza hacia ella cuando se incorporó y bostezó.

—Tu madre dijo que no te despertara.

El escalofrío que recorrió la espalda de Sol fue a la vez encantador e inquietante. «*Mi madre*».

—Podría haberlo hecho. Siempre siento que me pierdo de algo cuando duermo —dijo Sol, estirándose—. ¿Dónde está ella?

—Todavía intentando apagar todos los fuegos y restablecer el orden. —Batió un ala ante los ruidos que se oían más allá de las paredes blancas y ondulantes. Había algo sólido en su presencia, como si por supuesto él estaría allí, esperando pacientemente, cuando ella se despertará y lo necesitara. Sol se imaginaba que su madre podía confiar en él.

Volvió a preguntarse si había alguna posibilidad de que fuera su padre. Espina había dicho que «ya no está por aquí», pero tal vez eso sólo significaba «ya no está apegado», O tal vez había una razón por la que lo mantenía en secreto de los otros Forajidos.

Lo más significativo era que saber que había nacido con sus inusuales seis garras podría ser suficiente para que Espina pensara que Sol también tendría algo raro con ella.

—¿Qué pasó con la víbora? —preguntó Sol—. ¿Están todos bien?

Seis Garras dejó de masticar y la miró.

—Todavía no hemos encontrado a la víbora, pero hemos contenido el fuego, en su mayor parte. Y nadie fue mordido, hasta ahora. Así que tenemos mucha o muy mala suerte, si realmente hay una víbora ahí fuera. —Consideró un momento y luego añadió—. Gracias por preguntar.

—Oh —murmuró Sol, nerviosa. Se había preocupado; claro que había preguntado—. Por supuesto.

Seis Garras tiró el palo y se frotó las garras con arena.

—¿Lista para ser presentada a los Forajidos? —le preguntó.

—Ni de lejos —confesó Sol. Él soltó una risita retumbante y levantó la solapa para que ella pudiera atravesar la tienda y salir a la arena movediza, pálida a la luz de las tres lunas que había sobre ella.

Las brillantes llamas anaranjadas y amarillas de las antorchas parpadeaban alrededor del oasis, reflejándose en una danza sobre el estanque. Había demasiados dragones como para que Sol pudiera contarlos, sobre todo entre las sombras vacilantes, y la mayoría de ellos se movían, persiguiéndose unos a otros por la arena, profiriendo insultos, amenazas o bromas, riendo y lanzándose bebidas unos a otros. Mientras parpadeaba, buscando a Espina, uno de los Alas Arenosas cayó al estanque con un chapoteo y otros tres dragones saltaron para sacarlo de allí.

—Idiotas —dijo Seis Garras con afecto, y empezó a avanzar.

—Suficiente —dijo una voz en la oscuridad detrás de la tienda—. Seis Garras. Detente donde estás.

Seis Patas se giró con un siseo.

—Recibo órdenes de Espina y de nadie más.

—Oh, no es una orden —dijo el otro dragón. Se adelantó para que la luz de la antorcha se reflejara en sus escamas amarillas, y Sol reconoció al Ala Arenosa con el que se habían cruzado antes en las calles: Adax, el del arañazo que le resultaba familiar—. Es una sugerencia que creo que realmente querrás escuchar.

Seis Garras dio un paso amenazador hacia él y Adax agitó la cola. Dos dragones más fornidos aparecieron detrás de él. Tenían a una pequeña dragonet atrapada entre ellos, de unos dos años, con escamas casi blancas y una púa en la cola que aún no se había desarrollado del todo. Chilló nerviosa mientras la arrastraban hacia delante.

—La pregunta en realidad —dijo Adax—. es qué hija te importa más: ¿el supuesto huevo perdido hace tiempo que Espina ha estado buscando... o la tuya?

Sol miró a Seis Garras y vio la furia y el miedo contorsionando su rostro. Hundió las garras en la arena y levantó la cola. Más allá de él, en las sombras, vio que cuatro Alas Arenosas más salían de detrás de la tienda y se interponían amenazadoramente entre ellos y el estanque.

—Avestruz —gruñó Seis Garras, con los ojos fijos en su hija—. No tengas miedo. No dejaré que te hagan daño.

—No cometas un error aquí —le advirtió Adax—. Las colas de mis amigos están mucho más cerca de tu dragonet que tú de mí. Si atacas, o incluso si gritas pidiendo ayuda, ella morirá en un instante. Pero esto no tiene por qué ponerse violento, Seis Garras. Queremos a la dragonet del destino. Es un intercambio simple y justo.

—No había víbora muerde dragones, ¿verdad? —siseó Seis Garras—. Prendiste ese fuego para alejar a Espina. ¿Sabes cuántos dragonets podrías haber matado?

—Sí —dijo Adax—. No hagas que sea una más.

Seis Garras gruñó de nuevo, y Sol vio sus ojos pasar de ella a su hija. «*La quiere tanto* —pensó—. *Eso es lo que siempre quise. Eso es lo que podría tener, ahora, con Espina. Una familia, respuestas y un lugar al que pertenecer*».

«*Pero solo si lo merezco. No puedo tomarlo a expensas de otra familia*».

—Está bien —le dijo a Seis Garras—. Haz el intercambio. Tienes que hacerlo. Yo estaré bien. —Miró hacia las hojas de palmera que bloqueaban la vista de las estrellas. Adax los había arrinconado inteligentemente en una zona de sombra donde no podían ser vistos desde el otro lado del estanque.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Seis Garras.

—Brasas quiere mucho a los dragonets —dijo Adax—. Ella me aceptara de nuevo si aparezco con uno de ellos.

—¿De vuelta a su ejército? —siseó Seis Garras— ¿Por qué querrías eso? Podrías estar a salvo aquí. La guerra nunca llega a la Madriguera del Escorpión.

Adax se movió, la luz del fuego brillando en sus ojos oscuros.

—A mí me expulsaron de su ejército, pero a mi familia no. Hay dragones allí a los que tengo que volver.

«*Qué triste* —pensó Sol, y luego su cerebro añadió, con una voz muy parecida a la de Tsunami—: *Sol, por todas las lunas, deja de compadecerte de los dragones que quieren secuestrarte y venderte*».

Miró las seis garras malvadamente curvadas que hacían surcos en la arena a su lado. Tenía el mal presentimiento de que Seis Garras planeaba luchar, lo que no podía ir bien ni para él ni para Avestruz.

—Seis Garras —dijo con firmeza—. He dicho que hagas el intercambio. Mi madre lo entenderá. —Ella misma quería saltar hacia adelante y arrancar a la pequeña dragonet de sus garras. Avestruz temblaba tanto que Sol podía oír el chasquido de sus dientes.

—Pero Espina... —dijo Seis Garras, girándose para mirar hacia las luces parpadeantes del estanque.

—No tiene por qué saberlo —dijo Adax—. Dile que esta se escapó. Se despertó, decidió que no quería a una criminal como madre y se fue volando.

—¡No le digas eso! —protestó Sol indignada. Golpeó la arena con la cola—. ¡Eso es muy mezquino! ¡Nunca lo haría!

—Si le dice la verdad, es probable que Espina se mate intentando rescatarte —dijo Adax—. ¿Preferirías eso?

—No, pero al menos inventa algo creíble —dijo Sol enérgicamente. Miró a Seis Garras—. Puedes decirle que tuve que volver con mis amigos, para hacerles saber que están a salvo de los Alas Nocturnas. Dile que volveré. —Seis Garras la miró fijamente, su rostro era ilegible.

Adax chasqueó la lengua.

—No volverás.

—Eso no lo sabes —interrumpió Sol—. Ahora suelta a Avestruz y yo iré contigo. —Empezaba a preocuparle que a la pequeña dragonet le diera un infarto y se desplomara allí mismo.

—No —dijo Adax—. Ella vuela con nosotros hasta que tengamos una hora de ventaja, y luego la enviaré de vuelta.

Eso tenía sentido práctico, aunque Sol no quería arrastrar mucho más a Avestruz en el peligro. Pero si dejaban atrás a Avestruz, Seis Garras y los demás los perseguirían antes de que pudieran llegar a la fortaleza de Brasas.

—Muy bien, entonces vamos —dijo. Incluso más que Avestruz, le preocupaba lo que pudiera hacer Seis Garras. No creía que tuviera oportunidad contra siete grandes dragones.

«*¿Y si es mi padre? ¿Y Avestruz es mi media hermana?*».

«No quiero que mueran antes de conocerlos».

No fue hasta que estuvieron en el aire, volando hacia el norte a través de la fría noche del desierto hacia la fortaleza de una de las dragonas más peligrosas de Pirria, cuando Sol pensó que podría ser ella la que estuviera a punto de morir.

SEGUNDA PARTE

La Fortaleza de Brasas



CAPÍTULO 9

Las paredes exteriores del palacio goteaban sangre.

Sol había leído los pergaminos sobre la fortaleza de los Alas Arenosas y la había visto desde lejos, pero nada la habría preparado para el olor de las cabezas de dragón decapitadas que adornaban la parte superior de los muros, ni para las horripilantes manchas en la piedra bajo ellas.

Todavía estaban a más de un kilómetro de distancia cuando el horrible olor a podrido la alcanzó por primera vez, haciéndola ahogarse y casi echándola por los aires. Adax la atrapó cuando se tambaleaba hacia la arena.

—Respira superficialmente —le aconsejó—. Te acostumbrarás.

—¿*De veras?* ¿En serio? —preguntó Sol.

Él se encogió de hombros, lo que para ella significaba un «no».

Avestruz había sido liberada durante la noche, lanzando una última mirada aterrorizada a Sol antes de salir corriendo hacia los lejanos fuegos de la Madriguera del Escorpión. Sol pensó que Adax había liberado deliberadamente a la dragonet mientras la Madriguera del Escorpión aún era visible detrás de ellos. Con optimismo, pensó que tal vez estaba preocupado por la seguridad de Avestruz; parecía amable al no hacerla encontrar el camino en la oscuridad total.

Casi podía oír en su cabeza a sus amigos riéndose de ella. «*Así es, Sol, tu secuestrador es todo un encanto. También te entrega a Brasas por la bondad de su corazón*».

Pero si lo hacía por su familia... por alguien que le importaba... Sol miró al dragón con cicatrices y pensó: «*Hay más en su historia. Siempre hay algo más en la historia de todos, si te molestas en averiguarlo*».

El sol había despejado las montañas cuando se toparon con los centinelas: un par de Alas Arenosas que portaban largas lanzas. Un calor

implacable azotaba el despejado cielo, empeorando el olor. A Sol le dolían las alas de tanto volar sin parar. Podía ver las paredes amarillas parduscas de la fortaleza, manchadas y cubiertas de sangre roja y negra que goteaba de las espeluznantes decoraciones.

Era un palacio inmenso, mucho más grande de lo que había imaginado cuando lo vio de lejos. Las murallas parecían extenderse por el horizonte, y Sol supuso que cabrían dos o tres Madrigueras del Escorpión en su interior, o unas mil de las cuevas en las que ella había crecido.

—Alto —ordenó uno de los centinelas, blandiendo la lanza hacia ellos.

Entrecerró los ojos.

—¿Adax?

—Hola —dijo Adax. Agitó una garra, y todos los dragones detrás de él se detuvieron, batiendo el aire y estirándose para ver más allá de sus alas.

—Veo que te has hecho de algunos amigos —dijo el centinela, medio en broma— ¿Estás invadiendo o qué es todo esto?

—Traje un presente para la reina —respondió Adax. Movió la cola hacia Sol, y ella le siseó—. ¿Reconoces a esta?

Ambos centinelas respiraron rápidamente.

—De la fiesta en el Reino Celeste —afirmó uno de ellos—. Escarlata se la iba a dar a la Reina Brasas.

«*Ahí es donde había visto a Adax antes* —se dio cuenta Sol—. *Inclinándose y raspando detrás de Brasas mientras me examinaba como a una piedra preciosa deforme. Antes de que tuviera su cicatriz*».

—La he encontrado y ahora *se* la daré a la reina —dijo Adax con suficiencia.

El centinela miró con escepticismo a su séquito.

—¿Y necesitas siete dragones para transportar a salvo a esta criatura enana?

—Soy aterradora cuando me conoces —se ofreció Sol. Oyó a un par de dragones detrás de ella reírse, pero Adax les lanzó una mirada severa y se calmaron.

—Espera —dijo el otro centinela— ¿Eso no significa que ella es...? Quiero decir, es una de...

—Sí —dijo Adax—. Así que deja de retrasar y déjanos pasar, ¿de acuerdo?

Los centinelas se apartaron y ambos examinaron atentamente a Sol mientras ella y su escolta pasaban volando junto a ellos. En todas sus fantasías sobre cumplir la profecía y salvar a Pirria, nunca había imaginado que la *mirarían* tanto.

Y desde luego no había contado con que la encerrarían tan a menudo como ya lo habían hecho.

Mientras descendían en picado hacia los gruesos e imponentes muros de la fortaleza de Brasas, Sol pensó con un escalofrío que aquella podría ser la peor prisión hasta el momento. En el palacio de Escarlata podrían haber tenido luchas de gladiadores, pero al menos no habían exhibido las extremidades desmembradas de sus enemigos.

«*Y no es precisamente fácil cortarle la cabeza a un dragón*. —Sol recordó lo que dijo Nocturno—. *aunque ya esté muerto*». Habían estado leyendo en la cueva de estudio. Había desenrollado el pergamino y tocado el dibujo de la fortaleza.

«*Hay que ser muy bruto para atravesar las escamas y todo lo demás*».

Sol también recordó que los muros exteriores habían sido añadidos por Brasas tras la muerte de la reina Oasis. «*Parecen sólidos, gruesos e imponentes... pero inútiles para mantener alejados a los dragones que pueden volar. Las únicas criaturas que realmente mantendrían fuera con seguridad son los carroñeros.* —Después de todo, un carroñero mató a la madre de Brasas—. *¿Brasas les tiene miedo?*. Por lo que Sol había visto de ella, era difícil imaginar que Brasas tuviera miedo de algo.

Adax encabezaba la marcha mientras descendían en espiral hacia las piedras blancas y calientes de un enorme patio que rodeaba el antiguo palacio. A lo largo de la parte interior de las murallas se habían construido edificios largos y achaparrados; parecían ser barracones adicionales para los soldados. En todas direcciones se veían pequeños grupos de Alas Arenosas armados, limpiando armas, entrenando o durmiendo.

En el centro del patio, frente a la entrada del palacio, había un extraño monumento: un alto obelisco negro rodeado por un círculo de arena más ancho que la envergadura de un dragón. Había palabras talladas en los laterales, con las letras pintadas en dorado, pero Sol no podía leerlas desde donde estaba.

El antiguo palacio intramuros era mucho más elegante que las partes que Brasas había añadido. Había esbeltas torres y ventanas tan altas como dragones y altas plataformas de aterrizaje de pabellones coronadas con cúpulas y agujas. Había formas talladas por toda la piedra: lagartos, pájaros del desierto y soles, sobre todo, por lo que Sol pudo ver a primera vista. Por un momento, el palacio pareció repleto de vida o resplandeciente de calor: una inquietante ilusión de movimiento, probablemente pensada para incomodar a los visitantes.

Las puertas estaban abiertas a la enorme entrada principal del palacio, y Sol se dio cuenta con un sobresalto de que un dragón estaba de pie justo en el borde de la luz del sol, mirándola desde la sombra.

El corazón le dio un vuelco cuando pensó: «*Brasas*. —Y entonces el dragón se movió y ella vislumbró formas de diamantes negros en sus escamas. Con una ráfaga de miedo aún mayor, pensó—: *¿Ampolla? ¿Cómo podía estar aquí Ampolla?*».

Y entonces el dragón salió a la luz y se dio cuenta de que era un macho, y no una de las tres hermanas Alas Arenosas después de todo.

Sin embargo, se parecía horriblemente a Ampolla. Tenía la misma cara estrecha y los mismos ojos oscuros, los mismos patrones negros en sus escamas amarillo pálido. La púa venenosa de su cola se deslizaba por las piedras detrás de él y sus afiladas garras emitían un sonido repiqueteante mientras avanzaba hacia ellos. Llevaba un racimo de llaves, bolsas y cascabeles en cadenas alrededor del cuello que tintineaban y chirreaban ligeramente mientras caminaba. Algunas eran de hierro liso, mientras que otras relucían con joyas o chapados en oro.

Adax inclinó la cabeza respetuosamente.

—Combustión —saludó—. He traído un regalo para la reina Brasas.

—Ya veo —dijo Combustión.

Sol se sintió un poco mejor; su voz no tenía la cualidad rezumante, rastrera y siniestra de la voz de Ampolla. Sonaba simplemente... normal, como uno de sus amigos.

—¿Quién eres? —Combustión le preguntó, y eso también le gustó, que le hablara directamente a ella en lugar de por encima de su cabeza como si no fuera más que un trozo de tesoro.

—Me llamo Sol —respondió ella— ¿Y tú quién eres?

—Soy... el hermano —dijo Combustión, y algo en su expresión decía que tenía muchos pensamientos al respecto, pero que no se arriesgaría a entrar en detalles.

—¿El hermano de Brasas? ¿El único? —preguntó Sol, tratando de recordar lo que había leído sobre la familia real de los Alas Arenosas.

—Antes éramos tres, pero los otros dos enojaron a las dragonas equivocadas. —Hizo una mueca.

—Con dragonas equivocadas te referirás a tus hermanas —adivinó Sol—. ¿Así que estás del lado de Brasas?

—Estoy aquí, ¿no? —dijo, y se le ocurrió que eso no era un sí muy entusiasta.

—¿Dónde está la reina Brasas? —interrumpió Adax bruscamente.

—No está aquí en este momento —dijo Combustión. Extendió un ala e hizo señas a Sol hacia la entrada principal—. Ha salido a buscar a cierto quinteto de jóvenes dragones.

Sol se detuvo y lo miró con un escalofrío. Si Brasas estaba buscando a sus amigos en lugar de librar batallas, realmente debía de querer destruirlos.

—Espera —dijo Adax—. Quiero verla, quiero decir, esta es mi prisionera, ella es una de la profecía...

—Lo sé. Yo me encargo a partir de aquí —dijo Combustión con firmeza—. Puedes esperar en los barracones hasta que ella vuelva. —Señaló el patio con la cabeza—. No te preocupes, tendrás todos tus perdones y tu reincorporación. —Levantó su ala sobre la espalda de Sol y la hizo avanzar de nuevo.

—Pero... mi recompensa... —La voz de Adax se entrecortó cuando Sol y Combustión salieron de la brillante luz del sol y entraron en las frescas sombras de una gran sala, lo bastante grande para un centenar de dragones. En lo alto, grandes abanicos con forma de alas de dragón batían el aire, y Sol vio algunos dragones pequeños que tiraban de cuerdas para mantenerlos en movimiento. Las paredes estaban cubiertas de tapices tejidos en tonos azules, dorados y blancos, que reproducían algunos de los patrones de la piedra del exterior. Una pesada mesa corría por el centro del salón, cargada de comida, y Sol oyó refunfuñar su estómago.

—Toma lo que quieras —dijo Combustión.

—No, gracias —respondió Sol cortésmente. Parecía improbable que toda la mesa estuviera envenenada, pero no quería que matarla fuera más fácil de lo que ya era. Inclinó la cabeza para estudiar el tapiz que tenía más cerca y se dio cuenta de que el extraño dibujo de manchas de color óxido que había en él eran en realidad salpicaduras secas de sangre.

—La comida es para los soldados —aclaró Combustión, sonando divertido—. Te prometo que se puede comer.

—No tengo hambre —dijo Sol—. Uhm ... ¿cuándo crees que Brasas estará de vuelta?

Combustión movió las alas encogiéndose de hombros.

—Nunca me entero. Prefiere no hablar de sus planes. —Levantó las garras y las estudió pensativo, sacudiéndose la arena que tenía atrapada entre las escamas—. La verdadera cuestión es qué hacer contigo. Por una garra, supongo que preferiría encontrarte viva cuando vuelva, para poder matarte, o interrogarte y luego matarte. Por otra garra, si te encierro y te escapas de algún modo, cosa que estoy seguro que intentarás hacer, tendré

muchos más problemas que si te mato ahora mismo. Pero en la tercera garra, si consigo mantenerte cautiva, debería estar bastante satisfecha. Es un riesgo, sin embargo. Está garantizado que no escaparás si te mato.

—Pero en la cuarta garra —se apresuró a decir Sol— ¿cómo encontrará Brasas a mis amigos si no puede hacerme preguntas? ¿O utilizarme como rehén? Piensa en lo valiosa que soy viva.

—Hmm —murmuró Combustión con una pequeña sonrisa. Un pequeño ratón marrón salió sigilosamente de debajo de la mesa y corrió hacia la pared más cercana. Combustión movió la cola hacia él, pero se detuvo en el último momento y dejó que el ratón desapareciera en una de las grietas. Volvió a mirar a Sol—. Muy bien, me has convencido. Por ahora puedes vivir, pero te agradecería que tus intentos de escapar fueran lo más débiles e ineficaces posible.

Se dirigió hacia una puerta al fondo del pasillo y Sol lo siguió, preguntándose si aquello tenía gracia. Combustión tenía una extraña forma de hablar que hacía que todo lo que decía sonara a broma. Pero la vida y la muerte de Sol no parecían especialmente divertidas, al menos si le preguntabas a ella.

Del vestíbulo principal salían cinco puertas, además de una escalera que conducía a un balcón con dos puertas más. Sol pensó en intentar memorizar la distribución del palacio, pero en cuanto entraron en el oscuro y sinuoso pasadizo que había más allá, supo que sería inútil.

Los pasillos del viejo palacio se entrecruzaban y retorcían casi tan a menudo y de forma tan confusa como las calles de la Madriguera del Escorpión, y a veces eran apenas eran lo bastante anchos para que dos dragones pasaran uno junto al otro. Cortos tramos de escaleras los subían a nuevos niveles y luego los bajaban de nuevo, y cada dos vueltas los llevaban a un lugar que era exactamente igual a algo que acababan de pasar. Sol casi se preguntaba si Combustión estaba jugando con su cabeza, excepto porque parecía estar calculando algo en voz baja y apenas le prestaba atención mientras caminaban.

Los suelos de piedra estaban desgastados por el paso de muchos dragones, y las paredes y el techo eran planos y normalmente también vacíos, por lo que Sol tenía la sensación de caminar por cajas largas y estrechas. Era inquietante y claustrofóbico, sin espacio para volar, salvo por los ocasionales destellos de luz solar de los niveles superiores. Y tres veces pasaron por patios abiertos e iluminados por el sol, donde había dragones tumbados con las alas desplegadas, disfrutando del calor.

«*No he visto ningún tesoro*. —Se dio cuenta Sol—. *Ni huellas de garras doradas, ni estanques salpicados de perlas, ni siquiera nada parecido a las hermosas flores que decoran la aldea de los Alas Lluviosas, a menos que cuenten los tapices. Me pregunto si es porque el tesoro de los Alas Arenosas realmente desapareció. O quizás las cosas brillantes no son el estilo de Brasas*».

Divisó algunas estatuas de Alas Arenosas talladas aquí y allá, la mayoría con las alas inclinadas hacia atrás como si estuvieran a punto de emprender el vuelo. Después de su experiencia en el Reino del Mar, Sol tuvo que admitir que todas las estatuas la ponían un poco nerviosa. Cualquiera de ellas podría estar encantada por un animus, encantada para hacer algo siniestro.

—Creo que debería ponerte en la colección de rarezas —dijo Combustión al cabo de un rato, como si hubieran estado discutiendo su colocación durante todo el paseo—. Es tan seguro como el calabozo, pero más cómodo. También más desestabilizador psicológicamente.

—¿Qué? —balbuceó Sol.

—La idea de que en realidad podría pertenecer a un lugar como ese —dijo Combustión—. Ha vuelto locos a unos cuantos dragones.

—Oh —murmuró Sol—. Suena encantador.

Combustión medio rió, dobló una esquina y la condujo fuera del laberinto, a uno de los patios interiores. Éste estaba rodeado por tres lados por columnatas y balcones, con un pozo de arena en el centro. Sol deslizó sus garras por la arena mientras lo seguía, pensando: «*¿Y si ésta es la última vez que siento arena bajo mis garras?*».

La pared más alejada del patio era curva y, cuando Sol levantó la vista, se dio cuenta de que en realidad era una torre de arenisca roja sin ventanas que se elevaba hacia el cielo. Tenía surcos que se extendían a todo lo largo, como marcas de garras, y bandas de tallas, todas de horribles caras de dragón.

En la torre no había más agujeros que una puerta en la parte inferior, y Sol sintió un deseo feroz y desesperado de alejarse lo más posible de ella.

Pero, por supuesto, allí era adonde la llevaba Combustión y, por supuesto, no tenía elección.

Abrió la puerta con una simple llave de plata que llevaba colgada del cuello, tomó un cubo de agua que esperaba fuera y la condujo al oscuro interior.

Al principio pensó que el sol deslumbraba sus ojos, pero cuando se adaptaron, se dio cuenta de que los destellos de luz que la rodeaban

procedían de pequeños espejos empotrados en las paredes, que captaban los reflejos de lámparas de aceite de bronce que colgaban a distintas alturas de largos cables desde el techo, muy por encima.

Una rampa serpenteante conducía desde el suelo alrededor, hasta lo alto de la torre. Allí se exhibía la inquietante colección de Brasas. A intervalos a lo largo de la rampa se encontraban los objetos expuestos. Sol vislumbró garras, colas deformes y escamas derretidas, y pensó con un escalofrío: «*Ahora soy una de ellos*».

Justo al final de la rampa había un dragón blanco sin alas, con la boca abierta en un rugido de furia.

Sol saltó hacia atrás, casi derribando a Combustión, antes de darse cuenta de que el dragón estaba muerto. Y eso fue peor, porque estaba claro que *había* estado vivo una vez, antes de que Brasas lo abriera en canal, dejara salir la vida y lo disecara para poder exhibirlo.

«*¿Esa seré yo?*».

«*En lugar de salvar el mundo, ¿voy a acabar disecada y exhibida en un pedestal?*».

El miedo que la invadió le dio ganas de sentarse, cubrirse la cabeza con las alas y gritar durante días.

«*Confía en la profecía* —se dijo a sí misma con fiereza—. *No puedo morir aquí. Los dragones de Pirria cuentan conmigo*».

Pero la voz de Oráculo seguía allí, susurrando: «*La profecía no es real*», y por más que lo intentaba, Sol no podía encontrar esa fe que una vez había ahuyentado todos los miedos.

Se dio cuenta de que el dragón blanco no carecía por completo de alas. Tenía pequeños muñones en la espalda que nunca se habían convertido en alas. Había algo extrañamente elegante y serpenteante en él. Lo más horrible era la expresión de su cara.

—¿No es espeluznante? —dijo en su oído, y ella saltó de nuevo—. Alguien lo trajo a Brasas hace diez años, alegando que era la descendencia prohibida de un Ala Arenosas y un Ala Helada. Lo cual es lo correcto para decirle, incluso si no fuera cierto (y quién sabe si lo fuera), porque ella tiene, digamos, unas opiniones bastante firmes sobre la pureza de la tribu y sobre no contaminar la sangre Ala Arenosa con cruces entre tribus.

—Oh —balbuceó Sol débilmente. Pensó en Nocturno, que se sentía a un millón de kilómetros de distancia en este momento. En su lista de razones por las que probablemente no funcionarían, no había pensado en incluir, «contaminar la sangre de los Alas Arenosas».

—¡COMBUSTIÓN! —una voz bramó de repente desde arriba—. TE ESCUCHO AHÍ ABAJO. Si no me traes más agua ahora mismo, te juro que atraparé a esa carroñera tuya y *ME LA COMERÉ*.

El corazón de Sol se desplomó por el suelo. Se quedó mirando a Combustión conmocionada.

Conocía esa voz.

La reina Escarlata de los Alas Celestes estaba viva, y también era prisionera de Brasas.



CAPÍTULO 10

—¿La Reina Escarlata está *aquí*? —le susurró Sol a Combustión— ¡Todos la están buscando! Hay dragones que creen que la *tenemos* cautiva.

Se rascó la nariz con una garra y suspiró.

—A mi hermana le gusta vigilar de cerca sus... cosas —respondió—. La reina Ala Celeste es un pequeño problema ahora mismo. Aunque sobre todo es un problema para mí, el desafortunado cuidador de dragones. —Miró hacia el techo oscuro, muy por encima de ellos, y luego echó un vistazo al suelo.

—¡Flor! —gritó de repente—. ¡Flor! —Se colgó una campanilla del cuello y la hizo sonar, dejando que el tintineo resonara en el oscuro espacio.

Algo repiqueteó en la rampa que había sobre ellos y, al cabo de un momento, Sol distinguió una figura diminuta que bajaba corriendo.

«*Eso no es un dragón*», pensó sorprendida.

Era un carroñero: vivo, erguido y parloteando como una ardilla, audaz a más no poder, justo en medio del palacio de los Ala Arenosa. Saltó el último nivel hasta el suelo y se acercó a Combustión. Por un momento, Sol esperó que le arrancara la cabeza al carroñero o que le ofreciera la criatura entera para cenar o algo así.

En lugar de eso, el príncipe Ala Arenosa apoyó las garras delanteras en el suelo y el carroñero se subió a una de ellas, se sentó y volvió a parlotear un poco más alto, además de agitar enérgicamente las patas.

—Por las tres lunas —dijo Sol, momentáneamente distraída de la reina Escarlata—. Que ternura. —El carroñero parecía una versión más grande y menos peluda de los perezosos de la selva. Corría sobre sus dos patas traseras con fácil equilibrio, y sus delgadas patas no tenían garras. Un mechón de pelo oscuro le cubría la cabeza y bajaba como una melena hasta los hombros. Llevaba atado un cuadrado de tela blanca que parecía

sospechosamente cortado de una de las cortinas de la sala principal y una especie de bolsa del mismo material.

—Lo sé, ¿verdad? —dijo Combustión—. Eso es lo que he estado diciendo. Pero tengo que vigilarla de cerca. Varios dragones estarían encantados de comérsela si la encontraran sola. Este es un lugar donde creo que está a salvo.

La acercó a su hocico y la carroñera se inclinó hacia delante para chocar sus narices con él.

—¿De dónde la sacaste? —preguntó Sol—. ¿Y por qué la llamas Flor?

Combustión alcanzó a la carroñera y la colocó en su cuello, donde se agarró a sus púas y se equilibró mientras él subía por la rampa. Sol lo siguió, preguntándose si sería un buen momento para salir corriendo, pero estaba segura de que la puerta de la torre se había cerrado tras ellos.

—Tuvimos unos visitantes carroñeros hace unos veinte años, ya te habrás enterado —dijo Combustión con voz sarcástica—. Esta es la que no escapó.

«*¿Hace veinte años?*». Sol tardó un momento en darse cuenta de lo que quería decir.

—Espera, ¿visitantes, en plural? —preguntó Sol—. Creía que fue un solo carroñero el que mató a la reina y robó el tesoro. —Pasaron junto a una pecera en la que brillaba una luz verdosa que parecía proceder de las propias criaturas marinas. Había peces con ojos saltones y aletas de más, caballitos de mar con colmillos, caracoles que rezumaban icor púrpura y una especie de pulpo con al menos veinte brazos que se afanaba en triturar conchas marinas y dejarlas caer en el pico negro de su boca.

—No —negó Combustión—. Tres carroñeros. Dos escaparon con el tesoro, pero pillamos a ésta intentando esconderse a las afueras del palacio. Brasas iba a poner su cabeza en un pincho en la pared y comerse el resto, pero decidí que quería quedármela. Y en ese momento, tenía otros dragones para respaldarme.

Respiró hondo y plegó las alas sobre la carroñera por un momento, antes de volver a meterlas en su costado

—Ampolla argumentó que una cabeza de carroñera en un pincho no impresionaría a nadie; de hecho, sólo recordaría a todos la vergonzosa muerte de nuestra madre —prosiguió—. Llamas también pensó que Flor era una ternura, y quería ver si podíamos conseguir otro carroñero y criarlos para hacer más mascotas. Y mis hermanos dijeron que yo debería tener una cosa que quisiera, ahora que mamá no estaba para seguir haciéndome infeliz.

Hizo una pausa y Sol lo miró. Tuvo la sensación de que no sería buena idea hacer preguntas sobre Oasis.

—¡COMBUSTIÓN! —volvió a bramar la reina Escarlata, y una ráfaga de fuego iluminó la torre desde un nivel superior.

—¡Ya voy! —llamó cortésmente, y luego siguió hablando con Sol como si realmente no hubiera ninguna prisa—. De todas formas, votaron a favor de que me la quedara, y a estas alturas Brasas ya está acostumbrada a ella. Iba a llamarla Puñal, era bastante feroz con la pequeña espada que llevaba antes de que se la quitáramos. Pero entonces encontró un tapiz con flores y no paraba de señalarlas, y luego a sí misma. Así que creo que quiere que la llame Flor, aunque todos sus parloteos me suenan igual.

Sol echó un vistazo a otra vitrina y luego deseó no haberlo hecho. Dentro había un montón de partes de dragones: garras palmeadas de alas marinas, algunas lenguas con tres horquillas en lugar de dos, media ala moteada de púrpura y gris, diferente a la de cualquier dragón que hubiera visto, un rollo de cola en el que crecían extraños líquenes y una serie de dientes y garras extrañamente doblados.

Se estremeció y volvió a concentrarse en Combustión y Flor.

—Nunca había oído que un animal eligiera su propio nombre —dijo—. Pero tampoco había oído de nadie que tuviera a un carroñero como mascota. Las únicas mascotas... —Se detuvo y se tapó la boca con las garras delanteras, horrorizada. Estuvo a punto de mencionar a los Alas Lluviosas y a sus mascotas perezosas, lo que podría haber revelado exactamente dónde estaban sus amigos.

«*Estúpida, estúpida, estúpida, Sol* —se reprendió a sí misma—. *Ten más cuidado con lo que dices*».

—¿Las únicas mascotas? —repitió Combustión, mirándola con curiosidad.

—Las únicas mascotas de las que he oído hablar son las *de* los carroñeros —se apresuró a decir Sol.

—Ah, sí —dijo Combustión, y por primera vez su voz fue afectuosa en lugar de sardónica—. A Flor le gustan los ratones, y siempre está dándole de comer a los pájaros que se atreven a bajar a los patios. —Levantó una de sus garras y la carroñera se la acarició, como para asegurarle que seguía allí.

—¿Ella... te entiende? —preguntó Sol.

—Claro que no, pero es muy lista —dijo él—. La entrené para que viniera cuando yo tocara esta campana, y le enseñé a dibujar, así que puede hacer dibujos de cualquier cosa que necesite.

—¿Sabe *dibujar*? —dijo Sol, fascinada. Había aprendido a escribir y a dibujar con un pincel que era más de la mitad del tamaño de esta carroñera—. ¿Con qué?

—Ella misma se hizo un adorable pincel diminuto. Le gusta hacer cosas —dijo Combustión con orgullo—. También se ha hecho todos sus lindos atuendos, no me preguntes por qué. Creo que es como cuando los pájaros construyen sus nidos: todo instintivo, pero realmente entrañable. Aunque Brasas se queja de que es peor que las polillas, pues deja agujeros en todas nuestras cortinas. Yo lo llamaría ingenioso, si alguien me preguntara.

«*¿Ingeniosa? Ya lo creo*», pensó Sol, recordando también el pueblo quemado. Miró a la carroñera y ésta le devolvió la mirada con esos ojos marrones parecidos a los de un dragón, más profundos y sabios de lo que cabría esperar. «*¿Qué pasa en esa cabecita?* —se preguntó Sol—. *Su cerebro no puede ser más grande que un pomelo. Pero quizá funcione de forma misteriosa. Tal vez los carroñeros son más listos de lo que parecen*».

Otro dragón surgió de repente de entre las sombras, pero esta vez Sol pudo evitar dar un respingo. Era otro espécimen disecado, esta vez un Ala Lodosa con líneas rojas estriadas a lo largo de sus alas extendidas. No tenía garras ni dientes y mostraba una expresión desconcertada.

—Por las tres lunas —exclamó Sol— ¿Qué le ha pasado?

—El vendedor dijo que su huevo había sido encantado por un animus —dijo Combustión—. O, mejor dicho, maldecido por un animus. Algún tipo de venganza, tal vez. ¿Quién querría un dragonet sin garras ni dientes? ¿Cómo podría vivir? Estaba destinado a acabar aquí.

«*Como yo* —pensó Sol a su pesar—. *De aspecto extraño, no hay otro uso para mí*».

«*Para. Tú tienes un destino de verdad*».

Ladeó la cabeza hacia el triste dragón disecado. «*¿Encantado por un Animus? ¿Podría ser eso lo que le pasó a mi huevo? ¿Algún dragón me hizo esto antes de que naciera? ¿Deliberadamente?*».

«*Pero, ¿quién y por qué?*».

Recordó las preguntas que Espina le había hecho a los Alas Nocturnas. Ella buscaba a un Ala Nocturna llamado Mueverrocas... eso sí que sonaba a nombre de animus. «*¿Y si le hizo algo a mi huevo?*».

Estaba tan preocupada con esta pregunta que cuando estuvieron a la vista de un dragón naranja, supuso que era otro espécimen disecado y apenas lo miró.

Pero entonces el dragón se abalanzó sobre ellos con un siseo furioso, y Combustión retrocedió a toda prisa, casi tirando a Sol de la rampa

serpenteante. Clavó las garras en las grietas de la piedra mientras el corazón intentaba salírsele del pecho.

—Combussssssstióóónn —siseó la reina Escarlata—. Por fin.

Espirales de humo rodeaban sus cuernos, pero no podían ocultar lo que había debajo: el lado de la cara de la Ala Celeste se había fundido en un horrible amasijo oscuro, revelando un atisbo de su mandíbula por debajo y tirando de uno de sus ojos amarillos hacia abajo y fuera de proporción con el resto de su cara. Los rubíes que tenía incrustados en las escamas habían desaparecido por encima del ojo, al igual que todos sus adornos anteriores: la cota de malla dorada, los medallones, los anillos de sus garras y los rubíes de sus alas. Las únicas joyas que quedaban eran los pequeños rubíes sobre su ojo bueno, que brillaban malévolamente en la penumbra.

La última vez que habían estado cara a cara, había sido a través de los barrotes de una jaula. Sol había sido la prisionera y Escarlata era una de las dragonas más hermosas y poderosas de Pirria.

«*No me extraña que nos odie* —pensó Sol—. *Pero Gloria le hizo esto para salvarnos al resto. Si no, ya estaríamos todos muertos*».

—Aquí tienes tu agua —dijo Combustión, dejando el cubo sobre una *X* arañada en el suelo.

La reina tomó el cubo y Sol se dio cuenta de que la *X* marcaba el límite de su alcance. Unas pesadas cadenas le impedían avanzar más.

Al otro lado de la *X*, esparcidos por el suelo alrededor de las garras de Escarlata, había fragmentos de cristales rotos y charcos de baba verde brillante. Aquí y allá, en los charcos, yacían los cadáveres de insectos peculiares: Sol pudo ver orugas extrañamente abultadas, arañas peludas de nueve patas y una libélula azul brillante cuyo lomo estaba erizado de afiladas espinas en forma de aguja.

—¿Cuándo vas a limpiar esto? —le espetó Escarlata a Combustión, con el hocico goteando al salir a tomar aire del cubo—. Hay baba en mi preciosa cola y sigo encontrando trozos de bichos horribles entre mis escamas.

Él resopló.

—Quizá deberías haberlo pensado antes de destrozar la preciada colección de tu anfitriona. —Señaló con la cabeza algo grumoso que brillaba en las sombras detrás de ella—. Brasas estará especialmente disgustada por su Ala Nocturna. No son precisamente fáciles de reemplazar.

Sol se dio cuenta de que Escarlata debía de estar encadenada cerca de un Ala Nocturna disecado, que luego había arañado y destrozado en un ataque de rabia.

Sol se estremeció y Escarlata azotó la cola.

—También me encargaré del resto de sus juguetes cuando esté libre.

—Escarlata —interrumpió Combustión pacientemente—, no te mantenemos prisionera, te mantenemos *a salvo*. Si estuvieras en tu propio reino ahora mismo, estarías muerta. No estás en condiciones de luchar contra Rubí por el trono.

—Es *reina* Escarlata para ti —dijo ferozmente. Su mirada se dirigió a Sol, y luego giró la cabeza para mirarla fijamente con su ojo bueno. Sol dio un paso atrás involuntario detrás de Combustión—. La conozco —gruñó Escarlata—. Esa dragonet es *mía*.

—No lo soy —replicó Sol—. No soy de nadie.

—Sé dónde está tu amiga Ala Lluviosa —gruñó la reina, caminando hasta el final de sus cadenas y mirando a Sol—. Tan pronto como yo sea libre, ella estará *muerta*.

—Entonces espero que te quedes encerrada aquí para siempre —espetó Sol.

—Yo también tengo amigos —siseó Escarlata—. No estaré aquí mucho más tiempo.

Sol miró a Combustión, pero su expresión era más de cansancio que de preocupación.

—Vamos —le dijo a Sol—. Tenemos que volar a su alrededor. Sé que es un inconveniente, pero no voy a asumir la responsabilidad de desencadenarla, Brasas puede moverla cuando llegue, si quiere.

Desplegó las alas y se elevó por encima de Escarlata hasta el siguiente nivel, con Flor aferrada con fuerza a su cuello. Sol lo siguió, un poco nerviosa, con las alas rozando las paredes mientras intentaba mantenerse lo más lejos posible del alcance de Escarlata.

Aterrizaron cerca de la cima de la torre, donde la luz era más tenue, y Sol vio con el corazón encogido que allí había cadenas como las de Escarlata, esperándola. Yacían desplomadas en el suelo como mantos de serpiente muertas, y sonaron horriblemente cuando Combustión las recogió.

Sol enroscó la cola alrededor de las garras y las miró un momento, respirando hondo para tranquilizarse. Levantó la vista y miró a Combustión a los ojos.

—¿De verdad tengo que quedarme aquí? —preguntó en voz baja.

Combustión vaciló con las cadenas colgando de sus garras delanteras.

Flor miró de él a Sol y luego se deslizó por su espalda. Para sorpresa de Sol, la pequeña carroñera se acercó y le dio unas palmaditas en el cuello. No tuvo que hablar; el gesto decía claramente: «No te preocupes, estarás bien», tan claramente como si la carroñera hubiera tenido una cola que enroscar alrededor de la de Sol.

—No es que tenga muchas opciones —dijo Combustión—. No puedo imaginar qué otra cosa hacer contigo.

—Es que... está muy oscuro —dijo Sol. Sus escamas estaban prácticamente pidiendo a gritos la luz del sol más allá de estas paredes. Pero más que eso, lo que no se atrevía a decir era que ya se daba cuenta de que estar aquí mucho tiempo le arrancaría el alma de un momento a otro, hasta que se quedara tan vacía y desesperanzada como uno de los dragones disecados.

—Lo sé.

Dijo Combustión y Sol percibió el primer atisbo de posible compasión en su voz. Se preguntó si sería en parte porque Flor sentía lástima por ella.

—Te diré una cosa —dijo tras una pausa—. Lo pensaré esta noche y veré si mañana se me ocurre otra cosa. Si no, te sacaré un rato al mediodía, al menos te dejaré estirar las alas al sol, siempre y cuando prometas no escaparte. ¿Trato hecho?

—Bueno —dijo Sol—. Gracias. —No era mucho, pero parecía lo mejor que podía esperar.

Le puso las cadenas en los tobillos y las cerró con otra de las llaves que llevaba al cuello. Sol miró hacia otro lado, reacia a verse convertida en prisionera una vez más, y vio una gran caja apoyada contra la pared no muy lejos, al final de la rampa en espiral.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Algo nuevo para la colección de Brasas —respondió Combustión, echándole un vistazo—. El dragón que vino a venderlo afirma que es algo raro y de valor incalculable y que Brasas lo querrá sin duda, pero que podría morir en cuanto abramos la caja. Así que la dejaré cerrada hasta que llegue Brasas y ella decida qué hacer con ella.

—¿Ni siquiera sabes lo que es? —preguntó Sol— ¿Y si es una caja vacía?

—Entonces me gritarán —dijo Combustión—, pero él lo cazarán y lo matarán, así que dudo que se arriesgue. Los dragones han intentado engañar a Brasas antes, cosiendo partes extrañas de animales, tiñendo de extraños colores a insectos normales... y siempre ha resultado ser una muy

mala idea. Además, regateó tanto por el precio que casi se niega a dármelo. Debe ser algo bastante inusual. Además de no deja de hacer un extraño silbido agudo.

La miró con dureza mientras encajaba la última cadena.

—No te hagas ilusiones por el mal comportamiento de Escarlata. Mi hermana tiene razones para mantener viva a la reina Ala Celeste. Tiene muchas más razones para hacerte morir... así que no le añadas más.

Sol asintió, sin confiar en sí misma para hablar. Esta era la pesadilla, la situación que ella y sus amigos siempre habían temido. Ahora estaba en las garras de Brasas, y no se le ocurría ninguna forma posible de escapar.

—Volveré antes de que te des cuenta —dijo Combustión. Bajó su ala hacia la carroñera—. Arriba, Flor.

La criaturita miró a Sol con sus atentos ojos marrones, luego volvió a darle una palmadita en el costado y se sentó.

Combustión inclinó la cabeza hacia un lado y la miró.

—¿Flor? Ven. —Tocó el timbre y extendió las garras.

Flor sacudió la cabeza con firmeza y puso una mano sobre una de las garras delanteras de Sol.

—Quiere quedarse contigo —dijo Combustión—. Es curioso. Flor suele ser extremadamente cautelosa con cualquier dragón que no sea yo. —Entrecerró los ojos hacia Sol—. Si la dejo contigo, ¿tendrás cuidado con ella? No la tires de la rampa, no la pises y, por supuesto, no te la comas.

—¡No me la comería! —protestó Sol—. Apenas me gusta la carne, excepto alguna lagartija. Y creo que está siendo muy dulce. —Había algo reconfortante en la idea de tener a alguien con ella en esta torre oscura, aparte de la Reina Escarlata, incluso si se trataba de una carroñera.

—Bueno —dijo Combustión, inquieto—. Si prometes tener cuidado. Flor, ¿estás segura?

Flor mantuvo su mano sobre Sol y le devolvió la mirada sin moverse.

—De acuerdo. —Suspiró—. Hasta pronto.

Se elevó del borde y voló en una suave espiral hasta la base de la torre. Sol se asomó y vio el rayo de sol que se derramó en la habitación cuando él abrió la puerta, y luego lo vio desaparecer de nuevo cuando la puerta se cerró tras él. El peso alrededor de sus tobillos se sintió de repente aún más pesado.

Apoyó la cabeza en las garras delanteras con un suspiro y enroscó la cola. Enseguida, Flor se arrimó al costado de Sol, rebuscando en su bolsa y sacó un trozo de papel de pergamino y un trozo de carboncillo. En la

penumbra, empezó a dibujar, y Sol, mirando por encima de su hombro, vio la cara de un dragón que aparecía en rápidos trazos. *Su* cara, de hecho.

—Es increíble —dijo Sol— ¿Cómo puede un animal crear arte así?

Flor levantó la mirada e hizo algo con la boca que parecía exactamente la sonrisa de un dragón. Sol le devolvió la sonrisa, a pesar de su miedo y su preocupación. Al menos no estaba sola.

—Pequeña Ala Arenosa —siseó suavemente la voz de la reina Escarlata desde debajo de ella—. Crees que Brasas es de lo que tienes que preocuparte ahora. Ella no lo es. *Yo* lo soy. Pronto seré libre... libre... E iré a por todos mis enemigos... Piensa en eso mientras intentas conciliar el sueño... en lo que voy a hacerle a tus amigos cuando les ponga las garras encima... en lo desastroso y emocionante que va a ser...

Sol cerró los ojos y se tapó los oídos, pero los susurros continuaban dentro de su cabeza.

«*¿Y si Brasas regresa mañana? ¿Y si me mata de inmediato? ¿Y si nunca llego a saber la verdad sobre mi madre y mi huevo?*».

«*¿Nunca podré pasar más tiempo con ella?*».

«*¿Y si la profecía es falsa? ¿Y si realmente no tengo otro destino que acabar aquí? ¿Y si nadie va a acabar con la guerra ni a salvar el mundo?*».

Y lo peor de todo...

«*¿Y si no vuelvo a ver a mis amigos?*».



CAPÍTULO 11

De algún modo, Sol acabó dormida, y lo supo porque al despertarse vio que Flor le tiraba suavemente de la cola y que Combustión le quitaba las cadenas.

Se incorporó lentamente y estiró las alas, que aún le dolían de tanto volar en los últimos días.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Combustión.

—Pensé que podríamos dar un paseo —dijo él con ironía.

Sol lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás bromeando? ¿O es sólo tu voz? ¿Los demás dragones saben cuándo estás bromeando? Porque yo no lo entiendo.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Ya he oído eso antes —admitió—. Había alguien que solía burlarse de mí por eso. Me dijo que iba a suponer que todo lo que yo dijera era una broma, ya que eso simplificaría las cosas. Tú también puedes hacerlo, si quieres.

—De acuerdo —dijo Sol. Combustión no era exactamente el siniestro carcelero que ella hubiera esperado del hermano de Brasas. En cambio, ella prefería esta rareza, aunque fuera inquietante.

La última cadena cayó al suelo y Combustión extendió una garra para que Flor pudiera volver a subirse a su espalda.

—Asegúrate de no acercarte a Escarlata —le recordó a Sol, que no necesitaba que se lo recordaran—. Hoy está de mal humor.

—OÍ ESO —rugió Escarlata.

Combustión puso los ojos en blanco y se lanzó al vacío. Ella lo siguió y alcanzó a ver a la reina naranja humeante mientras pasaban. Escarlata lanzó una llamarada al aire justo detrás de ellos; Sol sintió el calor crepitar a lo largo de las escamas de su cola y vio cómo Flor se apretaba más a la espalda de Combustión.

Afuera era temprano, apenas amanecía, se dio cuenta Sol. «*Combustión no me dejó encerrada mucho tiempo; ni siquiera esperó hasta el mediodía para venir a buscarme. Tal vez sea más amable en secreto de lo que quiere que piense*». La luz bajaba por el patio y pequeños pájaros marrones saltaban por encima de los muros, cotilleando alegremente. El aire olía a lagartijas asadas y la arena aún estaba fresca bajo sus garras mientras seguía a Combustión hasta un arco a la izquierda.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Llevo unos veinte años investigando un misterio —dijo Combustión—. De vez en cuando pregunto a otros dragones qué piensan. Siempre me decepcionan. Pero tú pareces inusual, más inusual que la mayoría, así que pensé en intentarlo de nuevo. Siempre esperanzado, ese soy yo.

—¿Veinte años? —repitió Sol—. Espero que no sea un misterio muy urgente.

Combustión soltó una risita.

—Bueno, sí que lo es. Pero, a pesar de todo, ha sido resueltamente imposible de resolver.

Atravesó una sala de pilares, todos ellos tallados con remolinos que parecían colas de dragón, y entró en un largo pasillo revestido de relucientes baldosas de color óxido dispuestas en espiral. Sol rozó una de las baldosas con el ala, pensando que era la primera cosa bonita que veía en este palacio.

El pasillo bajaba, bajaba y bajaba hasta que Sol estuvo segura de que estaban bajo tierra, y finalmente terminó en una habitación con cuatro puertas cerradas.

Combustión se dirigió a cada una de ellas y las abrió con unas grandes llaves de latón que llevaba colgadas del cuello, dejando al descubierto cuatro habitaciones de aproximadamente el mismo tamaño, con gruesas paredes de piedra y suelos de piedra gris lisa. Todas estaban completamente vacías.

—Los rumores sobre el tesoro de los Alas Arenosas nunca fueron del todo ciertos —dijo mientras retorcía las llaves en sus garras—. Éramos muy ricos, sí, pero no tan estúpidos como para guardarlo todo en un solo lugar. *Casi* tan estúpidos, pero no tanto. Sólo guardábamos nuestras posesiones más preciadas en nuestras salas del tesoro, junto con una reserva de rubíes, diamantes y oro por si alguna vez la necesitábamos. Así que no fue toda nuestra riqueza o un palacio lleno de tesoros lo que

desapareció. Sólo el contenido de estas cuatro habitaciones... pero contenían bastante.

Levantó una garra para que Flor se subiera y la dejó con cuidado en el suelo, delante de las salas del tesoro. Parecía aún más pequeña al lado de las enormes salas. Sol se dio cuenta de que Flor probablemente era lo bastante pequeña como para colarse por debajo de las puertas.

La carroñera puso sus pequeñas patas en las caderas, echó la cabeza hacia atrás y parecía aburrida de este juego de dragones.

—Esto es lo que me gustaría saber —dijo Combustión— ¿Cómo se las arreglaron tres carroñeros de este tamaño, dos, en realidad, una vez que perdieron a ésta, para llevarse al desierto *cuatro habitaciones llenas* de tesoros?

Sol estudió a la pequeña carroñera que tenía delante. En realidad, era una buena pregunta. Flor era tan alta como la cabeza de un dragón adulto. No tenía alas y unas patas en miniatura prácticamente inútiles.

«*Bueno, quizá no tan inútiles*», pensó, recordando el boceto de su cara de la noche anterior.

—¿Podrían haber construido algo para transportar el tesoro? —dijo, agachándose para examinar las patas de Flor. La carroñera le chilló—. Vi las ruinas de una de sus aldeas cuando venía hacia aquí. Sus guaridas parecen casas de verdad, y también había una campana de hierro entre los escombros. Así que son buenos fabricando cosas... ¿quizá hicieron algún tipo de carro para transportarla?

—Una carreta habría dejado huellas por la arena —señaló Combustión—. Las únicas huellas que encontramos fueron de cascos: tres caballos, a todo galope. Dime tu cómo pudieron hacer eso con más de dos sacos de oro a cuestas, por no hablar de todo lo demás.

—Oh, ¿encontraron huellas? —dijo Sol, entrando en la primera habitación y echando un vistazo— ¿No las seguiste? —Se dirigió a la segunda habitación, que era igual que la primera, excepto quizás con un poco más de arena en el suelo.

—*¡Seguirlas!* —Exclamó Combustión—. Si hubiéramos tan solo hubiéramos *pensado* en eso.

—Ajá —dijo Sol—. Eso era definitivamente sarcasmo.

Él le dedicó una sonrisa torcida.

—Bueno, mira. Hubo mucha confusión cuando encontramos el cuerpo de la reina. Todos la oímos rugir en medio de la noche, debe haber despertado a todos los dragones en kilómetros a la redonda. Eso fue lo que nos llevó fuera del palacio, pensando que algo terrible había sucedido.

Todo lo que encontramos al principio fue a nuestra madre, tendida allí, muerta. ¿La había matado una de sus hijas? ¿Por qué no en un duelo? ¿Quién más se atrevería a matar a la reina Ala Arenosa? ¿Quién más *podría*, y por qué no lo admitiría? La primera pista que encontramos fue esta pequeña criatura, tratando de esconderse enterrándose en una duna. Estaba herida y, por supuesto, no llevaba ningún tesoro encima, aparte de una bonita espada.

Combustión metió la mano en la bolsa que llevaba al cuello y, sorprendentemente, sacó un plátano. Se lo dio a Flor, que se sentó y empezó a pelarlo con expertos movimientos de sus finas patas.

—Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que se trataba de carroñeros, así que supimos que debían de haber venido a robar un tesoro. Brasas estaba furiosa. Finalmente encontramos las huellas de los caballos —continuó Combustión—. Pero para entonces ya llevaban al menos dos horas de ventaja. Los alcanzamos poco antes de que llegaran a su hogar en el bosque... y entonces Brasas decidió que debíamos dejarlos llegar a su hogar. —Tenía los ojos oscurecidos, observando a Flor—. Una vez que nos llevaron directamente hacia allí... lo quemamos hasta los cimientos.

—Caramba... —murmuró Sol. «*Eso es un montón de carroñeros para eliminar sólo porque tres de ellos hicieron algo estúpido*».

—Brasas dijo que teníamos que acabar con las alimañas antes de que empezaran a pensar que podían volver a hacer algo así —señaló Combustión, como si adivinara lo que ella estaba pensando.

—Así que después de quemar el pueblo...

—Buscamos el tesoro entre las cenizas. No había ni rastro, ni una sola joya o pepita de oro. Intentamos dar caza a los pocos carroñeros que habían escapado del fuego, pero algunos debieron de escabullirse entre nuestras garras... y uno de ellos debe de tener el tesoro, incluso ahora, veinte años después.

Sol empezó a pasearse de una habitación a otra. Algo no encajaba en esta historia. Muchas cosas no encajaban en esta historia. Tanto tesoro, ¿cómo podía desaparecer en el aire? ¿Cómo podían los carroñeros hacerlo desaparecer en el aire?

Se detuvo y volvió a mirar a Flor. Sus ojos marrones la miraron con curiosidad.

—¿Estás *seguro* de que los carroñeros mataron a la reina Oasis? —preguntó Sol—. ¿No fue quizá muy mala suerte que estuvieran allí al mismo tiempo que algún otro asesino?

Combustión asintió.

—Pensé en eso. Pero era una lanza tamaño carroñero la que se encontraba en el ojo de nuestra madre. Y (esta parte es un poco rara) le cortaron la púa de la cola y se la llevaron. Tampoco encontramos eso, pero había un rastro de gotas de veneno y sangre de dragón junto a las huellas de los caballos.

Sol arrugó el hocico.

—¿Por qué *harían* eso?

—¿Por qué los carroñeros hacen las cosas inexplicables que hacen? —Combustión le lanzó otro plátano a Flor. Sol se preguntó si la carroñera tendría idea de que estaban hablando de ella.

—Hmm —murmuró, estudiando las habitaciones. Ahora que estaba aquí, observando el espacio y a un carroñero al mismo tiempo, la historia original sonaba cada vez más ridícula. Ya era de locos que los carroñeros hubieran conseguido matar a una reina dragón. Pero, ¿también robaron todo su tesoro? ¿Sin que los atraparan y se los comieran?

Sus alas se agitaron con una idea repentina. Tal vez la pregunta no era *cómo habían transportado todo ese tesoro*. Sino *qué más podría haber pasado con el.*

—Espera —dijo— ¿Cuándo revisaste estas habitaciones? ¿Cuándo viste *cuánto* faltaba?

—Oh —Combustión exhaló una columna de humo y la miró con los ojos entrecerrados—. Cuando volvimos de quemar la guarida. Recuerdo volar de vuelta y pensar que los carroñeros no podían haber conseguido mucho si no encontrábamos ningún rastro de ello. Y entonces Brasas nos guió hasta aquí para hacer un inventario... y encontramos que todo había desaparecido. Nunca descubrí cómo Flor abrió las puertas.

Sol azotó su cola tan fuerte que chocó contra una de las puertas, enviando un escalofrío de dolor a través de sus escamas.

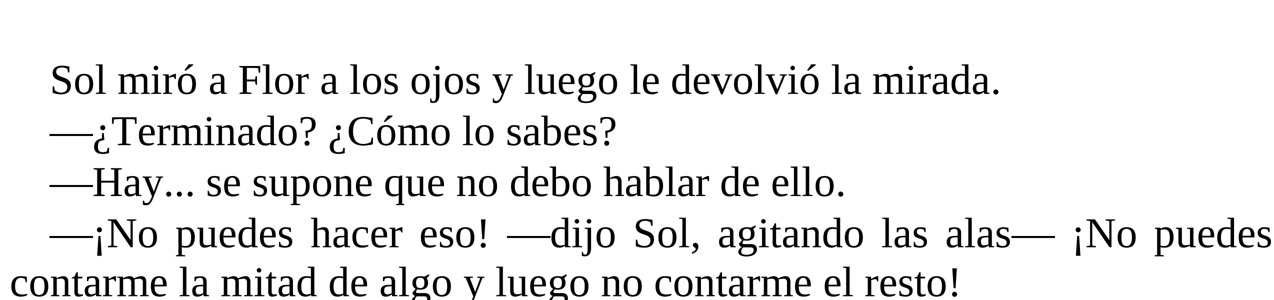
—Eso *es*, entonces —exclamó emocionada—. Alguien más lo tomó mientras estaban fuera cazando a los carroñeros. ¿Quién no fue contigo a perseguir a los carroñeros y quemar la guarida?

—Muchos dragones —dijo Combustión. Frunció el ceño, pensativo, mirando las puertas abiertas—. Ampolla y Llamas se quedaron aquí.

—¡Entonces por supuesto que fue una de ellas! —exclamó Sol—. Los carroñeros probablemente ni siquiera consiguieron nada antes de que Oasis los atrapara. Ellos no tienen tu tesoro. Lo tiene una de tus hermanas.

Combustión ya estaba sacudiendo la cabeza.

—*No* —dijo—. No, eso no es posible. Deben ser carroñeros, o esta guerra ya habría terminado.



Sol miró a Flor a los ojos y luego le devolvió la mirada.

—¿Terminado? ¿Cómo lo sabes?

—Hay... se supone que no debo hablar de ello.

—¡No puedes hacer eso! —dijo Sol, agitando las alas— ¡No puedes contarme la mitad de algo y luego no contarme el resto!

Arrugó el hocico, pareciendo de nuevo ligeramente divertido.

—Eres mi prisionera, ¿recuerdas? —dijo—. Es un secreto real de los Alas Arenosas me temo.

—Oh, qué elegante eres —gruñó Sol—. Está bien, lo averiguaré.

—No lo hagas —cortó Combustión con un toque de alarma en su voz.

—Un secreto real que involucra tu tesoro y que acabaría con la guerra si alguien ya le hubiera puesto las garras encima. ¡Oh! —exclamó Sol—. Apuesto a que es algo encantado por un animus. ¿Es eso? Debe ser eso. Oooh, ¿es algún tipo de tesoro encantado que es como, oh, si estás sosteniendo esto, eres la reina Ala Arenosa? Así que un carroñero debe tenerlo, porque si un dragón lo tuviera, ya sería reina y la guerra habría terminado. Interesante.

Combustión la miró con sus insondables ojos negros durante un largo momento.

—¿Eso... no es todo? —preguntó finalmente Sol, nerviosa.

—Eso fue inquietante —dijo él.

—Era sólo lógica —respondió Sol—. Mi amigo Nocturno lo habría descubierto más rápido. —Se detuvo y enroscó la cola alrededor de sus garras. «*Si tan solo Nocturno estuviera aquí. O Cieno, o cualquiera de ellos*».

—Bueno —murmuró él—. Supongo que de todos modos es probable que estés muerta para el fin de semana. Sólo recuerda que, si se lo dices a alguien, tendremos que matarlo también.

—Qué alegre eres —gruñó Sol malhumorada—. ¿De qué se trata? ¿El cetro Ala Arenosa?

Él sacudió la cabeza.

—Eso no te lo voy a decir.

—¿El Dragón de Lázuli? —Sol se devanó los sesos intentando recordar qué famosas piezas del tesoro se mencionaban en los pergaminos.

—¡Deja de adivinar!

—¡El Ojo de Ónix! —exclamó Sol, y por su expresión supo que era eso. Su rostro no era exactamente la máscara sin emociones que tenía Ampolla.

—Bueno, por eso los carroñeros deben tener el tesoro —dijo Combustión rápidamente, como esperando que ella no se hubiera dado

cuenta—. Si Ampolla o Llamas lo tuvieran, una de ellas sería reina y no estaría escondida en otro reino. Si *alguna* Ala Arenosa lo tuviera, ya estaría gobernando el desierto.

Sol se encogió de hombros.

—Así que los carroñeros se las arreglaron para conseguir algo... y casualmente consiguieron lo más importante. Aun así, alguien más se llevó el resto. Te apuesto lo que quieras.

—Hmmm. —Combustión entrecerró los ojos. El humo salía de su nariz, retorciéndose alrededor de sus cuernos—. En ese caso, todavía tendríamos que encontrar a los carroñeros y lo que robaron.

Sol no tenía respuesta para eso. Tenía la sensación de que «encontrar a los carroñeros» significaba «quemar más guaridas», y eso le daba pena por las criaturitas, sobre todo si eran tan tiernas e inteligentes como Flor.

—¡Combustión! —gritó una voz— ¡Combustión!

Las garras arañaron la piedra mientras un Ala Arenosa de nariz respingona bajaba a toda velocidad por el largo pasillo inclinado. Empezó a gritar mientras corría hacia ellos, su voz viajaba a través de la distancia.

—¡Nos atacan! —gritó—. ¡Ayuda! ¡El general Tormenta de Arena ya está muerto! ¡Nadie sabe qué hacer! ¡Es un caos! ¡Vamos a morir todos! —Derrapó los últimos pasos hacia ellos y estuvo a punto de caer en una de las salas del tesoro. Sol saltó fuera del camino de su agitada cola.

—¿Quiénes atacan? —rugió Combustión bruscamente, agarrando al mensajero y llevándolo de vuelta al pasillo con un movimiento enérgico—. ¿Alas Heladas o Alas Marinas?

—¡No sé! ¡Paso muy rápido! Fue como si hubieran surgido directamente de la arena.

—Tal vez sean los amigos de la reina Escarlata —dijo Sol con ansiedad, recogiendo a Flor y apresurándose detrás de ellos. Combustión la miró como si se hubiera olvidado de que estaba allí—. ¿Recuerdas? Dijo que alguien venía a rescatarla, ¿y si son ellos?

El mensajero soltó un chillido horrorizado.

—¡Entonces *definitivamente vamos a morir todos*!

—Deja eso —dijo Combustión, dándole una rápida sacudida—. Hay suficientes soldados Alas Arenosas aquí para luchar contra cualquier invasión. —Extendió sus garras y Sol le pasó a Flor. Combustión dejó a su mascota con cuidado en una habitación lateral sin ventanas—. Quédate —le ordenó con severidad, apuntando con una garra a la pequeña carroñera.

Flor puso las patas en la cadera y le chistó algo indignada, pero él la ignoró y siguió avanzando por el pasillo.

—Ahora no tengo tiempo de encerrarte otra vez —le dijo Combustión a Sol—. Pero sigo vigilándote. Si intentas escapar mientras luchamos, acabarás de nuevo en esa torre y no volverás a salir.

—¡Ya lo entendí, eres amenazante! —le gritó Sol—. ¿Y ahora qué vas a hacer con la Reina Escarlata? Deberías enviar más guardias a *vigilarla* ahora mismo. Es de *ella* de quien deberías preocuparte si escapa. Yo, al menos, no *mataré* a todos al salir.

La expresión severa de Combustión vaciló por un momento mientras la miraba.

—Creo que debería ofenderme de que, obviamente, tengas más miedo de mi prisionera que de mí —gruñó—. Pero supongo que me preocuparé de eso más tarde. Ustedes —gritó a un par de guardias que pasaban corriendo—. Busquen cuatro soldados más y llévenlos a vigilar la extraña torre de Brasas. *Con sus vidas*, ¿entendido?

Asintieron y se dirigieron hacia la torre.

—Gracias —dijo Sol, más que un poco sorprendida de que realmente la hubiera escuchado.

Ahora podían oír rugidos, gruñidos y el choque de garras fuera, junto con el sonido de gritos y garras corriendo por todo el palacio.

—Vigílala —le dijo Combustión al mensajero, señalando a Sol.

Un chillido sobrenatural rasgó el aire matutino y Combustión se precipitó hacia el patio más cercano y luego se elevó en el aire. Los diamantes negros de sus alas se encendieron como cuervos que levantan el vuelo mientras él se elevaba, luego se inclinó hacia un lado y salió disparado hacia el muro exterior.

Sol corrió hacia el patio detrás de él y desplegó las alas.

—Espera —protestó el mensajero—. ¿Adónde crees que vas?

—¡A ver qué pasa! —exclamó Sol—. Quiero saber quién está ganando, ¿tú no? —«*Porque si son los «amigos» de Escarlata entonces tengo que salir de aquí, no importa lo que Combustión crea que le prometí*».

—Uhm —murmuró el mensajero, retorciendo su cola entre sus garras—. Pero... no estoy seguro...

—¡Vamos! —Sol se lanzó al cielo y oyó el revuelo de las garras de él detrás de ella mientras la seguía.

Se dirigió al punto más alto del palacio que podía ver: una aguja con un pabellón abierto en la parte superior. Las esquinas del tejado estaban talladas como alas de dragón abiertas en vuelo, y las campanillas de viento de cada lado brillaban y susurraban con la tenue brisa. En unos instantes,

sus garras tocaron la piedra blanca y dio un paso aleteando para mantener el equilibrio. Ante ella, al sur de la fortaleza, se extendía la batalla.

Sol entrecerró los ojos, adaptándose a la luz del sol naciente, mientras buscaba colores distintivos: tal vez los azules y verdes de los Alas Marinas, o el blanco y azul pálido de los Alas Heladas, como esperaba Combustión, o quizás los rojos y naranjas de los leales Alas Celestes que venían a rescatar a su reina.

Pero había algo extraño en esta batalla. Sol no podía ver ningún color inusual allí abajo, nada más que las escamas bronceadas, amarillo pálido y blanquecinas de los Alas Arenosas.

«*Alas Arenosas luchando contra Alas Arenosas*».

¿Era el ejército de Ampolla el que atacaba? Pero no parecía una fuerza invasora. De hecho, si Sol tuviera que adivinar, diría que sólo había unos treinta dragones atacando la fortaleza, contra unos cien defensores.

Y entonces vio un destello de luz solar que se reflejaba en un brazalete de oro, y se inclinó hacia delante con un grito ahogado.

«*Esa es Espina*».

Ahora que la había visto, era inconfundible. La enjuta dragona de color amarillo pálido estaba inmersa en el fragor de la lucha, acuchillando a los soldados con las garras y clavando la cola mientras se elevaba en el aire, luego caía por debajo de dos guerreros y se lanzaba hacia arriba para estrellarse contra otro.

Sol escudriñó al resto de los atacantes y distinguió a Seis Garras y luego a Qibli, que luchaban tan cerca de Espina como podían.

No se trataba de otro ejército, ni de una de las hermanas Alas Arenosas. La fortaleza estaba siendo atacada por los Forajidos.

«*Mi madre vino a buscarme* —pensó Sol, mientras sus escamas zumbaban de alegría—. *Seis Garras debió de haberle dicho la verdad en vez de la mentira que nos habíamos inventado*».

Pero entonces echó otro vistazo a la batalla, y su corazón se hundió.

Cinco soldados Alas Arenosas yacían muertos en la arena, pero los Forajidos seguían siendo superados en número casi cuatro a uno. Combustión gritaba órdenes mientras empujaba a los soldados en formaciones, reforzando las defensas para que un muro erizado de lanzas estuviera listo para embestir a los dispersos dragones atacantes. Una oleada de Alas Arenosas se amontonó contra Seis Garras, que retrocedió tambaleándose con un rugido, perdiendo altura de modo que su cola ensangrentada barrió la arena bajo él. Sol vio con horror cómo siete soldados rodeaban a Espina, separándola de sus aliados.

«Los Forajidos vinieron a rescatarme... y van a conseguir que los maten a todos».



CAPÍTULO 12

Sol se paseaba de un extremo a otro del pabellón, con el corazón palpitante. Le dolían los ojos de tanto mirar la batalla, como si hubiera intentado cambiar el resultado con el poder de sus globos oculares.

«*No mueras intentando rescatarme. Por favor, por favor, por favor, no mueras*».

Casi la mataba ver cómo su madre esquivaba llamas, garras y colas mortales. Un Ala Arenosa gigante golpeó el pecho de Espina e intentó tirarla a la arena. Ella le dio un tajo en el hocico y se escabulló. Pero otro soldado la atacó por detrás, clavándole su cola venenosa en el centro de la columna vertebral.

Sol chilló de miedo, y el mensajero que estaba detrás de ella casi se cae de la aguja.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué pasa? ¿Quién murió?

En el último momento, Qibli se abalanzó sobre el soldado y lo derribó. Sol no estaba segura de que su madre se hubiera dado cuenta de lo cerca que había estado eso. «*No es lo suficientemente cuidadosa*», pensó Sol con ansiedad, incorporándose sobre sus patas traseras y batiendo las alas.

—¿Qué pasa? —dijo el mensajero, quejumbroso, agachándose para ver a su alrededor.

—Es mi madre —dijo Sol—. Vino a rescatarme.

El Ala Arenosa arrugó el hocico.

—¿Estás segura? No suena a ninguna madre que yo conozca.

—Bueno, eso es triste —respondió Sol, tratando de escucharlo y ver la batalla al mismo tiempo—. ¿Ni siquiera a tu propia madre?

El otro dragón hizo un ruido que sonó mitad risa, mitad bufido.

—Mis padres me enviaron al ejército de Brasas para endurecerme. Dijeron que así acabaría tan valiente como un soldado de verdad o muerto, y cualquiera de las dos cosas sería una mejora.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Sol. Abajo, en la batalla, Seis Garras agarró a dos soldados y les partió la cabeza, luego giró para degollar a otro con su cola.

El mensajero dudó.

—¿Puedo decírtelo?

—¿Por qué no? Yo me llamo Sol.

—Lo sé —afirmó—. De acuerdo. Me llamo Camello.

Sol abrió y cerró las alas, rozando las campanillas de viento. Camello parecía un dragón normal y nervioso. Alguien con quien podría ser amiga en otra vida. Tal vez escucharía razones.

—¿Tienes algún dragonet? —preguntó.

—Todavía no, pero mi pareja y yo tenemos tres huevos que eclosionarán el mes que viene —dijo orgulloso.

—Así que puedes ser un tipo de padre diferente al tuyo —dijo Sol—. Del tipo que cuida de sus dragonets. Del tipo que atacaría una fortaleza llena de soldados para protegerlos —añadió esperanzada. Ella no sabía mucho sobre los padres en general, pero sabía lo que haría si tuviera dragonets y alguno de ellos estuviera en peligro.

—Hmm —murmuró Camello, aún más ansioso. Agitó la cola y contempló la batalla: la sangre en la arena, los cuerpos desparramados, las garras relampagueantes.

«*Tal vez éste no es el enfoque adecuado para este dragón*», pensó Sol.

—Todo lo que estoy diciendo —continuó—, es que no puedo quedarme aquí y ver a mi madre morir tratando de salvarme. Por favor, por favor, déjame ir a ayudarla. —Se inclinó hacia el cielo azul abierto, imaginando cómo se zambulliría y arrastraría a todos los soldados lejos de Espina.

—Oh —balbuceó Camello incómodo—. Oh, no, no. No puedo hacer eso. Si Brasas se entera, podría llevarse a mis huevos. Eso no sería una buena crianza, ¿verdad?

Sol suspiró.

—Supongo que no —admitió con justicia—. Pero quizá pueda detener la lucha, para que nadie más tenga que morir.

Camello dudó de nuevo, mirando hacia la batalla, y Sol se preguntó si su pareja era una de los que estaban ahí fuera luchando.

—¿Cómo? —preguntó de repente—. Quiero decir, no eres... —Él miró a su cola inofensiva y lejos de nuevo rápidamente.

«*No soy exactamente aterradora. Ni exactamente grande. Ni siquiera un poco útil*».

En cierto modo tenía razón. ¿Qué creía que podía hacer realmente si se unía?

«*¿Hay otra manera de detenerlos? ¿A la manera de Sol?*».

Se quedó mirando a los dragones que luchaban, devanándose los sesos. Y entonces algo se movió bajo la arena.

Sol se inclinó hacia delante, mirando fijamente. No muy lejos de uno de los soldados caídos, un trozo de arena ondulaba como si hubiera algo enterrado bajo ella.

Algo, o *alguien*.

Por un momento, Sol tuvo la horrible sensación de que el fantasma de la mismísima reina Oasis estaba a punto de salir de la arena para atacar a los dragones.

Pero la cabeza que asomó no era la de un Ala Arenosa. Le siguieron unos hombros y unas alas que brillaban con un color naranja cobrizo a la luz del sol. El dragón se escurrió el resto del camino libre y comenzó a pulular por la arena hacia los muros de la fortaleza.

Sol lanzó un grito ahogado.

Reconoció aquellas escamas: al igual que las suyas, eran de un color exclusivo de una única dragona en Pirria, que ella conociera.

Era Peligro. Tenía que ser. Peligro, la Ala Celeste que los había ayudado a escapar del palacio de la reina Escarlata.

Bueno, primero había fingido ayudarlos a escapar, y luego los había traicionado, y luego casi había matado a Cieno, pero al final había hecho lo correcto, aunque a veces era difícil recordarlo. Pero sin ella, los dragonets y Rapaz podrían haber quedado atrapados en el Palacio Celeste hasta que Escarlata ideara una muerte «emocionante» para cada uno de ellos.

A Sol se le encogió el corazón al pensar en Rapaz y en cómo había muerto bajo las garras de Ampolla en el Reino del Mar. ¿Cómo reaccionaría Peligro ante la noticia de la muerte de su madre?

Pero lo más importante, ¿qué estaba haciendo aquí? ¿Y por qué intentaba claramente colarse en el palacio?

Peligro llegó a las murallas y echó un vistazo a la batalla, pero la lucha era demasiado feroz para que alguien la notara. Desplegó las alas y se lanzó por encima de la muralla, aterrizó limpiamente en el patio y se escabulló hacia el interior del palacio.

Sol inhaló bruscamente cuando le asaltó un horrible pensamiento.

«*Seguramente no*».

—¿Viste a esa dragona naranja? —le preguntó a Camello—. Tengo que seguirla. Ven conmigo, así no parece como si estuviera escapando de ti.

—Uhm —balbuceó Camello—. Pero espera, ¿no debería...?

Sol no oyó el final de la frase; ya estaba en el aire y volando hacia el patio que albergaba la extraña torre. Podía ver la corona roja oscura que se alzaba sobre los tejados.

Sus garras se posaron con un golpe en el foso de arena y miró a su alrededor, hacia la puerta de la torre, pero seguía cerrada y, esperaba, con llave. No es que una cerradura en una puerta de madera sirviera de mucho para detener a Peligro y sus garras ardientes. Los seis soldados Alas Arenosas dispuestos fuera tampoco podrían detenerla. Miraron con curiosidad a Sol, pero se mantuvieron en sus posiciones.

Camello bajó aleteando detrás de ella y aterrizó en la pared, lo más lejos de la torre que podía llegar sin perder de vista a Sol.

Ella esperó un momento, intentando calmar los latidos de su corazón. «*Quizá estoy equivocada. Tal vez Peligro no esté aquí para rescatar a Escarlata. O sea, ¿por qué lo haría?*».

Pero entonces oyó el repiqueteo de las garras sobre la piedra y Peligro entró corriendo en el patio.

La Ala Celeste se detuvo al ver a Sol. Sus ojos azul fuego se abrieron de par en par a través de las volutas de humo que salían de sus escamas.

—Hola, Peligro —saludó Sol, esperando sonar más amistosa que aterrorizada.

Peligro se movió nerviosa.

—Me dijo que no dejara que me detuvieran. —Peligro echó un vistazo al patio, observando las sombras con expresión esperanzada—. ¿Está...? Quiero decir, ¿están todos aquí?

—No, lo siento —dijo Sol. Sabía a quién buscaba Peligro en realidad—. Cieno no está aquí, pero se preocupa por ti.

—¿Dijo eso? —preguntó Peligro. Tocó sus garras delanteras juntas, de la misma forma que lo había hecho después de que Cieno tomara sus garras entre las suyas, cuando se despidieron, recordó Sol—. ¿Que se preocupa por mí? ¿Qué dijo exactamente?

—Uhm —murmuró Sol, intentando recordar la última vez que Cieno había mencionado a Peligro. Habían estado un poco ocupados últimamente, escapando de los Alas Marinas e invadiendo la isla Ala Nocturna y huyendo de volcanes. Pero había dicho algo sobre ella una noche en la selva, después de que Nocturno desapareciera. Cieno y Sol se habían acurrucado juntos cerca de Kinkajú, la pequeña dragonet Ala

Lluviosa que había resultado herida en el concurso en el que Gloria se convirtió en reina. Estaba dormida, y a Sol le tocaba vigilarla; Cieno le hacía compañía.

—Él dijo.... «Me pregunto dónde estará Peligro ahora» —empezó Sol—. «Espero que esté bien. Hay una nueva reina en el Reino Celeste...» y yo dije: «Rubí», y él respondió: «Sí, ella. Espero que esté cuidando de Peligro y no la haga luchar más».

Peligro esperó un momento, y luego dijo:

—¿Eso es todo?

—Bueno, luego le empezó a rugir el estómago y tuvo que ir a buscar algo de comer —dijo Sol—. Pero quiere volver a verte. Estoy segura.

—Seguro que han vivido todo tipo de aventuras juntos —dijo Peligro un poco amargada.

—Ha sido realmente aterrador —confirmó Sol—. Parece que cada dragón que nos encontramos quiere matarnos o encerrarnos. —Echó un vistazo a la torre y suspiró—. Un ejemplo.

Peligro se miró las garras. La luz del sol brillaba en las venas doradas de sus alas.

—¿Y tú? —preguntó Sol—. Uhm, ¿has...? —No sabía cómo terminar la frase. «*¿Has dejado de matar dragones? ¿Has encontrado una forma segura de vivir con los demás? ¿Por casualidad has venido a rescatar a un dragón que realmente quiere matarme?*».

—La respuesta es que ella no lo ha hecho —respondió Peligro bruscamente—. Rubí. No está cuidando de mí. Me ordenó que abandonara el Reino Celeste en cuanto tomó el poder. Dijo que, si volvía a poner las garras en el Palacio Celeste, encontraría la forma de matarme, y más me valía creerlo. Dijo que yo era peligrosa e impredecible y que no me quería cerca de sus súbditos. —Se le quebró la voz y tosió, agachándose bajo un ala.

—Oh, Peligro, lo siento mucho —apenó Sol.

—No sientas pena por mí. —Peligro levantó la cabeza y frunció el ceño—. Soy peligrosa. Ésa es mi razón de ser.

—Eso no es cierto —dijo Sol—. Puedes ser lo que quieras ser. Quiero decir, podría decir, *bueno*, no tengo púa en la cola, supongo que soy inofensiva e inútil y debería sentarme en una esquina cubriéndome la cabeza cada vez que hay una pelea. Pero no quiero ser inútil y no voy a hacer eso, no si los dragones que me importan están en peligro. —Miró al cielo, preguntándose ansiosa cómo iba la batalla y si Espina seguía bien—. Hablando de eso... me vendría muy bien tu ayuda ahora.

Peligro se sacudió, con las escamas color cobre brillando.

—No puedo ayudarte. Tengo que rescatar a Escarlata mientras todos están distraídos con esa batalla afuera.

Sol sintió un escalofrío de miedo recorrer sus escamas. Todavía tenía la esperanza de que tal vez no fuera por eso por lo que Peligro estaba aquí.

—¿Pero por qué? —gritó.

—Llevo días esperando una oportunidad como esta, en la que pudiera sacarla sin luchar contra nadie —respondió Peligro—. Así que puedes decirle a Cieno que me estoy esforzando mucho por no matar a nadie. —Ella dudó, mirando a los guardias detrás de Sol, entre ella y la torre—. Lo *intento* —volvió a decir.

—No, quiero decir, ¿por qué la ayudarías? —preguntó Sol— ¿Después de todo lo que te hizo?

La brisa se levantó en un viento tranquilo, esparciendo granos de arena en las garras de Sol y trayéndole el pesado y escamoso olor a miedo de los Alas Arenosas detrás de ella. No se habían movido de su sitio, pero estaban tensos y preparados con sus armas. Sol supuso que al menos algunos de ellos sabían quién era Peligro por haber visitado el Reino Celeste con Brasas.

—Sé que Escarlata no es perfecta —dijo Peligro. «*El eufemismo del año*», pensó Sol—. Pero no me mató cuando podía haberlo hecho, cuando cualquier otro lo habría hecho, cuando era una dragonet. Y no me echó. Me trató como si fuera especial.

—Te mintió —señaló Sol—. Sobre Rapaz, y sobre las rocas negras que dijo que tenías que comer para que nunca pudieras dejarla. Te estaba utilizando, no cuidando.

—Me cuidaba mejor que mi madre —se enfadó Peligro—. Y por lo que vi de ella, Rapaz tampoco es la dragona más buena del mundo, ¿verdad? —Volvió a dudar y luego dijo tímidamente—. ¿Has visto a Rapaz? ¿Sabes dónde está? Me pregunto... Me he estado preguntando si debería haberme ido con ella cuando me lo pidió.

A Sol se le encogió el corazón. No quería darle esa noticia. «*Pero no puedo mentirle literalmente veinte segundos después de haber acusado a Escarlata de tantas mentiras. No sé cómo reaccionará. Pero tengo que decirle la verdad*».

—Peligro —dijo en voz baja—. Lo siento mucho, pero... Rapaz está muerta.

Peligro la miró fijamente durante un largo momento, con sus extraños ojos azules y negros brillantes, y luego, lentamente, como una montaña

que se desmorona, se desplomó sobre las piedras y se cubrió la cara con las garras.

—No, no, no —balbuceó—. La envié lejos. Dije que volveríamos a encontrarnos.

—Lo sé —susurró Sol, deseando poder envolver a Peligro con sus alas como había hecho Cieno. Pero Cieno era el único dragón que ella conocía que podía tocar a Peligro sin morir—. Lo sé. Peligro, lo siento mucho. Escucha —dijo desesperada. Su ansiedad por la batalla afuera estaba haciendo que cada escama de sus alas quisiera saltar y volar lejos—. Escucha, soy como tú. Pensaba que mi madre tampoco me quería. Pero acabo de descubrir que no es verdad, igual que tú. Mi madre me quería como Rapaz te quería a ti. Excepto que tengo tanto miedo de que muera antes de que llegue a conocerla, y por eso necesito tu ayuda, *por favor*, Peligro. Ella está atacando el palacio ahora mismo tratando de rescatarme, y tú podrías salvarla. Lo siento, sé que es horrible echarte todo eso encima a la vez, pero de verdad que te necesito.

Peligro apoyó las garras en la piedra y se incorporó. Respiró profundamente, exhalando humo en una nube alrededor de sus alas. Finalmente miró Sol, con una expresión como si intentara encontrar una pequeña parte de sí misma en sus ojos.

—Cuéntame más —exigió. Las piernas le temblaban como si no pudieran sostenerla en pie, pero escuchó atentamente las explicaciones de Sol sobre Espina y los Forajidos.

—Muy bien —dijo al fin, cuando Sol hizo una pausa para respirar—. Detendré la batalla. Pero luego liberaré a Escarlata, así que no intentes interponerte en mi camino.

—Pero...

—Ese es el trato —cortó Peligro obstinadamente—. Ya he perdido una madre. Escarlata es lo que me queda, así que es lo mejor que puedo hacer.

Sol enroscó la cola alrededor de sus garras. Estaba muy preocupada por este plan, pero no había tiempo para seguir discutiendo. ¿Y qué podía decir? *¿No tener madre sería mejor que tener* esa *madre?* ¿Qué sabía ella de eso, realmente?

—Gracias —dijo en su lugar—. Confío en ti —añadió. No estaba segura de hacerlo, pero quería—. Sé que puedes hacerlo sin hacer daño a nadie.

—Uhm —murmuró Camello con tristeza desde arriba de ellas—. Realmente creo que no debería dejar que esto suceda.

—No puedes detenerla —le respondió Sol mientras Peligro salía disparada hacia el cielo—. Y tu trabajo es vigilarme; eso es todo lo que

dijo Combustión. No voy a ir a ninguna parte, ¿ves? Bueno, excepto a volver al pabellón para vigilar. Vamos. —Siguió a Peligro hacia arriba y vio cómo las relucientes escamas color cobre destellaban hacia la batalla fuera de las murallas.

Desde el pabellón alto, Sol pudo ver dos cadáveres más tendidos bajo la batalla, pero tras un momento de infarto, se dio cuenta de que ninguno de los dos era Espina o Seis Garras. Miró fijamente la batalla hasta que por fin vio a su madre, forcejeando con un soldado.

Combustión también estaba allí, no lejos de Qibli, gritando órdenes y corriendo alrededor de las formaciones. Fue uno de los primeros en ver a Peligro cuando se acercaba. Sol se dio cuenta porque se quedó inmóvil de repente, mirando en dirección a la Ala Celeste.

Los soldados que lo rodeaban se giraron para ver qué miraba. Tres de ellos echaron un vistazo a Peligro, chillaron y huyeron hacia el desierto, sus sombras parpadeaban rápidamente por las dunas hasta que desaparecieron en dirección a la Madriguera del Escorpión. Sol supuso que habían estado en el palacio de Escarlata y habían visto lo que Peligro podía hacer.

Ella nunca había visto lo que Peligro podía hacer, no a otro dragón. Había estado atrapada en su jaula mientras todos sus amigos estaban en la arena del Palacio Celeste, así que se había perdido todos los combates. Pero Cieno le había hablado de ello (las escamas derritiéndose, las huellas negras de las garras quemándose en sus víctimas, el olor a quemado), y sonaba aterrador.

Esperaba no estar a punto de verlo ahora.

Poco a poco, los Forajidos también dejaron de luchar y retrocedieron, hasta que quedó un amplio círculo de dragones alrededor del espacio despejado del cielo donde se cernía Peligro.

Los agudos oídos de Sol captaron parte de lo que Peligro les decía, pero no todo. Algo sobre apoderarse de la fortaleza, algo más sobre rendirse.

Vio a Combustión avanzar como si fuera a discutir con Peligro. «*Por favor, no lo hagas*», pensó ansiosa. Era extraño admitirlo, pero en realidad le caía bien. Definitivamente no quería que muriera o que se le derritieran las escamas.

Pero varios soldados lo agarraron y tiraron de él hacia atrás, sacudiendo la cabeza y señalando el humo que salía claramente de las alas de Peligro.

Espina dijo algo y Peligro señaló hacia la fortaleza. Con una especie de reverencia de agradecimiento, Espina pasó volando junto a ella, seguido por todos sus Forajidos.

—¡Hurra! —gritó Sol, agitando las alas con entusiasmo—. ¡Una carrera hasta el patio, Camello! —Saltó de la torre y se elevó hacia las piedras donde había aterrizado por primera vez en la fortaleza.

Espina acababa de aterrizar y se estaba girando para dar órdenes a sus dragones cuando Sol se catapultó hasta detenerse frente a ella y lanzó sus alas alrededor de su madre.

—¡Por todas las serpientes! —gritó su madre—. ¡Sol! —Levantó a Sol de sus garras y la hizo girar— ¡Olvídenlo! —le gritó a los Forajidos por encima del hombro de Sol—. ¡La encontré!

Sol se sintió mareada e ingrávida, como una tienda de campaña con las estacas levantadas, volando suelta en una tormenta de arena.

—Viniste a buscarme —dijo sin aliento.

—Claro que sí, escarabajo —dijo su madre, dando un paso atrás y mirando a su alrededor—. Seis Garras me lo contó todo. He pasado siete años buscándote; no iba a perderte después de sólo diez minutos de conversación. —Sonrió con todos los dientes—. Además, siempre he querido invadir la fortaleza de Brasas. Supongo que no está aquí.

—Por suerte —dijo Sol—. Dudo que se hubiera rendido tan amablemente como lo hizo Combustión.

—Deberíamos hacer el recorrido rápido antes de que ella regrese, entonces —dijo Espina alegremente, como si no hubiera estado a escamas de la muerte unos momentos antes—. ¿Qué crees que es eso? —Puso un ala sobre los hombros de Sol y la dirigió hacia el obelisco negro que Sol había visto antes.

Sus garras se hundieron en la arena que rodeaba el monumento, el cual era blanco y limpio como si lo hubieran barrido todos los días. A medida que se acercaban, Sol pudo leer las palabras talladas y pintadas en oro en el lateral del pilar.

AQUÍ YACE
LA REINA OASIS
MADRE DE LA REINA BRASAS
SUS HUESOS AHORA PERTENECEN A LAS ARENAS DEL TIEMPO

—Caramba —exclamó Sol, dándose cuenta de repente de lo que significaba. Se levantó de la arena, arrastrando a Espina con ella—. ¡La Reina Oasis está enterrada ahí debajo! Justo debajo de nosotras.

—Probablemente donde murió —adivinó Espina, mirando hacia las paredes que Brasas había añadido después de hacerse cargo—. Esto habría

estado justo fuera del palacio original, donde los carroñeros la atacaron. —Volvió a mirar la inscripción—. Es más poético de lo que habría esperado de Brasas. Realmente impresionante.

El sonido del batir de las alas en lo alto hizo que ambas levantaran la vista cuando los soldados Alas Arenosas volvieron aleteando al patio. Con ellos iban Peligro y Combustión, que descendieron en espiral para aterrizar junto a Espina.

—Me voy a meter en un lío enorme —le dijo Combustión a Sol con un suspiro—. Brasas podría matarme esta vez. ¿Perderte a ti de un solo golpe? Eso es probablemente peor que cualquier cosa que hayan hecho mis hermanos.

—Lo siento —apenó Sol.

—¿Lo sientes lo suficiente como para seguir siendo nuestra prisionera? —preguntó Combustión esperanzado.

—¿Quién es este gracioso dragón? —le preguntó Espina.

—Este es Combustión, el hermano de Brasas —respondió Sol—. Combustión, ella es Espina, mi madre. Es la líder de los Forajidos. Y ésta es Peligro.

Espina hizo otra media reverencia a Peligro.

—Nuestro ángel de la suerte.

Peligro asintió, un poco incómoda. Sol supuso que no estaba acostumbrada a la gratitud y que, desde luego, nunca la habían llamado ángel.

—Tal vez *debería* mudarme a la Madriguera del Escorpión —dijo Combustión sombríamente—. ¿Espina, no? Hmmm. —Le dirigió una mirada pensativa, como si hubiera oído hablar de ella en alguna parte.

—Necesito matar al dragón que me traicionó —anunció Espina—. Se llama Adax. Por favor, tráelo.

—Oh, no, no lo hagas —soltó Sol—. Quiero decir, no lo mates, por favor. Él sólo... sólo... tenía sus razones, y mira, estoy bien, ¿no?

Su madre inclinó la cabeza hacia Sol, sorprendida y preocupada.

—¿No quieres castigarlo? ¿No estás molesta?

«*¿Lo estoy?*». Sol echó un vistazo a los barracones de soldados que había más allá de Combustión. En algún lugar de allí, Adax se había reunido con su familia. Y en algún lugar de allí, probablemente se estaba escondiendo ahora mismo, sabiendo lo que podría pasarle a continuación.

—Castigarlo no mejorará nada —recordó Sol—. Probablemente sólo hará que alguien más se enfade, busque venganza y conduzca a cosas más horribles. Estoy muy bien. Dejémoslo y salgamos de aquí.

Espina rozó el ala de Sol con la suya y asintió.

—De acuerdo, si eso es lo que quieres. La misericordia es tuya. Tengo una pregunta más para este dragón. —Volteó hacia Combustión—. Has vivido aquí mucho tiempo. ¿Puedes decirme si tienes algún prisionero Ala Nocturna?

Combustión negó con la cabeza.

—No. Me temo que mi hermana no conserva a la mayoría de sus prisioneros. Vivos, quiero decir.

—Tenían un Ala Nocturna, sin embargo —ofreció Sol—. En la colección de Brasas, ¿no? ¿El disecado que Escarlata destruyó?

—¿Qué? —Dijo Espina. Sus alas se quedaron muy quietas—. ¿Qué quieres decir con disecado?

—Es una especie de pasatiempo para Brasas —explicó Combustión con una expresión de vergüenza—. Si encuentra un dragón que quiere para su colección, suele matarlo y disecarlo ella misma.... Lo sé, suena bastante horrible.

—*Es* horrible —confirmó Sol sin rodeos—. Es una de las peores cosas que he oído, en toda mi vida.

—¿Dónde? —exigió Espina a Combustión con voz fría—. Muéstrame a este Ala Nocturna asesinado. Ahora mismo.



CAPÍTULO 13

Mientras Combustión volvía a guiarlas por el laberinto del palacio, Sol se dio cuenta de que Peligro mantenía las alas tan pegadas al cuerpo como podía. «*Tendrá miedo de prender fuego a algo*», supuso, y sintió lástima por la Ala Celeste.

—Madre —susurró—, ¿por qué nos preocupamos por este Ala Nocturna?

—Ojalá no lo hagamos —respondió su madre enigmáticamente.

Cruzaron el foso de arena hasta la torre. Los seis guardias Alas Arenosas saltaron a un lado con expresión de alivio cuando vieron a Combustión.

Sol oyó que Peligro respiraba hondo. «*Es hora de que se enfrente a Escarlata* —se dio cuenta—. *Y nosotros también debemos, ya que tendremos que pasar por ella para ver al Ala Nocturna*».

Oyeron rugir a Escarlata en cuanto abrieron la puerta.

—¿Quién está ahí abajo? Combustión, oigo el tintineo de tus estúpidas llaves. Si tú... —Se cortó bruscamente y Sol levantó la vista. Pudo ver unos ojos amarillos que brillaban a través del humo mientras Escarlata los miraba.

El silencio que siguió mientras subía por la rampa fue más inquietante que los gritos. ¿En qué estaría pensando Escarlata? ¿Qué haría cuando la alcanzaran?

La antigua reina de los Alas Celestes estaba sentada con la cola enroscada en las garras, mirándolos con fiereza. Combustión se detuvo frente a ella, pero ella lo ignoró, fijando su mirada malévola en Peligro.

—¿Qué haces? —gruñó.

—Rescatarte —murmuró Peligro, quedándose detrás de Sol.

—Es una forma extraña de hacerlo. —Escarlata barrió su cola y tiró trozos de cristal al suelo—. Qué interesante grupo de amigos has traído contigo.

—¿Dónde está el Ala Nocturna? —preguntó Espina.

Combustión señaló sin palabras los bultos sombríos detrás de Escarlata.

—No te acerques a ella —advirtió Sol a su madre cuando Espina se inclinó hacia adelante—. Es muy peligrosa.

—Es cierto —siseó Escarlata.

Espina hizo una pausa y miró a la prisionera.

—Enséñame la cara del Ala Nocturna.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Escarlata, sonando divertida—. ¿Por qué debería ayudarte?

—Porque yo te lo ordeno —intervino Peligro bruscamente—. Hazlo si quieres que te saque de aquí.

La Reina Escarlata se levantó sobre sus patas traseras, extendiendo sus alas para parecer majestuosamente poderosa a pesar de su desfiguración.

—Me parece que has olvidado quién es tu reina —le gruñó a Peligro.

—*Me* parece que has olvidado quién tiene aquí las garras que derriten escamas —replicó Peligro.

Escarlata siseó y más humo salió de su hocico para envolver sus cuernos.

—No me amenaces. No acepto órdenes de nadie.

—Entonces puedes pudrirte aquí —dijo Peligro acaloradamente, dándose la vuelta tan rápido que Sol tuvo que saltar para apartarse de su cola.

Sólo había dado tres pasos cuando Escarlata gritó:

—¡Espera! Espera.

Peligro se detuvo, respirando hondo, pero no se dio la vuelta.

—El Ala Nocturna. —repitió Espina con tranquila autoridad, señalando.

Escarlata gruñó en lo más profundo de su garganta, luego tomó algo detrás de ella y se lo lanzó tan fuerte como pudo a Combustión.

Lo atrapó y luego se lo lanzó a Espina con un aullido.

Era la cabeza del Ala Nocturna.

Espina miró la cabeza de dragón en sus garras con una expresión de puro horror, pero rápidamente se transformó en alivio. Dejó suavemente la cabeza sobre la piedra y dio un paso atrás.

—¿Es... es todo...? —preguntó Sol.

—Un extraño —respondió Espina—. No hay de qué preocuparse. —Se frotó los antebrazos—. Volvamos a la luz del sol.

—Peligro —llamó Escarlata, un rumor bajo en su garganta—. ¿Adónde vas?

—Volveré para dejarte salir una vez que Sol esté lejos de aquí —dijo Peligro, mirando por encima del hombro a la reina encarcelada—. No intentes discutir conmigo. Sé lo que quieres hacerle y no te lo permitiré. —Se puso en marcha por la rampa lo más rápido que pudo, y Sol la siguió, sintiéndose agradecida y ansiosa a partes iguales.

—¡Sé lo que *quieres*, y no funcionará! —gritó Escarlata tras ella—. ¡Él nunca te querrá! Puedes seguir intentando salvar a sus amigos, ¡pero nadie te querrá nunca excepto yo! Soy la única que te acepta tal y como eres. Siempre serás un monstruo para los demás.

Peligro abrió la puerta de un tirón, dejando marcas de quemaduras en la madera, y salió corriendo de la torre.

Sol la alcanzó fuera, donde la Ala Celeste estaba acurrucada en medio de la arena, frotándose las garras.

—Se equivoca —Sol le susurró a Peligro, quien se encontraba de espaldas. Dudó y miró a Combustión y Espina mientras él volvía a cerrar la torre—. No permitas que te haga odiarte a ti misma. No puedo prometerte nada sobre Cieno, pero creo... quiero decir, si lo conozco algo, puedo decirte que el camino a su corazón es ayudando a sus amigos. —«*Aunque no puedo imaginármelo contigo. El dragón más amable de Pirria... ¿y alguien que ha asesinado a quién sabe cuántos dragones? ¿Cómo podrías merecerlo?*». Pero no dijo nada de eso en voz alta. Si quería ser sincera, tendría que admitir que nunca pensaría que alguien fuera digno de Cieno.

Peligro resopló y luego asintió.

—Y *yo* no creo que seas un monstruo —añadió Sol, pensando: «*Has sido monstruosa, pero quizá puedas cambiar. Tengo que creer que puedes cambiar*»—. Eres una dragona como cualquier otra. Puedes rehacerte como quieras.

Peligro resopló.

—Para ti es fácil decirlo.

«*En realidad no*», pensó Sol. «*Mis amigos también creen saber quién soy, por mucho que intente demostrarles que soy más que eso*».

—No tienes que liberar a Escarlata —le recordó Sol—. Puedes venir conmigo.

Peligro sacudió la cabeza, plegando las alas hacia atrás.

—No te preocupes por mí. Estoy bien.

«*Lo que significa "no quiero más compasión ahora mismo"*», pensó Sol.

Se volvió hacia la torre cuando su madre y Combustión se acercaron.

—Creo que tenemos algo que te pertenece —le decía Combustión a Espina—. Si no te importa esperar, iré a revisar la biblioteca de Brasas.

Espina le lanzó una mirada suspicaz y él se rió entre dientes.

—O pueden venir, pero está bastante desordenada, eso es todo. —Miró a Peligro—. Hay montones de papeles por todas partes.

—Esperaré aquí —dijo Peligro con tristeza. Acercó su cola a sí misma, dejando una franja en forma de luna en la arena.

—Adelante —le dijo Espina a Combustión.

Sol se unió a ellos y se adentraron en otro serpenteante conjunto de pasillos, éstos revestidos de parpadeantes espejos en forma de diamante que captaban la luz del sol a través de pequeños agujeros en el techo y las paredes.

—Madre —llamó Sol mientras caminaban— ¿Qué está pasando? Creía que odiabas a los Alas Nocturnas. ¿Por qué pensaste que te podría importar ése?

Espina se detuvo y esperó hasta que Combustión estuvo muy por delante, hurgando en sus llaves con un tintineo brillante y descarado.

—No odio a todos los Alas Nocturnas —respondió Espina en voz baja—. Es decir, no me gustan y, por lo general, no me fío de ellos. Pero estoy buscando a uno en particular, un dragón animus llamado Mueverrocas.

—¿Porque le hizo algo a mi huevo? —adivinó Sol—. ¿Es por eso?

—No exactamente. Bueno, ja… supongo que en cierto modo —dijo Espina, mirando hacia las claraboyas con una extraña media sonrisa.

Sol la miró fijamente. Sabía muy bien lo que significaba aquella mirada.

—Él no es… —susurró.

—Te has preguntado por qué no pareces una Ala Arenosa normal —dijo Espina.

—Así que es porque... —Las garras de Sol temblaron de asombro. De todas las teorías que había imaginado... sí, ésta se le había pasado por la cabeza, pero de todas las tribus sobre las que se había preguntado, nunca ésta, nunca, nunca ésta.

—Sí, Sol —dijo Espina, su voz caía como gotas de agua en la quietud entre ellas—. Es porque eres mitad Ala Nocturna.



CAPÍTULO 14

—¡Pero los Alas Nocturnas son horribles! —gritó Sol—. ¡No quiero ser como ellos!

—Pues no lo seas —dijo su madre. Empezó a caminar de nuevo y Sol se apresuró a seguirla—. Nadie te obliga a ser horrible. ¿Y no dijiste que eras amiga de uno?

—Nocturno es diferente —contradijo Sol.

—También lo era Mueverrocas —dijo Espina—. Al menos, eso creía. Ha pasado mucho tiempo.

De repente, las escamas de Sol parecían demasiado grandes, o quizá demasiado pequeñas. Todo le parecía mal, como si llevara las alas de otra persona. Mitad *Ala Nocturnas*, por todas las lunas.

—Por favor, háblame de él. Quiero saber todo. Quiero decir, creo que sí. ¿Creo? ¿Cómo te enamoraste de un Ala Nocturna, de entre todas las tribus?

Espina plegó las alas hacia atrás y se agachó bajo un arco bajo.

—Hace ocho años conocí a un dragón, en las arenas, no muy lejos de aquí. Sus escamas eran como el cielo del desierto por la noche y siempre estaba nervioso, de una forma dulce y preocupada, como ningún otro dragón que hubiera conocido. Recuerda, crecí en la Madriguera del Escorpión. Allí tienes que ser duro y despiadado todo el tiempo, o estás muerto. Me gustaba lo inquieto que era Mueverrocas y las preguntas que siempre hacía, y me gustaba que no fingiera ser más aterrador y malvado de lo que realmente era. Era simplemente él mismo. Y era muy inteligente.

—Se parece mucho a Nocturno —murmuró Sol. Se preguntó si eso significaba algo. Si era como su madre, ¿significaba que acabaría enamorada de un dragón que fuera como su padre? ¿Era ése su tipo? ¿Era ese su destino, ella y Nocturno juntos? Tenía muchos pensamientos al respecto, pero no sabía cómo ordenarlos.

—Él me dio esto —dijo Espina, tocando la piedra lunar alrededor de su cuello—. Le pregunté por qué estaba aquí y me dijo que quería salvar a su tribu. Eso también me gustó —continuó—. Le importaba mucho salvar a su tribu. Nunca antes había visto lealtad, porque entonces no había nada como los Forajidos, ni en la Madriguera del Escorpión. Dijo que estaba haciendo algo esencial que nadie más podía hacer.

—¡Oh! —jadeó Sol—. ¡Los túneles! Debe de ser el animus que construyó los túneles.

Espina la miró con curiosidad.

—¿Sabes de eso? Espera, ¿túneles, como túneles múltiples?

—Dos —dijo Sol—. Que yo sepa. Son los únicos por los que he pasado.

—*Tienes* experiencia —dijo Espina con un deje de admiración en la voz—. Yo sólo conocía un túnel. Él estuvo aquí todos los días durante un tiempo, intentando elegir el lugar adecuado y acumulando la energía para crearlo. Así que volví una y otra vez para molestarlo, y al final supongo que él también se enamoró de mí.

«*¿Quién no lo haría?*», pensó Sol.

—Pero —interrumpió—, ¿a nadie le importó que fueran de dos tribus diferentes? —«*Si Brasas piensa que está mal, supongo que no es la única dragona que piensa así*».

«*¿Y si fuéramos Nocturno y yo?*». Se dio cuenta de que no sabía qué pensaban los dragones del mundo exterior sobre las relaciones entre tribus. Nunca había aparecido en ningún pergamino, y los guardianes bajo la montaña nunca habían hablado de ello... pero nunca hablaban de familias ni de amor en absoluto.

—Nadie lo sabía, excepto Seis Garras y mi amigo Armadillo —admitió Espina—. Mueverrocas era mi secreto. Claro que entonces no tenía muchos más amigos.

—Si lo supieran ahora —dedujo Sol lentamente—. ¿perderías a los Forajidos?

Espina se puso delante de Sol y levantó las alas para detenerla en su sitio.

—Escúchame —ordenó—. No le cuento a todo el mundo mi pasado porque me gusta mi privacidad, y no hay mucha cuando lideras una banda de forajidos. Pero no me avergüenzo de ti ni de tu origen. Si otros dragones tienen un problema con ello, es su problema. No es contra la ley estar con un dragón de otra tribu. Es sólo que... casi nunca sucede, eso es todo. Por lo general, cada tribu se mantiene a sí misma. Lo que te hace rara, pero no ilegal o tabú u horripilante o algo así. Nunca dejes que ningún dragón te haga sentir que no deberías existir. ¿Lo entiendes?

Sol asintió. Pensaba que los dragones debían poder amar a quien quisieran, pero al mismo tiempo no podía evitar pensar: «*Mírame a mí... sin armas naturales, sin poderes, con escamas que hacen que no encaje en ninguna tribu... soy una especie de argumento andante para evitar las relaciones entre tribus, ¿no?*».

Su madre parecía poder leer los pensamientos de Sol en su rostro. Pasó las garras delanteras por la cabeza y los cuernos de Sol y le cosquilleó el hocico.

—Sol, eres perfecta tal y como eres.

—Entonces, ¿qué pasó con Mueverrocas? —preguntó Sol. Ya no quería pensar en su extraño aspecto, al menos por un rato.

—Desapareció. —Espina la soltó y exhaló un suspiro con toques de fuego—. Volví un día y ya no estaba. En su lugar estaba Oráculo. Dijo que era mi culpa, lo que sea que le hubiera pasado a Mueverrocas, y que nunca más lo buscara ni intentara hablar con él. Pomposo pedante cabeza de gusano excremento de camello.

—¡Madre! —chilló Sol, casi muerta de risa.

—Eso es lo que era —gruñó Espina—. Oráculo. Sueño con retorcerle el cuello todo el tiempo. —Suspiró, y sus garras arañaron la piedra como si también se sintieran frustradas.

—A nosotros tampoco nos caía muy bien —admitió Sol—. ¿Así que eso fue todo? ¿No volviste a ver a Mueverrocas?

—No, por supuesto que eso no fue todo —negó Espina, dándose la vuelta para seguir caminando—. Lo busqué por todas partes. Pasé por el túnel, pero conducía a la selva, ¿no es extraño? Pensé que llevaría a su reino oculto, pero no. Busqué por todo el lugar, pero no había Alas Nocturnas allí, sólo algunos Alas Lluviosas muy dulces y bastante desconcertados. Muy confuso. Nunca entendí cómo eso salvaría a su tribu.

—Te lo explicaré más tarde —dijo Sol—. ¿Sabía de mí?

—No —negó Espina—. Peleamos, un poco, cuando descubrí que tendría un huevo. Pensaba decírselo una vez que se disculpara. Pero había estado muy extraño y frío, así que quizá no iba a hacerlo.

—Eso es lo que les pasa a los dragones animus —interrumpió Sol—. Cada vez que usan su magia, pierden un poco de su alma, o algo así. Se vuelven más malos y fríos y un poco más locos. Por lo que he oído.

Espina volvió a detenerse y la miró fijamente, con los ojos oscuros llenos de preocupación.

—No lo sabía. ¿Eso es lo que le pasaba? Me pregunto si lo sabía... Debía de saberlo. ¿Por qué no me lo dijo? —Movió la cola pensativamente, frunciendo el ceño.

—Entonces... —la incitó Sol.

—Entonces tenía miedo de que los Alas Nocturnas fueran a por tu huevo si se enteraban. Por eso lo enterré en el desierto; por eso le pedí a Desierto que me ayudara a cuidarlo. No tenía ni idea de que estaba con los Garras de la Paz... y aunque lo hubiera sabido, no habría imaginado que eso le haría robarse mi huevo. ¿Verdad?

—Llegamos —llamó Combustión, y se dieron cuenta de que se había detenido en el túnel de delante, junto a una puerta de madera oscura. Seleccionó una delicada llave dorada y la abrió, luego tuvo que empujar con fuerza para que la puerta se abriera.

Sol se dio cuenta de por qué cuando entraron detrás de él. No bromeaba sobre el desorden. Montones de pergaminos se habían derrumbado para bloquear la puerta, y había papeles y pisapapeles de cristal y pequeños lagartos de ónix tallados esparcidos por toda la pequeña sala cuadrada. Si alguna vez había habido algún sistema de organización, ahora era imposible saberlo.

—Este no es el lugar favorito de Brasas —empezó Combustión, caminando con cautela alrededor de los montones y derribando varios más con la cola—. De hecho, no puedo garantizar que haya estado aquí alguna vez. Y nuestra madre tampoco era la dragona más organizada del mundo. Una vez intenté ordenar todo. Como puedes ver, tuve mucho éxito.

—Hmm —murmuraron Sol y Espina, el mismo ruido sin compromiso al mismo tiempo.

Combustión les dirigió una mirada bromista.

—Y mientras me organizaba, descubrí que tenemos un sistema para interceptar los mensajes que atraviesan el Reino de Arena. Bueno, la Reina Oasis tenía un sistema. De nuevo, no estoy seguro de que Brasas lo sepa o le importe. Pero tenemos dragones que se hacen pasar por mensajeros y otros dragones que tienen instrucciones de atacar a los mensajeros reales, por lo que un buen porcentaje de las cartas enviadas en nuestro reino vienen aquí en su lugar. Presumiblemente para que podamos escanearlas en busca de indicios de rebelión o planes de asesinato, de los que, evidentemente, llevamos un cuidadoso seguimiento por aquí. —Hizo un gesto con las garras hacia la biblioteca llena de desastres—. Supongo que así parecía que mi madre siempre lo sabía todo. Lo guardo por si algún día lo necesitamos, aunque nadie tiene tiempo de revisar todo esto. En

cualquier caso, me pareció ver una marcada como «Espina». Que archivé cuidadosamente en algún lugar útil, estoy seguro.

Combustión hurgó con las garras en un montón de pergaminos y Sol se dio cuenta con un sobresalto de que allí había un escritorio, debajo de los montones de papel.

—¿Me ayudan a buscar? —pidió.

Espina y Sol se sumergieron y empezaron a mirar pergaminos, mini pergaminos y gruesas notas de papiro con garabatos de tinta negra. Las alas de Sol cayeron sobre una pila de tablillas de piedra finas y raspadas que también tenían mensajes grabados.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Espina después de que hubieran buscado durante unos minutos—. Quizá recordabas mal. O quizá no era nada importante.

—Quizá —dijo Combustión, levantando un cuenco lleno de hojas secas y echando un vistazo a los papeles que había debajo—. Aunque estoy bastante seguro de que recuerdo que parecía importante.

Sol deseó tener tiempo para leer todo lo que había aquí, o encontrar una forma de llevárselo todo a Nocturno. «*Tantos pergaminos. Tantos retazos de las vidas de dragones, momentos y mensajes atrapados entre enviados y nunca recibidos. Me pregunto si el mundo sería diferente si algunas de estas cartas hubieran llegado a donde tenían que llegar*».

Unas garras arañaron la piedra del pasillo y Combustión se acercó a la puerta para asomar la cabeza.

—¿Qué pasa? —gritó mientras dos guardias se apresuraban a pasar.

—Un ala se acerca desde el noreste —respondió uno de ellos—. Podría ser Brasas.

Sol levantó la cabeza y batió las alas hacia su madre.

«*Tenemos que salir de aquí*».

—Oh, grandes lunas, por fin —dijo Combustión—. Perdón por esto, ustedes dos.

—¿Perdón por qué? —preguntó Sol, volteando hacia él justo cuando saltó fuera de la habitación y les cerró la puerta de un portazo.

—¡NO! —rugió Espina.

Sol saltó por encima de los pergaminos y agarró el pomo de la puerta, pero ya oía la llave girando en la cerradura. Se lanzó contra la madera, pero era sólida y sólo le magulló el hombro.

—¡Combustión, no lo hagas! —gritó a través de la puerta— ¡No nos entregues a Brasas! Por favor.

—No puedo dejar que se larguen de aquí —dijo, con la voz débil y apagada—. Vi lo que Brasas les hizo a mis hermanos. Sé cómo mantenerme con vida. Como he dicho, lo siento.

Sol golpeó la puerta.

—¡Al menos danos una oportunidad justa de luchar contra ella! ¡Combustión!

Pero ella podía oír su cola deslizándose lejos en el palacio.

Se había ido.

Dejándola a ella y a su madre encerradas, atrapadas y a la espera de Brasas.



CAPÍTULO 15

Espina agarró un lagarto de ónix y lo lanzó por la biblioteca.

—¡Huevos rojo sangre y bolas de fuego! —gritó— ¡Voy a desollar vivo a ese dragón!

—¿No nos salvarán tus Forajidos? —preguntó Sol, vadeando entre los papeles hasta el escritorio. Lo recorrió con las garras, pero no había cajones ni lugar para una llave extra escondida.

—Si son listos, volarán hacia las colinas en cuanto se enteren de que viene Brasas —respondió Espina—. Esperarán que corra y me reúna con ellos en la Madriguera del Escorpión. Actúa con inteligencia, mantente vivo, mantente unido, pero no seas idiota, esas son nuestras reglas básicas. —Tomó un pergamino y lo rasgó furiosamente por la mitad.

—Muy bien, así que hacemos eso —dijo Sol—. Encontraremos una forma de salir de aquí, sé que podemos.

Se giró para mirar por la biblioteca, buscando algo que pudiera usar para forzar la cerradura. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero había leído algo sobre alguien que lo había hecho en un pergamino.

No había ventanas, así que no había forma de pedir ayuda. La luz provenía de una pequeña lámpara de aceite que colgaba en lo alto. El techo era alto, pero de piedra maciza. La puerta era la única salida.

—¿Y tu amiga Ala Celeste? —recordó Espina—. ¿Podría adivinar lo que ha pasado y venir a buscarnos?

Sol movió las alas y negó con la cabeza.

—Lo dudo. Si se entera de que viene Brasas, seguro que libera a Escarlata y también huye. —Dio un paso atrás y se quedó mirando la puerta. La puerta de madera—. Pero si ella pudo quemar esta puerta, nosotros deberíamos poder hacer lo mismo, ¿no?

—¡Espera! —gritó Espina mientras Sol respiraba. Ella extendió sus garras en el desorden a su alrededor—. No es seguro. Si prendes fuego a la puerta, podría extenderse a los papeles que hay aquí. Toda la habitación

podría estar en llamas en un santiamén, y nos quemaríamos hasta morir antes de salir.

Ese era un punto terriblemente bueno. Sol supuso que eso también se le había ocurrido a Combustión. Era más astuto de lo que parecía, quizá tanto como Ampolla. También había encontrado astutamente la manera de separarlas de Peligro.

—Bueno —empezó Sol—. Sospecho que prefiero morir quemada a acabar en la colección de Brasas. Pero creo que puedo hacerlo con cuidado, soy bastante buena apuntando pequeñas llamas. Déjame intentarlo, ¿vale?

Espina dudó y luego asintió. Sol se alegró. Estaba segura de que sus amigos no habrían confiado en ella para hacer algo tan arriesgado.

Apartó los papeles de la puerta con la cola hasta que ésta quedó rodeada por un semicírculo de suelo de piedra clara. Entonces se inclinó hacia delante, abrió la boca y siseó, dejando que el fuego se acumulara en el fondo de su garganta. Se sentía feroz y caliente, como si se hubiera tragado el sol, y nunca le gustó utilizarlo durante mucho tiempo. Apuntó con cuidado y lanzó un pequeño chorro de fuego en forma de arco alrededor de la cerradura.

La gruesa madera se ennegreció allí donde la había tocado el fuego, y del tajo salió humo. Nada estalló en llamas... al menos por el momento.

Sol volvió a hacer lo mismo, intentando trazar la misma línea, una y otra vez, cuatro veces más, hasta que vio un rayo de luz al otro lado. Clavó las garras en la madera ennegrecida y las retorció, escarbando y cortando hasta que toda la cerradura se soltó y chocó contra sus garras.

—¡Lo logré! —le susurró a su madre cuando la puerta se abrió unos centímetros.

Sol se volvió y encontró a su madre sosteniendo un cuadrado doblado de grueso papel de papiro, con la palabra Espina garabateada en el anverso con tinta negra.

—*Hay* una carta para mí —dijo Espina con curiosidad—. No mentía en esa parte. Qué raro. —Le dio la vuelta y la abrió.

—Madre, tenemos que irnos —dijo Sol, pero su voz se apagó al ver la expresión de su madre—. ¿Madre? ¿Espina?

—Es de él —dijo Espina, mirando a Sol—. De tu padre. Escucha: «Queridísima Espina. No puedo seguir haciendo esto. No puedo seguir usando mis poderes para los Alas Nocturnas o me perderé por completo. Así que voy a huir, y me gustaría que tú también vinieras. Encuéntrame en la Montaña de Jade. Te esperaré tanto como sea necesario. Te amo. Mueverrocas». —Su voz se apagó.

—¡La Montaña de Jade! —gritó Sol—. Se supone que hay un dragón que vive allí, ¡quizás sea Mueverrocas! Oh, ¡quizás todavía te está esperando, después de todos estos años! ¿No es romántico?

—¡Esa mancha de saliva de camello con cara de rana! —gritó bruscamente Espina, haciendo saltar a Sol. Arrugó el papel con sus garras delanteras, lo tiró al suelo y lo aplastó con una de sus patas—. ¿Todos estos años? Está vivo, no está prisionero, y ha sabido exactamente dónde estaba yo todo este tiempo, ¿pero ni una sola vez vino a buscarme o intentó ponerse en contacto conmigo?

—Bueno... —vaciló Sol—. Quizá pensó que habías recibido su carta, pero no querías estar con él.

—¡Entonces envíame otra carta! —gritó Espina—. ¡Inténtalo un poco más! No seas imbécil. —Pasó por delante de Sol y entró en el vestíbulo, mirando en ambas direcciones—. Vamos, corramos. He visto un patio por aquí.

Se lanzaron por el largo pasillo de piedra y giraron a la derecha al final. Sol pudo ver un trozo de cielo azul más adelante, más allá de un muro de columnas de color rojo oscuro. Empezó a desplegar las alas mientras corría.

—¡Las prisioneras! —gritó una voz detrás de ella—. ¡Las prisioneras se escapan! —El corazón de Sol se desplomó.

—Oh, oh —murmuró Espina. Llegaron derrapando al patio y se encontraron con varios soldados Alas Arenosas pululando por allí, preparando sus armas como si estuvieran preparándose para la batalla.

Todos los soldados voltearon y las miraron fijamente.

—¡Adelante! —gritó Espina, desplegando las alas. Sobresaltada, Sol se lanzó al cielo. Uno de los soldados rugió y saltó tras ella; sintió el viento de sus garras cortando justo antes de su cola. Se apartó y miró hacia atrás a tiempo para ver cómo su madre le lanzaba una ráfaga de llamas a la cara. El soldado chilló y cayó al suelo.

Los demás soldados tardaron más en reaccionar y se prendieron fuego más rápido cuando Espina los fulminó también.

Se elevó entre los gritos, el caos y el humo y rodeó a Sol.

—¿Qué esperas? —gritó. Espina dio media vuelta y se dirigió al patio principal. Sol la siguió de cerca.

—Espero que estén bien —dijo Sol, mirando hacia las llamas.

—Espero que *estemos* bien —dijo Espina—. ¡Oh, no! ¡Lamelunas! ¡Seis Garras!, ¡idiota! —Giró bruscamente hacia un lado y Sol vio lo que

buscaba: un grupo de Alas Arenosas luchando en las piedras de abajo, con Seis Garras y Qibli en el centro.

Oyó a Seis Garras rugir:

—¿Dónde está Espina?

Y entonces Espina tomó un ladrillo suelto de la pared más cercana y lo lanzó por encima de su cabeza, golpeando al dragón que tenía detrás en el hocico.

—¡Estoy aquí, cerebro de caracol! —bramó—. ¡Vamos!

Sin dudarlo ni un momento, Seis Garras, Qibli y otros veinte dragones saltaron, patearon a sus oponentes y blandieron sus mortíferas colas tras ellos.

—¿Dónde están los demás? —le gritó Espina a Seis Garras mientras todos giraban hacia el sur, volando tan rápido como podían.

—Ya han huido —gruñó Seis Garras escuetamente—. Cobardes.

—Siguiendo órdenes —le recordó Espina—. Como deberías haber hecho.

—No nos íbamos a ir sin ti —gruñó.

—Sí —coincidió Qibli—. No confiaba en ese dragón Combustión. Sabía que habría problemas. ¿No te lo dije? No se puede confiar en un miembro de la realeza, eso es lo que siempre digo.

—Porque has conocido a muchos dragones de la realeza en tu vida, ¿verdad? —cuestionó Seis Garras.

Espina negó con la cabeza, pero no discutió, guardando su aliento para volar.

Sol echó un vistazo hacia atrás, pero nadie los perseguía todavía. Supuso que la fortaleza era un caos desorganizado en ese momento, sin nadie seguro de si seguían en un punto muerto o rendidos, si Peligro seguía al acecho para matarlos a todos, si era realmente Brasas la que venía de camino, o si Combustión seguía al mando.

Podía ver el ala de dragones en la distancia, acercándose a la fortaleza, demasiado cerca, a sólo unos minutos de averiguar lo que había sucedido, y estaba bastante segura de que la forma corpulenta que iba en cabeza era realmente Brasas.

Sus ojos otearon el horizonte. ¿Había salido Peligro sana y salva? ¿O Peligro siempre estaría a salvo, porque nadie podría acercarse a ella con unas garras como las suyas?

Divisó dos pequeñas formas que se alejaban hacia el norte, brillando en naranja y dorado a la luz del sol. Peligro y la Reina Escarlata, ahora libres. Sol se estremeció. Si la reina Escarlata sabía realmente dónde estaban los

dragonets, ¿cuánto tiempo les quedaba antes de que viniera a por ellos? ¿Qué clase de venganza había planeado, todas esas noches en la horrible torre?

Un sentimiento de terror trepó por su pecho y la oprimió; por un momento no pudo respirar.

Cieno, Tsunami, Gloria, y el pobre Nocturno herido.

—¡Madre! —gritó, batiendo las alas para alcanzar a Espina.

Espina le sonrió con dientes.

—Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero esa es la más extraña y la mejor al mismo tiempo.

Sol rozó la punta del ala de su madre con la suya.

—Tengo que volver con mis amigos —dijo—. Tengo que avisarles, me temo que están en peligro, ahora que la reina Escarlata está libre.

—Probablemente —convino Espina. Ella dudó—. ¿No podría enviar un mensajero en su lugar? Quería llevarte de vuelta a la Madriguera del Escorpión, aún no sé nada de tu vida y de lo que has estado haciendo todos estos años.

—Lo sé —coincidió Sol. Deseó poder quedarse con su madre, con esas alas cálidas y fuertes cerca para mantenerla a salvo. Por primera vez, podía imaginarse la vida sin la profecía. Podría ser una dragona normal, viviendo en la Madriguera del Escorpión con su madre en lugar de preocuparse por salvar al mundo entero. Pero profecía o no, sus amigos eran su vida real, su vida entera. No podía dejarlos en peligro.

—Pero esto es realmente importante. Volveré pronto. O... ¿podrías venir conmigo?

Espina suspiró y negó con la cabeza.

—Podría haber represalias desde la fortaleza. Tengo que fortificar la Madriguera, preparar a mis dragones, asegurarme de que todos estén a salvo.

Era cierto. Espina había arriesgado mucho al traer a sus Forajidos a esta peligrosa misión de rescate. Sol volvió a tocar la punta de su ala.

—Gracias por venir a buscarme.

—Siempre —respondió Espina con fiereza.

—Te veré pronto —dijo Sol, inclinando sus alas.

—¡Sol! —Llamó Espina—. ¡Ten cuidado!

—Lo tendré —replicó Sol, remontando el vuelo hacia las montañas.

—No, quiero decir... —Espina salió en picado de la formación por un momento, alcanzándola y rodeándola en el aire—. Me refiero a si vas a ver a tu padre. Sé que lo estás pensando. —Señaló con la cabeza la línea de

montañas, donde el pico dentado de la Montaña de Jade se alzaba oscuramente sobre el resto—. Ten cuidado con Mueverrocas. Si todo eso de que es un animus es cierto... bueno, lo vi hacer mucha magia. No sabemos cuánta alma le queda.

—¿Vas a ir a verlo? —preguntó Sol.

—Algún día —dijo Espina con un pequeño destello de ira en los ojos—. Al parecer no tiene prisa, así que primero me ocuparé de mis dragones.

—Yo también debería hacerlo —coincidió Sol—. Con mis dragones, quiero decir.

Espina le sonrió.

—Hasta pronto, hija.

Sol observó cómo los Forajidos se alejaban por el desierto, con el batir de sus alas levantando pequeñas tormentas de arena bajo ellos. Luego volvió a orientarse hacia las montañas y voló batiendo las alas tan rápido como podían.

No podía utilizar el túnel hacia la selva tropical; no podía arriesgarse a pasar por la fortaleza de Brasas para llegar a ella. Sería más seguro, aunque más largo, ir por las montañas. Pero tendría ventaja sobre Peligro y Escarlata, que habían volado en dirección contraria y no conocían los túneles. «*Espero* —pensó—. *No creo que* puedan *saberlo*».

Su respiración le resultaba más fácil con cada batir de alas, incluso cuando el bosque y las montañas se acercaban cada vez más. Dejaba el desierto, pero por fin volvía con sus amigos.



.

CAPÍTULO 16

El plan era ir directamente el bosque tropical.

Aunque a Sol le tentaba la idea de encontrarse con su padre, estaba más preocupada por sus amigos. Tenía que volver y avisarles, rápido.

Pero el tiempo tenía otros planes.

Aquella noche, un viento huracanado aullaba en las montañas, arrastrando consigo la peor tormenta en la que se había visto envuelta. No es que se hubiera encontrado con muchas, ya que había vivido en cuevas toda su vida, pero había un huracán en el Reino del Mar, y Sol estaba segura de que esta era peor.

O tal vez sólo se sentía peor porque estaba sola y atrapada en el exterior, sin refugio y mojándose rápidamente.

La lluvia le golpeaba los ojos y le arrastraba las alas, mientras el viento intentaba estrellarla contra los acantilados y los truenos rugían como si las nubes tocaran tambores en las cimas de las montañas.

Un rayo cayó aterradoramente cerca de sus alas, y Sol pensó: «*No podré salvar a nadie si acabo hecha un montón de fuego en un barranco*».

Se desvió hacia la cima de la Montaña de Jade, lo único sólido que podía identificar en medio de la tormenta.

«*¿Estará allí?*».

«*¿Querrá conocerme?*».

«*¿Será aterrador, horrible o peligroso? ¿Será como Orca, la Ala Marina loca que mató a todos esos dragonets?*».

Deseó que Cieno o Tsunami estuvieran con ella. Eso habría sido mejor, si hubiera podido volver a la selva primero y conseguir que uno de ellos la acompañara para no tener que encontrarse sola con su misterioso, poderoso y potencialmente homicida padre.

Pero la tormenta la empujaba como si tuviera garras propias, arrastrándola montaña arriba con furia chirriante.

Empapada, agotada y temblando de ansiedad, Sol aterrizó en una cueva en lo alto de la ladera sur de la montaña. Se detuvo dando tumbos, raspándose dolorosamente las escamas contra el suelo rocoso, y sacudió las alas en una ráfaga de gotas.

El interior estaba oscuro y Sol pensó que era poco probable que hubiera entrado accidentalmente en la cueva exacta donde vivía su padre. Seguramente había otras cuevas por toda la montaña. Pero la oscuridad la inquietaba y, con cautela, exhaló una columna de fuego.

Nada. A su alrededor se alzaba una caverna de piedra vacía, no muy diferente de aquellas en las que había crecido. Exhaló más fuego, dejando que la calentara por dentro, y buscó por la cueva hasta que encontró una rama gruesa que había sido arrastrada al interior por la tormenta. La prendió fuego y la levantó para usarla como antorcha.

La luz parpadeante reveló un hueco en las rocas de la esquina del fondo.

Cuando investigó, encontró una especie de túnel natural que parecía conducir más adentro de la montaña, a un sistema de cuevas que probablemente la atravesaba por completo.

Sol dudó, apoyándose en la pared de piedra. ¿Debería descansar aquí y seguir volando por la mañana? Tal vez podría marcharse sin ser vista y volver cuando tuviera refuerzos.

«*Pero, ¿cómo podría acercarme tanto a mi padre y no intentar verlo?*».

Pensó en Peligro y Rapaz, y en cómo Peligro había pensado que tendrían más tiempo para conocerse. «*Nunca se sabe lo que puede pasar*».

Eso la decidió. Levantando la antorcha, se deslizó por el hueco y comenzó a descender por la pendiente rocosa.

Vagó durante mucho tiempo, marcando las paredes con las garras cada vez que se encontraba con una bifurcación. Encontró cuevas repletas de estalactitas, trepó por rocas como burbujas gigantes, voló sobre un estanque oscuro sin olas donde su antorcha se reflejaba inquietantemente en la superficie vidriosa.

Aquello le resultaba familiar. Se preguntó si otros dragones, especialmente otros Alas Arenosas, se sentirían más inquietos por este entorno. Pero era tan parecido al pequeño mundo cerrado en el que creció. Casi esperaba doblar una esquina y encontrar la cueva de estudio, con el mapa extendido contra una pared y pergaminos apilados en un rincón y sus amigos discutiendo sobre quién haría de Llamas cuando actuaran la historia de la guerra.

Y entonces... se detuvo en un estrecho pasillo con un techo bajo y escarpado.

«*¿Es eso una respiración?*».

Contuvo la respiración y escuchó.

«*Suena como una respiración*».

El aire rechinaba en silencio en algún lugar, entrando y saliendo, como si algo grande estuviera sentado oculto en las sombras... no demasiado lejos... tal vez incluso observándola.

A Sol se le erizaron las escamas y aferró la rama con más fuerza. «*No entres en pánico. Escucha*».

Después de un largo momento, se dio cuenta de que la respiración era uniforme y rítmica. «*No es el sonido de algo acechando; es el sonido de un dragón durmiendo*».

Se arrastró por un pasadizo hacia el ruido. «*Creo que es por aquí*».

Los bordes afilados de las rocas se le engancharon en la cola y se le clavaron en los pies mientras subía. Más cerca... y más cerca...

La luz de la antorcha parpadeó de repente, bajando y balanceándose, y entonces Sol también lo sintió: una ráfaga de viento que silbaba por el túnel desde muy lejos.

Levantó la antorcha y vio que el túnel se ensanchaba hasta convertirse en una cueva a pocos pasos.

Al principio, cuando se acercó, la cueva parecía vacía... pero entonces la luz del fuego se reflejó en algo negro y brillante entre las sombras de la pared del fondo.

Escamas. Escamas negras, subiendo y bajando en el sueño. Sin duda era un Ala Nocturna.

Sol se detuvo y miró al dragón dormido.

«*¿Ese mi padre?*».

Era más grande que Espina, pero no enorme, ni mucho menos del tamaño de Oráculo o Brasas. Tenía profundas arrugas en la cara, por lo que parecía sufrir incluso mientras dormía. Sus garras se enroscaban torpemente en formas rígidas y su cola flotaba pesadamente en el suelo detrás de él, apenas se movía mientras respiraba, como si estuviera hecho de piedra.

Sol inspiró rápidamente y se acercó.

No era sólo la cola. Otras partes del dragón (las patas traseras, los hombros, los bordes de las alas) parecían más pesadas y gruesas que las escamas de un dragón normal.

«*Es como si se estuviera convirtiendo en piedra. ¿Eso es posible?*».

Levantó la antorcha y echó un vistazo a la sección de la cola más cercana a ella. Las escamas negras parecían aquí guijarros oscuros, hundiéndose en la piel que había debajo.

Estaba tan preocupada estudiando aquel extraño fenómeno que tardó un momento en darse cuenta de que el dragón había abierto los ojos y la miraba fijamente.

—¡Oh! —jadeó, dando un salto hacia atrás—. Lo siento. Yo no... quiero decir... no quería despertarte... estaba... la tormenta...

—No muerdo —dijo él con voz grave y seria.

—Oh —murmuró Sol de nuevo—. Bien. Qué bien. Quieres decir que no muerdes a otros dragones, ¿verdad? ¿Como a mí? ¿Me estás tranquilizando?

Él parpadeó lentamente.

—No muerdo... a otros dragones.

—Genial —dijo Sol, sin sentirse muy tranquila. Era inquietante cómo no había movido ni un músculo de su cuerpo mientras le hablaba; incluso sus mandíbulas parecían abrirse muy lentamente para hablar—. Así que... hola. Soy Sol.

Él no contestó.

Ella esperó un momento y luego dijo:

—¿Eres Mueverrocas?

Eso pareció sorprenderlo un poco, si el pequeño parpadeo de movimiento en su frente significaba algo.

—Sí.

«*Es mi padre. Es realmente él. Todavía está vivo y aquí mismo, delante de mí*».

«*Y no parece loco y homicida. Sólo parece... triste*».

Mueverrocas parpadeó de nuevo.

—¿Cómo averiguaron mi nombre los Garras de la Paz?

—Yo no soy de los Garras de la Paz —dijo ella— ¿Los Garras de la Paz vienen aquí? Oh, cierto, Rapaz dijo que podíamos enviarle un mensaje a través de ti. Supongo que eso sería útil cuando eres un movimiento clandestino y nunca sabes dónde tendrás que esconderte.

—Cierto —murmuró—. Después de todo, yo no voy a ninguna parte.

—Oh —balbuceó Sol, mirando sus escamas—. Por qué... ¿qué te paso?

—Eres más entrometida que los Garras de la Paz —observó, pero sin ira en su voz—. Es mi maldición animus.

—¿En serio? —dijo Sol—. ¿Esto te pasó cuando usaste tu magia? Pensé que perderías tu, ya sabes, alma o algo así, no... esto. —Ella agitó sus garras hacia las escamas petrificadas que le pesaban.

—Volví la magia sobre sí misma —respondió—. La maldición aparece ahora en mis escamas en lugar de llevarse mi alma —Suspiró por la nariz, un sonido triste y ventoso con vaharadas de humo—. Demasiado tarde de todos modos.

—¿Demasiado tarde para qué? —Preguntó Sol.

—Para mi alma. —Consiguió girar la cabeza un poco hacia ella con un chirrido espeluznante. Sus ojos oscuros estaban tan quietos e ilegibles como el lago subterráneo de la cueva—. Las cosas que he hecho.

—¿Te refieres a la construcción de los túneles? —dijo Sol, y ahora había un claro destello de sorpresa en sus ojos. Luego se desvaneció y sus ojos se entrecerraron mientras la examinaba desde los cuernos hasta las garras. Su expresión podría haber dado miedo alguna vez, si no fuera porque el resto de él era tan patético y triste. Apenas podía moverse. Sol no sentía miedo de él en absoluto.

—¿*Quién* eres? —preguntó.

—Soy... —Bueno, esto se sintió incómodo, sólo lanzándolo a mitad de la conversación. Pero, ¿de qué otra forma podía decírselo? ¿Había alguna forma fácil y no chocante de darle este tipo de noticias?

—BIEN. La verdad es que soy tu hija. Espina es mi madre. Acabo de encontrarla, justo… wow, ayer, no, hace dos días, y me habló de ti y...

Sol siguió hablando, sin saber qué pensar de las expresiones que se dibujaban en el rostro de Mueverrocas: confusión, sospecha, esperanza, consternación, ¿tal vez ira?

—Y quería conocerte... espero que... espero que... bueno, sé que es raro, porque ella nunca tuvo la oportunidad de hablarte de mí, así que...

—¿Tuvimos huevos? —jadeó.

—A mí —apresuró Sol—. Un huevo, una dragonet. Sólo yo. —Se miró las garras—. Mamá quería decírtelo. Pero nunca recibió tu nota. No sabía que estabas aquí hasta que la encontró ayer. Te ha estado buscando por todas partes.

Su padre suspiró por la nariz y cerró los ojos.

—Creí que me había abandonado.

—Puede que ahora sí —dijo Sol, tratando de provocar una respuesta. ¿Por qué no le importaba más? ¿Por qué no se había esforzado más? Sintió una oleada de simpatía por su madre—. ¿Por qué no fuiste a buscarla?

—No soy el dragón adecuado para Espina —respondió—. Quizá nunca lo fui.

—Obviamente, *ella* pensaba que lo eras —señaló Sol—. Ella realmente se preocupó por ti.

Volvió a suspirar. «*Suspira mucho*», pensó Sol, deseando poder meterle algo en la nariz para que dejara de hacerlo.

—No puedo hacer nada. Hice cosas malas... hace mucho, mucho tiempo... y nada puede cambiar eso.

De repente, algo se agitó en la oscuridad cercana y Sol casi saltó sobre la espalda de Mueverrocas aterrorizada.

Pero cuando giró la rama y luego la bajó, la luz se reflejó en unos ojos diminutos, unas orejas puntiagudas y un pelaje rojizo y húmedo.

Era un zorro, que se adentraba en su cueva tan audaz como cualquiera. Sol se dio cuenta de que había bajado por otro pasadizo, y también podía sentir el viento procedente de esa dirección. «*El pasadizo debe de conducir a una salida a la ladera de la montaña*». El zorro llevaba una ardilla muerta en las fauces y miró a Sol con desprecio, como si no esperara que se atreviera a pelear con alguien tan duro como él.

—Fuera —espetó Sol con severidad—. Búscate otra cueva.

—Oh, esa es la cena —dijo Mueverrocas. Abrió la mandíbula y, para asombro de Sol, el zorro se acercó trotando y le metió la ardilla en la boca. Retrocedió y lanzó a Sol otra mirada altiva mientras Mueverrocas empezaba a masticar.

—Vaya —murmuró Sol. «*¿Los zorros también son inteligentes, como los carroñeros? ¿Y si todos los animales son más listos de lo que creemos? ¿Quedará alguna presa que no me dé pena comer?*»—. ¿Cómo lo entrenaste para hacer eso?

Mueverrocas esperó hasta que hubo tragado para responder.

—No lo hice. Lo encanté.

Sol miró al zorro con el ceño fruncido.

—¿Quieres decir con magia animus? Eso sólo funciona con *cosas*. No en animales.

—Resulta que funciona con animales —dijo Mueverrocas—, si estás desesperado y te esfuerzas lo suficiente.

Ella plegó sus alas y se estremeció.

—Eso es espeluznante.

—A Cena no le importa —respondió él, y ella tardó un momento en darse cuenta.

—¿Llamas Cena al *zorro*? —dijo ella.

—¿Por qué no? —Su hombro se movió una cantidad infinitesimal, el más pequeño de los encogimientos de hombros.

—Porque es peculiar —dijo ella—. Y realmente espeluznante para él, si supiera lo que estás diciendo.

—No lo había pensado —respondió—. Nunca se lo había presentado a nadie. De todos modos, sólo lo encanté para que me trajera comida cada pocos días; seguro que sigue teniendo una buena vida ordinaria como zorro.

Como en respuesta a esto, Cena se sacudió vigorosamente, esparciendo agua por toda Sol, y luego volvió a salir trotando de la cueva.

—Quiero decir —concluyó Mueverrocas—. Tenía que hacer algo, o me habría muerto de hambre.

—Hmm —murmuró Sol. No le gustaba la idea de que un dragón usara magia para comandar a un ser vivo. «*¿Funcionaría la magia animus en algo más grande que un zorro?*».

Ella no quería seguir ese pensamiento hasta su posible conclusión.

—No puedo creer que tenga una hija —dijo Mueverrocas, y Sol se sintió un poco más cálida hacia él, al oír la tristeza en su voz—. Solía soñar, pensaba en cómo serían nuestros dragonets, si Espina y yo llegábamos a tenerlos, pero creía que era demasiado tarde.

—Apuesto a que no me imaginabas —concluyó Sol con pesar—. No tengo la púa de la cola de los Alas Arenosas y tampoco tengo ningún poder genial de Ala Nocturna. Siempre pensé que quizá me veía rara por la profecía, de alguna manera, pero...

Si él hubiera podido, se habría sentado. Su cabeza se movió un poco más cerca de ella. Su aliento olía a ardilla.

—¿Profecía?

—Sobre los dragonets salvando el mundo y deteniendo la guerra —dijo Sol—. Tú sabes. Debes saberlo.

—Sí —musitó.

—Yo soy una de ellos —Explicó ella—. «Y escondida de los ojos de las rivales reinas», esa soy yo. Es una larga historia.

—Pero... —empezó él, e hizo una pausa.

Y entonces Sol se asustó, porque la mirada en sus ojos era la mirada de las noticias que ella sabía que no quería, y tenía rectitud, lástima y «la verdad es lo importante» y ella no quería, no quería que él lo dijera.

—Para, no lo hagas —soltó ella, pero al mismo tiempo él dijo:

—¿Pero no sabias? La profecía no es real.



CAPÍTULO 17

—Hmm —murmuró Mueverrocas, estudiando su expresión—. Lo sabías. Sabes que es falsa.

—Bueno, eso he oído —coincidió Sol. Las paredes parecían inclinarse hacia ella. Enroscó las garras y movió la cola, evitando sus ojos—. Eso es lo que dijo Oráculo. Pero, ¿por qué deberíamos confiar en él?

Mueverrocas consiguió parecer ligeramente divertido.

—Oráculo no se haría ver menos poderoso si pudiera evitarlo. Debió de verse obligado a decirles la verdad, por alguna razón.

—Nos estaba manipulando, como siempre —dijo Sol—. Pero que no me caiga bien no significa que la profecía no pueda ser real.

—Oh, dragoncita —dijo Mueverrocas, y ella tuvo la sensación de que él ya había olvidado su nombre—. Te prometo que la profecía no es real. Yo estaba allí cuando se les ocurrió. También estaba allí cuando se ordenó a los escritores de los Alas Nocturnas que escribieran más sobre nuestros supuestos poderes, aumentando su importancia en cada pergamino, en cada historia. La reina Triunfal lo planeó cuidadosamente. Pero ningún Ala Nocturna ha tenido el poder de ver el futuro o leer la mente en más de mil años, si es que alguno lo tuvo alguna vez. Esa es la verdad.

Sol quería tirar cosas y gritar como hacía su madre cuando se enfadaba.

—Alas Nocturnas —gruñó—. Ustedes hacen que sea muy, muy difícil que me gusten. ¿Por qué me cuentas esto? Obviamente no se lo has dicho a los Garras de la Paz, o todo el mundo lo sabría,

—Porque sospecho que me estoy muriendo —respondió con una tos seca—. Y alguien debería saberlo. Si no es mi propia hija, ¿entonces quién?

—Bueno, hurra —dijo Sol—. Qué suerte tengo.

Metió la cola entre las garras y encorvó las alas. Después de un momento, dijo:

—¿De verdad? ¿De verdad te estás muriendo?

—Siempre me estoy muriendo —respondió él, lo que también hizo que Sol quisiera darle un puñetazo en la nariz. Sinceramente, no tenía ni idea de por qué a su madre le había caído bien ese dragón.

«*Pero al menos me dice la verdad. Es más de lo que puedo decir de la mayoría de los dragones adultos que he conocido*». Intentó apartar la amargura que sentía por los Alas Nocturnas y todas sus mentiras; intentó mirar sólo a Mueverrocas, su padre, y verlo como su propio dragón, no como uno más de una tribu.

«*Está muy triste*».

«*Imagina que hubiera nacido con poderes animus en un lugar terrible como la isla Ala Nocturna. La reina debe haberlo usado desde el momento en que descubrieron lo que podía hacer. Nunca tuvo la elección sobre qué hacer con su vida*».

«*Tal vez nadie la tiene*».

«*Aunque deseo tanto terminar la guerra, tal vez no hay nada que pueda hacer*».

La profecía era realmente falsa. Su vida era realmente una mentira. No era especial y no estaba destinada a salvar el mundo.

Miró a su padre, que había cerrado los ojos. Su respiración empezaba a ralentizarse, como si volviera a dormirse.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? —le preguntó.

—Por favor —dijo él en voz baja.

Sol apagó la antorcha y se hizo un ovillo en el rincón más cálido de la cueva, frente a las escamas petrificadas de Mueverrocas. Apoyó la barbilla en sus garras delanteras, sintiendo que sus propias escamas también eran de piedra, pesadas y agotadoras de llevar. Deseó volver a despertarse en la cueva bajo la montaña dos meses atrás, antes de que todo esto ocurriera, cuando aún creía en la profecía, en su destino, en un futuro maravilloso y en unos padres perfectos esperándolos a todos.

Sus ojos se cerraron y su tristeza se sumió en el sueño.

* * *

Sol estaba de vuelta en la fortaleza, vagando por la extraña colección de Brasas, excepto que, en lugar de una torre, se había convertido en un laberinto interminable de rarezas cada vez más espeluznantes. Cada vez que giraba una esquina, un nuevo objeto perturbador se abalanzaba sobre ella.

Se dio cuenta de que Flor estaba sentada en su hombro, agarrada a su cuello como uno de los perezosos de la selva tropical y parloteando en voz baja para sí misma.

Esto fue reconfortante sólo por un momento, y entonces un dragón gris sin cabeza surgió de repente de una puerta sombría, tambaleándose hacia ella y salpicando sangre de sus garras.

Sol se apartó de un salto y apoyó la espalda contra la pared. Cerró los ojos.

«*Para. No te asustes. No tengas miedo. Esto es sólo un sueño. Ahora estás a salvo, lejos de Brasas*».

Imaginó la arena brillante y ondulante del desierto, intentando cambiar el entorno de su sueño por la fuerza de su voluntad. Al cabo de unos instantes, sintió el calor del sol en la cara y abrió los ojos.

Había funcionado. Estaba de pie sobre la arena del desierto... y justo delante de ella había un carroñero.

Sol retrocedió con un aullido de sorpresa, al igual que el carroñero.

Pero no corrió ni gritó. Se quedó allí y la miró con sus enormes ojos marrones.

Se llevó la mano al hombro. Flor seguía allí. El carroñero que tenía delante no era Flor, Sol no lo había visto nunca.

«*Aw* —pensó Sol—. *Qué ternura*». Supuso que era hembra, como Flor, aunque ésta parecía más pequeña y joven. Ver a Flor... probablemente por eso soñaba con carroñeros, aunque era sorprendente soñar con uno que no había visto nunca. Una melena larga y oscura fluía desde la cabeza de la carroñera hasta la mitad de la espalda, y tenía la misma naricilla adorable y los mismos rasgos de mono que la mascota de Combustión, incluidas las patas largas, finas y hábiles sin garras en el extremo.

Sol inclinó la cabeza hacia las patas de la carroñera. Estaba sosteniendo algo, algo del tamaño de una naranja, que captaba la luz del sol del desierto con un brillo azul.

Mientras Nocturno había estado atrapado con los Alas Nocturnas, había encontrado una forma de comunicarse con sus amigos metiéndose en sus sueños usando un viejo zafiro tocado por un animus llamado «visitasueños». Al parecer, había tres de ellos en algún lugar del mundo, y él había encontrado uno en la isla Ala Nocturna. Gloria se lo había explicado a Sol, Cieno y Tsunami, poniendo los ojos en blanco como si no pudiera creer que hubieran olvidado aquella frase de un pergamino que habían estudiado hacía años. A veces podía ser igual a Nocturno, aunque nunca nadie se atrevería a decírselo.

Sol dio un paso hacia la carroñera, pero ésta ni siquiera se inmutó. En cambio, dio un paso hacia Sol, extendiendo su pata libre. Señaló a Flor y parloteó algo.

«*¿No estoy soñando? ¿Esto es real?*».

«*¿Es posible que un carroñero tenga un* visitasueños*? ¿Cómo habría conseguido una joya de dragón como ésa?*».

Inhalo bruscamente y agitó las alas. La única forma posible: robándola. A la reina de los Alas Arenosas, veinte años atrás.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó, agitando la cola hacia la joya en la pata de la carroñera.

La carroñera miró al visitasueños. Sus ojos se abrieron de par en par y la arena del desierto se volvió borrosa. Sol vislumbró formas negras a su alrededor, que se elevaban sobre un fondo de árboles a la luz de la luna.

Con un aullido ahogado, la carroñera lanzó una mirada feroz a Sol, apretó el zafiro contra su pecho y desapareció.

—¡Espera! —gritó Sol—. ¡Necesito ese tesoro! —Se abalanzó sobre el lugar donde había estado la carroñera, escarbando frenéticamente en la arena. Pero, por supuesto, había desaparecido, saliendo de su sueño tan bruscamente como había entrado. Y no había forma de atraparla: la carroñera era quien tenía el visitasueños y, por lo tanto, controlaba adónde iba y a quién veía.

«*¿Pero por qué me visitaría? ¿Y cómo? Pensé que sólo podías visitar los sueños de dragones que habías conocido antes*».

«*O por lo visto... ella debe haberme visto en alguna parte, en algún momento mientras viajábamos por Pirria. Aunque estoy segura de que yo no la vi*».

Sol se sentó, barriendo la arena con sus garras.

«*Si puedo averiguar dónde, tal vez pueda encontrarla a ella... y al tesoro robado de los Alas Arenosas*».

Cerró los ojos y se concentró, tratando de recordar aquellas borrosas formas oscuras que había vislumbrado detrás de la carroñera, sólo por un momento. Le habían resultado familiares. Y también había árboles, así que no era el Reino del Mar ni el Reino del Cielo. ¿Había carroñeros en la selva?

«*Los árboles no parecían lo bastante altos*».

Sol abrió los ojos de golpe. «*El bosque entre las montañas y el desierto. Donde vi las ruinas de la vieja guarida de carroñeros*».

«*La pequeña carroñera estaba en las ruinas*».

«*Lo que significa que ahora sé dónde empezar a buscar*».

TERCERA PARTE

El Ojo de Ónix



CAPÍTULO 18

Seguía lloviendo cuando Sol se despertó a la mañana siguiente. Oía el repiqueteo en el otro extremo del pasadizo y la brisa que soplaba hacia ellos olía a humedad y frescor. Pero llegaba con la tenue luz de la mañana, y el viento no era tan frío ni feroz como la noche anterior. Estaba segura de que lo peor de la tormenta había pasado.

Se levantó y se estiró, estirando las alas todo lo que podían y extendiendo las garras hacia delante.

De algún modo, todo volvía a parecer menos horrible.

Su padre seguía durmiendo. Sol dudó, medio tentada de marcharse sin despedirse, pero no podía hacerle eso.

—¿Mueverrocas? —Levantó el palo quemado que había usado como antorcha y le dio un codazo en una parte del hombro que aún no parecía totalmente de piedra.

—¿Mmmph? —murmuró él. Sus ojos se abrieron lentamente.

—Tengo que irme —dijo ella.

—¿Ya? —él suspiró, esta vez largamente y con mucho humo, de modo que ella tuvo que retroceder para respirar—. ¿No puedes quedarte? Es muy... tranquilo aquí.

«*Muy solitario, querrás decir*», pensó ella.

—Lo siento —susurró, y luego añadió con un estallido de emoción—. Creo que he descubierto cómo acabar con la guerra. Quiero decir, creo que he encontrado una pista, más o menos. Al menos tengo una idea.

Los ojos de Mueverrocas estaban oscuros y desconcertados.

—Pero... —empezó—. ¿Pero por qué? La profecía no es real, ¿recuerdas?

—Eso no importa —espetó ella—. No lo hago porque una profecía me lo diga. Si puedo detener la guerra, creo que debería hacerlo. Sería bueno

si alguien más se encargara de ello, pero tal vez eso es lo que todos esperan, y tal vez alguien sólo tiene que hacerlo.

—Hmm —murmuró Mueverrocas—. Por alguna razón sospecho que no será tan fácil.

—Tal vez lo sea —respondió Sol alegremente—. Encontraré el Ojo de Ónix y se lo daré a una de las reinas, y eso es todo lo que hará falta.

—Ah —jadeó Mueverrocas—. Eso nunca funcionará.

—Pensé que dirías eso —respondió Sol—. No te preocupes, volveré y te lo contaré todo cuando funcione del todo. —Ella le sonrió, y le pareció ver el leve movimiento de una posible sonrisa en la comisura de sus labios.

—Desearía... —deseó él, y luego se detuvo.

«*No sé ni por dónde empezar con los deseos* —pensó Sol—. *¿Desearía que los Garras de la Paz no me hubieran secuestrado? No, porque entonces no habría crecido con mis amigos. ¿Desearía haber nacido pareciéndome a una verdadera Ala Arenosa? No, porque entonces no sería yo, y no querría ser nadie más*».

«*Tal vez desearía que la profecía fuera real*».

«*Desearía saber con certeza que esto va a funcionar*».

Sol sacudió las alas.

—Deséame suerte —exclamó—. Te veré pronto.

Percibió que Mueverrocas la observaba con tristeza mientras se dirigía hacia el pasadizo, hacia la luz y la lluvia silenciosa. Se preguntó qué pensaría ahora su madre de él, cuánto había cambiado desde que se conocieron.

«*Ninguno de mis amigos llegó a conocer a sus dos padres. Tengo suerte de que sigan vivos y de que no sean tan malos*».

«*Pero ahora que los he conocido a los dos, sé a cuál* quiero *parecerme*».

«*No voy a sentarme en una cueva y lamentarme porque las cosas no son como yo quiero que sean. Voy a hacer que sucedan, del mismo modo que Espina creó a los Forajidos y me buscó a mí. Si se hubiera rendido, ¿cómo nos habríamos encontrado? Habría sido una dragona más en la Madriguera del Escorpión, y quizá nuestros caminos nunca se habrían cruzado*».

El pasadizo terminaba en una cueva poco profunda con vistas a la cordillera. El sol estaba saliendo por el este, que era también la dirección de la selva. Pero el bosque con el carroñero estaba al oeste.

«*¿Tengo tiempo? ¿Y si Escarlata llega a la selva antes que yo?*».

Sol dudó con las garras agarradas a la cornisa y las alas desplegadas. Tal vez Escarlata había estado fanfarroneando acerca de saber dónde estaban

los dragonets. ¿Cómo iba a adivinar que estaban en el bosque tropical si nadie más los había encontrado allí? Tal vez sólo trataba de asustar a Sol.

«*Bueno, hizo un buen trabajo*».

«*Lástima que ya no tengo el Espejo de Obsidiana. Sería útil saber qué está haciendo Escarlata. Tal vez debería ir a advertirle a mis amigos y luego volver*».

«*Pero, ¿y si la carroñera abandona las ruinas? Esta podría ser mi única oportunidad de encontrar el Ojo de Ónix y detener la guerra*».

Era un desvío, pero tenía que arriesgarse.

Se inclinó hacia delante y descendió en picado por la ladera de la montaña, volando hacia el oeste, hacia las ruinas y, esperaba, hacia el tesoro desaparecido.

* * *

La aldea quemada era fácil de distinguir desde el aire: un tajo oscuro, descarnado y negro contra la vegetación circundante. Sol se acercó en espiral, estudiando los árboles con sus agudos ojos y buscando cualquier movimiento que pudiera corresponder a un carroñero.

Nada hasta el momento, pero era el final de la tarde y Sol ni siquiera estaba segura de si los carroñeros eran normalmente nocturnos o preferían el día.

Aterrizó suavemente en una nube de ceniza que olía a fuego de leña. Las ruinas estaban quietas y desiertas, y Sol se preguntó intranquila si se había equivocado. ¿Y si la carroñera no estaba aquí? ¿O si había estado aquí pero ya no estaba y Sol la había perdido?

«*Piensa en positivo*».

Recorrió todo el perímetro de la guarida, buscando en todas las estructuras que tuvieran al menos media pared en pie. Cada ruido la hacía detenerse y escuchar, con la cabeza inclinada hacia un lado, pero siempre eran ardillas en los árboles cercanos u otras criaturas pequeñas correteando por el suelo o entre la maleza. Lo que le recordó que tenía hambre, así que atrapó un ratón y se lo comió, sentada en el viejo campanario del centro del pueblo.

Bien. Ahora no había nadie, pero eso no significaba que tuviera que rendirse. Tal vez la carroñera volvería más tarde. Excepto que probablemente no lo haría si veía a un dragón merodeando por las ruinas... pero, de nuevo, si había robado el tesoro de los Alas Arenosas, eso significaba que tenía que ser bastante audaz y razonablemente estúpida.

Aun así, Sol decidió esconderse, por si acaso.

Encontró un árbol con hojas gruesas superpuestas y ramas anchas, y se acomodó en el tronco, sin perder de vista la aldea quemada. Desde allí tenía una buena vista de la mayor parte, y pasó el resto del día observando y esperando.

Al anochecer, mientras una de las lunas ascendía alegremente por el cielo, Sol había empezado a dudar de sí misma de nuevo. «*Debería irme. No tengo tiempo para quedarme aquí sentada, tengo que llegar hasta mis amigos en el bosque lluvioso*».

«*Además, si viene de noche, no podré verla. Ojalá pudiera ver en la oscuridad como Tsunami*».

Clavó las garras en la corteza, obligándose a ser paciente. Si el Ojo de Ónix estaba cerca, valía la pena esperar. Una vez que lo tuviera, tendría una forma de terminar la guerra.

«*Lo que no impedirá que Escarlata quiera matarnos, por supuesto*».

Miró fijamente la aldea, que ahora era una masa sombría de bultos extraños y formas puntiagudas, cubierta por la luz plateada de la luna.

¿Era eso...?

Algo se movía en el bosque fuera de las ruinas. Una pequeña luz subía y bajaba no muy lejos del suelo, parpadeando mientras se ocultaba tras árboles y arbustos.

Ahora sus oídos podían percibir el sonido de pasos. Eran muy silenciosos, pero aquí y allá se rompía una ramita y reconocía el ruido de las patas rozando hojas.

Suavemente, desenrolló la cola de la rama y se deslizó por el tronco. Se arrastró silenciosamente por la oscura aldea hacia la luz que se alejaba de los árboles y flotaba hacia unas escaleras de piedra derruidas, si Sol recordaba bien de su anterior recorrido por las ruinas.

Eran dos.

Dos carroñeros, uno de ellos con el pelo corto y esponjoso, pero la otra tenía el pelo largo y se movía de forma rápida y segura. Sol estaba segura de que era la misma carroñera de su sueño.

Esperó a que subieran a los escalones y se sentaran. Gorjeaban en tonos bajos que sonaban como algunos de los monos del bosque tropical, y la del pelo largo a veces agitaba las patas como si estuviera haciendo un dibujo en el aire.

«*Flor hacía lo mismo*», recordó Sol.

Ahora, el truco consistiría en acercarse a ellos y conseguir el tesoro sin asustarlos y sin ser atacada. No parecía que llevaran armas pequeñas y

afiladas, pero nunca se sabía con los carroñeros, según los pergaminos. Y si esos dos habían robado el tesoro, eso significaba que habían matado a la reina Oasis, así que podían ser muy peligrosos.

Se detuvo en las sombras por un momento, considerando, y finalmente decidió que un enfoque directo era la única opción.

—No huyan —dijo, poniéndose delante de ellos y desplegando las alas.

Los dos carroñeros gritaron de miedo e intentaron huir.

Sol saltó en el aire y aterrizó frente a la carroñera de su sueño. Esa era la que quería.

—¡He dicho que no huyan! —rugió Sol, aunque sabía que la carroñera no podía entenderla—. ¡Hey! ¡Vuelve! —Lanzó su cola y tropezó con la pequeña criatura mientras corría en otra dirección—. ¡No te comeré, lo prometo! —Se abalanzó y consiguió atrapar a la carroñera entre sus garras delanteras.

De repente, el segundo carroñero salió corriendo de las ruinas y le lanzó algo. Resultó ser la pequeña lámpara que llevaban, que rebotó en las escamas de Sol, pero dejó una punzante quemadura donde impactó.

—¡AUCH! —rugió Sol—. ¡Muy bien, podría comerte si sigues haciendo eso! —Barrió con su cola y derribó al segundo carroñero, luego levantó a la primera carroñera y saltó un paso atrás, gruñendo.

La carroñera entre sus garras pataleaba, se retorcía y, en general, era un fastidio. Sol se esforzaba por sujetarla con suavidad, pero era como colgarse de un rayo de luna.

Y el otro carroñero ya se estaba incorporando con dificultad, probablemente para atacarla de nuevo.

Sol miró a su alrededor y divisó un edificio que no había ardido tanto como el resto. Dos de las paredes seguían en pie, formando una esquina de pesadas piedras redondas. Los muros eran tan altos como la cabeza de Sol, demasiado para que un pequeño carroñero saltara desde ellos, a menos que fueran más ranas de lo que ella creía.

Depositó a la primera carroñera en lo alto del muro, luego se dio la vuelta, agarró al segundo y lo subió allí también. Ambos emitieron pequeños aullidos y se aferraron a las piedras.

—Ya está —exclamó Sol—. Ahora ya no pueden huir. —Se sentó y plegó las alas hacia atrás—. ¿Dónde está el tesoro?

Sus grandes ojos la miraron fijamente. Sol agarró una rama, le prendió fuego y la clavó en el suelo para poder verlos mejor.

La carroñera de su sueño señaló a Sol y le dijo algo al otro carroñero. «*Si fuera mi mascota, podría ponerle un nombre* —pensó Sol—. *Quizá*

algo como Gritona, por todo el ruido que hacía. Y el otro podría ser Peludo, por su pelo».

Sonrió. Gritona y Peludo. Totalmente tiernos. Pero puede que también totalmente responsables de toda esta guerra, si fueron ellos los que robaron el tesoro. Parecían un poco pequeños para ser ladrones de tesoros, pero, todos los carroñeros eran demasiado pequeños para intentar algo tan idiota.

—El visitasueños —empezó Sol, juntando sus garras delanteras como si estuviera sosteniendo una joya—. El que tenías en mi sueño. ¿Dónde está? —Inclinó la cabeza.

Gritona y Peludo empezaron a discutir, o al menos eso parecía, alzando la voz y ladrándose el uno al otro, agitando las patas.

Sol observó esto un momento, luego metió la garra entre ellos y dijo:

—De acuerdo, son adorables, pero ya basta. ¿El visitasueños? ¿Tesoro? ¿Ahora? —Apoyó sus garras abiertas entre ellas.

Gritona vaciló, mirando a Peludo, y luego metió la mano en un bolsillo de la tela que la envolvía. Sacó el zafiro y lo dejó caer en la palma de la mano de Sol.

—Vaya —balbuceó Sol.

No esperaba que aquello funcionara. Se llevó la joya a los ojos y la estudió. Desde luego, se parecía a las gemas encantadas por animus del pergamino.

—Gracias —le dijo Sol a Gritona—. ¿Dónde está el resto?

Gritona parpadeó

—Uhm —murmuró. Tomó la joya y la puso en el suelo; luego dibujó un gran círculo a su alrededor en las cenizas e hizo la mímica de añadir más joyas al círculo. Luego extendió las alas a su alrededor y saludó al montón imaginario de tesoros—. El resto del tesoro. El que robaron. De donde salió esto. —Levantó el visitasueños y lo agitó de nuevo.

Peludo señaló el tesoro imaginario y ladró algo a Gritona. Gritona lo ignoró, señaló por encima del hombro de Sol y le dijo algo en lo que realmente parecía un tono de voz imperioso, si es que no era demasiado descabellado pensar en carroñeros tratando de dar órdenes a dragones.

Sol entrecerró los ojos mirando a Gritona. Ahora que tenía un momento para pensarlo, pudo ver que ambos carroñeros eran más pequeños que Flor. No parecían del todo adultos. Los carroñeros alcanzaban su tamaño completo antes de los veinte años, ¿no? Así que si el tesoro había sido robado hacía veinte años, seguramente no podían haberlo tomado ellos dos.

Pero allí estaba el visitasueños, real y pesado en sus garras.

Peludo empezó a parlotear enérgicamente con Sol. Gritona le agarró del hombro e intentó detenerlo, pero él la rechazó. Señaló el montón imaginario de tesoros, luego se señaló a sí mismo y luego a Sol. *Eso*. Yo. Tú. Y luego hizo la mímica de agarrar algo y dárselo a Sol.

«*¿Me está ofreciendo traerme el tesoro?*». Las esperanzas de Sol aumentaron.

Gritona le dio un pisotón y le gritó. Puso las patas en las caderas y respondió con un ladrido.

—Tengo una idea excelente —anunció Sol. Rodeó a Peludo con sus garras y lo levantó de la pared para dejarlo en el suelo. Él gritó y aleteó un poco hasta que ella lo soltó y dio un paso atrás, y entonces se detuvo, mirándola con recelo—. Ve a por el resto del tesoro y, cuando vengas a dármelo, te devuelvo a Gritona. —Y golpeó ligeramente a Gritona en la cabeza.

Tardó un rato en asimilarlo. Sol señaló el bosque, levantó el visitasueños, señaló a Peludo y a Gritona, en varias combinaciones diferentes, hasta que finalmente Peludo dio unos pasos hacia los árboles, llamando a Gritona. Ella le devolvió el grito, y él movió su peluda cabeza y se adentró en la oscuridad.

—Espero que esto funcione —le dijo Sol a Gritona—. No voy a comerte ni nada de eso, aunque él no vuelva.

—Yibble yibble yibble —exclamó Gritona, o al menos, eso es lo que parecía.

—Son muy tiernos, pero dan un montón de problemas —dijo Sol.

—¡Yibble! ¡YIBBLE YIBBLE! —repitió Gritona, señalando por encima de Sol

O tal vez estaba señalando el hombro de Sol. Donde Flor había estado sentada en el sueño de Sol.

—Oh —dijo Sol, pensando en la perezosa de Gloria—. ¿Quieres que te lleve? ¿Estás segura? —Sol agitó la cola—. ¿No te asustarás?

—¡Yibble! —exigió Gritona.

—Está bien —concluyó Sol, tomándola en brazos. Gritona chilló, con un poco más de terror del que Sol creía necesario, teniendo en cuenta que ella se lo había pedido. Cuando Sol la puso sobre su hombro, Gritona se agarró al cuello de Sol y se balanceó sobre sus escamas, emitiendo chillidos de asombro.

—Agárrate fuerte —dijo Sol, girando la cabeza para comprobar que Gritona estaba bien sujeta. Extendió las alas y saltó al cielo.

Era una noche clara y estrellada; todas las nubes de la tormenta de ayer se habían disipado y dos de las lunas estaban medio llenas en el cielo.

El susurro de las hojas parecía el de las olas del mar.

Sol se elevó en un largo arco, descendió en picado por el bosque y volvió a girar. La carroñera estaba tranquila sobre su lomo, lo que era mucho mejor que chillar.

«*Espero que Peludo me haya entendido* —pensó Sol—. *Espero que no haya ido a buscar a una manada de otros carroñeros con cosas puntiagudas. Imagínate si realmente vuelve con el tesoro perdido. Podría estar a punto de tener en mis manos el Ojo de Ónix*».

«*El Ojo de Ónix y el poder sobre todo el Reino de Arena*».

Sol se estremeció desde los cuernos hasta la cola y sintió que la carroñera le apretaba el cuello con más fuerza.

«*Quien tenga el Ojo podría ser reina. Incluso yo podría ser reina. Sería una forma de acabar con la guerra: ninguna de las tres hermanas gana y yo me hago con el trono. Sol, reina de las Alas Arenosas*».

«*Por supuesto, eso dejaría a tres dragonas con una sola misión unificada: matarme*».

Era aterrador, pero también le daba una inquietante emoción pensar en ello. ¿Y si ése era su verdadero destino: gobernar a los Alas Arenosas?

Miró hacia el bosque y vio movimiento cerca de la antorcha que había encendido. Peludo había vuelto. Recogió las alas y se lanzó hacia las ruinas, aterrizando con un golpe justo delante de él.

Peludo saltó hacia atrás con un grito. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio a Gritona en el hombro de Sol, y se puso a gritar de nuevo, prácticamente saltando de un lado a otro. Gritona se bajó de la espalda de Sol y se unió a él.

Sin embargo, a Sol no le interesaba su pequeña pelea de monos. Estaba interesada en el abultado saco de lona que Peludo estaba agarrando.

Alargó la mano por encima de la cabeza de Gritona y le quitó hábilmente el saco de las patas. Se giró hacia la luz del fuego y, inquieta, vació el contenido del saco en el suelo.

Las monedas de oro y las joyas salieron disparadas y rebotaron entre las cenizas, formando un pequeño montón. La mayoría de las joyas eran diminutas, ninguna tan grande como la del visitasueños, y apenas merecían ser robadas. El objeto más grande era la estatua de un dragón tallada en piedra azul, con esmeraldas como ojos. *El Dragón de Lazulita*, adivinó Sol, recordando los pergaminos sobre el tesoro desaparecido.

Rebuscó en el montón, con el corazón encogido. Sabía la respuesta a primera vista, pero escarbó en todo, examinando cada moneda, sólo para asegurarse de que estaba en lo cierto.

Y así era.

El Ojo de Ónix no estaba allí.



CAPÍTULO 19

—¡Esto no es todo! —lloró Sol, dándose la vuelta para enfrentarse a los carroñeros—. ¿Dónde está el Ojo? ¿Por qué no está aquí?

Dejaron de parlotear inmediatamente y se alejaron de ella de un salto, levantando las patas en el aire. Peludo señaló el saco y balbuceó frenéticamente.

—¡Tienen que tenerlo! ¿Dónde más podría estar? —Sol empezó a pasearse de un lado a otro. Sentía que le salía humo del hocico y sabía que probablemente estaba asustando a los carroñeros, pero no huyeron—. Necesito el Ojo de Ónix. Es mi única oportunidad de acabar con la guerra. —Se detuvo y se enfrentó a ellos de nuevo—. ¿Cómo se supone que voy a terminar la guerra sin el?

—¿Yibble? —dijo Gritona tentativamente—. ¿Yibble... yibble?

—Bien dicho —exclamó Sol—. Eso es muy útil —Se sentó y frunció el ceño ante el patético montón de tesoros.

—Ribble yibble —le dijo Peludo a Gritona.

—Urble YOBBLE —le replicó ella.

—Alguien más debe tenerlo —dijo Sol, pensando en voz alta—. Si ustedes tuvieran, me lo habrías traído, porque estabas preocupado por Gritona. No te quedarías con lo único que necesito, cuando estoy segura de que los carroñeros prefieren cositas brillantes como todo esto. Así que no tienen el Ojo de Ónix, lo que significa que está... en otro lugar de Pirria.

Suspiró, y luego se detuvo a medio suspirar para no sonar como Mueverrocas.

Su primera teoría era probablemente correcta, y algún otro dragón había robado la mayor parte del tesoro. Tal vez tenía el Ojo de Ónix y no se dieron cuenta de lo que era o lo que podía hacer. Pero eso no ayudaba a Sol, que no tenía forma de localizar al verdadero ladrón.

Sintió que algo tocaba su garra y miró hacia abajo. Gritona estaba de pie en la curva del ala de Sol, acariciando su garra de una manera que parecía decir «no te preocupes» y «no es el fin del mundo».

—Eres valiente *y* tierna —le susurró Sol—. Ojalá pudiera quedarme contigo. Si Gloria puede tener un perezoso, no veo por qué no puedo tener un carroñero o dos. —Miró a Peludo, que se acercaba y la miraba con recelo—. Pero es demasiado peligroso. Me sentiría fatal si alguno de ustedes saliera herido.

Miró a Gritona pensativa. Aquellos pequeños y quebradizos carroñeros eran lo bastante valientes como para luchar o montar a un dragón que podía comérselos de tres bocados.

«*¿Podría yo ser tan valiente? Como, por ejemplo... ¿podría intentar detener una guerra?*».

«*Aunque no tenga una joya mágica o una profecía mística que me respalde. Incluso si mis amigos deciden no ayudar. ¿Podría hacerlo?*».

«*¿No es lo suficientemente importante?*».

«*¿Por qué no debería intentarlo? Y qué si no hay un destino predicho que diga que debo hacerlo. ¿No debería hacerlo de todos modos, sólo porque quiero?*».

«*Pero, ¿cómo?*». Golpeó el suelo con las garras, pensativa.

—¿Yibble robble fnob? —dijo Gritona. Volvió a señalar el hombro de Sol.

—Lo siento, Gritona. No tengo tiempo para darte otro paseo —lamentó Sol con pesar—. Me tengo que ir. —Sacudió las alas y recogió todo el tesoro en el saco.

Estaba un poco tentada de dejar que los carroñeros se lo quedaran, pero tenía la sensación de que podría encontrarle alguna utilidad, tal vez devolvérselo a las Alas Arenosas.

—Voy a buscar a mis amigos a ver si me ayudan —le informó a Peludo y Gritona—. Y luego... luego tengo una guerra que detener.

Les dio una palmadita a cada uno en la cabeza antes de recoger sus alas para despegar. Mientras surcaba el cielo, miró hacia atrás y los vio saludar. Se preguntó si volvería a verlos. Quizá podría volver a buscarlos cuando acabara la guerra.

El tiempo la acompañó esta vez, y voló a través de las montañas mucho más rápido de lo que lo había hecho a la ida, cuando tuvo que detenerse cada vez que los Alas Nocturnas descansaban o comían. Ella siempre comía ligero, así que no tardó mucho en hacer una pausa, atrapar y comer una ardilla o una lagartija una vez al día, y seguir volando.

Así que fue sólo dos días después cuando pasó las montañas y vio el bosque tropical delante de ella, iluminado por el sol naciente más allá. Parecía tan inmenso, verde y pacífico. Sol se sintió atrapada por un momento de nostalgia, un deseo de poder sumergirse en aquellas hojas y quedarse allí para siempre. Tendría mucho que hacer, ayudando a Gloria a gobernar la selva y a organizar a las Alas Nocturnas. Era hermoso y siempre había suficiente comida, y los Alas Lluviosas eran dragones con los que era fácil compartir un árbol.

«*La guerra llegaría aquí en algún momento* —se dijo a sí misma—. *Ni siquiera los Alas Lluviosas están a salvo, ya lo sabemos por lo que les hicieron los Alas Nocturnas. Y entre Escarlata y las tres hermanas que nos buscan, probablemente tampoco estemos a salvo en ninguna parte*».

«*Nada de esconderse en cuevas. Esa es mi promesa a mí misma. Nada de esconderme. Cuando el mundo esté mal, seré alguien que haga algo al respecto*».

Sin embargo, los nervios empezaron a dominarla a medida que se acercaba a la aldea de los Alas Lluviosas. No dejaba de imaginarse las caras de sus amigos: dubitativos, amables pero condescendientes, todos: «¿en serio? *tú*, ¿Sol?» y «*qué* bonito, pero ahora hablemos en serio». El estómago le daba vueltas y vueltas cuando divisó las casas en los árboles de las afueras a primera hora de la tarde, y casi estuvo tentada de dar media vuelta y salir volando de nuevo.

«*¿Y si están enfadados conmigo?* —pensó de repente con otra sacudida en el estómago—. *¿Y si todos están furiosos conmigo por haber huido?*». Se le había ocurrido utilizar el visitasueños mientras estaba de viaje, pero había decidido no hacerlo: quería explicárselo todo a sus amigos cara a cara.

Un movimiento la distrajo de sus pensamientos: algo que se movía, por el rabillo del ojo, pero cuando miró no pudo ver más que enredaderas colgantes y brillantes flores naranjas. Inmediatamente se agachó y rodó, por lo que el dardo tranquilizante pasó junto a ella y se estrelló contra el tronco de un árbol, asustando a varias ranas azules brillantes.

—¡Soy yo! —gritó Sol, retorciéndose para agitar sus garras contra las hojas que la rodeaban—. ¡Soy Sol! Soy amiga de la reina Gloria. —Extendió sus garras y desplegó sus alas, esperando que alguno de los Alas Lluviosas escondidos la recordara.

Un rostro se materializó en una rama cercana, sus escamas cambiaron de marrón y verde a púrpura oscuro. El dragón parpadeó un par de veces,

parecía más cauteloso que la mayoría de los Alas Lluviosas que Sol había conocido.

—La reina *buscaba* a una dragonet dorada —dijo una voz detrás de Sol, y apareció otro dragón, que cambió al naranja clementina de las flores—. Esta podría ser ella.

—¿No deberíamos noquearla de todos modos? —preguntó el dragón púrpura—. ¿Sólo para estar seguros? Sabes que la reina no deja de decirnos que tengamos más cuidado.

—Se refiere a los Alas Nocturnas —dijo el dragón naranja alegremente—. Esta no es un Ala Nocturna. Seguro que está bien.

Por un lado, Sol ciertamente no quería ser disparada con un dardo. Quería estar bien despierta cuando volviera a ver a sus amigos. Por otro lado, temía imaginarse esta misma conversación si, por ejemplo, una Ala Celeste sedienta de venganza apareciera en la selva buscándolos.

—Oh, ¿no es un Ala Nocturna? Bueno, entonces llevémosla directamente a los dragonets, sin preocupaciones.

—Soy amiga de Gloria —les prometió, decidiendo preocuparse por Escarlata más tarde—. Necesito verla.

—La reina... veamos, podría estar en el árbol auditorio —dijo pensativo el dragón naranja.

—O en la cabaña de los sanadores —concordó el dragón púrpura—. Está allí a menudo.

—O visitando el campamento de los Alas Nocturnas.

—O revisando el progreso de la escuela.

—O chequeando...

—Está bien —interrumpió Sol—. Voy a buscarla. Gracias.

Ambos agitaron sus colas y movieron sus cabezas, y sus escamas inmediatamente comenzaron camuflarse de nuevo mientras Sol volaba.

«*La cabaña de los sanadores* —decidió—. *Así podré ver Nocturno*».

Pero antes de llegar, vio las escamas marrón caoba de un Ala Lodosa estirado en una de las plataformas para dormir.

—¡Cieno! —gritó feliz. Corrió hacia él y casi lo rodeó con las alas antes de darse cuenta de que no era Cieno. Era otro dragonet Ala Lodosa, que saltó hacia atrás con expresión de sorpresa y escondió algo detrás de sus alas.

—Whoa —exclamó Sol, patinando hasta detenerse en la madera—. ¿Quién eres?

—¿Quién eres *tú*? —respondió él con rudeza.

Por lo general, a Sol le caía bien todo el mundo, al menos al principio, pero había algo en ese dragón que la desagradó de inmediato.

—¿Dónde está Cieno? —preguntó.

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó él.

Sol lo miró con el ceño fruncido y se dio la vuelta para salir volando. Si él no quería ser útil, ella no necesitaba molestarse con él.

—¡Eh! —la llamó—. ¡Vuelve!

Sol le ignoró. Había notado el ángulo de la luz del sol y se dio cuenta de que era la hora de sol de los Alas Lluviosas, cuando la mayoría de ellos estarían durmiendo en lo alto de las copas de los árboles, recargando sus escamas. Se preguntó si Gloria también estaría allí, o si alguna vez se dejaría dormir.

Justo entonces vio la cabaña de los sanadores, y saliendo de ella, abriendo las alas para volar, estaba Cieno, definitivamente Cieno esta vez, cada una de sus maravillosas escamas marrones.

Sol se abalanzó sobre sus alas, casi haciéndole caer hacia atrás, pero él era lo bastante grande como para atraparla. Hizo un ruido de «¡uf!» y se dio cuenta de quién era.

—¡Sol! —rugió—. ¡Eres tú! ¡Estás viva! ¡Estás bien!

La agarró y la hizo girar, su cola salió volando detrás de ella, y luego la puso rápidamente en el suelo.

—¿*Estás* bien? —le preguntó ansioso. Le tocó las alas y reviso sus garras—. Pensábamos que te había pasado algo terrible. Te hemos estado buscando y buscando. Ven, entra. —La arrastró a la cabaña antes de que pudiera decir nada—. ¡Nocturno! ¡Sol ha vuelto!

Dos dragones negros giraron la cabeza al unísono hacia la puerta.

Sol reconoció a Profecía, la Ala Nocturna que había sido una de los dragonets alternos, criada por los Garras en caso de que necesitaran un conjunto de repuesto para cumplir la profecía. Estaba agachada junto a un nido de hojas, donde Nocturno yacía con las alas desplegadas.

Sol se estremeció al ver las quemaduras a lo largo de las oscuras escamas de Nocturno. Una especie de ungüento plateado brillaba sobre las heridas, y también vio un poco en las garras de Profecía, como si hubiera ayudado a ponérselo.

—¿Sol? —exclamó Nocturno con voz ronca—. ¿De verdad?

Sol se dio cuenta con una punzada de culpa y horror de que los ojos de Nocturno estaban cubiertos con una máscara de hojas, cuidadosamente pegada en su lugar.

—Soy yo —dijo, corriendo a su lado. Golpeó suavemente su hombro con el hocico, tratando de compartir su calor con él—. Estoy aquí.

Nocturno dejó escapar un suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó ansioso.

—Mejor que tú —intentó bromear ella.

—Le dije que estabas bien —intervino Profecía con voz servicial. Acarició el borde de las hojas donde yacía Nocturno—. ¡Tuve una visión! Quiero decir, era borrosa, pero estaba bastante segura de que estabas bien.

Nocturno tosió torpemente, como si llevara días intentando evitar hablar de las visiones de Profecía. Sol recordó lo que le había dicho Mueverrocas: que ningún Ala Nocturna había tenido poderes proféticos o de lectura mental durante generaciones. ¿Así que Profecía mentía? ¿O se creía sus propias historias? No parecía tan cruel como para engañar a Nocturno sobre si Sol estaba bien, pero Sol no la conocía en absoluto.

—Siento no haber estado aquí para cuidar de ti —lamentó Sol, tocando suavemente una de las alas de Nocturno.

—Yo cuidé de él —intervino Profecía.

Sol sintió un destello de algo extraño. Como si quisiera que Profecía se callara y se fuera. «*¿Celos? ¿Pero eso no significaría... que me gusta Nocturno como a él le gusto yo?*».

¿Le gustaba? Estaría bien que ella pudiera corresponderle. Lo haría feliz, y ella se preocupaba por él. Además, él era un verdadero héroe, acababa de salvar a toda la tribu Ala Nocturna de la extinción.

«*De todos modos, ahora no tenemos tiempo para romances sensibleros* —se dijo a sí misma con firmeza—. *Lo que vaya a pasar conmigo y Nocturno, seamos lo que seamos, lo resolveremos después de detener la guerra*».

Echó un vistazo a la habitación y se dio cuenta de que Membranas seguía allí, dormido en un rincón, aunque el arañazo venenoso de su cola parecía casi completamente curado. También había algunos Alas Lluviosas, cuatro con heridas que podrían haberse producido durante el ataque a la isla Ala Nocturna, y otros dos cuyas respiraciones traqueteaban en sus flacos pechos mientras dormían. Sol supuso que habían sido prisioneros y que aún se estaban recuperando del trato recibido en las garras de los Alas Nocturnas. Podía verles manchas en el hocico y los tobillos, donde las bandas de hierro les habían dejado las escamas en carne viva.

El único otro dragón que ocupaba una cama era Fulgor, el Ala Celeste.

Había crecido con Profecía entre los Garras de la Paz, como otro posible sustituto de los dragonets. Se dio cuenta de que los sanadores le habían

aplicado el antídoto de leche de cactus en la herida que le había atravesado la cara, pero aun así le quedaría una fea cicatriz. Se preguntó si su rostro habría estado así de furioso antes de que lo hirieran; sospechó que sí. Estaba despierto, mirando alrededor de la casa del árbol con estelas de humo que salían de su nariz y orejas.

—¿Dónde estabas? —preguntó Cieno, golpeando el ala de Sol con la suya—. Tsunami pensó que te habían secuestrado, ¿no es una locura?

—Bueno, como que me secuestraron —admitió Sol. Nocturno y Profecía se quedaron boquiabiertos—. Pero me escapé. Pero luego me volvieron a atrapar y estuve prisionera en la fortaleza de Brasas durante un tiempo.

—¿Qué? —Nocturno intentó incorporarse y casi se cae de la cama. Cieno tenía los ojos muy abiertos y sorprendidos.

—Pero ahora estoy aquí, ¿no? —tranquilizó Sol—. Todo ha salido bien. Me he cuidado. Sobre todo —añadió con sinceridad—. Fue un poco loco. Pero debería contárselo a todos al mismo tiempo. ¿Dónde están Tsunami y Gloria?

* * *

Tsunami estaba ejercitando a los Alas Lluviosas en maniobras evasivas, aunque aparentemente lo que eso significaba en realidad era un montón de gritos como «¡Presta atención!», «¡Deja en paz a ese tucán!», «¿Por qué estás tan rosa? ¡Deja de estar rosa!» y «POR LAS TRES LUNAS, ¿estás comiendo otra vez?».

Sol medio esperaba que eso significara que Tsunami se había cansado de gritar, pero por supuesto que no era así. Tsunami aún tenía *mucha* energía para gritarle a Sol.

—¿Dónde ESTUVISTE? —rugió—. ¿Sabes lo PREOCUPADOS que hemos estado? ¿Cómo has podido hacernos esto? ¡Estaba tan segura de que los Alas Nocturnas te habían hecho algo que estuve a punto de devolverlos al volcán! Hemos tenido grupos de búsqueda todos los días, ¡pero ni UNA SEÑAL de ti EN NINGÚN LUGAR! Ni siquiera Mortífero, bueno, dijo que te olió hacia el oeste, pero quién confía en él, Y YO NO SOY QUIEN. ¡No he dormido en días, Sol! ¡DÍAS!

Agarró a Sol y la envolvió con sus alas en un feroz abrazo. Sol sintió que su propia ira se derretía y se dio cuenta de que había estado furiosa con Tsunami desde que escuchó la conversación en el Espejo de Obsidiana.

«*Puede que no me tome en serio* —pensó Sol—, *pero me quiere de verdad*».

—Lo siento —dijo Sol, ahogada, en el hombro de Tsunami—. Pero te juro que estaba haciendo cosas importantes. Te lo contaré todo. ¿Dónde está Gloria?

—Vigilando el campamento de los Alas Nocturnas —respondió Tsunami, relajando su agarre sobre Sol, pero manteniendo un ala alrededor de ella—. Es increíble con ellos. Toda aterradora y dura y real, como una verdadera reina. No le digas que he dicho eso.

Sol le sonrió.

—¿Se comportan bien?

—En su mayor parte —respondió Tsunami—. Estaban todos absolutamente hambrientos, así que sólo darles suficiente comida los está haciendo mucho más felices y fáciles de tratar. Gloria les permite cazar y comer todo lo que quieran, excepto perezosos. Esos están fuera de los límites, al parecer. Supongo que ser un gran amante de las cosas peludas y tiernas es un defecto genético de los Alas Lluviosas.

—Yo tampoco me los comería —señaló Sol.

—Bueno, pero eso tiene sentido —concluyó Tsunami—. Prácticamente *eres* una cosa peluda y tierna.

Sol debatió si enfadarse por esto, pero Tsunami ya se dirigía a uno de los Alas Lluviosas (todos los cuales miraban curiosamente a Sol) para ordenarle que fuera a buscar a Gloria.

—Dile que se reúna con nosotros en la cabaña de los sanadores —ordenó—. NO TE DETENGAS. Si te detienes a admirar un solo escarabajo, te morderé en serio.

—De acuerdo —dijo el Ala Lluviosa amablemente, y salió volando de una forma que probablemente contara como apresurada para un Ala Lluviosa, pero que sólo era marginalmente más rápida que un caracol promedio.

—Lo juro —murmuró Tsunami entre dientes—. Sol. Probablemente te sorprenda oír esto, pero no creo que sería una buena Ala Lluviosa.

Sol se rió.

—Te extrañé —le dijo, y lo decía en serio.

No tardaron en reunirse alrededor de la cama de Nocturno. Sol sintió una oleada de alegría cuando Gloria entró en la habitación. Allí estaban todos sus amigos, reunidos en un mismo lugar, como se suponía que debían estar.

—Sol —jadeó Gloria, y el alivio de su voz fue acompañado por el amarillo brillante de sus escamas. Incluso estiró la mano y apretó las garras

delanteras de Sol, lo que era más afecto del que Sol habría esperado de ella—. Menos mal que estás viva. Porque ahora puedo decapitarte. Nocturno, ¿cuál es nuestra política oficial sobre la decapitación en este momento?

—Nuestra constitución dice que no se decapita a Sol —dijo lealmente.

—Enmendemos eso —dijo Gloria, moviendo su cola—. Para que pueda *decapitar a cualquiera que me preocupe hasta la muerte así*.

—Sé que probablemente estés enfadada —empezó Sol. Las orejas y las alas de Gloria empezaban a teñirse más de rojo que de amarillo—. VALE, definitivamente enfadada. Pero pasaron (muchas) cosas y...

—Más vale que sean «cosas» tremendamente importantes —gruñó Gloria—. ¿Sabes lo que no necesito en mi primera semana como reina, además de tener toda una nueva tribu de los peores, más insalubres y más molestos dragones de la historia? *No* necesito estar *enloqueciendo* porque una de mis mejores amigas ha desaparecido. *No* necesito usar a mis mejores dragones en patrullas para buscarte cuando deberían estar ayudándome a dirigir un nuevo reino experimental de dos tribus.

—Ese soy yo —exclamó Mortífero, asomando la cabeza desde fuera. Sol dio un respingo. Aún no se acostumbraba a ver a ningún Ala Nocturna en la aldea de los Alas Lluviosas, aparte de Nocturno—. Cuando dice sus «mejores dragones», está hablando de mí.

—*No* lo hago —espetó Gloria, un poco demasiado indignada, pensó Sol—. Deja de seguirme.

—No te estoy siguiendo —objetó, deslizándose en la habitación como si fuera perfectamente bienvenido—. Te estoy protegiendo.

—Nadie te invitó a esta conversación privada —refutó Tsunami mandonamente.

—Oye, sólo me aseguro de que la reina esté a salvo —dijo extendiendo las alas.

—*La reina* puede cuidar de sí misma —señaló Gloria—. De los dos dragones en cuestión, resulta que *la reina* es la que tiene escamas de camuflaje y puede disparar veneno. ¿Qué puedes hacer? ¿Sentarte en la oscuridad y ya? Adivina qué, también puedo hacerlo. —El negro tinta se derramó por sus escamas y lo miró por encima del hocico.

—Puedo evitar que los dragones te maten —espetó—. Tres complots de asesinato hasta ahora, Su Majestad. Nadie es mejor para detener asesinos que el mejor asesino del mundo.

—Pobre dragón —lamentó Gloria—. Si tan sólo tuvieras una pizca de autoestima.

—¿Qué? —gritó Sol, consternada— ¿Los Alas Nocturnas han intentado matarte? ¿Ya tres veces?

—Eso dice —observó Gloria. No parecía ni remotamente asustada, ni siquiera alterada—. Al parecer, ahora es mi guardaespaldas. No es que nadie se lo haya pedido, ejem.

—Es cierto, tuve que abrirme paso entre un grupo de voluntarios —se burló—. Oh, no, espera. Sólo soy yo. El único dragón al que le importa si vives o mueres.

—Solo intenta hacer que su lista se vea más larga que la mía —le declaro Gloria a Sol—. Llevamos la cuenta de quién ha salvado a quién más veces. Yo digo que no cuenta si tienes que salvarme de tu propio ser asesino de dragones, y él dice que no debería tener crédito por enviarlo lejos antes de que los Alas Heladas lo atraparan.

Sol no pudo evitar darse cuenta de que, al parecer, Mortífero tenía permiso para saber dónde estaba la aldea de los Alas Lluviosas y deambular libremente por ella. Así que, dijera lo que dijera de él, Gloria realmente debía confiar en él, sin duda más que en cualquier otro Ala Nocturna.

—Si ya terminaron de discutir —dijo Tsunami, poniendo los ojos en blanco—. Me gustaría saber qué ha estado haciendo Sol durante la última semana.

—A mí también —dijo Cieno con fervor, poniéndose a su lado. Sol enroscó su cola alrededor de la de él, aliviada de que al menos uno de sus amigos no se enfadara con ella, sin importar lo que hubiera hecho o lo preocupado que hubiera estado.

—Bueno —empezó—. Encontré a mis padres. Y conocí al hermano de Brasas. Y volví a ver a Peligro, y la reina Escarlata está viva, oh, y tal vez venga aquí a matarnos, aunque espero que no sepa realmente dónde estamos, aunque dijo que sí.

Gloria se aclaró la garganta en voz baja, pero todos voltearon a mirarla de todos modos.

—Um —dijo—. Pues sí. En realidad, sí sabe dónde estamos. —Entornó los ojos hacia la claraboya y se frotó la nuca—. Tal vez me visitó en un sueño. Con un visitasueños. Y vio dónde estaba. Así que... Sí.

—¡Eso parece algo digno de mención! —gritó Tsunami.

—Se los iba a contar —dijo Gloria malhumorada—. pero entonces Nocturno desapareció y yo me convertí en reina y me encontré un poco... ocupada.

—En fin —interrumpió Sol antes de que las dos pudieran empezar una de sus interminables discusiones—. Así que estaba en la fortaleza de Brasas, pero ya no.

—¿Podrías empezar por el principio? —Nocturno preguntó—. Estoy un poco confundido.

—Yo también —dijo Profecía. «*Como si alguien te lo hubiera preguntado*», pensó Sol, y luego se sintió increíblemente culpable por pensarlo.

—Bueno —respondió Sol—. Todo comenzó con estos tres Alas Nocturnas agarrándome...



CAPÍTULO 20

—Y así —terminó Sol—. Decidí que no debíamos esperar más. Tal vez nunca encontremos el Ojo de Ónix, pero aún podemos elegir una reina y poner fin a la guerra. Alguien tiene que hacerlo, y creo que deberíamos ser nosotros.

Hizo una pausa y miró a sus amigos, cuyas caras iban de la incredulidad al asombro, pasando por una terrible preocupación.

—No puedo creer que te haya pasado todo eso —dijo Nocturno en voz baja y temblorosa.

—Y no estábamos allí para protegerte —murmuró Tsunami, intercambiando una mirada con Cieno.

—Lo hizo bien —intervino Gloria inesperadamente—. Robar el Espejo de Obsidiana fue locamente valiente. Loco *y* valiente, quiero decir. Y convencer a Peligro para que salvara a Espina... bueno, eso *me* habría puesto nerviosa.

—También enfrentarse a carroñeros —añadió Mortífero. Repiqueteó con las puntas de las alas—. No, no, no, gracias. No es para mí.

—¿Tienes miedo de los carroñeros? —preguntó Gloria, divertida.

—NO —exclamó—. Sólo... me dan escalofríos, eso es todo. Con sus... ojos y patas y… *caras*.

—Eso es muy lindo —enterneció Gloria—. El gran asesino malo aterrorizado por los pequeños carroñeros.

—Algún día te lanzaré a un carroñero que agite la espada para ver lo dura que eres —bramó.

—Pero, Sol —intervino Cieno—. No podemos detener la guerra. La profecía no es cierta, ¿recuerdas?

—¿Y qué? —dijo ella—. Si nunca hubiera habido una profecía, ¿tendría que durar la guerra para siempre? No. Tiene que terminar en algún momento. Yo voto por ahora mismo.

—Pero no tenemos por qué ser nosotros —intervino Nocturno, e inmediatamente después añadió casi murmurando—. Quizá tengamos que ser nosotros. —Se llevó la mano a las hojas de los ojos, recordó que estaban allí y volvió a bajar las garras.

—¡No! —gritó Profecía, agarrando las garras de Nocturno—. ¡No tienes por qué ser tú! ¡Especialmente no tienes que ser tú! Ya has hecho suficiente.

—Pero Sol tiene razón —refutó— ¿Por qué no deberíamos ser nosotros? Quizá todos los demás están esperando la profecía y por eso no se dan cuenta de que ellos mismos podrían acabar con la guerra. Y piensa en todos los dragones que necesitan que esta guerra termine.

—Mis hermanos y hermanas —mencionó Cieno—. Si todavía están vivos.

—Anémona —dijo Tsunami—. Así que ella no tiene que usar su poder animus y perder su alma.

—Todos los Alas Arenosas —agregó Gloria—. Necesitan una reina y un reino unificado.

—Entonces, ¿me ayudarán? —dijo Sol, tomando nerviosamente una enredadera de pequeñas flores rojas en forma de estrella que serpenteaba por la ventana.

—Bueno, incluso si lo hiciéramos, ¿cuál es el plan? —dijo Tsunami prácticamente— ¿Elegir una reina y luego enviar a Mortífero a matar a las otras dos?

—Eugh —exclamó Mortífero, agitando sus alas—. Dame el trabajo fácil, por qué no.

—Oh, si tan solo conociéramos al mejor asesino de Pirria —se burló Gloria.

—No, no —intervino Sol, aleteando entre ellos antes de que pudieran ir demasiado lejos por ese camino—. Nada de matar.

—Sería casi imposible —reflexionó Tsunami—. Supongo que los dragones lo habrán intentado antes.

—¿Y si conseguimos un animus para encantar algo? —sugirió Nocturno—. Ese era el plan de Ampolla para usar a Anémona, y era inteligente. Encantar una lanza para ir a matar a Brasas, o tal vez podríamos poner su esencia vital en un árbol y prenderle fuego, o algo así.

—¡*No* vamos a hacer que Anémona haga eso! —gruñó Tsunami.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad puede un dragón animus hacer esas cosas? —preguntó Profecía—. Eso es absolutamente aterrador.

—Es un poco más complicado que eso, pero, sí, básicamente —le respondió Mortífero—. Y sí, es aterrador.

—No —volvió a decir Sol—. ¡No vamos a matarlas!

—Estoy de acuerdo con Tsunami —dijo Cieno—. No podemos pedirle a Anémona que use sus poderes. Eso sería horrible para ella.

—No estaba pensando en Anémona —protestó Nocturno—. Estaba pensando en el padre de Sol, Mueverrocas. Él está más allá de la esperanza de todos modos, ¿no?

«*¿Ah, sí?*» Sol cerró la boca para pensar en ello. Tenía la sensación de que, si volvía a usar su magia, se acabaría todo para Mueverrocas.

Especialmente si lo usaba para algo tan masivo como matar a dos dragones. ¿Pero valdría la pena? ¿Para salvar al resto de Pirria? ¿Lo haría?

¿Se atrevería a pedírselo? Era decepcionante, pero seguía siendo su padre. ¿No quería conocerlo mejor?

—Con cualquiera de esas opciones, tendríamos que elegir qué hermana queremos que sea reina —intervino Gloria—. Y todas son terribles.

—Llamas parece simpática —sugirió Cieno con optimismo.

—Llamas es una idiota mareada que estaría muerta al segundo día —refutó Gloria—. Yo digo Ampolla. Es malvada, pero inteligente, así que probablemente gobernaría bien el reino, y si somos sus aliados nos dejará en paz. Yo creo que sí. Bueno, tal vez no. OK, probablemente no. Pero al menos sabríamos dónde está.

—Espera —intervino Sol—. No quiero matar a ninguna de ellas.

—Brasas es la menos horrible —argumentó Tsunami—. Ella es mala, pero no es maquinadora. La veríamos venir si intentara algo contra nosotros.

—Mala y brutal —le recordó Nocturno—. Recuerda los dragones asesinados de su colección. Y el huevo de Ala Celeste que destrozó... sólo un huevo, ni siquiera un dragonet todavía. Mientras siga viva, no creo que estemos a salvo —Hizo una pausa y añadió—. No creo que Sol esté a salvo.

Sol se inclinó para rozar su ala con la de él.

—Entonces, ¿cómo decidimos? —dijo Cieno—. ¿A quién elegimos y a quién... y cómo...? Quiero decir, ¿realmente vamos a...?

—¡No! —rugió Sol—. Escuchen, por una vez, por favor... —Pero Tsunami, Gloria, Profecía y Mortífero empezaron a hablar por encima de ella a la vez, discutiendo sobre las hermanas y cómo deshacerse de ellas.

Sol se tapó las orejas con las garras y gritó:

—¡Paren! ¡HE DICHO QUE PAREN!

Todos parpadearon ante el repentino silencio.

—No —volvió a decir, con más firmeza—. *No vamos a matar a ninguna de ellas.* No vamos a utilizar magia para hacer algo turbio. Vamos a reunirlas a las tres en un solo lugar, y luego haremos una competencia, como los Alas Lluviosas, o dejaremos que todos los Alas Arenosas decidan.

—¿Dejar que los Alas Arenosas decidan? —preguntó Tsunami con escepticismo—. ¿Qué?

—Como cuando decidimos cosas juntos —explicó Nocturno, comprendiendo inmediatamente—. Votando. O hablándolo. Como los Alas Nocturnas, o el consejo de la Reina Coral.

—¿Todos las Alas Arenosas? —Dijo Gloria—. No veo cómo podría funcionar.

—Nunca estarán de acuerdo —intervino Mortífero, sacudiendo la cabeza—. Las hermanas. No han estado juntas en un lugar en más de dieciocho años. Desde luego, no pondrán la decisión sobre el trono en las garras de sus futuros súbditos.

—Bueno, eso es lo que vamos a intentar —refutó Sol con terquedad—. Creo que podremos reunirlos a todos, sobre todo si me ayudan. Pero si no, no importa. Lo haré de todos modos. —Volvió a acomodar sus alas y miró desafiante a sus amigos.

Hubo una larga pausa. Sol podía imaginar lo que estaban pensando, lo que estaban a punto de decir: «Oh, Sol. Es una buena idea, pero nunca funcionará. Tienes demasiada fe en la bondad de los dragones», «Eres tan ingenua y ridícula. ¿Por qué no trabajas en un proyecto aquí en la selva, como contar plátanos o algo así? Tus ideas locas y tu obsesión con la profecía es sólo...»

—De acuerdo —dijo Cieno finalmente—. Me apunto.

A Sol le dio un vuelco el corazón. Le sonrió.

—Yo también —continuó Nocturno, poniéndose en pie con dificultad—. Merece la pena intentarlo. Quiero que funcione.

—¡Pero necesitas que descansar! —protestó Profecía.

—Necesitamos estar a salvo —refutó Nocturno—. Y no estaremos a salvo, ni tampoco nuestros amigos y todos los dragones que cuentan con nosotros, hasta que la guerra termine.

—Estoy de acuerdo —coincidió Gloria—. Yo también ayudaré. Aunque no puedo dejar a mis dragones aquí por mucho tiempo, no con los Alas Nocturnas tan cerca y aún no asentados.

—Los Alas Nocturnas también son tus dragones ahora —señaló Mortífero. Sol captó la forma en que miraba a Gloria y pensó: «*Lo que realmente quiere decir es:* Soy *tuyo, ahora y para siempre*».

«*¿Es eso lo que Nocturno siente por mí?* —Lo miró, con sus tristes ojos vendados y su expresión decidida—. *No... No creo que sea eso lo que siento por él. Quiero decir, lo quiero... pero no así*».

—¡Bien! —exclamó Tsunami—. Bien, sí, por supuesto que estoy dentro. Nunca va a funcionar, pero lo haré. Sea lo que sea. Entonces. ¿Qué hacemos?

De repente todos miraban a Sol; incluso la cara de Nocturno estaba inclinada en su dirección.

«*Querías su atención. Querías que te escucharan. Más te vale ganártelo*».

—Empezaremos enviando un mensaje a Brasas, Ampolla y Llamas —dijo con firmeza—. Empezamos con Ampolla, y llegamos a ella a través de los Garras de la Paz.



CAPÍTULO 21

—Esto es increíble —dijo Tsunami—. Estoy tan emocionada. Voy a ver a mis dragones favoritos de toda Pirria.

—¿Estás siendo Gloria ahora? —preguntó Sol— ¿La Reina del Sarcasmo?

—¡Yo también puedo ser sarcástica! No puede ser la reina de *todo* —refunfuñó Tsunami. Inclinó las alas para hacer otro barrido sobre la costa. Se encontraban en las afueras orientales del Reino Lodoso, en el límite con el Reino del Mar. Debajo de ellos, el océano se precipitaba sobre la playa y luego retrocedía, ola tras ola coronada de blanco. El cielo era gris de punta a punta y el aire estaba húmedo por algo que no se sabía si era niebla o lluvia.

Era lúgubre. Sol echaba de menos el desierto seco y caluroso. Ni siquiera se notaba que era casi mediodía; el sol estaba bien oculto tras aquellas hileras de nubes. Sus alas se sentían desagradablemente húmedas mientras daba vueltas detrás de Tsunami.

—¿Dónde está ese maldito Ala Lodosa? —murmuró Tsunami, escudriñando la playa.

—Ojalá no hubiéramos tenido que traerlo —dijo Sol—. No estoy convencida de que sepa realmente adónde va. Ojalá hubiéramos traído a nuestro Ala Lodosa en su lugar.

—*Nuestro* Ala Lodosa no sabe dónde está el campamento de los Garras de la Paz —señaló Tsunami—. Ocre supuestamente sí.

Ocre era el desagradable Ala Lodosa que Sol había conocido en la selva tropical; resultó que también era uno de los dragonets alternos. Así que había crecido con los Garras de la Paz y había aceptado volver con ellos y guiar a Sol y Tsunami hasta allí.

Las otras dos opciones, Fulgor y Profecía, habían tenido reacciones algo más violentas. Profecía había declarado apasionadamente que no se iría del lado de Nocturno, dijo que él la necesitaba, lo que provocó otra punzada

de celos en Sol, y añadió que, de todos modos, los Garras de la Paz nunca la habían apreciado especialmente.

Fulgor, por su parte, les tiró un cuenco entero de mangos y rugió diciendo que no iba a dejar que nadie lo viera con la cara destrozada, y mucho menos los Garras de la Paz que acababan de entregarlo a los estúpidos Alas Nocturnas.

Así que se quedaron con Ocre. Lo que había significado tres días de viaje con un dragonet que a Sol le gustaba cada vez menos. Era como el opuesto no divertido y no adorable de Cieno, siempre hambriento, pero de una manera insistente en lugar de dulcemente vergonzosa. Incluso se había hecho un saco de hojas con un asa de lianas que podía colgarse del cuello, y lo había llenado con la mitad de las frutas de la selva, por lo que Sol sabía. Así podía comer y volar al mismo tiempo, chorreando jugo amarillo y púrpura por todas sus escamas marrones y salpicando el suelo bajo ellas. Y, de paso, negarse a compartir, no es que ella quería nada de una bolsa que había babeado de todos modos.

—Además —añadió Tsunami—. Gloria aún necesita a Cieno en el campamento, para que ayude con los Alas Nocturnas. Especialmente si la reina Escarlata está en camino.

—No entiendo por qué aún no ha venido a por nosotros —mencionó Sol con un escalofrío. Miró su pequeño collar, una bolsa que contenía el visitasueños. Lo habían estado usando los últimos días para comunicarse con sus amigos en la selva, pero hasta ahora todo estaba tranquilo. A Sol se le retorcían las escamas al no saber dónde estaba Escarlata y qué estaba tramando.

Tsunami siguió su mirada hacia la bolsa del visitasueños.

—Podríamos habernos evitado todo este viaje —señaló.

Sol negó con la cabeza.

—No es seguro. Si usáramos el visitasueños para contactar con Ampolla, o incluso con los Garras de la Paz, o para ver cómo está Escarlata, podrían vislumbrar la selva y darse cuenta de dónde estamos. Como yo me di cuenta de dónde estaba la carroñera cuando me visitó en sueños. O cuando Gloria dijo que también vio la extraña torre detrás de Escarlata. No podíamos arriesgarnos.

—Lo sé —suspiró Tsunami—. Así que aquí estamos, buscando los Garras de la Paz. Mis...

—Tus dragones favoritos —Sol terminó por ella.

—No confío en ellos —añadió Tsunami.

—Es por eso que estás aquí —acordó Sol—. Porque crees que, de lo contrario, podrían atraparme y hacer algo nefasto.

—Me viene a la mente atraparnos en una cueva subterránea durante seis años —murmuró Tsunami.

Sol entrecerró los ojos y vio una forma oscura que salía de la niebla.

—Ese es Ocre, ¿verdad?

—Y hay alguien con él —dijo Tsunami, levantando la cabeza y frunciendo el ceño con fiereza—. Unos cuantos dragones. —Cuando el grupo de dragones se acercó, suspiró sorprendida—. He visto a ese dragón antes —le dijo a Sol—. El que va en cabeza, el Ala Marina con las espirales negras en sus escamas. Lo vi reunirse con Abisal, la primera vez que vi a Abisal en el Reino del Mar. En ese momento no me di cuenta de que trabajaba con los Garras de la Paz.

—Nos está mostrando algo —señaló Sol. Las escamas fosforescentes del Ala Marina se iluminaban siguiendo una especie de patrón.

Tsunami gruñó.

—Si está con los Garras de la Paz, debería saber que no entiendo acuático, ya que probablemente fue uno de los cabezas de calamar que tomó la decisión de no enseñármelo. Quizá debería ir allí y darle una paliza y luego fingir que no entendí lo que decía.

—Creo que sólo está sugiriendo que aterricemos —adivinó Sol, ya que todos los dragones que se acercaban ahora estaban virando hacia la playa.

—Bueno. Claro. Yo podría haber imaginado eso —dijo Tsunami—. Pero no tenía que restregármelo por el hocico, ¿verdad? —Se adelantó aleteando y Sol la siguió.

Aterrizaron en la arena, que estaba húmeda y apelmazada entre las garras de Sol. Enfrente estaban Ocre y cinco dragones de los Garras de la Paz: un Ala Helada, un Ala Celeste, un Ala Arenosa y dos Alas Marinas, uno de ellos verde con espirales negras en las escamas y el otro azul cielo con cuernos azul oscuro.

«*Espera* —pensó Sol—. *Conozco a ese otro Ala Marina...*».

—¡Abisal! —gritó Tsunami.

Toda la cara del dragón azul se iluminó.

—¡Estás viva! —exclamó él, dando un paso adelante.

—Ya es suficiente —intervino el otro Ala Marina, desplegando un ala en el camino de Abisal.

—Claro que lo estoy —le dijo Tsunami a Abisal, ignorando al dragón verde—. ¿Qué haces con estos...?

Sol la pateó tan fuerte como pudo. «*Recuerda por qué estamos aquí, Tsunami. Nada de insultar a los dragones a los que pedimos ayuda*».

Tsunami la fulminó con la mirada, pero pareció captar el mensaje.

—¿Con los Garras de la Paz? —terminó.

—La reina Coral me echó —dijo Abisal con tristeza, surcando líneas en la arena con sus garras—. Pensó en matarme o encarcelarme de nuevo, pero dijo que había luchado valientemente en la batalla del Palacio de Verano. Así que me dejó marchar con vida. Y no sabía adónde ir. Pensé que los Garras de la Paz sabrían dónde estabas, pero... —se interrumpió.

—Pero no teníamos ni idea —terminó el otro Ala Marina con voz entrecortada y fría.

Tsunami lo miró con incredulidad.

—No estarán enfadados con *nosotros*, ¿verdad? Porque no. Estoy enfadada con *ustedes*; así es como funciona.

—Este es Nautilo —intervino Abisal rápidamente—. El líder de los Garras de la Paz.

—Por ahora —gruñó la Ala Celeste, moviendo su cola roja de un lado a otro y frunciendo el ceño a través de una estela de humo—. ¿Tienes a los otros dragonets? —Ella sacudió la cabeza hacia Ocre, que estaba masticando un plátano y mirando las conchas de mar alrededor de sus garras como si se estuviera preguntando si podrían ser comestibles, también.

—No los «tenemos» —dijo Tsunami.

—Pero sabemos dónde están dos de ellos —añadió Sol—. Nuestros amigos los ayudaron a escapar de los Alas Nocturnas.

—Aunque no quisieron venir —Tsunami dijo—. Se los ofrecimos.

La Ala Celeste le frunció el ceño.

—¿Cuáles dos?

—¿Es Víbora uno de ellos? —preguntó el Ala Arenosa.

«*Oh, oh*», pensó Sol. Sacudió la cabeza, pero antes de que pudiera responder, el Ala Helada siseó:

—Un dragón se acerca.

Todos se giraron y vieron a alguien volando sobre los acantilados que rodeaban la playa, muy por encima de sus cabezas. El sol se reflejó en las escamas rojas y todos los dragones de la arena se tensaron. «*¿Será un explorador Ala Celeste? ¿Uno de los soldados de Rubí, o alguien que trabaja para Brasas?*».

«*¿O la reina Escarlata?*», pensó Sol preocupada antes de darse cuenta de que este dragón era más pequeño y de otro color.

Además, se dirigía claramente hacia ellos, como si llevara un rato observándolos.

—Se parece a Fulgor —dijo la Ala Celeste, entrecerrando los ojos—. Pero no puede ser. ¿Qué le pasó en la cara?

—Podría ser Fulgor —dijo Sol, mirando a Tsunami—. Podría habernos seguido. Quizá cambió de idea sobre volver.

—Tal vez simplemente no quería volar con nosotros —sugirió Tsunami—. O con él de todos modos. —Le tiró de la cola a Ocre.

—¿Fulgor? —llamó la Ala Celeste— ¿*Fulgor*?

Al oír su nombre, vaciló en pleno vuelo y estuvo a punto de estrellarse contra las dunas.

—¿Madre? —respondió, incorporándose de nuevo.

La Ala Celeste pasó por delante de Sol y Tsunami y atrapó a Fulgor cuando caía hacia ella. Soltó un rugido al verle la cara.

—¿Qué te pasó? ¿Quién te hizo esto? —Lo rodeó con las alas y tiró de él.

Fulgor pareció desplomarse sobre ella, enterrando la cabeza en su cuello.

Sol oyó unos sollozos ahogados y sintió una punzada de lástima por el dragonet Ala Celeste. Sólo había visto su lado malo, irritable y gruñón, pero estaba claro que podía ser otro dragón con alguien que se preocupara de verdad por él.

«*Extraño a mi madre* —pensó, deseando tener unas alas grandes y cálidas envolviéndola en ese momento—. *Supongo que siempre la he extrañado. Pero la extraño aún más ahora que la conozco*». Espina estaba tan lejos, al otro lado del continente. Sol plegó las alas y levantó la barbilla.

«*Pronto volveré a verla. En cuanto acabe esta guerra*».

—Esa es Avalancha —le explicó Abisal en voz baja a Tsunami, señalando con la cabeza a la madre de Fulgor—. Es una espía, así que normalmente vive en el Palacio Celeste, y dejó a Fulgor aquí para mantenerlo al margen de la guerra —Vaciló—. Estaba fuera cuando Oráculo llegó y se llevó a los dragonets. Se puso furiosa cuando volvió y encontró que se había ido. Casi mata a Nautilo.

Nautilo se movió inquieto sobre sus garras.

—Algunos dragones no entienden las cosas que tenemos que hacer por la paz —dijo, pero no de una manera que sonara como si lo dijera en serio—. Quiero saber, ¿qué les pasó a los otros? —preguntó.

—Profecía está bien —respondió Sol—. Pero no sabemos qué le pasó a Calamar, y Víbora está muerta.

El Ala Arenosa que tenía enfrente gruñó y levantó su cola venenosa.

—¿Cómo?

—Un accidente en el Reino Nocturno —respondió Tsunami—. Víbora estaba luchando y cayó en la lava. Fue su cola la que hizo eso en la cara de Fulgor.

—Necesitamos a Oráculo —gruñó Nautilo—. A varios de nosotros nos gustaría tener unas palabras con él. Palabras, dientes y garras.

—Y colas —añadió el Ala Arenosa. Parecía enfadado, pero no devastado. Sol se preguntó si sería un tío en vez del padre de Víbora, o algo así.

—Oráculo también está muerto —dijo Sol—. Así que necesitamos su ayuda.

—Oh, *de verdad* —gruñó Nautilo— ¿De repente los maravillosos e independientes dragonets nos necesitan?

—No seas un diente podrido —gruñó de vuelta dijo Tsunami—. Si quieres que se cumpla la profecía y se detenga esta guerra, nos ayudarás, así que cállate.

Abrió y cerró la boca un par de veces, y luego se conformó con parpadear algo con sus rayas luminiscentes que Sol supuso que no querría traducir.

—Tenemos que enviar un mensaje a Ampolla —empezó—. Son los únicos que se nos ocurren que podrían llegar a ella.

—Ella los buscas a *ustedes* muy seriamente —dijo Abisal—. Probablemente sólo tienen que estar a la intemperie durante un día y ella caerá sobre sus cabezas.

—Claro, seguro —respondió Tsunami—. Excepto que estamos tratando de hacer esto de una manera que no termine en la muerte.

—Me parece justo —concordó—. Buena idea. Apoyo ese plan.

—¿Qué quieres que le digamos? —preguntó Nautilo—. *Si es que* podemos ponernos en contacto con ella y *si es que* estamos de acuerdo en hacer esto.

Sol lo miró a los ojos, sabiendo perfectamente que él haría cualquier cosa que ella dijera, si eso significaba una oportunidad de paz. Puede que hubiera tomado algunas decisiones terribles en los últimos siete años, pero ella creía que una cosa le importaba mucho, y eso era acabar con la guerra.

—Díganle que se reúna con nosotros en diez días a la medianoche —dijo—. En el patio de entrada de la fortaleza en el Reino de Arena. Si no se presenta, perderá su oportunidad de ser reina.

—¿Esto es todo? —preguntó el Ala Arenosa—. ¿Están cumpliendo la profecía y eligiendo una reina? ¿Es Ampolla?

—Vengan y vean —ofreció Sol—. Quien quiera. Traigan a todos los Garras de la Paz. Si sale como debe, ya no serán fugitivos. Si Ampolla aparece y todo sale como está planeado, entonces la guerra habrá terminado.

—Lo pensaremos —dijo Nautilo, pero incluso él tenía un inconfundible trasfondo de emoción en su voz.

—Es importante que se lo digan —insistió Sol—. No sabemos de qué otra forma llegar a ella.

—No somos amigos de ella —intervino Abisal—. Para que lo sepas. No es que los Garras de la Paz trabajen con ella, lo juro.

—¿Pero pueden encontrarla? —preguntó Tsunami.

—Ella envía a uno de sus soldados a las ruinas del Palacio de Verano casi todos los días —dijo Nautilo—. Con la esperanza de un mensaje de la reina Coral. Así es como llegaremos a ella.

—Bien —exclamó Tsunami.

—Gracias —añadió Sol. Se volvió hacia Tsunami—. Entonces será mejor que nos vayamos. —«*Así podremos enviar nuestros mensajes a las otras dos hermanas. Sólo tenemos diez días*».

Tsunami barrió la arena con la cola y miró a Abisal.

—Yo podría... ir con ustedes —dijo vacilante, como si no estuviera seguro de ser bienvenido.

—Creo —dijo Tsunami—. Pero que sería mejor si te quedaras y te aseguraras de que Ampolla aparezca en la fortaleza. Entonces trae a algunos de los Garras de la Paz contigo... ¿y nos vemos allí?

Asintió, echando las alas hacia atrás con expresión esperanzada.

—De acuerdo —dijo Tsunami—. Nos vemos pronto. —Sonaba como una promesa.

—Adiós, Ocre —despidió Sol, haciendo un último esfuerzo para ser amable con el dragón antipático. El Ala Lodosa se había clavado las garras en una piña al intentar pelarla y ahora trataba de quitársela de encima—. Que tengas una buena vida.

—Sí, sí —murmuró él. Accidentalmente se golpeó en el hocico con la parte superior de la piña y chilló de dolor.

Tsunami y Sol pusieron los ojos en blanco y despegaron hacia el cielo. Volaron por encima de Fulgor y su madre, que seguían abrazados en la playa. Sol sintió otra punzada de lástima, aunque sabía que el dragonet Ala Celeste no quería que lo vieran así.

Miró hacia atrás cuando llegaron al borde de la playa y vio que los otros dragones se habían dado la vuelta para marcharse, pero Abisal seguía mirándolas fijamente.

—¿Estás bien? —le Sol preguntó a Tsunami—. Quiero decir, ¿acerca de Abisal? ¿Lo has perdonado por mentirte sobre ser de los Garras de la Paz?

Tsunami la miró con pesar.

—Es complicado —respondió—. Odio que me mientan y los Garras de la Paz son los peores... pero cuando vi que estaba vivo, me sentí muy, muy feliz. ¿Es raro?

—No —dijo Sol—. Sé lo que quieres decir.

—Voy a ver cómo me siento después de la guerra haya terminado —añadió Tsunami—. Cuando todo sea un poco más normal. No es que sepamos nada acerca de la normalidad o lo que se supone que debe ser, ¿verdad? Pero entonces pienso; bueno, ya veremos.

—Espero que Ampolla aparezca —mencionó Sol mientras se elevaban sobre los acantilados—. Espero que esto funcione.

—Lo hará —aseguró Tsunami con confianza—. Llevaremos a las tres hermanas a la fortaleza. Eso no me preocupa. Lo que suceda una vez que todos estemos allí... Esa parte me preocupa bastante.



CAPÍTULO 22

En cierto modo, debería haber sido más fácil enviar un mensaje a Brasas y Llamas. Ambas tenían una base fija: Brasa en la fortaleza arenosa, Llamas en su fortaleza del Reino Helado. Pero Sol no estaba dispuesta a entrar en ninguno de los dos lugares, y no quería enviar a nadie que conociera a enfrentarse a ellas. No confiaba en que Brasas o la reina Glaciar no mataran al mensajero.

Sin embargo, después de muchas discusiones, Gloria le ofreció una solución para Llamas: enviar a un Ala Lluviosa disfrazado de Ala Helada para que transmitiera el mensaje.

—Envíame a mí —fue su verdadera sugerencia—. Podría ir y volver en un par de días.

—De ninguna manera —había dicho Mortífero—. Eres la dragona que mantiene unida esta selva. Dos tribus dependen de ti; si pasa algo, dejarás atrás el caos. Y Llamas probablemente te reconocerá.

—Cierto —había asentido Cieno—. Pero podrías enviar a alguien más. ¿Tal vez Jambu?

—Él ya ha estado allí antes —señaló Sol—. Sabe dónde está la fortaleza de Llamas. Ya ha cambiado sus escamas para parecerse a un Ala Helada, así que debería poder hacerlo de nuevo.

Gloria resopló.

—Siempre y cuando no se duerma o se distraiga con algo brillante.

—O podría ir yo —se ofreció Mortífero—. Yo también sé dónde está.

—Por supuesto que no —le había replicado Gloria, sólo medio en broma—. ¿Recuerdas la parte en la que intentaste matar a Llamas? Eres el último dragón en el que confiaría. Probablemente Glaciar tiene soldados preparados para matarte en cuanto te vean. Probablemente les haya dicho que maten a cualquier Ala Nocturna que aparezca, por si eres tú.

—Aww —exclamó Mortífero—. A ti también te importa si vivo o muero.

Sol prácticamente podía ver la lucha en las escamas de Gloria mientras intentaba bloquear cualquier trozo de rosa que intentara colarse.

—Bueno, claro —dijo—. Un mensajero muerto no nos serviría de mucho.

Mortífero se echó a reír, y Sol se dio cuenta de que estaba provocando deliberadamente a Gloria porque le gustaba cómo le derribaba. «*Si eso es lo que busca en una dragona* —pensó—. *Sin duda ha elegido a la adecuada*».

—Envía a Jambu y Manglar —sugirió Sol—. Ambos conocen el camino y pueden vigilarse mutuamente.

Todos estuvieron de acuerdo con este plan, incluidos Jambu y Manglar, pero Sol seguía sintiéndose ansiosa mientras observaba a los dos Alas Lluviosas deslizarse por el túnel que conducía al Reino de Arena. Era el día en que ella y Tsunami regresaban de los Garras de la Paz; el vuelo les había llevado tres días casi sin paradas. «*Quedan siete*», pensó.

—Cuídense —les dijo Gloria—. Es una orden de su reina.

—Sí, su majestad —respondió Jambu, sonriendo de una manera que sugería que sólo le gustaba decir esas palabras, no que realmente estaba escuchando.

—Mantente camuflado tanto como puedas, durante todo el camino. Y no tienes que entrar en la fortaleza, ni siquiera llegar hasta ella. Si encuentras una patrulla de Alas Heladas antes de llegar, diles que avisen a Llamas y luego vuelves a casa. Enseguida. ¿Entendido?

—Sí —dijo Manglar—. Seguimos entendiendo. Como lo hicimos hace cinco minutos cuando lo explicaste por última vez. Y cinco minutos antes de eso. Y...

—Muy bien, váyanse —exclamó Gloria, sacándoles la lengua.

—¡Acuérdense de decirle que tiene que aparecer! —llamó Sol—. Si no, ¡no podrá ser reina! Asegúrense de que esa parte del mensaje le llegue a Glaciar.

Ella estaba menos segura acerca de Llamas, que parecía perfectamente feliz de esconderse en su fortaleza y dejar que otros dragones lucharan por ella. Si iba a aparecer, Sol tenía la sensación de que sería sólo porque la reina Glaciar la habría arrastrado hasta allí.

En cuanto sus colas desaparecieron, Sol volteó hacia Cieno.

—¿Listo?

—Claro —dijo Cieno—. Ya desayuné. ¿Qué más tengo que hacer? Ooohh, quizá desayunar algo más. Buena idea.

Sol se echó a reír, y pronto los dos estaban en el aire, volando hacia el norte a través de la selva tropical hacia el Reino Lodoso.

—¿Crees que alguien nos escuchará? —le preguntó Cieno cuando llevaban un rato volando. Abajo, el paisaje estaba cambiando de selva a pantano, con árboles más cortos y estanques de color verde parduzco visibles aquí y allá. A lo lejos, a su derecha, podían ver un resplandor de agua que tenía que ser el gran lago. Allí estaba el palacio de la Reina Gallareta.

Definitivamente no iban a ir allí.

Sol inclinó sus alas hacia el oeste, en dirección a las montañas.

—Creo que alguien escuchará —respondió—. Sólo tenemos que encontrar a la persona adecuada. Una patrulla de Alas Lodosas, creo, no de Alas Celestes o Alas Arenosas. Apuesto a que te escucharán de todos modos. —En lo que a ella respectaba, Cieno podía convencer a cualquiera de cualquier cosa, porque cualquiera podía ver que era sincero y que quería lo mejor para todos.

Cieno retumbó nervioso en el fondo de su garganta.

—Quizá no tengamos que hacer esto. Quizá Brasas se quede en su fortaleza y sólo esté allí cuando lleguemos.

—Es más probable que vuelva a salir, en busca de otra batalla —dijo Sol. Lo pensó un momento y luego añadió—. O buscándonos a nosotros. No, tenemos que asegurarnos de que estará allí en siete días, o esto no funcionará.

Encontraron un bosquecillo de pinos al pie de las montañas donde dormir aquella noche. Sorprendentemente, ese día habían salido pocos dragones; unos pocos exploradores solitarios y algunas patrullas de dos dragones, pero Sol había decidido evitarlos a todos. Quería alejarse del palacio de Gallareta, por si alguien intentaba arrastrarlos a Cieno y a ella.

Sin embargo, esperaba ver más soldados por ahí. Era un poco inquietante lo silencioso que estaba el cielo.

Cieno observaba pensativo las estrellas mientras ella se acurrucaba contra él en la oscuridad.

—Sol —susurró—. Sé que soy malo recordando cosas, pero... Pirria sólo tiene tres lunas, ¿verdad?

—Por supuesto —susurró ella— ¿Por qué?

—Esa cosa de ahí —señaló con una de sus alas—. Se parece a una luna que viene hacia aquí.

Sol siguió su mirada hacia una forma brillante en el cielo. Era más grande que las demás estrellas, aunque no tan grande ni redonda como una luna. No recordaba haberla visto antes.

—Qué raro —murmuró—. Me pregunto qué será. No es una de las lunas normales. Mira, puedes ver todas las demás, ahí y ahí, y por ahí, justo al borde de las montañas. —Ninguna estaba llena, pero dos de ellas estaban a más de la mitad y llenaban el cielo de luz.

—Podría volar un poco montaña arriba y echar un vistazo más de cerca —dijo Cieno— ¿Te parece bien?

—Claro —dijo Sol incorporándose—. Iré contigo.

Subieron cada vez más alto, buscando una vista despejada del cielo, y finalmente se detuvieron en un saliente no lejos de la cima. Cieno parecía casi en trance por la nueva cosa extraña en el cielo, y así fue Sol que miró abajo, y jadeó, y agarró su brazo, y señaló.

—Cieno, mira —susurró.

El valle que tenían debajo estaba salpicado de fuegos, casi como un lago que reflejaba las estrellas de arriba. Pero podían ver claramente las formas de los dragones reunidos alrededor de esos fuegos... y el brillo de las armas siendo pulidas y afiladas y preparadas para la batalla.

—Ahí es donde están todos —susurró Sol—. Los Alas Lodosas se están reuniendo para algo. Este debe ser casi todo su ejército.

Cieno los miró, con la cola crispada.

«*Podría haber sido él* —se dio cuenta—. *Si no hubiera habido profecía, habría crecido como un Ala Lodosa cualquiera. Habría llevado a sus hermanos y hermanas a la batalla. Habría luchado y muerto por la Reina Gallareta, y por extensión, por su aliada, Brasas*».

—Están planeando algo grande —dijo Cieno—. Me pregunto qué tan pronto.

—Vamos a averiguarlo —sugirió Sol, extendiendo las alas.

—Pero tú... —empezó.

—Sólo soy una Ala Arenosa —dijo ella—. Podría ser tu aliada. En la oscuridad, quizá nadie mire dos veces mi cola. —La enroscó imitando la forma de escorpión con la que los Alas Arenosas suelen sujetar sus colas.

Después de discutir un poco, ganó el debate y volaron hacia el campamento de los Alas Lodosas tan cautelosa y silenciosamente como pudieron. No parecía haber guardias en las afueras y se deslizaron entre las hogueras en silencio.

Muchos de los dragones que los rodeaban dormían, aunque Sol vio al menos un miembro despierto en cada pequeño grupo. Recordó lo que

habían aprendido sobre los Alas Lodosas en el pueblo natal de Cieno. Cada tropa estaba formada por hermanos y hermanas, que luchaban unos junto a otros en las buenas y en las malas, liderados por el más grande, su alasgrandes.

—Alguien de aquí podría pasarle un mensaje a Brasas —le susurró a Cieno—. Pero, ¿cómo decidimos quién? ¿Y si todos se van a una batalla mañana? ¿Crees que podremos detenerlos?

Tuvo que darse prisa para seguir los pasos de Cieno. Caminaba decidido por el campamento, estudiando a cada grupo de dragones, y ella no estaba segura de que la estuviera escuchando.

«*¡Oh!* —pensó—. *Soy idiota. Por supuesto*». Claro que buscaba a sus hermanos y hermanas. Sólo los había visto una vez, pero a menudo estaban en su mente; se había preguntado en voz alta por ellos varias veces en las últimas semanas.

Sol no los conocía, así que no podía ayudarlo en su búsqueda, pero le pisaba las garras mientras caminaban y caminaban por el campamento, que era aún más grande de lo que parecía desde lo alto de la montaña. Aquí y allá vio también a Alas Arenosas y Alas Celestes, lo que la hizo sentirse menos visible, al menos.

De repente, Cieno se detuvo y le cerró el paso con la cola. Señaló con la cabeza a un grupo de cinco dragones agrupados alrededor de una hoguera, dibujando planos de formación en la tierra.

—¿Son ellos? —preguntó Sol en voz baja.

Él asintió y volvió a avanzar.

—Junco —susurró desde las sombras—. Shhh. No grites. Es Cieno.

Los cinco dragones se giraron hacia él cuando entró en el círculo de luz.

—¡Cieno! —gritó el más pequeño, en voz baja. Saltó por encima del fuego y rebotó alrededor de Cieno, pisándole las garras un par de veces por accidente.

—Hola, Pardo —saludó Cieno cariñosamente, golpeando suavemente al pequeño dragón en el hombro—. Todos, esta es Sol. Junco es el alasgrandes; mis hermanas son Sora y Faisán, y mi tercer hermano es Pantano.

—Hola —les susurró Sol a todos, saludando con la cabeza a cada uno de los confiados rostros de ojos marrones—. Me alegro de conocerlos al fin. —La forma en que miraban a Cieno, había un poco de esperanza aterradora allí, como si estuvieran esperando que viniera con escamas a prueba de fuego para protegerlos a todos.

—¿Estás bien? —Preguntó Junco. Era casi, pero no del todo, tan grande como Cieno, y mantenía la cabeza erguida y los hombros hacia atrás como si fuera muy consciente de que él no debería haber sido el alasgrandes. Pero él también miraba a Cieno con esperanza más que con envidia o preocupación

—Nos hemos estado preguntando... hemos oído rumores....

—Oh, estamos bien —tranquilizó Cieno—. Indestructibles. No se preocupen —le sonrió a Junco, dándole un codazo en el costado—. ¿Qué es todo esto? ¿Por qué están aquí?

Los cinco Alas Lodosas intercambiaron miradas, como si no estuvieran seguros de si responder a esa pregunta. ¿Sería traición a su reina? ¿O lealtad a su hermano?

Junco fue el que asintió: *Sí. Díselos*.

—Una gran ofensiva —explicó Faisán, con la voz matizada por la ansiedad, el miedo y la resignación—. Acabar con todos los Alas Heladas que podamos en un gran barrido, y esperar que matemos a Llamas mientras lo hacemos.

—La reina Gallareta nos está guiando ella misma —intervino Junco—. Y se supone que la reina Rubí traerá sus tropas para atacar desde el norte. La orden que llegó fue que sigamos luchando mientras queden enemigos vivos.

—No tomen prisioneros —susurró Sora, estremeciéndose—. Maten a todos.

—Brasas quiere acabar rápido con la guerra, antes de que lo estropeen todo —añadió Pardo—. Eso es lo que se dice por el campamento de todos modos.

—Y mientras los Alas Marinas sigan escondidos, puede concentrar toda su energía en el Reino Helado —explicó Junco—. En destruirlos.

—Hasta el último Ala Helada —terminó Pantano—. A menos que todos muramos primero. —Se quedó mirando las llamas de la hoguera.

Las tres lunas no bastaban para combatir la oscuridad que se cernía sobre ellos, como alas de sombra que se plegaban sobre sus cabezas. El fuego parpadeaba y escupía, iluminando las escamas inferiores ámbar y las colas de marrón oscuro con ondas de luz anaranjada.

—No puede hacer eso —dijo Sol. Podía oír cómo le temblaba la voz—. Todos ustedes contra los Alas Heladas, podrían acabar con ellos. *Con toda la tribu*.

—Y muchos de ustedes morirán en el intento —exclamó Cieno, rodeando a Pardo con un ala—. Hace tanto frío en el Reino Helado.

Estuvimos allí, sólo en las afueras, y estaba helado. Imagina lo peor que será en el corazón del reino, o en el palacio de Glaciar. Cientos de dragones morirán congelados. Podrían... no deben... —Se interrumpió, aclarándose la garganta.

Pantano y Sora se acercaron a él y él extendió la otra ala para rodearlos también con torpeza.

—Tiene razón —dijo Sol—. Esta es una misión suicida. Suicidio o genocidio, esas son sus dos únicas salidas. Cieno, no podemos dejar que esto suceda.

—¿Qué más podemos hacer? —exigió saber Junco—. Somos parte de un ejército. Estas son nuestras órdenes, órdenes de nuestra reina.

—Podrían huir —sugirió Cieno—. Vengan con nosotros. Los esconderemos.

—Podemos, pero sabes que eso no es suficiente —le dijo Sol—. Tenemos que evitar que esto ocurra.

—Somos cinco contra la reina Gallareta, la reina Rubí y todo el ejército de Brasas —señaló Junco—. ¿Quién va a escucharnos?

—Estoy segura de que no son los únicos preocupados —intervino Sol.

Se giró para mirar los fuegos a su alrededor y se preguntó cuántos de los dragones dormidos estaban atrapados en pesadillas sobre las batallas por venir.

«*Pesadillas*». Tocó la bolsa que llevaba en la garganta. Se le estaba ocurriendo una posible idea.

—¿Cuándo se supone que van a atacar? —preguntó Cieno.

—Saldremos mañana por la mañana —respondió Faisán—. Unos días para cruzar las montañas y el desierto. Los que lo logren. Y luego llegaremos al Reino Helado.

—Así que tenemos que hacer algo al respecto ahora —dijo Sol, poniéndose de pie y paseándose alrededor del fuego—. ¿Dónde está la Reina Gallareta? ¿Está aquí? ¿Lo saben?

Junco y los demás parecían alarmados, aparte de Pardo, que parecía entusiasmado.

—No puedes ir a hablar con la reina —advirtió Junco—. Ella nunca los dejará escapar. Hay órdenes de capturarlos a todos si los ven, aunque todos buscan a cinco dragonets juntos, y la mayoría de los dragones no saben cómo se ven. Pero si entran directamente en su campamento, más vale que se pongan sus propias cadenas.

—No vamos a hacer eso —prometió Sol—. Tengo un plan. Una especie de plan. Algo que vale la pena intentar de todos modos. Entonces, ¿hacia dónde está?

Pardo agitó su cola hacia el centro del campamento.

—Justo en el medio de todo —dijo—. Como una verdadera alasgrandes.

—Por favor, no la maten —suplicó Sora en voz baja—. No es una mala reina.

—No lo haremos —le aseguró Cieno—. Nunca lo haríamos. Nosotros no hacemos eso.

—Volveremos —les prometió Sol. Se sumergió en la oscuridad con Cieno detrás de ella, zigzagueando de nuevo entre los fuegos.

—¿De verdad tienes algún tipo de plan? —preguntó Cieno—. Porque no tengo ningún plan. Excepto quizá un plan de vomitar, estoy muy nervioso.

—Yo sí —aseguró Sol, enroscando sus garras alrededor del visitasueños—. Sólo tengo que ver a la reina y asegurarme de que está durmiendo.

—Oh —exclamó Cieno—. Ajá. —Tomó la delantera, ajustando su dirección, y pronto vieron un círculo de fuegos ardiendo brillantemente delante de ellos. Entre las hogueras había guardias bien despiertos, con la mirada alerta hacia el campamento y hacia el cielo.

Pero más allá de los guardias podían ver una enorme dragona, tan grande como Oráculo, acurrucada en un ovillo de sueño. La luz del fuego se reflejaba en sus escamas rojizas y captaba el brillo de las piedras preciosas de sus tobillos y su cabeza. Las espinas de su espalda se movían lentamente arriba y abajo mientras respiraba.

A su alrededor había otros cuatro dragones, todos más pequeños que ella, todos relucientes de gemas y durmiendo también.

—¿Sus hermanos y hermanas? —adivinó Sol. Se detuvieron fuera de la vista de los guardias, estudiando el campamento real.

Cieno asintió.

—Creo que sí. —Sonrió—. Si Nocturno estuviera aquí, podría decirnos todos sus nombres e historias personales y lo que cada uno desayuna cada día.

Sol le devolvió la sonrisa, aunque por dentro sentía que su estómago intentaba comerse a sí mismo.

—Recuerdo una cosa que leí —mencionó—. Decía que ninguna Ala Lodosa había sido desafiada por una hermana, sólo por hijas. Entonces no lo entendí, pero ahora sí. En tu tribu, los hermanos y hermanas siempre son

leales entre sí. Una hermana nunca intentaría arrebatarle el trono a su alasgrandes.

Cieno asintió.

—Eso me parece bien.

Sol se quedó mirando a la reina, intentando memorizar sus rasgos, o lo que podía ver de ellos. ¿Funcionaría? ¿De verdad iba a arriesgarse?

La imagen de cientos de cadáveres de Alas Heladas pasó por su cabeza. «*Claro que sí*».

Movida por otra idea, estudió también a todos los hermanos y hermanas de la reina. Se preguntó cuántas veces se podría utilizar el visitasueños en una noche.

—De acuerdo —dijo, apartando a Cieno.

Eligieron la zona de sombra más oscura que pudieron encontrar, fuera del campamento, con las montañas cerniéndose sobre ellos.

—Quizá deberías ser tú quien hiciera esto —le susurró a Cieno, intentando pasarle el visitasueños.

Él negó con la cabeza y se lo devolvió.

—Ya lo has usado antes. Y sabrás qué decir. Y si soy yo... bueno, puede que piense que es un sueño normal, simplemente otro Ala Lodosa expresando sus ansiedades internas o algo así. Pero si eres tú, sabrá que es real. Un mensaje real de los dragonets, porque nadie más se parece a ti.

«*Es verdad* —pensó Sol. Y luego, irónicamente—. *Así que tal vez hay una buena razón para verse tan rara después de todo*».

—Puedes hacerlo, Sol —animó Cieno—. Estoy completamente seguro. —Enroscó su cola alrededor de la suya y ella se sintió un poco menos aterrorizada.

Sol rodeó el visitasueños con las garras y se lo acercó a la cabeza, cerrando los ojos. Sólo lo había usado con sus amigos.

«*Por favor, que funcione*», rezó.

Pensó en la enorme dragona marrón que acababa de ver. «*Reina Gallareta. Déjame entrar*».

Después de un largo momento, abrió los ojos y se encontró con barro hasta los tobillos. El lodo se extendía a su alrededor, un pantano interminable y cálido salpicado de manglares y cocodrilos adormilados. El sol estaba en lo alto de un cielo brumoso y los insectos zumbaban entre las largas espadañas.

Sol giró en círculo y vio a la reina Gallareta paseando por una isla seca que sobresalía del barro. Había varios pergaminos esparcidos alrededor de sus garras, muchos de ellos cubiertos de salpicaduras marrones, y un gran

mapa de Pirria estaba arañado en la tierra. La reina azotó con la cola y trazó largas líneas con sus garras sobre las montañas, surcando con ellas el esbozado Reino de Arena, y luego acuchilló furiosamente la esquina del mapa que representaba el Reino Helado. Se detuvo, sacudió la cabeza y miró el barro.

Con una sacudida de horror, Sol se dio cuenta de que había cadáveres medio sumergidos alrededor de la isla de la reina. Reconoció al menos a uno de ellos como uno de los hermanos de la reina, que había estado durmiendo cerca, en el campamento real.

«*Esto es una verdadera pesadilla. Puede que no sea capaz de oírme*».

Pero Sol tenía que intentarlo. Vadeó el barro, que se sentía pegajosamente real contra sus escamas, y trepó hasta la isla detrás de la reina Ala Lodosa.

Gallareta se dio la vuelta y la miró fijamente.

Sol extendió las garras.

—Soy inofensiva —exclamó—. Estoy aquí para hablar.

—¿Aquí? ¿Ahora? —exigió la reina—. ¿No ves que estoy en medio de una campaña? ¿Y todos están muriendo y es culpa mía y no puedo salvarlos? —Clavó sus garras en el Reino de Arena y volvió a mirar hacia el barro. Le temblaron las alas y bajó el hocico hacia el cadáver más cercano—. No. *No*, te *ordeno* que no mueras.

—Esto es un sueño —intervino Sol con firmeza y en voz alta—. Sólo estás soñando. Te lo prometo.

La reina se apartó del cadáver.

—Hmm —murmuró.

—Es una pesadilla —continuó Sol—. Pero no están muertos. Tus hermanos y hermanas duermen a tu lado en el campamento. Están a salvo, al menos por ahora.

—¿Qué significa eso? —preguntó la reina Gallareta. Su voz sonaba menos tensa y sus alas se relajaban—. ¿Es una amenaza?

—No —se apresuró a decir Sol—. Yo también quiero que estén a salvo. Quiero que todos tus súbditos estén a salvo. Por eso estoy aquí.

La reina miró al cielo, luego al pantano, al mapa y de nuevo a Sol.

—¿Esto es realmente un sueño? Entonces, ¿cómo es que estás aquí?

—Magia antigua —explicó Sol—. Pero eso no es importante. ¿Sabes quién soy?

—Tengo una suposición —dijo la reina— ¿No deberían ser cinco?

—Somos cinco —afirmó Sol—. Pero yo soy la que está aquí hablando con usted. Estoy aquí para decir que no ataquen el Reino Helado. Ni

mañana, ni nunca. Demasiados dragones morirán si lo hacen, en ambos lados.

—¿Eso es un presagio? —preguntó la Reina Gallareta—. ¿Su Ala Nocturna te dijo eso?

—Sabes que no hace falta una profecía de un Ala Nocturna para ver ese futuro —dijo Sol, tocando ligeramente con una garra el mapa arañado que tenía a su lado—. *Sabes* cuántos de tus dragones perderás.

La reina trazó una línea en el suelo delante de ella.

—Pero entonces la guerra habrá terminado, y tal vez eso valga la pena. Brasas nos ha prometido inmunidad contra ataques durante los próximos cien años si la ayudamos a ganar. Si no lo hacemos, nos destruirá. Ella es una enemiga poderosa, pequeña Ala Arenosa. Mucho más poderosa que tú, y es una enemiga que no tengo intención de tener.

—No tienes que tenerla —intervino Sol.

«*¿Así es como Brasas consiguió su alianza con los Alas Lodosas? ¿Con intimidación y amenazas? Así que la Reina Gallareta se unió a la guerra para proteger a sus dragones.... Suena retrógrado, pero puedo verlo*».

—Vamos a terminar la guerra. Tenemos un mensaje para Brasas: reúnete con nosotros a medianoche dentro de siete días, en el patio principal de su fortaleza. Si puedes decirle que haga eso en lugar de atacar a los Alas Heladas, encontraremos una manera de detener la guerra. Y tú también puedes venir. Queremos que todos vean que este es el fin de la lucha. No tienen que morir más dragones.

La reina Gallareta ladeó la cabeza con expresión escéptica.

—Suena como un cuento de uno de los tontos pergaminos románticos de la reina Ala Marina. ¿Qué piensas hacer?

—Ya lo verás —dijo Sol—. Simplemente vaya. Esté allí en lugar de ver morir a tus dragones en el Reino Helado. Trae también a los Alas Celestes. Todos los que quieran que esta guerra termine.

La reina asintió lentamente.

—Lo pensaré. ¿Estás eligiendo Brasas, entonces?

—Estamos eligiendo la paz —contradijo Sol—. Eso es lo importante.

—Eso suena como si estuvieras evitando la pregunta —señaló Gallareta.

—¿Acaso importa? —preguntó Sol— ¿Mientras la guerra haya terminado?

La reina se quedó pensativa un buen rato y suspiró.

—Tal vez no.

—Asegúrese de que Brasas está allí —continuó Sol—. Es importante.

—Eso parece —coincidió la reina Ala Lodosa. Pasó su cola sobre el mapa de Pirria, borrándolo y todas las agonizantes marcas de garras que había dibujado en él—. Veré qué puedo hacer.

A Sol le sonó un poco ridículo: si la reina de los Alas Lodosas no podía hacer lo que le había pedido, ¿qué posibilidades tenía nadie? Pero no lo dijo. Se inclinó y dio un paso atrás.

—Gracias, Majestad —dijo en su lugar.

—Buena suerte —deseó la reina—. Eres muy pequeña para ser la encargada de salvar el mundo.

—Y de aspecto raro también —coincidió Sol—. Pero podemos hacerlo si todo el mundo ayuda.

—Hmmm —la reina Gallareta acercó sus alas y miró los cuerpos cubiertos de barro de sus hermanos y hermanas a su alrededor—. Tal vez.

Cuando Sol apartó el visitasueños de su cabeza, saliendo del sueño, creyó oír a la reina susurrar una última cosa.

«Eso espero».



CAPÍTULO 23

Sol estaba cansada después de visitar el sueño de la reina, pero se obligó a entrar en los sueños de los hermanos reales a continuación. Tres hermanos y una hermana, todos con sueños de ansiedad similares, la mayoría sobre la muerte de la reina Gallareta. Uno de los hermanos estaba teniendo una pesadilla tan terrible que Sol no fue capaz de llegar a él en absoluto, pero los otros la vieron, y parecían escuchar lo que decía. Cada uno contestó que era Gallareta quien debía tomar la decisión, pero Sol tenía la sensación de que la reina escucharía a sus hermanos más que a cualquier otro consejero que pudiera tener, y si ellos podían persuadirla... bueno, valía la pena correr el riesgo.

Después de eso, mientras Cieno y ella caminaban de regreso por el campamento, entre tantos dragones dormidos, ella se detuvo y rozó el ala de él con la suya.

—Podemos hacer más —dijo—. No todos, pero... si aunque sea unos pocos dragones hablan de haber recibido mensajes nuestros en sueños, quizá eso marque la diferencia.

—¿No estás cansada? —preguntó Cieno—. Te ves como si no hubieras dormido en una semana.

Últimamente había volado mucho y era agotador, más de lo que estaba acostumbrada, y lo único que quería era acurrucarse bajo el ala de Cieno y dormir durante el mes siguiente. Pero eso no era posible.

—Puedo hacerlo —le aseguró.

—Déjame hacer algo a mí también —dijo él, tendiéndole las garras—. Puedes descansar mientras lo hago.

Eligieron dragones dormidos al azar, que se encontraban en las sombras cercanas y se dejaban caer suavemente en sus sueños. La mayoría eran pesadillas; había pesadillas por todo el campamento. A veces Sol podía abrirse paso y mostrarles que estaban soñando, y entonces escuchaban. Sus mensajes eran breves: La guerra casi ha terminado.

No más muertes. No vayan al Reino Helado. La guerra terminará pronto. Tú puedes ayudar. Deja de luchar. Corran la voz.

Volvieron a encontrar a Junco y a los demás cuando la luz de la mañana empezaba a deslizarse por el campamento. Pardo, Pantano y Sora estaban profundamente dormidos en un montón de colas y alas, pero Faisán y Junco estaban despiertos, buscándolos con expresiones ansiosas.

—Hicimos lo que pudimos —susurró Cieno, apretando sus garras contra las suyas—. Esperemos que pronto reciban nuevas órdenes.

—Pero deberíamos irnos antes de que nos vean —dijo Sol

— ¿Quieren venir con nosotros? —preguntó Cieno.

Junco suspiró y miró a sus hermanos y hermana dormidos.

—No. Quiero decir, sí queremos, pero somos leales a la reina y no queremos ser fugitivos. Ojalá pudiera dejarles al menos a Pardo o a Pantano, pero no nos dejarán al resto. Permaneceremos juntos. Esa es nuestra manera.

—Lo siento —murmuró Cieno de mala gana—. Ojalá pudiera quedarme. Si tienes que luchar... Ojalá pudiera estar allí contigo.

—Yo también —admitió Junco en voz baja.

Faisán sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Dio un codazo a los demás para que se despertaran y cada uno se despidió de Cieno con un abrazo.

—Hasta pronto —despidió Sol, intentando parecer más esperanzada de lo que se sentía.

—Cuídense —dijo Cieno—. Me alegro de que tengan a Junco. —Volvió a envolver a su hermano con las alas y Sol y él salieron corriendo por el campamento hacia la seguridad de las montañas. Permanecieron en el suelo, temerosos de que los guardias los descubrieran si volaban tan cerca del campamento.

La mayoría de las hogueras no eran más que brasas moribundas, pero algunas habían sido reconstruidas y el olor a carne asada y humo flotaba en el aire previo al amanecer. Los pájaros revoloteaban y piaban en los árboles a intervalos desganados, como si no estuvieran seguros de si debían estar despiertos todavía. A Sol le dolían los ojos y nunca había sentido las alas tan pesadas.

Habían llegado a los matorrales de las colinas que dominaban el campamento cuando Sol oyó un sonido diferente detrás de ellos. No era el susurro ni los pisotones de los dragones ni el tintineo de las armas.

Oyó canto.

Oh, los dragonets se acercan...

—Cieno —susurró— ¿Oyes eso? ¿Me lo estoy imaginando? —Él se detuvo y levantó la cabeza para escuchar.

Vienen a salvarnos la vida...

Voces en el campamento de abajo, más de una, en diferentes partes del campamento. Los Alas Lodosas estaban cantando.

Vienen a luchar... por lo que saben que es correcto...

Era la inquietante versión que habían oído por última vez en el Palacio Celeste, no la habitual canción de bar que Tsunami solía cantar por la cueva cada vez que quería molestar a los guardianes. Sol había estado atrapada en su jaula, sola, expuesta sobre el banquete que Escarlata le ofrecía a Brasas. Pero todo el mundo lo había oído: el sonido de los prisioneros cantando, resonando por encima de los acantilados en la noche. Sol recordaba la sensación de escalofrío y esperanza que le había producido, y también recordaba las expresiones de los rostros de algunos soldados. Esperanza, temor, añoranza... la mayoría de ellas mucho más complicadas que la pura furia visible en Escarlata y Brasas.

Ahora volvía a sentirlo, como si la arena se deslizara por sus escamas a lo largo de su espalda. Esos dragones que cantaban eran los dragones que creían en ellos. Ellos eran la razón por la que ella y sus amigos tenían que hacer esto.

«*Espero que podamos hacerlo. De verdad, de verdad espero que podamos hacerlo*».

Miró a Cieno, que le sonrió. El mero hecho de estar cerca de él le hacía sentir que todo era posible. Cieno era tan real, sólido, fiable y amable. Siempre estaría ahí.

Cieno había evitado que se mataran unos a otros mientras crecían bajo la montaña, atrapados entre ellos y sus guardianes. Si él no hubiera estado allí, ¿se habrían parecido más a los «alternos», los falsos dragonets del destino, que se odiaban entre sí? ¿Habrían acabado Tsunami, Gloria y Nocturno así, hostiles, agresivos y enfadados todo el tiempo, si no hubieran tenido a Cieno para mantenerlos unidos? ¿Habría acabado Sol como Profecía, aferrándose a la creencia en una amistad y una lealtad que no existían?

Pero eso no había ocurrido. Habían tenido a Cieno, y él había evitado que se pelearan demasiado, y hacía bromas cuando alguno estaba triste, y había hecho que se preocuparan los unos por los otros, y creía en todos ellos. Los había convertido en una familia, aunque fueran de tribus diferentes.

«*Él realmente es nuestro alasgrandes*».

—Volvamos con los demás —alentó ella, y él asintió, y pronto estaban volando de regreso a la selva.

«*Seis días más*».

«*Podemos hacerlo*».

* * *

—¿No va a venir? —gritó Sol— ¿Cómo qué no?

Gotas de lluvia cayeron sobre sus alas, haciendo que las flores de hibisco rosas y rojas se arremolinaran junto a ella hacia el suelo.

Jambu sacudió la cabeza, literalmente azul desde los cuernos hasta la cola.

—Lo intentamos, pero todos los Alas Heladas con los que hablamos se rieron de nosotros. Dijeron que Llamas nunca sale de su fortaleza, y no lo hará hasta que Glaciar la deje ir, que será cuando Brasas y Ampolla estén muertas.

—Saben que, si se acerca a una de sus hermanas, está muerta —agregó Manglar—. Ella no tiene ninguna oportunidad en un duelo.

—¿Entonces por qué los Alas Heladas la apoyan? —cuestionó Gloria enojada—. ¿No quieren que los Alas Arenosas tengan una reina fuerte? No, claro que no —se respondió a sí misma, calculando mientras hablaba—. El único reino con el que comparten frontera, ¿no sería genial que estuviera gobernado por una dragona vanidosa y tonta que estuviera totalmente en deuda con ellos e hiciera todo lo que su reina le ordenara? Enloquecedor para nosotros, pero sensato para ellos. La reina Glaciar sabe lo que hace. A menos que pierda (como si Llamas muriera de alguna forma), en cuyo caso tendría que lidiar con Brasas justo en su frontera, toda enfurecida y buscando venganza. De acuerdo, sí, puedo ver por qué la mantendría encerrada a salvo. Por las tres *lunas*.

—Eso fue como ver su cerebro trabajar en el exterior de su cabeza —le dijo Profecía a Nocturno.

—Bueno, no podemos dejar que se quede encerrada —señaló Sol—. No va a funcionar a menos que las tres hermanas estén allí. ¿Verdad? ¿No están de acuerdo?

—Sí —confirmó Gloria, y Tsunami y Nocturno asintieron también—. Si lo que quieres es forjar un tratado de paz, todas las combatientes tienen que estar presentes para aceptarlo. —Gloria se rascó el hocico, pensativa—. Tal vez bastaría con que estuviera la reina Glaciar... pero no creo. Glaciar

sabría que parecería debilidad venir en su lugar y dejar que Llamas se quedara escondida. Es más seguro que ninguna de las dos aparezca.

—¿Pero la reina Glaciar no quiere terminar la guerra también? —dijo Sol—. Estoy segura de que sí. Estoy especialmente segura de que lo haría si supiera lo que Brasas y los Alas Lodosas estaban planeando hace unos días, incluso si han pospuesto sus planes de invasión por ahora.

—¿Estamos seguros de eso? —preguntó Nocturno—. ¿Realmente no están invadiendo?

—No parece —indicó Gloria. En su hombro, su perezosa se despertó, gorjeó somnolienta y se arrimó más a su ala antes de volver a cerrar los ojos—. Hemos hecho una visita onírica con el hermano de Cieno y también hemos enviado exploradores para comprobarlo. Parece que ese campamento Ala Lodosa está en un patrón de espera, nadie volando a matar Alas Heladas, al menos por ahora.

—La reina Gallareta está esperando a ver qué pasa en la fortaleza —explicó Sol, sacudiendo las flores sueltas de sus alas—. Lo que significa que nuestro plan realmente tiene que funcionar, o de lo contrario la invasión todavía podría suceder. Tal vez si pudiéramos decirle eso a la reina Glaciar, dejaría venir a Llamas.

—Tal vez —dijo Tsunami—. Pero no podemos llegar a la reina si está en su palacio de hielo, no es que sea seguro ir a hablar con ella sin importar dónde esté.

—Y ninguno de nosotros la ha visto, así que ni siquiera podemos visitarla en sueños —señaló Cieno.

—Pero *podemos* visitar en sueños a Llamas —sugirió Sol—. Creo que eso es lo que tenemos que hacer. Gloria, deberías hacerlo. Eres muy convincente.

Gloria miró el zafiro cuando Sol se lo pasó. Lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—No, no me escucharía. Decía que yo no debía formar parte de la profecía, ¿recuerdas? No me tomaba en serio.

—Y le tiene envidia a Gloria —intervino Mortífero—. A Llamas no le gustan los dragones más bonitos que ella. Y Gloria lo es. No es que me haya dado cuenta personalmente. Es sólo un hecho.

—Ya basta —exigió Gloria, plegando las alas, pero no antes de que Sol viera los toques de rosa que florecían en los bordes—. Ya he dicho que puedes ser el intermediario de los Alas Nocturnas, así que la adulación no te conseguirá nada más, Sr. Escamas Inteligentes.

—No es adulación decir lo obvio —protestó.

—Debería ser Sol o Tsunami —sugirió Gloria, ignorándolo y pasando el zafiro de nuevo a las garras de Sol—. De hecho, Tsunami resultó herida al intentar ayudarla, así que eso podría impresionarla. Pero Tsunami es tan diplomática como un rinoceronte hambriento, así que probablemente votaría por Sol.

—RUEGO QUE ME PERDONES —objetó Tsunami—. Puedo ser MUY DIPLOMÁTICA. Cuando quiero.

—Estoy segura —dijo Gloria— ¿Algún otro voto?

Mientras cada uno de ellos votaba por ella, Sol sintió como si sus propias escamas se volvieran de color rosa.

—Ustedes... ustedes... ustedes son una panda de... —balbuceó Tsunami.

—¿Saliva de camello con cara de rana? —sugirió Sol.

Tsunami se echó a reír tanto que casi se cae de la rama.

—Está bien —dijo, recuperándose al fin—. No veo cómo puedo competir con ese dominio del lenguaje.

—Pero entonces deberías usar el visitasueños para hablar con tu madre —señaló Sol—. O con alguien de tu reino. Algunos Alas Marinas deberían venir a la fortaleza, si alguno está dispuesto, para ver qué pasa.

Tsunami asintió, golpeando cariñosamente el hombro de Sol.

—Yo puedo hacerlo. De todos modos, me gustaría ver cómo está Anémona.

Esa noche, Sol tomó el visitasueños y voló a la charca junto a los túneles. Eligió el túnel que llevaba del Reino de Arena a la selva. El que llevaba al Reino Nocturno olía a escamas quemadas y a fuego, y aún irradiaba calor.

Se agachó en la parte más oscura del túnel, donde la oscuridad era total. No había nada a su alrededor que le ofreciera una pista sobre dónde se encontraba. Aunque el visitasueños la vislumbrara, todo lo que vería sería oscuridad. Con suerte, Llamas pensaría que se trataba de una cueva en las montañas, en todo caso.

Cerró los ojos y volvió a acercar el zafiro a su cabeza. Zumbaba de un modo extraño, como un canto lejano que se escucha débilmente a través de las capas de roca.

«*Llamas.* —Sol imaginó a la hermosa Ala Arenosa. Sólo se habían visto una vez, en el Reino Helado. Después, oyó a Tsunami describiéndole a Llamas a Kinkajú—: *“Es guapa pero tonta, una de esas dragonas demasiado optimistas. Como Sol a veces, aunque Llamas es más egocéntrica”*».

Esta comparación había hecho que Sol quisiera destrozar un árbol con sus garras. Ella no era nada, *nada* como Llamas, y si Tsunami pensaba eso,

entonces realmente debía pensar que Sol era una idiota sin cerebro en la cabeza.

«*No pienses en eso ahora. Concéntrate en entrar en los sueños de Llamas*», pensó, y entonces abrió los ojos y se dio cuenta de que ya estaba allí. Estaba en el desierto, con las garras hundidas en la arena caliente.

Llamas volaba y sus escamas pulidas brillaban bajo la luz del sol. Brillaba contra el cielo azul y sus hermosas joyas resplandecían a lo largo de sus escamas. Seguía dando vueltas en el aire y girando la cabeza para mirar hacia abajo, no muy lejos de donde estaba Sol, pero al principio no pareció fijarse en ella. Sol se levantó sobre sus garras traseras para mirar a su alrededor y divisó un claro charco de agua no muy lejos. Llamas se estaba admirando en el reflejo perfectamente inmóvil.

—Santo cielo... —murmuró Sol. Agitó las alas y saludó a la Ala Arenosa en el cielo. Fue necesario agitar mucho las alas para que Llamas diera un pequeño respingo y se girara para mirar a Sol.

Sol le hizo una seña, queriendo tener esta conversación en tierra firme.

Llamas aterrizó frente a ella y pateó arena en la nariz de Sol sin darse cuenta de que lo había hecho. Movió la cola y se sentó con elegancia.

—Hola. Te conozco, ¿verdad? —preguntó.

—Nos conocemos —afirmó Sol—. Soy una de los dragonets. —Eso fue todo lo que tuvo que decir. «Dragonets del destino» ya no le sonaba bien, no desde que había descubierto la verdad sobre la profecía. Se preguntó brevemente qué pasaría si les dijera a las hermanas Alas Arenosas que la profecía era falsa.

«*Entonces sí que no nos escucharían* —pensó—. *No tendríamos ninguna oportunidad de hacer que esto funcione. Tenemos que dejar que lo crean, al menos por ahora*».

—Oh, por supuesto, la Ala Arenosa de aspecto extraño —dijo Llamas—. Cierto. ¿Qué collar crees que me queda mejor? Siempre me han gustado los rubíes, pero estas esmeraldas también son preciosas, ¿no? —Le tendió dos collares repletos de gemas, colgados de sus garras

—Llamas —llamó Sol— ¿Quieres ir a casa?

La princesa Ala Arenosa miró a su alrededor, parpadeando.

—¿No estoy en casa?

—Esto es un sueño —aclaró Sol pacientemente—. Quiero decir, realmente en casa. Tu hogar, la fortaleza y el desierto, la arena, los lagartos asados y el cálido sol todos los días.

—Cielos —dijo Llamas con un suspiro melancólico—. Recuerdo mis habitaciones en la fortaleza. Eran tan grandes y bonitas, con ventanas altas

en tres paredes. Realmente me veo mejor a plena luz del sol. —Extendió las alas y las agitó con gracia, admirándolas.

Sol consiguió no poner los ojos en blanco.

—Así que ven con nosotros. No sigas escondiéndote en esa fortaleza fría y oscura. Si vienes a la fortaleza del desierto, acabaremos con esta guerra y podrás volver a casa.

—¿Qué? —balbuceó Llamas, ladeando la cabeza—. ¿Ahora mismo?

—En tres días —dijo Sol— ¿Nadie te ha dado nuestro mensaje?

—Nadie ha dicho nada de un mensaje —afirmó Llamas—. ¡De los dragonets de la profecía! ¿Cómo han podido ocultarme algo así? Pues *me* siento ofendida. —Se quedó pensativa un momento y luego se animó—. ¡Oh! ¡Así *que* me eligieron!

—Bueno, espera —cortó Sol—. Aún no hemos elegido a ninguna. Nosotros...

—Claro, por supuesto, no lo han anunciado ni nada, pero van a elegirme. me van a elegir. Al fin y al cabo, la única forma de volver a casa es que mis hermanas estén muertas. ¡Oh, qué bonito! Sabía que me elegirían; soy muy simpática. ¿Y no quiere todo el mundo una reina hermosa?

«*En absoluto*», pensó Sol.

—Realmente estamos buscando un resultado pacífico —explicó—. Ese es nuestro objetivo. Y entonces, quien se convierta en reina…

—¡Voy a pedir un brazalete nuevo para celebrarlo! —declaró Llamas, saltando y casi bailando alrededor de Sol—. ¡Y una corona! ¡Claro que necesito una corona! Oh, ahora sí que tengo que decidirme, ¿rubíes o esmeraldas? Supongo que podría tener dos coronas. O montones y montones de coronas. Estoy tan emocionada.

—Llamas, para —exigió Sol desesperadamente. La princesa no la estaba escuchando en absoluto, y ella no quería mentirle, ni hacerla aparecer con falsos pretextos—. Lo importante es que estés allí, en la fortaleza. Y luego ya veremos quién debe ser la reina. Puede que no seas tú. ¿Entiendes?

—Glaciar también va a estar contenta —dijo Llamas, hablando por encima de Sol—. Tendré que convencerla de que me deje ir, pero puedo ganar discusiones cuando realmente quiero. También le diré que hay una corona nueva para ella. Creo que le quedan mejor los zafiros, naturalmente.

—¿Así que estarás allí? —preguntó Sol—. ¿Aun sabiendo que podrías no ser reina cuando todo termine?

Llamas ya estaba volviendo a la charca.

—¡Puedes vivir en mi palacio si quieres! —le dijo a Sol—. Podría darte un trabajo muy importante, ooohh, ¡cómo ayudarme a vestirme por las mañanas! A veces tardo simplemente horas en elegir la tobillera adecuada.

—¡Medianoche en la fortaleza! —gritó Sol tras ella—. ¡Tres medianoches a partir de esta noche! Eso significa no esta noche, ni mañana por la noche, sino la noche siguiente. ¿Lo recordarás? ¿Contarás bien?

—¡Reina Llamas! —cantó la princesa Ala Arenosa mientras se elevaba en el aire—. ¿No suena bonito?

«*Oh, vaya*», pensó Sol. Salió del sueño y se quedó mirando la negrura a su alrededor.

«*¿La escuchará la reina Glaciar? ¿Estará allí?*».

«*¿Y si todo se viene abajo y fracasamos?*».

Agarró con fuerza al visitasueños con sus garras.

«*Esa no es una opción. Si Llamas no aparece, volaré al Reino Helado y la arrastraré yo misma*».

«*En cuatro días, o la guerra habrá terminado... o todos estaremos muertos*».



CAPÍTULO 24

Había caído la noche y el cielo estaba lleno de dragones.

Eso fue lo primero que notó Sol cuando salió del túnel a las arenas del desierto. El aire crepitaba con el sonido del batir de las alas y el olor a fuego. Los dragones sobrevolaban el cielo como un millón de murciélagos y sus sinuosas formas se dibujaban sobre las lunas.

Había llegado la hora. Era la noche. Las tres hermanas Alas Arenosas estarían en el mismo lugar por primera vez desde que comenzó la guerra.

«*Si es que aparecen* —pensó Sol. Volvió a mirar el cielo nocturno—. *Ciertamente parece que todos los demás dragones de Pirria podrían estar aquí*».

Y era más fácil verlos de lo que debería debido al misterioso orbe en el cielo. Se había hecho más grande y más brillante cada noche, y ahora tenía el mismo tamaño que las otras lunas, dos de las cuales estaban llenas. Entre las tres llenando el cielo, parecía otra noche más brillante.

«*Una nueva noche más brillante cuando no debería haber ninguna hasta dentro de noventa y cuatro años* —pensó Sol—. *Si eso no es un presagio, ¿qué lo es?*».

Pero no se lo había dicho a sus amigos. Sabía que pondrían los ojos en blanco ante ella y la idea del «destino» o los «presagios». Pero, aun así, esa tercera luna extraña en el cielo la hizo sentir de alguna manera un poco más esperanzada... como si tal vez las cosas fueran a salir bien. Como solía sentirse cuando pensaba en la profecía.

Sol trepó hasta la cresta que dominaba la fortaleza y se detuvo entre dos cactus, contemplándola. La larga estructura negra, todas las sombras a la luz de la luna, era inmensa e imponente incluso desde la distancia, y aún tenía pesadillas sobre la extraña torre. No podía imaginarse volviendo a entrar allí por su propia voluntad.

Pero eso era exactamente lo que estaba a punto de hacer.

El sonido de la arena moviéndose detrás de ella señaló la llegada de sus amigos, y Sol se giró para ver salir del túnel a Cieno, luego a Tsunami, después a Nocturno y a Profecía.

Profecía echó un vistazo al desierto, a la forma en que la arena parecía extenderse hasta el borde del cielo. Se estremeció.

—Este lugar es espeluznante —susurró—. Nocturno, no creo que sea seguro aquí. ¿No deberías quedarte atrás?

Nocturno negó con la cabeza.

—No, tengo que estar aquí. No me voy a perder esto, aunque no pueda verlo. —Había estado practicando con Tamarina, la Ala Lluviosa ciega, toda la semana. Cómo volar con alguien que lo guíe; cómo percibir obstáculos inesperados; y, sobre todo, cómo pedir ayuda.

Sol se deslizó colina abajo hacia ellos y rozó el ala de Nocturno con la suya para hacerle saber que estaba allí. Se inclinó hacia ella, tocándose la venda de los ojos.

—¿Qué *es* eso? —preguntó Profecía, mirando al cielo—. Nocturno ¿por qué hay una cuarta luna?

Sol ya se lo había descrito, aunque su explicación no tenía mucho sentido para ella.

—Creo que se parece más a un cometa que a una luna —le dijo Nocturno a Profecía—. Recuerdo un pergamino que mencionaba algo así en el cielo hace cientos de años. Puede que dé vueltas y sólo vuelva cada mil años más o menos. ¿Has notado los terremotos? Creo que podrían ser causados por el cometa.

El suelo temblaba silenciosamente bajo ellos, como lo había hecho varias veces en los últimos días. Sol clavó las garras en la arena y miró las estrellas.

—Pero no va a caer sobre nosotros ni nada parecido, ¿verdad? —preguntó Profecía—. Porque parece que se ha hecho más grande. Creo que tal vez va a caer sobre nosotros. OOH, CREO QUE ESTOY TENIENDO UNA VISIÓN.

—Deja eso —ordenó Nocturno, golpeándola suavemente con su ala—. Sabes que esos poderes no son reales. Tus visiones son sólo tu imaginación.

Profecía le lanzó una mirada muy indignada que por suerte no pudo ver.

—Sé que eso es lo que dijo Mueverrocas, pero creo que no se aplica a mí. Mis visiones son TOTALMENTE reales, y cuando esta cosa de la luna nos aplaste a TODOS, lamentarán no haberme escuchado.

—De acuerdo —respondió—. Ya veremos.

—¿Dónde está Gloria? —preguntó Tsunami, que volvía de explorar la cima de las dunas.

—Justo detrás de nosotros —dijo Cieno, y se apartó de un salto cuando empezaron a salir más dragones del túnel.

Era extraño saber que todos esos dragones eran Alas Lluviosas, pero ver en su lugar Alas Celestes, Alas Nocturnas y Alas Lodosas. Gloria había decidido traer quince Alas Lluviosas, para que fueran voces de paz, si era necesario, y para que fueran un respaldo peligroso que escupiera veneno, si era *realmente* necesario. Decidió que sería más seguro para sus dragones si venían disfrazados, sus escamas de camuflaje los convertirían en espectadores anónimos. Esas tres tribus eran los disfraces más fáciles: no tenían colas venenosas, garras palmeadas ni garras dentadas.

También había cinco Alas Nocturnas reales, además de Mortífero, que se había negado a quedarse atrás y dejar que Gloria se fuera sin él.

—Pero tú podrías ser útil aquí —había dicho Gloria en la selva—. Podrías vigilar a los Alas Nocturnas por mí.

—Prefiero vigilarte a ti —replicó—. Y a todos los dragones con los que vas a charlar y que literalmente quieren matarte.

—Oye, así es como tú y yo nos conocimos —recordó Gloria—. Quizá yo también les haga desistir de la idea con encanto.

—No estoy seguro de que «*encanto*» sea la palabra que yo usaría —reflexionó, y recibió un golpe en la nariz como agradecimiento.

Pero ella le había permitido elegir a cinco Alas Nocturnas que consideraba más dignos de confianza que el resto, para que la tribu estuviera representada en la reunión. Sol pensó que probablemente era una buena idea, aunque todavía le costaba perdonar a los dragones negros por todas sus mentiras.

Manglar y Grandiosa habían quedado a cargo de todos durante su ausencia.

Los cinco dragonets subieron a la cresta y observaron la fortaleza y las nubes de dragones que ya descendían sobre ella.

—¿Y si empiezan a pelear? —preguntó de repente Profecía—. Todos estos dragones de diferentes tribus que han estado en guerra durante tanto tiempo. ¿Y si pasa algo y empiezan a intentar matarse unos a otros?

Sol enroscó la cola alrededor de sus garras. Qué idea tan horrible. Ni siquiera se le había ocurrido.

—Sería una gran batalla —dijo Mortífero—. Eso podría poner fin a la guerra misma.

—Con cientos de dragones muertos más —agregó Sol—. No, eso no está bien. Los detendremos si es necesario.

—Correcto —acertó Tsunami—. ¿Pidiéndolo amablemente? ¿Ese es el plan?

—Te sorprendería lo efectivo que puede ser pedirlo amablemente —respondió Sol—. Quizá si lo intentaras alguna vez, lo sabrías.

—Ouch —exclamó Gloria con una sonrisa, y Tsunami las fulminó con la mirada.

—Bueno, bajemos antes de que pase algo —sugirió Cieno.

—Antes de irnos —intervino Sol, volviéndose hacia sus amigos—. Sólo... sólo quiero que sepan que los quiero. Y no me arrepiento de nada de lo que ha pasado. No estoy enfadada por la falsa profecía ni porque los Garras de la Paz nos robaran, porque sin todo eso, no habría crecido con ustedes, y ustedes son más importantes para mí que cualquier otra cosa. Son mis hermanos y hermanas. Son mi verdadera familia. Así que ha valido la pena, pase lo que pase.

—Aawwww —exclamó Cieno enternecido, tirando de ella hacia sus alas para darle un feroz abrazo.

—Oh, oh —balbuceó Gloria—. Un discurso sensiblero. Todos vamos a morir, ¿verdad?

—Quiere decir que también te quiere —tradujo Tsunami, arrastrando a Sol lejos de Cieno para poder abrazarla también—. Y yo también lo hago.

—Yo también —añadió Nocturno en voz baja, y todos juntos lo rodearon con sus alas. Sol sintió la curva nervuda de su hombro presionando contra su hocico y olió las hierbas en el vendaje de sus ojos.

«*Pobre Nocturno. ¿Es suficiente respuesta para él? Lo quiero. Pero... como a un hermano. Ojalá sintiera más...*».

No había tiempo para decir nada más. Era casi medianoche. Saltaron al cielo, descendiendo hacia la fortaleza con los Alas Lluviosas y los Alas Nocturnas saliendo detrás de ellos.

Desde arriba, a medida que se acercaban, Sol pudo ver que el patio parecía desierto. El monumento a la reina Oasis era una torre de oscuridad que rechazaba la luz de la luna y proyectaba una larga sombra sobre el círculo de arena que lo rodeaba. Los barracones de los soldados estaban vacíos. Las piedras planas y blancas se extendían inexpresivas, brillando como si estuvieran hechas de la misma materia que la extraña luna. El fuego parpadeaba en las antorchas que tachonaban el patio como garras.

«*¿Y si no vienen?*».

Los dragones que habían volado para observar estaban reunidos a lo largo de las paredes, ala con ala. Habían arrancado las cabezas con pinchos y arrojado los horripilantes trofeos a las arenas de abajo, haciendo sitio en su lugar a los cientos de espectadores.

Era difícil distinguir qué tribu era cuál a la luz plateada de la luna. Todos los dragones parecían tener escamas plateadas, negras y grises. Pero Sol estaba bastante segura de haber visto a Alas Marinas sentados junto a Alas Lodosas; a Alas Heladas junto a Alas Celestes; a Alas Arenosas y Alas Nocturnas y Alas Lluviosas apenas a unas garras de distancia unos de otros.

«*Eso es lo que realmente quiero* —pensó Sol—. *Una Pirria donde todos los dragones puedan ver que somos básicamente iguales, sin importar con qué tipo de armas naturales nacemos, o no nacemos, para algunos de nosotros. Una Pirria en la que no importe de qué tribu seas, porque puedes tener amigos de cualquier tribu. Como nosotros*».

Mientras su mirada escudriñaba las paredes, vio escamas de un Ala Arenosa que le eran familiares y su corazón se estrujó de felicidad. Espina estaba aquí, junto con Seis Garras y Qibli, y sin duda más Forajidos. Aunque todo saliera terriblemente mal, Sol tenía la extraña y cálida sensación de que su madre se preocuparía por ella y querría conocerla, salvara o no el mundo.

Sol se sorprendió al pensar: «*Quizá eso sea mejor que una profecía y un gran destino*».

«*Pero aún tengo que salvar el mundo. Ahora mismo, de hecho*».

Ella estaba a un lado de Nocturno y Profecía al otro; lo guiaron hasta la arena y Sol oyó cómo Profecía le describía la escena en un susurro. Cieno se tumbó a su lado y estornudó cuando le entró arena por la nariz.

Tsunami y Gloria llegaron sin Mortífero, que había sido enviado a las murallas junto con los dragones que habían traído consigo. Sol se sorprendió un poco de que Mortífero hubiera aceptado estar tan lejos de Gloria, pero miró la mirada decidida de Gloria y supuso que tampoco habría discutido por eso.

La propia Gloria iba disfrazada de Ala Celeste, con escamas rojas y doradas ondulando a lo largo de sus alas.

—Irónico, ¿verdad? —mencionó, agitando su cola carmesí—.. Ahora al menos parece que pertenezco a la profecía.

Y a juzgar por los murmullos que llegaban desde arriba, el público pensaba lo mismo.

«*Los cinco dragonets* —pensó Sol—. *Como predijo Oráculo. Aquí estamos, con profecía o sin ella*».

«*Ahora, ¿dónde están las reinas que hieren, queman y arden?*».

Un gruñido retumbante llegó desde la oscura entrada del viejo palacio.

Y Brasas salió a la luz de la luna.



CAPÍTULO 25

«*Por las tres lunas* —pensó Sol—. *Es aún más grande de lo que recordaba*».

Brasas era una dragona enorme y pesada, con cicatrices irregulares por todas sus escamas de color amarillo pálido, incluida una especialmente violenta a lo largo del costado, bajo el ala izquierda. Tenía una herida más reciente en el hocico, que supuraba pus verde oliva y sangre oscura. Sus ojos negros brillaban y sus garras manchadas relucían con lo que parecía sangre fresca mientras se deslizaba por las piedras hacia ellos.

—Así que vinieron —siseó—. Pensé que los rumores no podían ser ciertos. —Lanzó una mirada furiosa a los cientos de dragones que la observaban—. Espero que tengan una buena razón para interrumpir mis planes de batalla.

—Esta guerra ha terminado —dijo Sol, tan fuerte como pudo. Hubo una onda de murmullos a lo largo de las paredes cuando sus palabras fueron transmitidas.

—En serio —exclamó Brasas—. Porque tú lo dices, ¿no?

—Porque todos lo decimos —replicó Tsunami. Agitó las alas para incluir a todos los dragones que había sobre ellos y a su alrededor.

—Interesante —dijo Basas—. Pero veo un problema. De hecho, veo dos problemas, volando hacia aquí ahora mismo.

Sol giró y vio una masa de dragones llegando desde el este. «*Ampolla y sus fuerzas*», pensó esperanzada. Miró hacia el norte y vio escamas plateadas parpadeantes. «*Por favor, que sea Llamas con los Alas Heladas*».

—Es posible que no te mate —empezó Brasas—. Después de todo, me has traído a mis hermanas para matarlas, lo cual, me ha sido más útil que lo que ha hecho cualquier otro dragón. Por otro lado, eres muy molesta.

—No se trata de matar —corrigió Sol. El sonido de los aleteos se acercaba, así que se giró para ver a Ampolla aterrizar junto al monumento

de la reina Oasis. Ampolla hundió sus garras en la arena por un momento, lanzando una mirada mortal hacia el obelisco.

Llamas y la reina Glaciar aterrizaron un momento después, a la izquierda de Sol.

Llamas miró nerviosa a sus hermanas y se mantuvo cerca de la Ala Helada.

Ampolla salió de la arena y se paseó lentamente entre Sol y Cieno, con su mirada de serpiente clavada en Brasas mientras rodeaba a su hermana mayor.

—Sigues viva —comentó Ampolla con voz fría y tranquila—. Es una lástima. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos hacia los dragonets—. Esperaba que hubieran matado a mis hermanas antes de que yo llegara.

—¿Qué? —gruñó Brasas—. Me han elegido a *mí* como reina, no a ti.

—¡No puede ser! —gritó Llamas, luego se apresuró a retroceder hacia Glaciar mientras sus hermanas giraban sus cabezas hacia ella—. ¡Ellos me eligieron! Me dijeron que viniera aquí.

—No hemos elegido a ninguna de ustedes —exclamó Sol con firmeza—. Y definitivamente no vamos a matar a ninguna.

—A menos que tengamos que hacerlo —advirtió Gloria—. Siéntanse libres de provocarnos.

—Shh —siseó Cieno, dándole un codazo.

—Estamos aquí para encontrar una solución pacífica —continuó Sol—. O ustedes tres deciden entre ustedes, *pacíficamente*, quién va a ser reina, o todos los demás aquí presentes decidirán por ustedes. No más ejércitos. No más dragones muertos.

Brasas soltó una carcajada áspera e incrédula.

—Tengo una mejor idea —gruñó—. Primero mato a mis hermanas, y luego los mato a ustedes, y luego los diseco y me paso los próximos cien años hablándole a sus caras muertas de soluciones pacíficas.

Por el rabillo del ojo, Sol vio una ráfaga de movimiento en la parte de la pared donde estaba Espina.

—Nadie te va a dejar hacer eso —le dijo a Brasas, tratando de sonar mucho más valiente de lo que se sentía.

—De hecho —intervino Ampolla de repente—. Ya hice un gesto de paz. ¿No recibiste mi regalo, Brasas?

Se hizo un silencio inquietante mientras Brasas la miraba fijamente.

—Estaba pensando —siseó Ampolla lentamente en la quietud—. Que esta guerra ha durado demasiado. Pensé que si te enviaba un regalo... algo que sé que siempre has querido... entonces tal vez podríamos... arreglar las

cosas y reunir a la familia —sonrió hacia la entrada del palacio y Sol vio a Combustión justo dentro de la puerta, donde lo había visto por primera vez.

—Ajá —gruñó Brasas—. Eso fue de tu parte. Combustión, tráeme la caja.

—¿Ahora? —exclamó él.

—No discutas conmigo —rugió ella, y Combustión desapareció en el palacio.

«*¿Un regalo? ¿Un gesto de paz? ¿reunir a la familia? Eso no suena a Ampolla*. —Sol agitó la cola con ansiedad—. *¿O realmente está dispuesta a retirarse y dejar que Brasas sea reina?*».

Combustión regresó unos instantes después, llevando la caja que Sol había visto en el último piso de la extraña torre, cuando había estado encadenada allí. Al dejarla frente a Brasas, soltó un siseo malévolo.

—Brasas, ten cuidado —advirtió Sol. Tenía una horrible sensación de hundimiento en el pecho, y realmente no le gustaba la expresión de la cara de Ampolla—. Yo... creo que esto podría ser una trampa.

—Claro que lo es —siseó Brasas—. Especialmente si es de mi astuta hermanita. Enviándome un regalo, pensando que lo abriré sin sospechar nada. Como si no reconociera el siseo de la víbora muerde dragones cuando lo oigo.

—No es una trampa —dijo Ampolla con frialdad—. Sé que siempre has querido una para tu colección.

—¿Víbora muerde dragones? —le susurró Profecía a Nocturno.

—Rara y mortal —le susurró él—. La única víbora en Pirria que puede matar a un dragón de un piquete. —Se movió nerviosamente sobre sus garras—. Si eso es realmente lo que hay allí.... Espero que eso no sea realmente lo que hay ahí.

—Bueno, te salió el tiro por la culata —dijo Brasas. Hundió sus garras en la parte superior de la caja y la arrancó con un sonido desgarrador. Rápida como un rayo, sus garras se introdujeron en la caja y sacaron una retorcida y sibilante cuerda de furia escamosa.

La cabeza de la serpiente quedó atrapada entre las garras de Brasas para que no pudiera morderla. Todo su cuerpo se retorcía y azotaba como las anguilas que atacaban en la prisión de los Alas Marinas.

—Conozco tu mente enferma y retorcida. Pensaste que esto me mataría —le gruñó Brasas a Ampolla—. Así que será muy poético cuando te mate a ti en su lugar. —Dio un paso hacia su hermana y se detuvo de repente, mirando hacia abajo.

—Oh —exclamó Ampolla—. Te conseguí dos. ¿Se me pasó decirte esa parte?

Una segunda víbora muerde dragones salió de la caja y hundió sus dientes en el tobillo de Brasas. Sus colmillos venenosos se deslizaron como fragmentos de hielo entre sus escamas.

Los gritos parecían venir de todas partes a la vez. Llamas era probablemente la que más gritaba, chillando y agitando las alas como si fuera ella la mordida. A lo largo de las paredes, los dragones empujaban, gritaban y se inclinaban para ver mejor o despegaban hacia el cielo para alejarse lo más posible de las serpientes.

Brasas estampó un pie contra la segunda serpiente, aplastándola, pero ya era demasiado tarde. Unas venas negras le subían por la pierna y se extendían por sus escamas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nocturno, extendiendo la garra hacia Sol.

Sol tocó su ala con la suya.

—Había una segunda serpiente en la caja y mordió a Brasas.

«Este *era el plan de Ampolla, del que la oí hablar en el espejo. Enviar a Brasas algo que realmente quiere y encontrar una manera de matarla. Inteligente, malvada y siniestra*». Miró a Ampolla, que observaba la agonía de su hermana con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

«*No podemos dejar que sea reina. Toda Pirria estaría en peligro si Ampolla fuera reina*».

«*Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? Ella no va a aceptar a Llamas en el trono en su lugar... y parece que este es el fin para Brasas*».

Brasas soltó un rugido furioso y se desplomó al suelo con un estruendo que sacudió la tierra. Sus alas se agitaron y convulsionaron como si estuvieran poseídas. Arañó el aire, tratando de alcanzar a Ampolla.

—Te mataré —rugió—. Te arañaré... yo... duele... para, para el... —Volvió a rugir, aullando su agonía al cielo.

Su tobillo estaba completamente negro ahora, las garras se enroscaban y se arrugaban.

El veneno subía hacia su corazón, rápido e imparable.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Sol—. ¿Cieno? ¿Nocturno? —Nocturno negó con la cabeza.

Brasas rodó sobre su espalda, resollando mientras los zarcillos negros se enlazaban en el centro de su pecho. Su brazo cayó al suelo, sus garras se abrieron y la primera serpiente se deslizó suelta sobre las piedras del patio.

—¡La víbora! —gritó Llamas—. ¡Nos va a matar!

El pandemónium estalló a lo largo de las paredes.

—¡Vuelen! —gritaron varios dragones.

—¡Mátenla! —rugieron otros—. ¡O nos matará a todos!

Ampolla ya estaba en el aire, planeando sobre ellos y observando con regocijo cómo la serpiente salía disparada hacia los dragonets. Se movía como un rayo, zigzagueando por las piedras más rápido que el vuelo.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! —gritó Tsunami, empujando a sus amigos.

—¡Nocturno! —gritó Profecía.

Sol se giró y vio a Nocturno avanzando a trompicones, con las alas desplegándose, pero despacio, demasiado despacio. Sus garras se extendieron, tratando de orientarse. La serpiente ya estaba casi a sus pies.

Sol y Profecía lo alcanzaron al mismo tiempo, agarrándolo por los antebrazos e intentando elevarlo hacia el cielo. Pero ambas eran pequeñas, y Nocturno era pesado, estaba confundido y era difícil de manejar. Su cola golpeaba el suelo y sus alas casi las desestabilizaban mientras intentaban elevarse en el aire.

La víbora siseó y sonó como si saliera del interior del cráneo de Sol.

«*Va a por uno de nosotros* —se dio cuenta Sol con una sacudida de horror—. *Que sea yo. Por favor, no dejes que Nocturno muera*».

Y entonces algo la golpeó, como si una roca se abalanzara sobre todos ellos. Sol, Profecía y Nocturno cayeron hacia atrás, en una maraña de alas y colas catapultada por el patio. Sol se soltó y derrapó por la arena, estrellándose finalmente contra el obelisco de la Reina Oasis.

Se levantó de un empujón, mareada y desorientada. ¿Qué había ocurrido? ¿Alguien los había empujado? ¿La serpiente había mordido a alguien? ¿Estaba Nocturno bien?

Su cabeza tardó un momento en aclararse, y entonces se dio cuenta de que había un dragón tendido sobre las piedras donde ella había estado un momento antes. El dragón que había chocado contra ellos; el dragón que les había salvado la vida.

Era Cieno.



CAPÍTULO 26

—¡No! —gritó Sol.

—¡Sol! ¡Quédate atrás! ¡La víbora sigue viva! —gritó Mortífero desde arriba. Se dio cuenta de que estaba sujetando a Gloria en el aire, y la reina Ala Lluviosa luchaba por escapar.

Pero nadie la retenía, y no le importaba la víbora. No le importaba si la mordía; no iba a dejar a Cieno allí tirado, muriéndose.

Cruzó el patio y lanzó sus alas sobre él, sacudiéndolo con sus garras.

—¡Cieno! —gritó— ¡Cieno!

Parecía aturdido, pero tenía los ojos abiertos. Quizá la serpiente no lo había visto. No la veía por ninguna parte. Tal vez...

—Ay —chilló Cieno, tratando de incorporarse—. Ow, yo... mi pierna... wow, esto realmente duele. —Se llevó las garras a la cabeza y parecía que se iba a desmayar.

Y entonces Sol vio la herida: las marcas de los colmillos en la carne del muslo derecho de Cieno. Alrededor de los dos agujeros ya había aparecido un estallido negro que latía cada vez más fuerte en sus cálidas escamas marrones.

—Cieno —Sol empezó a llorar—. Por favor, no te mueras.

—Estoy... estoy, uh... abierto a sugerencias —dijo él con una pequeña risa sin aliento. Se llevó la garra a la pierna y retrocedió, apretando los dientes por el dolor.

Tsunami cayó sobre su otro costado y soltó un grito ahogado al ver la mordedura de la serpiente. Se giró para mirar el patio que los rodeaba.

—¿Dónde está la serpiente? —exclamó— ¿Adónde fue?

—No sé —dijo Sol. Apenas podía ver a través de las lágrimas. Se apoyó en Cieno, tratando de enviarle todo el calor de sus escamas.

—Oye, no pasa nada —balbuceó Cieno, aunque tenía las garras apretadas y las alas empezaban a temblarle—. No es un destino tan malo,

Sol. Moriría por salvarlos a ti y a Nocturno una y otra vez si fuera necesario. —Su voz se entrecortó en las últimas palabras y se detuvo, respirando con dificultad.

—Te ordeno que no mueras —exigió Tsunami, agarrándolo por el hombro—. Cieno, para, PARA. Deja de morir AHORA MISMO. —Su voz normalmente mandona estaba llena de pánico.

—¡Ay! —rugió Mortífero desde lo alto del cielo, y un momento después, Gloria se estrelló contra Sol.

—No, no, no —dijo Gloria, mirando al creciente estallido de negro. Sus escamas se habían vuelto verde lirio y blancas, los colores del miedo, el pánico y el dolor—. No, tenemos que ser capaces de detener esto. Tiene que haber algo que podamos hacer. ¡Nocturno! —gritó—. ¡Piensa! ¿Cómo detienes el veneno de una víbora muerde dragones? Los pergaminos debían de decir algo —murmuró, tocando las escamas de Cieno. Él se estremeció cuando sus garras rozaron la zona ennegrecida—. ¿Por qué no recuerdo nada? ¿Por qué se extiende tan rápido?

Sol miró a su alrededor por primera vez y se dio cuenta de que los dragones de las paredes se habían quedado completamente en silencio, mirándolos. Ampolla y Llamas también los observaban, una con frío interés y la otra con horror.

Junto a la pared, Nocturno intentaba encontrarlos, avanzando a trompicones con las garras extendidas, aunque Profecía trataba de arrastrarlo hacia atrás.

Y... había algo que se precipitaba desde el cielo hacia ellos. Algo que ardía de color naranja y echaba humo. Una dragona con escamas ardientes.

—¡Fuera del camino! —gritó Peligro— ¡Sol! ¡Quita a todos del camino!

Tsunami reaccionó primero, saltando por encima de Cieno para empujar a Sol y Gloria hacia atrás. El calor de las escamas de Peligro los envolvió mientras la Ala Celeste caía al suelo y casi se deslizaba sobre Cieno.

—¡No puedes morir! —le gritó Peligro—. ¡No te lo permitiré!

—No... —Tsunami empezó a avanzar—. ¿Qué estás...?

—Estoy quemando el veneno —dijo Peligro, y clavó sus calientes garras directamente en el centro del estallido negro en la pierna de Cieno.

Con un rugido de agonía, Cieno se levantó como si intentara salir volando. Tsunami, Gloria y Sol se lanzaron sobre él y lo inmovilizaron, pero era más grande y más fuerte, y luchaba con fuerza.

—Mortífero, ¡baja aquí! —gritó Gloria, y un instante después el Ala Nocturna estaba allí, sumando su peso al de ellos.

Sol agarró las garras delanteras de Cieno con las suyas y se aferró para salvar su vida.

—¡Cieno, no pasa nada! Te está ayudando.

Pero Cieno sufría demasiado para oírla. Se sacudía y se retorcía, y sus aullidos se clavaban en el corazón de Sol como garras de Ala Helada. Ella cerró los ojos y se inclinó hacia él. El horrible olor a escamas derretidas y carne quemada la asaltó, como si estuviera enterrando el hocico en el volcán de los Alas Nocturnas.

Sintió que más dragones se les unían, sujetando las alas de Cieno y manteniendo sus garras alejadas de Peligro. Cuando volvió a abrir los ojos, era quienes esperaba: Abisal y Nocturno, y también a quien no esperaba: Espina, sujetando las garras de Sol y Cieno entre las suyas.

—Madre —susurró aliviada, apoyando la cabeza en las cálidas escamas de Ala Arenosa.

—Debería haber sido yo —dijo Espina—. Pero no pude llegar a ti a tiempo.

Sol sacudió la cabeza y echó un vistazo a la pierna de Cieno. Peligro aún tenía las garras clavadas en las escamas, arrancando todo lo que había tocado el veneno negro. Había un agujero chamuscado, abierto y sangrante en el muslo de Cieno y Sol tuvo que apartar la mirada rápidamente antes de vomitar.

—No estoy segura de que pueda sobrevivir a esto —le susurró suavemente Espina a Sol—. Una quemadura tan grande...

—Él puede —afirmó Sol con fiereza—. Tal vez nadie más podría, pero *él* puede.

—Escamas aprueba de fuego —dijo Nocturno, frente a ellos.

—Oh. Eso espero... —exclamó Espina, y luego extendió su ala alrededor de la espalda de Sol y la acercó, quedándose en silencio.

Unos instantes después, Peligro dijo:

—Eso es todo —con voz agotada, y dio un paso atrás—. Creo. Más vale que así sea. Ya no veo más veneno, ¿y tú? —le preguntó a Sol—. ¿Cieno? ¿Cieno? ¿Estás bien?

Cieno se había desmayado. Sus alas estaban flácidas y su cabeza se inclinó hacia un lado cuando Abisal lo soltó.

—¿Está bien? —exclamó Peligro, alzando la voz—. ¡Dime que ha funcionado!

—Funcionó —afirmó Gloria. Apoyó las garras en el pecho de Cieno, que subía y bajaba uniformemente.

El veneno negro había dejado de extenderse; Peligro lo había quemado por completo. Sol podía ver cómo sus escamas aprueba de fuego trataban de repararse, cómo el marrón cálido se alisaba sobre las zonas chamuscadas. Pero el agujero que Peligro había tenido que abrirle en la pierna era demasiado grande para que las escamas lo cubrieran. Cieno iba a tener cicatrices y probablemente cojera de por vida.

Pero estaba vivo. Había sobrevivido a la mordedura de la serpiente. Eso era lo único que importaba.

—Gracias —le dijo Sol a Peligro. Automáticamente trató de abrazar a Peligro, pero la Ala Celeste saltó hacia atrás antes de que pudieran tocarse.

—En serio —exclamó Tsunami, frotándose la cara con las garras y echándose hacia atrás—. Tú... eso... no sé qué decir.

Gloria tenía la cola enroscada alrededor de las garras y mantenía sus alas pegadas a su cuerpo mientras olas tras olas de colores extraños se extendían por sus escamas. Mortífero puso un ala alrededor de ella, suavemente, y ella lo dejó.

—Quizá —murmuró Cieno, y todos se inclinaron más para oírlo—. Quizá Peligro sea las alas de fuego. —Volvió a caer en la inconsciencia.

Sol vio la expresión nerviosa y encantada de Peligro y sintió que el corazón le iba a estallar.

«*Los Alas Nocturnas se lo inventaron: "alas de fuego" no era más que una frase bonita para ellos. Pero es algo, y es algo más que las escamas ardientes de Peligro. Peligro nos ayudó porque Cieno es maravilloso. Él fue amable con ella cuando nadie más lo fue y creyó en ella, sin importar lo que hubiera hecho. Su corazón es las verdaderas alas de fuego*».

Miró a sus amigos. «*El corazón de Cieno, el coraje de Tsunami, la determinación de Gloria, la lealtad de Nocturno... Creo que las alas de fuego están dentro de todos nosotros, dentro de cada dragón. Quizá sólo haya que buscarlas dentro y encontrarlas*».

Un siseo siniestro interrumpió sus pensamientos y se dio la vuelta al sentir una sacudida de miedo.

La víbora muerde dragones se deslizaba entre dos de las piedras, observando al grupo de dragonets con una mirada oscura, fría y sin párpados.

Peligro saltó hacia delante y la golpeó con las garras. La serpiente se agitó horriblemente durante un momento y luego se arrugó hasta convertirse en una cáscara arrugada y quemada.

—Ah, bueno —dijo la voz de Ampolla, detrás de ellos—. Eso habría sido conveniente, matar a todos mis enemigos con una sola serpiente, por así decirlo.

Ampolla levantó la cola y los estudió durante un largo rato mientras se giraban para mirarla. Tsunami cuadró los hombros y le devolvió la mirada, con las garras cerradas como si estuviera dispuesta a luchar.

—Pero creo que me ocuparé de ustedes más tarde —siseó Ampolla.

Sus ojos se desviaron hacia las hordas de dragones reunidos y Sol se dio cuenta de que Ampolla no estaba segura de lo que harían. Si Ampolla intentaba matar a los dragonets de la profecía, aquí mismo, delante de todos... ¿la detendrían? ¿Cómo reaccionarían todos?

—Por ahora —añadió Ampolla—. Estoy finalmente a un paso del trono que me corresponde por derecho. Y ese paso, por supuesto...

Volteó hacia su hermana, Llamas, que se encogió contra la reina Ala Helada.

—Es matarte.



CAPÍTULO 27

—No tienes que matarla —protestó Sol mientras Ampolla avanzaba hacia Llamas.

—Tal vez —dijo Ampolla por encima del hombro—. Pero ciertamente quiero hacerlo.

—¿No puedes luchar por mí? —suplicó Llamas, volteando hacia la reina Glaciar—. No quiero morir así.

La reina Glaciar se veía conflictuada. Tenía que saber que no había ninguna posibilidad de que Llamas sobreviviera a este duelo, lo que significaba que no conseguiría nada del territorio prometido para los Alas Heladas, y se quedaría con un reino fronterizo gobernado por una reina que había sido su enemiga durante dieciocho años.

Pero Sol podía ver que Glaciar quería ser justa e imparcial. No podía pelear la batalla de una Ala Arenosa por ella, no una batalla uno a uno por el trono como esta.

La Ala Helada sacudió la cabeza.

—Lo siento, Llamas. Esta es tu pelea. —Tocó el ala de Llamas con la suya, brevemente, luego se dio la vuelta y voló para unirse a sus compañeros dragones de hielo en la pared.

Llamas se enfrentó a su hermana, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Puedes abandonar —gritó Sol—. ¡No tienes que luchar! Déjala ser reina y vivir.

—Es demasiado tarde para eso —gruñó Ampolla—. Ella quería ser reina lo suficiente como para luchar por ello todos estos años. No puede echarse atrás ahora que sólo estamos nosotras dos. —Con un movimiento rápido y repentino, Ampolla se abalanzó sobre Llamas, mordió con saña el borde de una de sus alas y se alejó de nuevo.

—¡Ay! —chilló Llamas. Se tambaleó hacia atrás, mirándose el ala— ¡Por las tres lunas, está sangrando! Estoy sangrando.

—Oh, hermano —murmuró Gloria, pero había lástima en su expresión

—¿No deberíamos detenerlas? —preguntó Sol a sus amigos.

—Ahora es asunto real de los Alas Arenosas —respondió Nocturno, tocándose el vendaje alrededor de los ojos y agachando la cabeza—. Lucharán, y Ampolla ganará, pero lo importante es que significa que la guerra ha terminado. Habrá una reina en el trono de los Alas Arenosas, y nadie más tiene que morir.

—Excepto Llamas —observó Gloria.

Las dos Alas Arenosas se rodearon, siseando y clavando sus colas como dos escorpiones.

—Pobre Llamas —murmuró Sol—. No parece justo. —Se acurrucó junto a Cieno, apoyándose en sus escamas.

—Ojalá otra pudiera ser reina —exclamó Profecía—. Ampolla es tan espeluznante.

—E inteligente —coincidió Nocturno—. Quién sabe lo que hará una vez que el trono sea realmente suyo. —Arañó la piedra con sus garras—. Con un ejército unido en la punta de sus garras y el tesoro, si es ella quien lo robó... podría ser fácilmente la dragona más peligrosa de Pirria.

—¿No hay nadie más? —preguntó Sol. Se giró y vio a Combustión aún de pie entre las sombras de la puerta. Se encontró con sus ojos y comenzó a acercarse a ella, evitando cuidadosamente a sus hermanas.

—No lo creo —dijo Nocturno—. Ninguna de las tres hermanas se ha tomado precisamente el tiempo de tener dragonets.

—Hola —saludó Combustión, deslizándose hacia ellas. Flor estaba posada en su hombro, mirando alrededor a todos los dragones con sus grandes ojos marrones, parecidos a los de un dragón—. Qué dramáticos alborotadores son. ¿Creen que Ampolla me dejará vivir? Supongo que no. Probablemente este sería un buen momento para huir. —Lanzó una mirada especulativa al cielo—. ¿Pero a dónde? ¿Te vendría bien otro Forajido, tal vez? —le preguntó a Espina.

—Eres un descarado —espetó Espina—. Debería matarte yo misma por esa jugarreta que hiciste, encerrándonos en la biblioteca.

—Como hubiera tenido elección —exclamó Combustión con reproche—. Y ni siquiera funcionó. Brasas estuvo a punto de matarme hasta que recibió tu mensaje sobre reunirnos aquí esta noche.

«*Yo también debería estar enfadada con él*», pensó Sol, pero no podía. No era malvado, ni siquiera cruel. Era un dragón de una familia terrible, en una situación difícil, en peligro de morir como sus hermanos en cualquier momento. Podría haberla matado en cuanto la hubiera agarrado

con sus garras. Podría haberla dejado en la torre. Tal vez no debería caerle bien, pero lo hizo de todos modos.

Combustión señaló el cadáver de su hermana con expresión apenada.

—Debo admitir que nunca esperé sobrevivir a *ella*.

—Probablemente no será por mucho, si te sirve de consuelo —dijo Espina sin rodeos.

—Combustión —intervino Sol—. ¿Hay alguna otra dragona en línea para el trono de los Alas Arenosas? ¿La reina Oasis tenía hermanas u otras hijas? ¿O alguna de estas tres tenía dragonets?

Combustión negó con la cabeza.

—Madre era muy estricta y muy cuidadosa. Tenía sólo tres hijas, para que alguien pudiera heredar algún día, pero no quería muchas herederas. Así que no tuvo más huevos, y al resto de nosotros tampoco se nos permitió tener dragonets —calló un momento—. Una vez estuve enamorado. Estaba tan enfadada cuando se enteró.... que ni siquiera sé lo que hizo, pero nunca volví a ver a Palmera.

—Deberías tener mejores opciones —exigió Sol, dando un pisotón—. Tus tres hermanas son terribles. —Llamas soltó otro aullido de dolor cuando Ampolla le atravesó la nariz con sus garras. Sol tenía la sensación de que esta pelea podría haber terminado ya, pero Ampolla estaba jugando con Llamas, presumiendo para el público.

—¿Por qué no puede ser otra la reina? —preguntó Profecía—. Si Gloria puede ser reina de los Alas Nocturnas... ¿quién dice que tiene que ser un miembro de la familia real?

—Buena pregunta —dijo Gloria.

—¿Quién más tendría la autoridad? —preguntó Nocturno—. ¿Por qué los otros Alas Arenosas escucharían a alguien más? Si cualquier dragona pudiera tomar trono, sería una anarquía. Habría retadoras tratando de apoderarse de el cada dos días.

—Lo sé —dijo Sol—. Pero aun así... si todas las opciones reales son horribles... Parece que debería haber una forma de darle a los Alas Arenosas alguien más, una reina mejor. —Sus alas cayeron. Después de todo lo que habían pasado, toda la preocupación por la profecía y todo el peligro que habían corrido y todos los dragones que habían tratado de matarlos... ¿era así como terminaba? ¿Detuvieron la guerra, pero dieron a los Alas Arenosas una reina malvada? ¿Se suponía que dijera: «Oh, bueno, está bien»?

Flor se retorció para bajarse de la espalda de Combustión y se acercó a golpear suavemente las garras de Sol de su extraña manera reconfortante. La pequeña carroñera miró a Sol y chilló, agitando sus patas.

—Los carroñeros están locos —dijo Tsunami. Agachó la cabeza para olisquear a Flor—. Mírala, aquí de pie en medio de todos esos dragones. ¿Dónde está su instinto de supervivencia? Esta es la que robó el tesoro, ¿verdad? Oye, cara de chorlito, todo esto es culpa tuya, ¿sabes?

Flor rodeó uno de los tobillos de Sol con los brazos y tiró como si quisiera arrastrarla a algún sitio, chirriando con fuerza.

—¿Qué? —preguntó Sol. Miró a Combustión—. ¿Qué intenta decir?

Él se encogió de hombros.

—Nunca sé.

Flor saltó y agitó las patas. Sol ladeó la cabeza, confundida. La carroñera corrió hacia el pozo de arena, aleteó de nuevo, volvió corriendo hacia Sol, le dio un tirón del tobillo y corrió de nuevo a la arena. Para asombro de Sol, Flor se tiró al suelo y empezó a escarbar con las patas.

—¿Qué en las tres lunas...? —exclamó Combustión—. Nunca entenderé a los carroñeros.

—Está intentando decirnos algo —dijo Sol. Siguió a Flor hasta el arenal y miró el obelisco. ¿Sabía Flor que la dragona que había matado, o ayudado a matar, estaba enterrada aquí?—. Esto es un poco morboso, Flor.

Flor golpeó las garras delanteras de Sol, señaló la arena, gritó algo así como «¡YIBBLE FROBBLE!» y volvió a cavar.

—Muy bien —dijo Sol, y empezó a cavar también.

«*¿Qué estará intentando decirnos?*».

—¿Qué *hacen*? —preguntó Gloria.

—Cavar —respondió Sol. Miró a Llamas y Ampolla. Llamas tenía tres heridas sangrantes más, y Ampolla se paseaba con suficiencia a su alrededor. Seguramente la pelea no podía durar mucho más.

—¿Por qué? —preguntó Tsunami, acercándose a ella.

—Porque Flor quiere que lo haga —dijo Sol—. No lo sé, pero siento que tal vez sea importante.

Tsunami y Gloria intercambiaron miradas. Sol podía adivinar lo que significaban esas miradas: «*“Otra idea loca de Sol. Mírala, siguiendo las instrucciones de una carroñera, como si eso tuviera algún sentido”*».

—Muévete —ordenó Tsunami. Flexionó las garras y las clavó en la arena.

—Tú también —le dijo Gloria a la carroñera, uniéndose a ellos.

Tsunami y Gloria empezaron a cavar, ala con ala con Sol. Un momento después, Sol levantó la vista y vio que Espina también cavaba afanosamente a su lado.

Intentó ocultar su sonrisa, pero no pudo.

Sus garras barrieron la arena rápidamente, y pronto Sol pudo ver el brillo de los huesos blancos bajo ellos.

«*Esa es la Reina Oasis. ¿Por qué quiere Flor que la desenterremos?*».

No tardaron en desenterrar la mitad delantera del cuerpo de la dragona. Era enorme, incluso más grande que Brasas. «*Debió ser aterradora cuando estaba viva*».

Flor se metió en el agujero que habían cavado y trepó con cuidado alrededor de los huesos hasta situarse junto al cráneo de la dragona. Dio unos golpecitos en las mandíbulas del cráneo y miró a Sol.

Un repentino escalofrío recorrió la espalda de Sol, como si supiera lo que estaba a punto de ocurrir, aunque no hubiera podido expresarlo con palabras.

Se agachó y abrió la boca de la reina.

Dentro había dos sacos, rotos y llenos de agujeros, pero por lo demás iguales al que le habían dado los carroñeros en el bosque.

Detrás de ella, oyó a Gloria jadear. Comprendió lo que significaba.

«*Veinte años atrás, la noche en que murió Oasis, Flor debió de esconder parte del tesoro en la boca de la dragona muerta, antes de huir a esconderse en las dunas. Tal vez pensó que tendría la oportunidad de volver y recuperarlo, o tal vez no quería que la atraparan con el*».

Sol levantó con cuidado los sacos sobre la arena. Esmeraldas, monedas de oro y brazaletes de ojo de tigre salían por los agujeros. Abrió los sacos con una de sus garras.

Y allí estaba al fin: el Ojo de Ónix.



CAPÍTULO 28

—Por todas las lunas —susurró Espina.

Sol deslizó las garras alrededor de la esfera negra y la levantó. Al hacerlo, se dio cuenta de que estaba engarzada en una cadena de eslabones de oro martillado para poder llevarla como collar.

Y entonces miró más de cerca el engaste.

A ambos lados de la piedra de ónix había dos alas de dragón moldeadas en oro batido. Atraparon la luz de las antorchas y brillaron en un tono rojo, dorado y anaranjado cuando levantó el collar.

«*Alas de fuego*».

¿Alguien lo sabía y se lo había dicho a los Alas Nocturnas? ¿Fue sólo una coincidencia?

«*En cierto modo, la profecía resultó ser real después de todo*».

«*Incluso si alguien pensó que la habían inventado, es real para mí y para todos los dragones que necesitan que la guerra termine*».

«*Pero la profecía no hizo que esto ocurriera; ningún destino todopoderoso o fuerza rectora del universo hizo que esto ocurriera*».

«Nosotros *hicimos que ocurriera. Yo y mis amigos y todos estos dragones e incluso Flor*».

Podía sentir el poder vibrando a través de la esfera, como el Espejo de Obsidiana o el visitasueños, pero más fuerte y ligero, de algún modo. Se preguntó si los objetos encantados por un animus tendrían auras diferentes según el dragón que los hubiera encantado.

—No me extraña que nadie haya podido ocupar el trono de los Alas Arenosas en todos estos años —dijo Tsunami.

—Es como si la reina Oasis siguiera aferrada a él —coincidió Gloria, dándole un codazo a los huesos con la cola. Flor los observaba nerviosa desde lo alto de la calavera. Sol levantó el Ojo de Ónix e hizo una pequeña reverencia hacia la carroñera.

—Gracias —dijo—. Esto es lo que necesitábamos.

—Sol —empezó Tsunami—. Con esto, podrías ser reina. Serías una gran reina.

—Es verdad —coincidió Gloria—. Nadie quiere a Ampolla. Te seguirían, si quieres el trono.

Tenían razón. Sol podía sentir que la magia de la esfera no se limitaba a la realeza. Cualquier Ala Arenosa que tuviera el Ojo de Ónix podía comandar el reino. Incluso Sol, con su inofensiva cola, podía ser reina.

Otro terremoto sacudió el suelo bajo sus garras.

—Y prometo no estar celosa —exclamó Tsunami—. Aunque esto es todo *muy injusto* porque lo que me gustaría saber es por qué los tronos no *me* caen directamente en el regazo.

Sol se lo imaginó: un palacio, un ejército, tesoros y poder. Dirigiría el reino más grande de Pirria. Podría hacer del Reino de Arena un lugar seguro y pacífico para vivir. Podría cambiar las leyes y evitar que los dragones lucharan entre sí todo el tiempo.

Miró las alas, las garras y los dientes que cubrían las paredes. ¿Podría? ¿Sería lo bastante fuerte para castigar a cualquiera que se le opusiera? ¿Sabría defender a sus súbditos si otra tribu los atacara? ¿Tendría que convertirse en otro tipo de dragona?

«*No* quiero *ser reina* —se dio cuenta Sol—. *No quiero luchar por mi trono ni preocuparme por el tamaño de mi territorio ni por que tanto hay en mi tesorería*».

«*Quiero estar con mis amigos. Quiero enseñar a los dragonets a hacer las paces y a encontrar otras soluciones en lugar de la guerra*».

«*Sólo quiero ser yo, Sol*».

Pero aun así no tenía que ser Ampolla. Había otra opción. Podía sentir los ojos de todos los dragones sobre ella; incluso Ampolla y Llamas habían dejado de luchar, alertadas por el silencio de que algo importante estaba sucediendo. Ampolla se acercó a ellos con un silbido.

Sol la miró directamente, luego volteó y le dio el Ojo de Ónix a Espina.

Algo crepitó entre ellas cuando sus garras se tocaron: una pequeña descarga de relámpago púrpura chisporroteó a lo largo de la curva de la piedra negra.

—Esta es la nueva reina de los Alas Arenosas —dijo Sol, oyendo su voz resonar por todo el patio—. Es nuestra elección. Es la elección correcta.

Murmullos y jadeos recorrieron a los dragones observadores.

—Cuatro lunas y bolas de fuego —exclamó Espina, asombrada—. ¿Yo? ¿Estás segura?

—Estoy definitivamente segura —dijo Sol.

—Impresionante —susurró Gloria, y cuando Sol la miró, la reina Ala Lluviosa le guiñó un ojo. A su lado, Tsunami también asentía.

—De ninguna manera —siseó Ampolla, avanzando hacia ellas—. Eso es mío. Me lo *merezco*. Fui *yo* quien se llevó el resto del tesoro de los Alas Arenosas. Fui *yo* quien engaño a Madre para que volara sola hacia su muerte. —Lanzó una mirada desdeñosa a los huesos de la vieja reina—. Usé mi *cerebro* para librarme de enfrentarme a Brasas en un duelo de desafío, convirtiendo nuestra lucha en una guerra —siseó a los dragonets, su habitual quietud rota por una ira temblorosa—. *Yo* soy la dragona más inteligente de toda Pirria. *YO* soy la legítima reina de los Alas Arenosas.

Agitó la cola hacia el cuerpo de Brasas y luego hacia Llamas, que estaba agazapada sobre las piedras, sangrando por varias heridas pequeñas.

—Además, está en la profecía —gruñó—. De las tres reinas que hieren y queman y arden, dos morirán…

—Y la otra aprenderá el juego —citó Sol—. Si se inclina ante un destino poderoso e inabarcable, conseguirá el poder de las alas de fuego. —«*Oráculo se refería a los Alas Nocturnas, insinuando que la reina ganadora tendría que someterse a la tribu Ala Nocturna. Pero esto es mucho mejor*»—. Este es tu destino: aceptar a tu nueva reina —ella asintió hacia Espina.

Ampolla enroscó su cola venenosa, dando a Sol y Espina una mirada fría que era inquietantemente como la de la víbora muerde dragones.

—No pensarás en serio que eso va a pasar, ¿verdad?

—Pues lucha conmigo —desafió Espina—. No te tengo miedo. Puedo ganar este trono en batalla, si así es como quieres hacerlo. —Inclinó la cabeza hacia Llamas—. ¿O sólo estás dispuesta a luchar contra dragonas débiles y acobardadas?

La expresión de Ampolla era difícil de leer. «*¿Tiene miedo de luchar contra Espina?* —se preguntó Sol—. *¿O está calculando su próximo movimiento, ideando otro truco malvado?*».

—No tengo por qué luchar contra ti —dijo Ampolla, acercándose cada vez más. Sus ojos color obsidiana brillaban a la luz de la luna—. No tienes derecho a este trono. El Ojo de Ónix es *mío.* —De repente, se lanzó hacia delante y arrebató la esfera negra y lisa de las garras de Espina.

Chispas naranjas salieron volando del Ojo donde las garras de Ampolla lo tocaron. Se oyó un silbido, un crepitar y un escupir que pareció llenar todo el patio y expandirse hacia fuera, con ondas de choque que se extendieron por las paredes y el desierto.

Las garras de Ampolla empezaron a temblar. Parecía que intentaba soltar el Ojo, pero no podía. Un rayo parpadeó sobre la piedra negra y salió disparado a lo largo de los brazos de Ampolla hasta llegar a sus alas. Ampolla dio un respingo, casi se elevó por los aires, y cayó agarrada a la esfera.

Pero no gritó. No emitió ningún sonido, ni siquiera cuando su cola se estrelló contra el suelo y su cabeza se agitó de un lado a otro.

El rayo estalló de nuevo, más rápido, desgarrando el cuerpo de la Ala Arenosa.

Y entonces Ampolla, la dragona de sus pesadillas, la hermana cuyos malvados planes habían iniciado toda la guerra, explotó y se convirtió en un montón de polvo negro.

Nadie se movió.

Nadie habló durante un largo, largo momento.

Y entonces Llamas dijo asombrada:

—¿Soy yo? ¿*Yo* soy la hermana que sobrevive?

Espina dio un paso adelante y volvió a agarrar con cuidado el Ojo de Ónix. Hizo un pequeño zumbido y parpadeó con líneas de color púrpura oscuro, sólo una vez, y luego se quedó en silencio.

—¿Qué pasó? —preguntó Nocturno. A su lado, Profecía negó con la cabeza, por una vez demasiado sorprendida para hablar.

—Creo que será mejor que investiguemos un poco sobre el encantamiento exacto de esa cosa —dijo Gloria, lanzando una mirada cautelosa al Ojo de Ónix.

—Ya veo por qué Oasis lo guardaba en su tesoro en lugar de llevarlo puesto —mencionó Espina—. Ahora mismo estoy un poco traumatizada. —Pero levantó el collar por encima de su cabeza y dejó que la cadena se asentara alrededor de su cuello, con la piedra de ónix y las alas de dragón descansando en el centro de su pecho. Chocaron con la piedra lunar que ya estaba allí, y Sol pensó en su padre.

«*Le demostramos que estaba equivocado. Lo hicimos de verdad. Acabamos con la guerra*».

Miró a todos los dragones que la observaban desde las paredes, desde el cielo y que ahora se extendían por el patio: Alas Arenosas que se acercaban a saludar a su nueva reina. Llamas fue la primera en llegar hasta ella, agachándose e inclinándose ante la reina Espina. Detrás de ella, otros siguieron su ejemplo.

—Esto es realmente extraño —le susurró Espina a Sol—. Espero que estés planeando ayudarme a aprender todo esto.

—Lo haré —afirmó Sol—. Pero tú serás brillante.

Vislumbró a Combustión, Seis Garras y Qibli entre los dragones que se inclinaban, y vio a la reina Glaciar, la reina Coral y la reina Gallareta observando desde las paredes, con cara de alivio.

—Y creo que también habrá muchos otros dragones dispuestos a ayudarte a aprender.

Se dio cuenta de que Cieno estaba sentado junto a Nocturno, frotándose la cabeza, y corrió hacia él con Tsunami y Gloria justo detrás. Su rostro desconcertado, preocupado, maravilloso; vivo, vivo y a salvo, hizo que todo su cuerpo se sintiera como si estuviera lleno de luz.

—Vaya, me duele todo —dijo Cieno. Parpadeó hacia ellos y hacia el cielo donde salía el sol y hacia el patio lleno de dragones—. Eh... ¿me perdí algo?



EPÍLOGO

Un mes después…

Era un día perfecto para volar.

Unas estelas de nubes blancas salpicaban el cielo azul brillante como si las hubieran pintado con pinceladas largas y finas. El viento soplaba a su alrededor, rápido y juguetón, y las montañas parecían piedras preciosas verdes bajo la cálida luz del sol.

—¿Se imaginan? —Sol a sus amigos— ¿No sería perfecto?

Estaban en uno de los picos de la Montaña de Jade, con toda Pirria extendida bajo ellos. Desde allí, en un día como hoy, Sol podía ver las arenas blancas del desierto al oeste y el verde oscuro de la selva tropical al este. Podía ver el océano azul brillante al sur y los dientes dentados de las montañas que se extendían en una larga línea hacia el norte, hacia el Reino Celeste.

Abrió las alas y sintió el viento soplar a su alrededor, casi levantándola de sus garras.

—Lo veo —dijo Tsunami—. Podríamos usar las cuevas como aulas, pero hacer que todos estén afuera tanto como sea posible.

—Mucho sol —estuvo de acuerdo Gloria—. Sol obligatorio.

—Y excursiones —sugirió Cieno, cojeando sobre las rocas hacia ellos— . Para que cada dragonet pueda sentir el barro, la arena, el océano y la nieve, y también comer mangos —le sonrió a Gloria—. Mangos obligatorios.

—Y pergaminos, ¿verdad? —preguntó Nocturno—. Montones y montones de pergaminos. Todos los pergaminos de Pirria. Podríamos tener aquí la mayor biblioteca del mundo. —Hizo una pausa, e incluso con la venda sobre sus ojos, pudieron ver su rostro caer. Sol enroscó su cola

alrededor de la de él, sabiendo que se sentía más cómodo cuando tocaba a otro dragón.

—No te preocupes, Nocturno —dijo Profecía desde su otro lado, dándole un suave codazo—. Encontraremos la forma de hacer pergaminos que los dragones ciegos también puedan leer. Y hasta entonces, te leeré todos los pergaminos que encontremos, te lo prometo. No me iré a ninguna parte.

Sonrió tímidamente en su dirección y Sol sintió otra punzada de culpabilidad.

Habían hablado de ello, finalmente, una vez que todos estuvieron a salvo en la selva. Sol lo había encontrado solo, tumbado al sol en una de las plataformas de hojas, y se había acurrucado a su lado hasta que se despertó.

—Lo siento, Nocturno —le dijo, y él supo de inmediato a qué se refería.

—Lo sé —respondió él, apartando la cabeza de ella.

—Es que... te quiero. Pero...

—Como a un hermano.

Ella vaciló y dijo:

—No como te quiere Profecía.

Él se tapó la cara con las alas y tosió, avergonzado.

—No pasa nada si tú también la quieres —aclaró Sol—. Deberías quererla. Ella... se preocupa por ti. Y es divertidísima.

No había dicho nada durante mucho tiempo. Finalmente, Sol dijo:

—Te traje algo —levantó la cabeza al oír el susurro del pergamino— ¿Recuerdas Cuentos de los Alas Nocturnas? ¿Quieres que te lo lea?

—Ja —había dicho, sonriendo de verdad—. Sonará un poco diferente ahora que sabemos que nada de eso es verdad. Claro, hazlo, por favor.

Aquí, ahora, en la cima de la montaña, Sol pensó... bueno, esperaba... que todo estaría bien entre ellos. Él sería un gran maestro; no necesitaba su vista para hacerlo. Y su vuelo se volvía más seguro cada día.

Si alguna vez encontraba a alguien que le importara de esa manera... bueno, entonces las cosas podrían volver a ser incómodas durante un tiempo. Pero tenía a Profecía. Todo iría bien.

—¿Crees que realmente vendrá alguien? —preguntó Tsunami, caminando de regreso de la cresta norte—. Quiero decir, una escuela para dragonets de todas las tribus, nadie ha hecho algo así antes. Puede que las reinas no *quieran* que sus súbditos «se entiendan mejor». ¿Y si construimos una escuela y no viene nadie?

—Vendrán —afirmó Sol con confianza—. No somos los únicos dragones que quieren evitar más guerras. Esta es la mejor manera. Los

dragonets que crecen juntos verán lo parecidos que son en realidad, no importa de qué tribu sean. Entonces no se juzgarán unos a otros, y será mucho menos probable que se maten.

—Como nosotros —dijo Cieno, sonriéndole.

—A menos que todos sean como Tsunami —bromeó Gloria—. Y entonces, al conocerse, será más probable que quieran matarse entre ellos.

Tsunami la golpeó en la cabeza con la cola.

—¡Eh! —gritó Mortífero desde lo alto, donde se abalanzaba para vigilar las montañas—. ¡No le pegues a la reina!

—Sí —le dijo Gloria a Tsunami—. No golpees a la reina.

—Sólo eres *una* reina —gruñó Tsunami—. Podrías tener a los Alas Lluviosas y Alas Nocturnas alrededor de tu cola, pero aún no eres mi jefa. Y tú tampoco, Sr. Ojos Enamorados —le dijo a Mortífero mientras aterrizaba junto a Gloria—. Apuesto a que podría derribarte de esta montaña si quisiera.

—Creo que me estás dando la razón —reflexionó Gloria, y luego se agachó cuando Tsunami intentó golpearla de nuevo.

—Mis hermanos y hermanas vendrán —afirmó Cieno—. Creo. Si saben que estoy aquí. Pardo me decía que apenas sabe historia, y que su lectura no es muy buena. Le encantaría aprender más.

—Deberíamos pedirle a Membranas que sea uno de los profesores —sugirió Sol—. Ahora que ya está recuperado, independientemente de lo que piensen de él, tienen que admitir que era un buen profesor de historia. Y no puede volver a casa, al Reino del Mar. Coral nunca lo va a perdonar, incluso si deja que todos los otros Garras de la Paz vuelvan algún día.

—Yo voto que sí. Me alegraría sacarlo por fin de mi selva —dijo Gloria—. Por mucho que él prefiera quedarse en la cama comiendo fruta para siempre. —Movió su cola, volviéndose naranja alrededor de sus orejas—. Kinkajú y Tamarina querrán venir, seguro. Necesitan maestros de verdad, no las migajas tiempo que tengo para ellas. Enviaré a otros, siempre que prometas que seguirán tomando el sol por la tarde.

—No olvides a Garras Poderosas —sugirió Mortífero—. Y esa pequeña Ala Nocturna cuya madre escondió su huevo en la selva.

—Miralunas —dijo Gloria, asintiendo—. Pobre dragonet nerviosa.

—¡Y mis hermanas! —exclamó Tsunami—. Apuesto a que podría conseguir que madre enviara a Anemona y Mérgula, aunque entonces tendríamos que dejar que la reina Coral nos visitara todos los días.

—Vaya —dijo Sol—. Todos han sobrevivido. Todos estos dragones que nos importan. ¿No es increíble? Quiero decir, excepto Desierto y Rapaz. —Se miró las garras.

—Y Víbora —añadió Profecía.

—Y mi padre —musitó Tsunami en voz baja. Sol se acercó y enroscó su cola alrededor de la de Tsunami.

—La otra gran idea de esta escuela —dijo Sol después de un momento—. Es que así podemos estar todos juntos. Quiero decir... si quieren. Si quieren volver con sus familias, pueden, pero siempre tendremos un lugar donde estar juntos.

—Prefiero estar con ustedes que en el Reino Lodoso —dijo Cieno de buena gana—. Sobre todo, si puedo traer a Pardo y a los demás aquí.

—Lo mismo —dijo Tsunami—. Me temo que, si regreso a casa, mi madre de alguna manera me pondrá un arnés, o al menos querrá vigilarme en todo momento. Y será más fácil aprender aquático aquí que en el Palacio de las Profundidades, donde habría un millón de ojos sobre mí todo el tiempo y casi ninguna oportunidad de salir a la superficie para hablar. —Se estremeció—. Lo peor es que nadie podría *entenderme*. ¿Cómo podría darle órdenes a *alguien*?

Sol soltó una risita y Tsunami le lanzó una sonrisa.

—Tengo que quedarme en la selva —dijo Gloria—. Pero no está lejos. Podría visitarlos todo el tiempo.

Nocturno no dijo nada, pero todos sabían que no sentía ningún apego por la aldea de los Alas Nocturnas que se estaba construyendo en la selva tropical. Su padre, Erudito, estaba en prisión, o lo más parecido que los Alas Lluviosas pudieron encontrar, hasta que Gloria pudiera averiguar cómo juzgarlo por sus crímenes. Y Mordida Feroz seguía en la Madriguera del Escorpión. Sol se recordó a sí misma que tenía que hablar con Espina sobre ella y Fortachón... una vez que averiguaran qué querían hacer con ellos.

—¡Oh, ya sé! ¡Peligro! —exclamó Cieno de repente—. Peligro podría ser una de los estudiantes. No tiene adónde ir y sabríamos cómo cuidarla.

Sol captó la mirada que se cruzó entre Gloria y Tsunami. Todos sabían que le debían la vida de Cieno a Peligro, pero seguía siendo difícil sentirse completamente seguro cerca de ella.

—¿De verdad no sabe dónde está Escarlata? —preguntó Tsunami—. ¿No es un poco raro, que rescató a Escarlata, y luego Escarlata simplemente desapareció?

—Peligro está buscándola ahora —dijo Cieno—. Dijo que Escarlata aparecía en sus sueños todo el tiempo antes del rescate, pero no ha vuelto desde entonces.

—¿Quizás podríamos usar a nuestro visitasueños para buscarla? —sugirió Sol—. Excepto que entonces ella también nos verá, lo que me pone muy nerviosa. Ojalá hubiéramos encontrado el Espejo de Obsidiana.

Había vuelto a las afueras de la Madriguera del Escorpión para buscarlo, pero, como temía, todas las dunas de arena tenían el mismo aspecto, y en un día de excavaciones no había aparecido nada. O lo había encontrado otro dragón, lo cual también era preocupante, o se lo había tragado el desierto.

—Es inquietante —mencionó Mortífero, frunciendo el ceño hacia el cielo—. Alguna vez vendrá a por vosotros, sobre todo a por ti —le dijo a Gloria.

Gloria se encogió de hombros.

—Dejaré que te preocupes por eso —dijo.

—Oh, gracias —espetó él—. Sabes que lo haré.

—Por mí, bien —respondió ella, y a pesar de sus palabras sarcásticas, la mirada que se echaron hizo que Tsunami pusiera los ojos en blanco ante Sol.

«*Me pregunto si algún día tendrán dragonets juntos. ¿Alguien se quejará de que la reina de los Alas Lluviosas debería estar con otro Ala Lluviosa? Un dragonet mitad Ala Lluviosa y mitad Ala Nocturna, ¿cómo sería? ¿Todo en un dragón, o algo diferente, como yo? Entonces no sería la única dragona mestiza en el mundo*».

Debajo de ellos, en las cuevas, Sol sabía que su madre estaba teniendo un incómodo reencuentro con Mueverrocas. Ambos habían cambiado tanto en los últimos siete años; no había mucho en común entre la nueva reina de los Alas Arenosas y el ermitaño parcialmente encantador de piedra de la Montaña de Jade.

Sol había estado con ellos durante los primeros momentos, pero había sido demasiado extraño, así que había huido hasta aquí con sus amigos.

—Oh —musitó, recordando algo—. Una de las cosas que tenemos que enseñarles a todos es que los Alas Nocturnas no tienen ninguno de esos poderes que dicen tener. No podemos dejar que todos sigan teniéndoles miedo. ¿Verdad?

—Excepto yo —protestó Profecía—. Yo sí que tengo poderes.

—Profecía —regañó Gloria con severidad—. Ya hablamos de esto.

—Está bien, está bien, Su Majestad —murmuró Profecía, calmándose de mal humor—. Pero te juro que mis visiones se *sienten* reales.

—Pero ese cometa volvió a alejarse sin caer sobre nosotros —señaló Nocturno—. ¿Eso no te convenció?

Profecía tuvo la delicadeza de parecer un poco avergonzada.

—Bueno —dijo—. TODAVÍA PODRÍA VOLVER.

Sol empezó a reírse, y al cabo de un momento la cara dramática de Profecía se descompuso y se unió a ella.

—¿Qué pasa con nuestra profecía? —empezó Cieno—. ¿No confundirá a todo el mundo si les decimos que, después de todo, no era real?

Sol se lo pensó un momento.

—Quizá podríamos decir que los Alas Nocturnas perdieron sus poderes junto con su hogar. Así que eso fue todo, la última profecía.

—La última profecía —repitió Nocturno.

—Por las tres lunas, sí —exclamó Tsunami—. Eso es lo que yo elijo. No más profecías, nunca más.

—Supongo que a partir de aquí improvisamos —dijo Sol, observando cómo el viento tiraba de sus alas y su cola. Lejos, muy abajo, halcones surcaban las crestas y los valles.

—Malas noticias, Sol. Estoy *bastante* segura de que hemos estado improvisando todo este tiempo —dijo Gloria.

Sol se rió.

—Es cierto. Y las cosas salieron bien de todos modos.

—Bueno, yo sé cuál quiero que sea mi destino —mencionó Cieno—. Quiero que sea dormir y ser amigo de ustedes para siempre. Oh, espera, ¡también festejar! Mucha fiesta.

—Eso suena genial —dijo Nocturno—. El mejor destino de todos.

—Podemos hacer que eso suceda —dijo Sol, sonriendo, y todos extendieron sus alas y saltaron hacia el cielo abierto.



La guerra ha terminado. La falsa profecía se ha cumplido.
Pero los dragonets aún tienen enemigos.
Un mal oscuro, enterrado durante siglos, se está agitando.
Y una joven Ala Nocturna puede haber tenido la primera profecía verdadera en generaciones...

Algo viene a sacudir la tierra.
Algo viene a abrasar el suelo.
La Montaña de Jade caerá bajo el trueno y el hielo,
a menos que la ciudad perdida de la noche pueda ser hallada.



TUI T. SUTHERLAND

Nació en Venezuela y ha vivido en Paraguay, República Dominicana y Estados Unidos, donde estudió secundaria. Su nombre, Tui, viene de un extraño y ruidoso pájaro de Nueva Zelanda. Es escritora de libros infantiles y juveniles, y tiene varias series de libros de fantasía publicadas, algunas bajo el seudónimo de Erin Hunter. Actualmente vive en Boston con su marido, sus dos hijos y su perro.

NOTA DE LA TRADUCTORA

Gracias por leer esta traducción, espero te haya agradado pues hice mi mejor esfuerzo. Me tomó muchas horas de trabajo, sumado dolores de cuello y de espalda por todo el desgaste, ¡pero no me arrepiento en lo absoluto!

Esta es la primera traducción que termino oficialmente, soy muy nueva en esto y espero haberlo hecho bien.

Gracias en especial a mi colega Monki_Donki, me ha ayudado muchísimo durante todo el proceso de traducción y de organización, me salvó en más de una.

Una vez más, gracias a ti por leer <3

TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS

Para aquellos que quieran saber los nombres originales de los dragones cuyo nombre no tiene traducción oficial.

Personajes con apariciones físicas.

Adax	Addax
Avalancha	Avalanche
Avestruz	Ostrich
Camello	Camel
Cazador	Preyhunter
Cena	Dinner
Espina	Thorn
Flor	Flower
Gritona	Holler
Mueverrocas	Stonemover
Peludo	Fluffy
Qibli	Qibli
Seis Garras	Six-Claws

Personajes mencionados.

Acechasombras	Darkstalker
Armadillo	Armadillo
Miralunas	Moonwatcher
Palmera	Palm
Tormenta de Arena	Sandstorm